

A man and a woman in 18th-century attire are shown in a romantic embrace, nearly kissing. The man is wearing a dark, patterned coat, and the woman is wearing a purple dress. They are standing in a grand hall with large, arched windows in the background. The lighting is soft and romantic, with a purple tint.

FEATHER BOYD

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PÍCAROS DISTINGUIDOS



Deseo por diseño

DESEO POR DISEÑO

PÍCAROS DISTINGUIDOS

LIBRO CATORCE



HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)
[Acerca del Autor](#)

Derechos de autor © 2024 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO 1



MAYFAIR,

Febrero de 1816

—El problema de no tener una amante es que todos creen que tengo tiempo libre y que debo ser entretenido —le confió Alexander, marqués de Wharton, a su buen amigo, Lord Carmichael, en un susurro mientras entraban en el comedor de este último—. He sido asediado por invitaciones de quienes sienten que necesito ser divertido.

—¿Creíste que no podías rechazarnos esta noche?

—No dije que no estuviera de acuerdo con ellos —prometió con una risa. Alexander disfrutaba mucho de sus amigos. Este en particular ya no era soltero, desafortunadamente, y tenía que ser compartido.

Miró las cuatro sillas y los puestos en la mesa. —¿Tu esposa se unirá a nosotros esta noche o será una reunión de hombres?

—Mi esposa y su buena amiga, la señorita Sylvia Hillcrest, se unirán a nosotros en breve, estoy seguro. Perdónalas por no estar presentes cuando llegaste.

—Por supuesto —murmuró. No se sentía en absoluto ofendido, sino satisfecho de tener un momento para hablar a solas y sin censura con su amigo antes de tener que cuidar sus palabras. Siempre se divertía con Carmichael. A menudo a costa suya—. ¿Conozco a la señorita Hillcrest?

Carmichael puso los ojos en blanco. —Asistió a mi boda, has cenado varias veces con ella sentada cerca de ti, y creo que incluso compartiste tu trineo en Navidad.

Alexander ocultó una sonrisa mientras negaba con la cabeza, negándolo todo. —No puedo ubicarla.

Carmichael gruñó exasperado. —Estos pequeños juegos tuyos funcionan mejor con personas que no te conocen como yo. Tú no olvidas a nadie. Nunca.

Entonces sonrió. Carmichael solía caer en eso tiempo atrás. —¿Cómo te trata la mujercita estos días? ¿Ya te ha perdonado por caer borracho en Nochevieja?

—Actúa como si lo hubiera olvidado, pero preferiría que no mencionaras esa noche por un tiempo —dijo Carmichael en un tono de advertencia bajo.

—Noche excepcional, esa. Deberíamos repetirla pronto.

—No si esperas otra invitación para cenar con nosotros.

Alexander sonrió. —Ah, está saliendo a flote. Haciéndose valer. Excelente. Era demasiado retraída cuando recién te casaste. Estoy deseando verla enfrentarse al *ton* esta temporada.

—Yo no —dijo Carmichael negando con la cabeza.

—Carmichael, siempre te preocupas demasiado. —Especialmente por cómo la sociedad trataría a su esposa debido a su falta de conexiones y un distinguido pedigrí—. Le irá bien. ¿No se ganó a los asistentes a la fiesta de Navidad de Exeter?

—Supongo —admitió Carmichael a regañadientes.

Alexander había escuchado suficientes chismes sobre la nueva Lady Carmichael para creer que los temores de su amigo eran infundados. —Las damas la tomaron bajo su protección, y estoy seguro de que absorbió sus enseñanzas, o al menos fingió ser como ellas mientras estaban cerca.

—Mientras no se convierta en ellas.

Alexander se encogió de hombros. —Te adoran, así que la ayudarán. Lenore es una mujer sensata y verá a través de cualquier falsa amistad muy rápidamente.

—Silencio —advirtió Carmichael, y luego se volvió rápidamente hacia la puerta cuando su esposa se unió a ellos—. Ah, ahí estás, mi amor.

Lady Carmichael entró deslizándose en la habitación, seguida por su buena amiga, la señorita Hillcrest. La primera prácticamente resplandecía cuando se encontró con su marido y lo besó. La última, sabiamente, miró hacia otro lado.

Carmichael enganchó su brazo con el de su esposa. —Querida, recuerdas a mi amigo, Lord Wharton.

—Hmm, no estoy segura de que lo recuerde —dijo Lady Carmichael, entrecerrando los ojos hacia él—. ¿Nos hemos conocido antes, milord? —Y luego se rio, bromeando con él. Usando sus propias tácticas en su contra, nada menos. El cambio en ella era bastante marcado, y él lo aprobaba totalmente.

Él se llevó la mano al corazón y siguió el juego. —Estoy herido.

—Por supuesto que te recuerdo. —Hizo una reverencia—. ¿Cómo estás esta noche?

Alexander hizo una profunda reverencia. —No de tan buen humor como parece estar tú.

Ella se retiró al lado de su marido y se aferró a él. —Bueno, tú no estás casado con un hombre maravilloso.

—Y probablemente nunca lo estaré —bromeó. Se volvió hacia la señorita Hillcrest e inclinó la cabeza—. Un placer volver a verla —murmuró.

—Igualmente —murmuró ella antes de dar un paso atrás.

Dado que la mayoría de las mujeres, especialmente las solteras, tendían a cruzarse en su camino, encontró su aparente desinterés en él inusual.

Le hizo querer hacer que volviera a mirarlo.

Tonterías.

Se sentaron a una cena agradable. Carmichael había estado recientemente en su finca de campo y tenía mucho que contar. Su esposa asentía mucho, y la señorita Hillcrest sonreía a su plato.

Ajeno a que había monopolizado la conversación hasta ahora, Carmichael continuó. —Así que volveremos antes de que termine la temporada para ver el resultado.

—Ya veo. ¿Vas a contarnos también qué desayunaste esta mañana? —bromeó Alexander, manteniendo una cara seria.

Carmichael miró alrededor de la mesa. —¿Perdón?

—Pregunté qué desayunaste. Ese es realmente el único aspecto de tu vida desde la última vez que nos vimos que no has compartido con nosotros esta noche.

La señorita Hillcrest ahogó una risa en una servilleta. Sus ojos se cruzaron con los de él y brillaron de diversión. Volvió a mirar su plato mientras hablaba. —Estoy segura de que fue un

desayuno muy interesante.

Carmichael frunció el ceño. —Solo tenías que decir que estaba hablando demasiado.

—Esperaba que te detuvieras por ti mismo —confesó—. Siempre me han fascinado tus pensamientos más íntimos. Supongo que a todos nos pasa.

—Disculpen —balbuceó la señorita Hillcrest, y luego rápidamente huyó de la habitación.

Alexander ocultó una sonrisa ante su rápida retirada. Puso una expresión de preocupación en su rostro y se volvió hacia Carmichael. —Espero que no le pase nada malo.

—Estoy segura de que no —le tranquilizó Lady Carmichael, pero ella también estaba al borde de perder la compostura.

Lord Carmichael solo hablaba sin parar cuando estaba muy nervioso o preocupado.

Alexander recorrió con la mirada a su amigo y luego a su esposa, buscando señales similares de angustia en ella. Pero todo lo que vio fue una esposa que prácticamente resplandecía de buena salud y felicidad.

Se irguió un poco más al ocurrírsele una idea de repente. Los Carmichael llevaban casados ya un tiempo. ¿Estaría la mujer encinta?

Carmichael, que era terrible para guardar buenas noticias en cualquier otro momento, ciertamente estaría nervioso ante la inminente paternidad.

La señorita Hillcrest regresó, más tranquila pero con la mirada baja al sentarse. Solo miró hacia Carmichael, como si no se atreviera a mirar a Alexander de nuevo.

—¿Ya se lo preguntaste?

Carmichael miró entonces en dirección a Alexander.

—No tuve oportunidad. Mi amigo estaba muy ocupado burlándose de mí.

—Bueno, lo haces tan fácil —Alexander se limpió la boca con una servilleta, preparado para decir que sí a convertirse en padrino o tutor del primer vástago del conde de Carmichael. Lo había estado esperando desde hacía tiempo. No había nadie mejor calificado para asumir la responsabilidad. Carmichael ciertamente no podía pedirle a su amigo Scarsdale que hiciera el trabajo—. ¿Preguntarme qué?

—No tienes que hacerlo si no quieres —Carmichael se aclaró la garganta—. Nos preguntábamos si aceptarías jugar a las cartas.

Esa no era la pregunta que Alexander esperaba.

—Jugamos a las cartas todo el tiempo. ¿Por qué la petición especial?

—Esta noche. Aquí.

Alexander hizo un gesto hacia la puerta.

—Guía el camino.

—Ah —dijo Carmichael, alargando demasiado el sonido—, jugarás contra la señorita Hillcrest. No contra mí.

Alexander quiso gemir. Jugar contra una novata, poco acostumbrada a juegos de altas apuestas, era un aburrimiento. No quería insultar a su amiga, pero no sería un placer derrotarla en la primera partida.

—Sin ánimo de ofender, pero ¿no sería más sensato elegir a alguien de igual habilidad para jugar contra ella?

Carmichael sonrió.

—Ese es el punto.

La mujer en cuestión lo miró con calma, sin ofenderse y sin excusarlo tampoco del desafío. Alexander no vio ninguna manera elegante de evitarle la humillación de la derrota, ya que ella parecía bastante dispuesta a seguir la idea de entretenimiento de su anfitrión.

Asintió con reluctancia, previendo futuros momentos incómodos cuando se encontraran de nuevo en otra ocasión. Siguió a las damas hasta la sala de estar donde ya se había preparado una mesa con cartas y dinero. Decidido a terminar con esto, repartió la primera mano rápidamente.

Y luego perdió.

Y perdió.

Y perdió de nuevo.

Alexander dejó su cuarta mano perdedora lentamente, completamente perplejo. Normalmente ganaba contra jugadores experimentados. Esta pequeña diablilla sentada frente a él tenía profundidades ocultas que no había esperado.

—Eso es —dijo, buscando la palabra correcta—, ¿extraordinario?

Carmichael se rio.

—Sorprendente, ¿verdad?

—Bastante —Alexander no estaba enojado por haber perdido contra una mujer. Sin duda había jugadores de cartas hábiles de ambos sexos en el mundo, y él había jugado contra los mejores y perdido antes. Sin embargo, Alexander había juzgado mal a su oponente. Se acomodó en su silla y estudió más de cerca a la figura engañosamente inofensiva.

Sylvia Hillcrest parecía la más aburrida flor de pared existente, pero cuando tomó la baraja, sus dedos eran ágiles mientras barajaba las cartas de un lado a otro, preparándose para comenzar el siguiente juego. Los mejores jugadores de cartas solían tener un poco de brillo, pero esta mujer no tenía ninguno.

Y entonces se encontró con su mirada... y le permitió ver a través de su pequeño disfraz por un breve momento.

Estaba divertida por su confusión. Había esperado vencerlo.

Alexander se reclinó, notando que sus anfitriones sonreían. Obviamente, ellos también habían esperado este resultado. Solo Alexander había subestimado a su oponente.

Ajustó su opinión. La mujer era inteligente y astuta y *actuaba* muy bien el papel de flor de pared.

Había pasado por alto a la solterona, asumiendo conocer su valía y habilidad, porque ella *quería* que lo hiciera. Y el resto de la sociedad, también, había mirado imprudentemente hacia otro lado.

—Espero que no estés enojado con nosotros por no advertirte —dijo Carmichael, rompiendo el silencio.

Los ojos de la señorita Hillcrest se bajaron, como si esperara que él la reprendiera en cualquier momento, lo cual no era su intención.

Sonrió lentamente.

—En absoluto. Todos tienen buenas noches donde la suerte se tiende como un amante o huye en la noche. Estoy seguro de que otra ronda probará que tengo razón.

—No es suerte —protestó ella, sus ojos brillando de indignación.

Él recogió las cartas y las barajó lentamente, estudiando a la señorita Hillcrest mientras ella se apresuraba a bajar la mirada de nuevo. Ahora sí que había sido un *verdadero* vistazo a su naturaleza. También la hacía más interesante para él.

—¿Estás sugiriendo que me ganarías cada vez que jugáramos?

—Oh, lo ha hecho contra nosotros —prometió Lord Carmichael, interviniendo—. Jugamos muchas manos en nuestro viaje de regreso de la finca del duque de Exeter. Perdí treinta y cinco manos seguidas antes de que ella vaciara mi billetera y tuviera que admitir la derrota.

Alexander dejó las cartas rápidamente. Carmichael era un jugador hábil, y nunca había

sabido que el conde tuviera una racha tan larga de mala suerte.

—Casi cada vez —aseguró Sylvia Hillcrest mientras apilaba las ganancias en montones ordenados a su alrededor.

Todo en la mujer era pulcro y poco excepcional, desde la parte superior de su cabello castaño ratón hasta su sensato y aburrido vestido de noche azul. Su apariencia gritaba a un hombre que mirara a otro lado. No era de extrañar que lo hubiera vencido esta noche. No había oído ni un susurro sobre el talento de la señorita Hillcrest, y ella no había presentado mucha amenaza a primera vista.

Así que se detuvo a estudiarla ahora.

Ella agitó las manos, obviamente incómoda por su escrutinio.

—También puedo elegir no ganar. Por eso casi nunca juego en público. A menos que mi oponente pueda permitirse la pérdida de fondos, pronto se convierte en un punto doloroso entre amigos. Siempre tuve la intención de devolverle su dinero a Lord Carmichael, pero él no quiso ni oír hablar de ello.

Alexander sacudió la cabeza.

—Difícilmente esperaba un desafío en ti. Bien hecho.

Una sonrisa pícara jugó en sus labios momentáneamente, y luego suspiró. —Lord Carmichael quería que jugara contra un oponente digno. Juegas muy bien.

—No lo suficientemente bien para vencerte.

—Por derecho, debería devolverte mis ganancias también —. Entonces comenzó a recoger sus ganancias, o más bien, sus pérdidas, preparada para devolvérselas. La señorita Hillcrest había ganado una buena suma a costa de él esta noche. La cantidad no era algo que él echaría de menos a largo plazo. Pero podía entender cómo otros en la sociedad podrían no ser tan indulgentes cuando perdieran contra una flor de pared—. Quédate con el dinero. Fue ganado justamente, pero te prometo que la próxima vez que nos enfrentemos en tal batalla, no te subestimaré de nuevo.

Eso hizo que su sonrisa creciera y, sintiendo que había dicho lo correcto para tranquilizarla, dio una palmada en la mesa y miró a todos alrededor. —Ha sido una velada encantadora. Gracias.

—Me alegro tanto de que hayas podido acompañarnos esta noche —murmuró Lady Carmichael, levantándose.

—Yo también —. Se puso de pie cuando Carmichael lo hizo, y deseó buenas noches a las damas.

Antes de que pudieran irse, Carmichael rodeó la mesa y besó sonoramente a su esposa. —Te veré pronto.

Lady Carmichael asintió y condujo a su amiga de vuelta hacia el salón. Pero la señorita Hillcrest miró por encima del hombro en la puerta y le guiñó un ojo antes de desaparecer.

Alexander sintió como si lo hubiera derribado. ¡Descarada!

Esta noche era la primera vez que realmente le había prestado atención, y parecía que se había perdido mucho.

—¿Vienes? —llamó Carmichael.

—Sí, supongo —accedió, aunque estaba tentado de seguir a las mujeres, y particularmente a la inesperadamente audaz señorita Hillcrest. Le dio una palmada en el hombro a Carmichael y pasearon en dirección opuesta—. Veo que tú y tu esposa seguís siendo muy corteses el uno con el otro —bromeó.

La sonrisa de Carmichael se suavizó. —Prometí que acompañaríamos a la señorita Hillcrest a

casa juntos. Solo quería asegurarme de que no saliera sin mí.

—Ah —murmuró, desinteresado en que Carmichael se lanzara de nuevo a hablar sobre los beneficios de su reciente matrimonio. Carmichael había cambiado bastante desde que se había casado. Rara vez salía sin su esposa y pasaba mucho tiempo dedicado a los intereses de *ella* en lugar de los suyos antiguos. Se negaba rotundamente a asistir a fiestas escandalosas si su esposa no podía asistir también, y apenas había aparecido por el club este año.

Aun así, era un buen amigo y confidente. Alexander se adaptaría a la pérdida de su frecuente compañía con el tiempo, suponía.

Se dirigieron a la biblioteca y cerraron las puertas. —¿No te has ofendido porque no te avisé, verdad?

Alexander encontró una silla y se acomodó. —¿Sobre la habilidad de la señorita Hillcrest? No, ¿por qué debería estarlo?

Carmichael suspiró con evidente alivio. —Debo admitir que fue una especie de prueba. Eres el mejor jugador que conozco, y obviamente el mejor guardando secretos. Sylvia jugó un poco y ganó una noche en lo de Exeter, y la desairaron por ello al día siguiente. No se la pudo persuadir de jugar después de eso, salvo a solas en el carruaje con nosotros, y aquí esta noche.

—A nadie le gusta perder contra una flor de pared —señaló Alexander, y luego se encogió de hombros—. Me pregunto cómo le iría contra alguien como Lord Pulling y su círculo.

Carmichael negó con la cabeza rápidamente. —Él no tiene tu sentido del humor. No le haría gracia perder contra una solterona.

—Sería agradable verlos humillados, sin embargo. Si estuviera casada o comprometida, podría no arriesgarse a represalias, pero como es soltera, aconsejaría en contra.

Carmichael hizo una mueca. —La dama decididamente no está interesada en hombres, cortejo o matrimonio para sí misma, así que supongo que nunca veremos llegar ese día.

Un detalle se había quedado en su mente sobre la señorita Hillcrest. —¿No dirige algún tipo de escuela para caballeros?

—Con sus dos primas, sí. La Academia Hillcrest. Ayudan a los caballeros a pulir sus modales antes de intentar el matrimonio. Tuvimos suerte de que pudiera acompañarnos esta noche, en realidad. Desde su visita a la finca de Exeter, la Academia Hillcrest ha sido invadida por hijos menores necesitados de tutoría.

Alexander parpadeó. —¿Hay tantos caballeros deficientes en técnicas de seducción?

—Carentes de refinamiento para impresionar a los padres, quizás —corrigió Carmichael—. Pero el sello de Exeter tiene mucho peso, así que...

—Desde que la señorita Hillcrest y la nueva Duquesa de Exeter se hicieron cercanas durante las vacaciones, su valor para la sociedad es mayor que nunca, supongo.

—En efecto.

Wharton asintió. —Logró una hazaña que muchas mujeres tituladas de nuestro círculo no podrían reclamar para sí mismas. Tiene el oído de la duquesa, y la duquesa tiene el del duque. Todo un golpe maestro.

—No fue tan fríamente calculado como eso.

—Oh, pero eso es lo que todos pensarán —Alexander se encogió de hombros—. La naturaleza cautelosa de su gracia demuestra cuán sabia fue la elección de Exeter en su esposa. Ahora, pasemos a la verdadera razón por la que vine.

—¿Cuál es? —preguntó Carmichael, parpadeando.

—Nuestro pequeño problema.

Carmichael parecía confundido. —¿Qué problema?

—Norrington —le recordó Alexander al conde.

Las nubes se despejaron en los ojos de Carmichael. —Ah, sí. Norrington.

—¿Descubriste algo más durante la última semana?

—Nada que podamos usar para liberarlo de su propio error de juicio. Sigue apostando como si nadara en dinero.

—Maldición. Tendremos que hacerlo seguir. Ver adónde va, a quién más le debe.

Carmichael negó con la cabeza. —¿No es el espionaje un poco extremo? Solo pregúntale.

—¿Admitirías que estás en peligro de perderlo todo lo que no está vinculado? No. Estoy seguro de que no lo harías. Además, el maldito tonto me está evitando.

—Por su esposa.

—Es una tontería —Alexander frunció el ceño, recordando un rumor sobre sí mismo que le estaba causando problemas de nuevo. Una vez había favorecido a Lady Norrington, pero eso había sido antes de que se casara con Lord Norrington—. No tengo intención de hacer de Lady N mi amante esta temporada, ni ninguna otra.

—Me alegra oírlo —Carmichael se dejó caer en una silla—. Entonces no andaré a escondidas por lugares de mala muerte espionando al hombre por ti. No avergonzaré a mi esposa cuando la gente afirme que estoy destinado a la ruina de nuevo.

Carmichael casi se había ahogado en el dolor por otra mujer hacía casi un año, pero había encontrado su camino, se había casado y establecido, y posiblemente estaba a punto de convertirse en padre pronto. Y quizás demasiado ocupado para un viejo amigo con un problema urgente que necesitaba ayuda para resolver. —Tengo a alguien en mente para la tarea de seguir a Norrington, o quizás a varios. Usaré un intermediario para que no se le ocurra que estoy investigando sus asuntos. Norrington tiene una mirada condenadamente aguda, pero su esposa es miserable.

—Y tiene un carácter espinoso —asintió Carmichael—. ¿Cómo es que te enteraste de sus problemas?

—Me encontré con el matrimonio en el parque. Acababan de discutir y Norrington se había marchado furioso. Ella estaba obviamente alterada y me lo soltó todo —admitió—. Me hizo jurar que guardaría el secreto, por supuesto, cuando se dio cuenta de cómo parecería. Pero yo podría ayudarla. He logrado comprar parte de la deuda para que otros no pudieran.

—Él no lo verá de esa manera —advirtió Carmichael.

—¿Permitirías que un amigo se volviera insolvente si pudieras evitarlo?

—No. Supongo que no —Carmichael hizo una mueca—. ¿Vas a decirles lo que has hecho?

—Por supuesto que no. Norrington solo se enfadaría de nuevo —advirtió Alexander.

—Deberías decirle a *ella* lo que estás haciendo, al menos. Asiste a St. George's todos los domingos cuando está en la ciudad.

—Si me presentara en St. George's por cualquier motivo, mi madre regresaría a la ciudad esperando una boda. Preferiría no causar problemas en esa dirección, si no te importa.

—Hablando de tu madre, ¿dónde está esta temporada?

—En casa.

—¿Y tu hermano y tus hermanas?

—Obviamente en otra parte, o estaría de muy mal humor —se encogió de hombros. Su familia sabía que era mejor no molestarlo cuando estaba en Londres, lo que ocurría a menudo—. Mis hermanas están con mi madre en el campo, mi hermano probablemente esté por ahí bebiendo de nuevo.

—Toby tiene otros intereses, y lo sabes.

Alexander se pellizcó el puente de la nariz. Solo pensar en su hermano le daba jaqueca. —Me duele lo poco que le importa el destino de nuestro país.

—Sus intereses están en vivir —señaló Carmichael—. Al menos no está estorbando. Eso podría alterar todos tus planes de dirigir nuestras vidas por nosotros.

Alexander bajó la mano. —Supongo que tienes razón. Una vez tuve grandes esperanzas en él.

—¿Cuándo fue eso?

—Yo tenía doce años y Toby once. Había comenzado mi entrenamiento para ocupar el lugar de mi padre. Practicaba discursos y cosas así. Aprendía todo lo que podía. Toby solía ayudarme a escribirlos, pero luego empezó a mirar por la puerta a las criadas más bonitas. Tontamente se lo conté a mi padre en lugar de manejar el asunto yo mismo, y ese fue el principio del fin. Cuando Toby alcanzó la mayoría de edad, comenzó a pasar todos los días fuera de casa, en la taberna o en las carreras. Mi padre estaba fomentando sus vicios para entonces, me temo. Se mudó a la casa de la viuda y mantuvo allí a una mujer también, como descubrí más tarde. Hasta que heredé, de todos modos, y le puse fin.

—Ah, los hermanos —Carmichael puso las manos detrás de la cabeza—. Qué problemáticos deben ser.

Alexander estudió a Lord Carmichael durante un largo momento e hizo una mueca. Carmichael no tenía familia viva, aparte de su esposa... y quizás su expectativa que aún no había mencionado. Alexander sentía curiosidad por saber si su sospecha era correcta. —Supongo que no pasará mucho tiempo antes de que tengas un mocoso llorón por ahí.

La sonrisa de Carmichael creció lentamente. —Me preguntaba si te darías cuenta.

—Es difícil no notar que tú y tu esposa estuvieron radiantes toda la noche —asintió, complacido de haber adivinado correctamente—. Felicidades a ambos.

—Gracias. Planeábamos decírtelo antes de regresar al campo. No volveremos este año.

—Ah, lamento oírlo, pero lo entiendo —todo estaba cambiando. Alexander tendría que confiar en otros amigos para divertirse pronto.

Carmichael entrecerró los ojos mirándolo. —He estado queriendo preguntar. ¿Cambiaste de opinión sobre conseguirte una esposa?

Alexander balbuceó. —Por Dios, no. No tengo paciencia para mi familia existente, ¿y quieres cargarme con una esposa?

—Tendrías compañía mientras estoy en el campo cuidando de mi esposa y mi primer hijo.

—Difícilmente necesito una cuidadora —se quejó Alexander con amargura—. ¿Por qué demonios los hombres casados siempre intentan atar a sus amigos solteros con una mujer permanente? Una esposa solo se interpondría en mi camino.

—Tal vez ella podría ayudarte.

Alexander resopló. —Dudo que haya una mujer que haya conocido que pueda guardar tantos secretos como yo, o ayudarme con alguno de ellos —una mujer era una distracción y una complicación de la que podía prescindir felizmente esta temporada.

CAPÍTULO 2



ALBEMARLE Street

Londres

—Así que todo es muy satisfactorio, ¿no crees? Estamos con la agenda llena por al menos dos meses, y hay más caballeros insinuando que vendrán a vernos también —Sylvia Hillcrest miró a sus dos primas tumbadas en su cama, notando que ambas estaban cautivadas por su techo. Las empujó con el pie—. ¿Me estáis escuchando siquiera?

—Por supuesto que sí. Te ha ido tan bien en sociedad que, como resultado, el negocio está floreciendo.

—No sueñas muy entusiasmada —observó, preocupándose de que sus esfuerzos no hubieran cumplido con sus expectativas.

—Perdónanos, querida prima. Pero ambas regresamos muy tarde anoche —explicó Eugenia.

—Yo no pude dormir nada —se lamentó Aurora.

Sylvia tampoco. Había pasado una velada encantadora con sus amigas y, cuando regresó a casa, una noche maravillosa contando sus ganancias de Lord Wharton. Y luego sus pensamientos se habían desviado hacia territorio escandaloso sobre él.

—Si estáis tan cansadas, ¿por qué vinisteis a mi habitación y me despertasteis tan temprano? Eugenia sonrió.

—Sentí la necesidad de tu compañía.

—Yo también —murmuró Aurora—. Nadie habla con más sensatez por la mañana que tú, Sylvia, y yo no estoy pensando con claridad en absoluto.

Eugenia ajustó una almohada bajo su cabeza.

—En efecto. Tuve el encuentro más extraordinario anoche. Me ha dejado completamente trastornada.

Sylvia se giró de lado y apoyó la cabeza sobre su mano para mirar más de cerca a su prima. Los encuentros con hombres apuestos eran lo más destacado de su vida.

—Oh, ¿cuéntanos?

Eugenia se llevó la mano a la frente.

—Es simplemente demasiado joven para hablar de él, pero tan terriblemente atractivo que no puedo evitarlo. No consigo sacármelo de la cabeza.

—¿Quién era?

—No tengo ni idea. Nos cruzamos en un pasillo. Un encuentro fortuito. Mi chal se deslizó de mis hombros, por accidente no por diseño, y él galantemente me lo devolvió. Apenas

intercambiamos una docena de palabras, y sin embargo...

—Y sin embargo... —dijeron Aurora y Sylvia al unísono, y luego suspiraron también.

Aurora se giró de lado, trazando el patrón de la colcha de Sylvia antes de hablar.

—Anoche escuché cantar al hombre más maravilloso. Su hermosa voz me provocó tal emoción que tuve que usar mi abanico y fingir que mi sonrojo era simplemente por el calor de la sala.

Aurora estaba fascinada por los bailarines, músicos y actores. Casi cada semana había un hombre nuevo en su mente.

—¿Cuál era la canción? —preguntó Sylvia.

—No tengo ni idea —Aurora rió sin poder contenerse y se llevó las manos a las mejillas—. Estaba demasiado concentrada en él. Qué malvada soy.

Todas se unieron a las risas.

Londres ofrecía todo tipo de vistas interesantes para una dama de mente abierta que entendía la pasión, aunque ellas, como solteronas que ya habían pasado su mejor momento, no debían admitir tales cosas en voz alta.

Sylvia también había tenido un encuentro reciente que había hecho palpar su corazón.

Un hombre había realmente apreciado su inteligencia anoche, y por una vez no se había ofendido ni se había sentido amenazado. La intensidad de la mirada de Lord Wharton había enviado una oleada de sensaciones a través de ella, algo completamente diferente a todo lo que había experimentado antes. Sylvia estaba bien versada en la atracción y la necesidad de luchar contra ella por el bien de la propiedad. Sin embargo, anoche, había dejado la precaución a un lado y había dejado que la suya también se mostrara. ¡Le había guiñado un ojo!

Probablemente nada saldría del coqueteo, pero era agradable imaginar las posibilidades. El Marqués de Wharton estaba muy por encima de ella en la escala social y probablemente podría tener a quien quisiera. Difícilmente podrían tener algo en común, y se rumoreaba que su moral en lo que respecta a las mujeres era bastante amplia. Pero oh, qué agradable había sido imaginar más, aunque solo fuera por un momento.

—¿Y tú, Sylvia? ¿Alguien captó tu atención?

—Todos los días —se quejó, decidiendo no compartir su encuentro con Lord Wharton porque todas lo conocían—. Realmente me preocupa que este negocio en el que estamos de aconsejar a caballeros resulte ruinoso para nuestra compostura a largo plazo. No podemos usar la imagen de todos ellos echando flatulencias en la cama como un elemento disuasorio para encontrarlos atractivos.

—Londres es un desafío para todas nosotras de diferentes maneras —advirtió Eugenia, extendiendo su mano.

Sylvia la tomó, al igual que Aurora.

—Haremos lo que nos prometimos cuando nos mudamos juntas. Discreción. Siempre. Solo podemos confiar la una en la otra.

Eugenia se dejó caer de espaldas.

—Me alegro de que podamos hablar así entre nosotras. Imagina intentar ocultar para siempre lo que sentimos por los caballeros apuestos.

—Nunca guardaré secretos de ninguna de vosotras —prometió Aurora.

—No creo que pudieras guardar ninguno en absoluto, Aurora.

Todas volvieron a reír porque era cierto. Aurora era la más vocal y apasionadamente atraída por los hombres de las tres, y la menos propensa a no admitirlo. Sylvia no estaba tan ansiosa por compartir sus encuentros, por temor a que nunca estuvieran a la altura de las experiencias

grandiosamente apasionadas de sus primas.

Se quedaron en silencio por un rato hasta que Aurora se movió.

—¿Quién viene hoy?

—Lord Sullivan a las diez, Scarsdale a las cuatro, y puede que venga un hombre nuevo a las dos para una conversación rápida —dijo Sylvia, contando con los dedos.

Aurora arrugó la cara.

—Prometí visitar a Lady Bisley a las diez. Me envió una bonita carta diciendo que echaba de menos mi compañía. Si voy a mantenerla contenta, no estaré disponible para ayudar con Lord Sullivan hoy.

Eugenia se incorporó.

—Nos las arreglaremos si puedes volver para Scarsdale por la tarde. Sylvia tiene que prepararse para la velada de Lady Norrington esta noche.

Sylvia estudió sus uñas.

—Sí, diez horas de preparación podrían ser apenas suficientes para convertirme en una criatura deslumbrante por la que los hombres se peleen por bailar. Ojalá fuera un baile de máscaras para poder fingir ser alguien distinta a mí misma.

—Si estás lo suficientemente arrebatadora, quizás quieran más —bromeó Aurora—. Siéntete libre de tomar prestado lo que necesites de mi guardarropa.

—Y del mío también. Estas pequeñas incursiones tuyas en la sociedad finalmente han cambiado las cosas para nosotras, pero debes lucir lo mejor posible. Aprovecha al máximo esta oportunidad para nuevas presentaciones mientras tantos regresan del campo para la temporada.

—Gracias, lo haré si necesito algo —aceptó, mordiéndose el labio. La sociedad era notoriamente voluble, difícil de complacer. La popularidad en Londres iba y venía como una brisa caprichosa. En este momento, esta temporada, Sylvia estaba recibiendo un mayor número de invitaciones a algunos de los mejores eventos sociales, pero siempre existía la preocupación subyacente de que podrían detenerse si ofendía a alguien por ser demasiado ella misma. Por eso no apostaba muy a menudo.

Con el día planificado, las primas de Sylvia la dejaron sola con sus pensamientos. Sí, su visita a la finca campestre del Duque de Exeter con sus amigas les había dado a todas credibilidad y presentaciones más allá de sus sueños más salvajes. Debido a eso, Sylvia había decidido que no buscaría ninguna relación amorosa, si surgiera la oportunidad en un futuro cercano. Sus primas contaban con que Sylvia mantuviera su reputación, no que la destruyera con un romance imprudente con el hombre equivocado que podría hablar más tarde sobre haberla tenido en su cama.

Se levantó de la suya propia, sus pensamientos volviendo a su encuentro de anoche con Lord Wharton. Era bastante agradable a la vista, y ella admiraba a los hombres seguros de sí mismos. El Marqués de Wharton era indudablemente eso y más.

No era excesivamente guapo, pero estaba orgulloso de su apariencia y atractivo. Ni siquiera era realmente tan escandaloso o libertino en comparación con otros pícaros que había conocido en la sociedad hasta ahora. Parecía tener un sano respeto por las mujeres, y eso solo aumentaba la fascinación de Sylvia por él.

Se habían conocido en la boda de Lord y Lady Carmichael el año pasado, aunque dudaba que él siquiera la hubiera notado entonces. Habían pasado muchos meses desde que el marqués había comenzado a invadir sus sueños. En ellos, él tomaba lo que quería y la dejaba bien complacida y débil. Algunas mañanas era casi decepcionante despertar a la verdad y a su cama vacía.

Pero despertar debía, porque tenía un día muy ocupado por delante. Lo primero en su agenda

después de vestirse era dar un paseo enérgico hasta Berkley Square y de regreso para hacer ejercicio, y también comprar dulces en una tienda allí.

Sylvia llevó consigo a una doncella para que no se la viera caminando sola y partió a paso ligero.

Berkley Square era un jardín cercado, uno de los muchos en las mejores partes de Londres. Era muy diferente de los paseos rurales que había disfrutado en su juventud en Marlow, Berkshire. Pero largo paseo o no, Sylvia se sentía mucho mejor por el breve ejercicio. El centímetro extra de carne alrededor de sus caderas advertía a Sylvia que ignorara cualquier consejo que sugiriera que debía estar quieta a su edad.

Esquivaron carruajes y cruzaron al parque para comenzar su circuito. Después de una vuelta alrededor de la plaza, Sylvia notó a una dama sentada sola en un banco del parque. La mujer le era desconocida, y desvió la mirada mientras bordeaba el perímetro del tranquilo parque por segunda vez. El día era agradable y había pocos peatones. Pero había algo en la forma en que esa dama estaba sentada tan quieta que mantenía la atención de Sylvia volviendo hacia ella.

La mujer debía tener más de cincuenta años, con cabello rubio platinado peinado en rizos en la parte posterior de su cabeza. Su ropa era de primera moda y la llevaba con la facilidad de alguien acostumbrada solo a lo mejor. Sylvia buscó una acompañante de la mujer, o quizás un lacayo o mozo de cuadra merodeando cerca. Pero la mujer estaba completamente sola, y eso era inusual en este vecindario a esta hora del día.

El camino de Sylvia alrededor de Berkeley Square la llevó cerca de la mujer nuevamente, y mientras se acercaba, la dama la miró. Ojos plateados pálidos la miraron y luego bajaron a sus manos entrelazadas. Esos ojos habían estado llorando recientemente, o estaban tratando de no hacerlo ahora.

En lugar de acercarse audazmente a la mujer y preguntarle qué estaba mal y si podía ser de ayuda, Sylvia se detuvo cerca, fingiendo que tenía una piedra en el zapato.

Su doncella la ayudó a sostenerse, y Sylvia sonrió disculpándose mientras saltaba arriba y abajo. —No hay nada peor que una piedra en el zapato, ¿verdad?

La mujer sonrió tensamente. —No, supongo que no.

Hizo una mueca, intentó caminar, y luego se encogió de hombros. —¿Le importa si comparto su banco un momento?

La mujer inclinó la cabeza. —En absoluto.

Sylvia cojeó hasta el banco y se sentó, jugueteando con su zapato. Fingió encontrar su piedra rebelde y se volvió a poner el calzado lentamente. —Qué día tan encantador está resultando ser —exclamó.

La mujer mayor resopló. —Para algunos, quizás.

—¿Para usted no?

—Obviamente —La mujer suspiró—. Por eso se sentó, ¿no es así? Vio a una anciana sola y alterada y se acercó para interrogarla.

—Quería preguntar si podía ser de alguna ayuda —admitió Sylvia en voz baja.

—No a menos que puedas hacer milagros —dijo la mujer, y luego apretó los labios con fuerza. Parecía que iba a llorar de nuevo.

—No milagros, me temo, pero haré lo mejor que pueda —prometió, preocupada por la anciana—. ¿Qué necesita?

—Tiempo. Necesito más tiempo en este mundo.

—Todos lo necesitamos.

La mujer se volvió hacia ella repentinamente. —¿Qué sabes tú del paso del tiempo? Eres

joven. Tienes toda la vida por delante.

Sylvia se inclinó hacia la mujer. —Soy una mujer que nunca se casó y probablemente nunca lo hará. Créame, tengo mucho tiempo para considerar mi mortalidad.

La mujer mayor resopló. —¿Qué edad tienes? ¿Veinte?

—Veintiséis. La sociedad me considera antigua.

La mujer miró fijamente a Sylvia. —Vaya, estás ocultando tu edad mejor que la mayoría. Mejor de lo que yo lo hice. A tu edad, yo ya tenía todos mis hijos y estaba agotada hasta los huesos.

A Sylvia le habría gustado tener hijos propios. También habría disfrutado haciéndolos. —Lamento oír eso.

—¿Por qué no te casaste? Tienes un rostro lo suficientemente bonito como para capturar la atención de un hombre.

Sylvia se encogió de hombros.

—Quería casarme, pero supongo que nunca llegué a hacerlo.

La mirada de la anciana se endureció.

—¿Falta de pretendientes aceptables?

—Eso y la falta de dote —confesó Sylvia, siendo completamente honesta sobre su pasado por una vez—. Cuando tuve fondos de una pequeña herencia, mis opciones eran entre un caballero mucho mayor y un hombre más cercano a mi edad con nueve hijos.

—Así que no elegiste a ninguno. Muy miope de tu parte.

Sylvia sonrió ante la reprimenda.

—No está tan mal no estar casada. Vivo muy feliz con mis primas. Voy y vengo a mi antojo y tengo tiempo para mimar a los hijos de otras personas.

—Y entablar conversaciones con ancianas tristes en Berkley Square, también —la mujer rio suavemente—. Tener tus propios hijos es mejor, pero te advierto que nunca los mimes. Todos olvidarán los sacrificios que hiciste por ellos cuando eran jóvenes y te ignorarán cuando seas vieja y canosa.

Oh, cómo debía doler eso a cada madre. Impulsivamente, Sylvia tomó la mano de la otra mujer y la apretó.

—Lamento que no la aprecien —le dijo—. Yo daría cualquier cosa en el mundo por que mi madre aún estuviera viva para escucharla. Murió cuando yo era muy joven. Nunca tuve otra.

La otra dama parpadeó varias veces y luego le dio unas palmaditas en la mano.

—Tal vez mis hijos ingratos me echarán de menos cuando me haya ido.

Sylvia empezaba a sentirse un poco melancólica ella misma. No sabía el nombre de esta mujer, pero dudaba que alguna vez olvidara su conversación de hoy. Una parte de ella siempre se había preguntado si había cometido un error al rechazar a sus dos pretendientes, cuando los tuvo, por una vida de libertad y aventura con sus primas. Su tiempo juntas no siempre había sido un camino de rosas. Había pequeñas molestias tontas a veces. Sylvia no estaba tan segura de que cualquiera de los dos caminos hubiera sido mejor para ella.

—Bueno, debería volver. Dios sabe qué han estado haciendo esas hijas mías mientras yo no estaba —la dama inclinó la cabeza hacia Sylvia—. Gracias por la conversación, jovencita. Espero que algún hombre vea más allá de tu edad y falta de dote.

—Si no, estoy segura de que estaré bien por mi cuenta —le prometió a la mujer.

La dama se alejó apresuradamente, y Sylvia tomó nota de la casa en la que entró. Era uno de esos lugares que frecuentemente se alquilaban a diferentes familias durante la temporada.

Sylvia se puso de pie y, con una última mirada hacia la lejana casa de la ciudad, instó a su

doncella a acompañarla en un rápido paseo alrededor de la plaza antes de regresar a casa.

CAPÍTULO 3



LA SALA DE juegos de la velada de Lady Norrington estaba repleta cuando Alexander entró despreocupadamente alrededor de la medianoche. Llegaba tarde, como de costumbre. Prefería hacer una entrada discreta en lugar de una temprana, especialmente aquí, donde su bienvenida podía ser decididamente fría. Probablemente solo tenía que agradecer a Lady Norrington por esta inesperada invitación.

Un sirviente se apresuró a ofrecerle una copa de vino mientras estudiaba el salón de baile y los invitados, pero rápidamente se aburrió. Dirigió su atención a los laterales, notando dónde se reunían los viejos amigos y dónde los nuevos conocidos permanecían deslumbrados por la novedad de la reunión.

Se sorprendió al ver a la señorita Hillcrest en el primer grupo. Realmente se había congraciado con la alta sociedad, a juzgar por lo integrada que parecía estar en la conversación con algunos de los más estrictos. Debían aprobar también su negocio, lo cual no tenía sentido para él. Un hombre no debería necesitar la orientación de tres mujeres solteras sobre la mejor manera de proponer matrimonio a alguien.

Él no necesitaría ese tipo de ayuda cuando llegara el momento, muy lejano aún. Era el Marqués de Wharton. Eso solo lo recomendaba ante casi cualquiera, y además era rico por derecho propio. Eso probablemente importaba más a cualquier familia que su rostro atractivo.

Recorrió el perímetro de la sala y luego salió para deslizarse en la sala de juegos, observando fortunas ganadas y algunas perdidas. Los malos perdedores se escabullían bastante rápido y regresaban al salón de baile, mientras que los ganadores alardeaban de su habilidad ante los espectadores y seguían jugando.

Se encontró con Lord Norrington en una mesa y se detuvo a observar el juego.

Norrington era particular y solo jugaba con ciertos lores, y esta noche estaba perdiendo ante esos mismos lores una vez más. El conde debería dejar de tirar su dinero y hacer economías.

Alexander bebía con moderación, sintiéndose desanimado mientras otro juego llegaba a su conclusión con Norrington perdiendo, según sus cálculos, cientos de libras. Probablemente no sería su última pérdida de la noche, tampoco.

El hombre era demasiado terco para ayudarse a sí mismo, y su esposa sin duda sufriría por ello más tarde. Miró alrededor, esperando encontrar a Lady Norrington en la sala de juegos. Solo ella podría tener la oportunidad de distraer a su marido de tirar su futuro por la borda.

La encontró conversando con la señorita Hillcrest. No estaba al tanto de su conexión, o cuándo había comenzado, pero ella estaba en la lista de invitados, así que, por supuesto, era

lógico que fueran amigas de algún tipo.

Quizás habían jugado a las cartas juntas en otra fiesta.

Quizás Sylvia Hillcrest estaba ayudando a arruinar a los Norrington.

No. No deliberadamente, en todo caso. Ella había dicho que aplicaba sus habilidades con cuidado, ocultando sus verdaderos talentos para evitar ofender.

Y entonces Alexander pensó en cómo podría hacer uso del talento de la señorita Hillcrest en las cartas para ayudar a un antiguo amigo a salir de una situación complicada.

La señorita Hillcrest había dicho que podía ganar y perder un juego a voluntad. La única persona a quien Alexander particularmente quería que fuera el receptor de dinero esta noche era un Norrington, lord o lady. No le importaba cuál.

Pero ¿cómo organizarlo? No podía simplemente acercarse y ofrecerse a financiar a la señorita Hillcrest en un juego él mismo. Cualquiera persona sensata se ofendería y lo rechazaría. Pero realmente no había mejor momento que el presente. Esta noche, todos estaban bajo el techo de Norrington. Valía la pena el riesgo en su opinión. Alexander tendría que ser extremadamente discreto cuando explicara su plan para ayudar a los Norrington; encontrarse con la señorita Hillcrest a solas en algún lugar y obtener de ella la promesa de mantener la boca cerrada al respecto más tarde.

Tampoco quería que la señorita Hillcrest lo malinterpretara cuando tratara de organizar su encuentro. Podría temer que él pretendiera seducirla. Difícilmente estaba interesado en eso, por supuesto. Ella era demasiado recatada y formal para que él considerara llevarla a la cama.

Pero entonces sus miradas se cruzaron por primera vez esa noche, y recordó varias cosas sobre ella. Era atractiva a su manera, y le había sonreído muy audazmente la última vez que se habían encontrado. Le había guiñado un ojo también, pero solo cuando sus anfitriones miraban hacia otro lado.

Él le guiñó el ojo ahora.

La frente de la señorita Hillcrest se arrugó lentamente en confusión, luego asintió hacia él antes de volver a su conversación con Lady Norrington. Esa conversación necesitaba terminar, pero él no podía ser quien la interrumpiera. No quería que Lady Norrington le prestara atención hablando con una solterona cuando se sabía que él las evitaba como la peste.

Se alejó de la mesa de Norrington y observó otro juego durante unos minutos, manteniendo un ojo en la señorita Hillcrest.

Cuando su conversación terminó, ella se dirigió fuera de la sala de juegos hacia el vestíbulo de entrada. Él la siguió lentamente, notando que no se apresuraba a entrar en el salón de baile, como él sospechaba que podría hacer. Caminaba sin prisa, con el abanico abierto refrescando su rostro mientras se dirigía directamente hacia las puertas abiertas de la terraza.

Cualquiera que la viera podría suponer que se aventuraba a tomar un poco de aire fresco. Las solteras de su edad no solían ser perseguidas por canallas ni vigiladas muy de cerca tampoco. Su edad y la ausencia de una dote considerable hacían que mujeres mayores como la señorita Hillcrest fueran mucho menos interesantes. Ciertamente nunca le habían interesado a él.

Hasta esta noche.

Esperó unos minutos y luego salió también, por otro conjunto de puertas más alejadas en la sala. Paseó por la terraza, manteniéndose en las sombras hasta que se encontró con la señorita Hillcrest mirando las estrellas.

Sin embargo, ella estaba a plena vista de los invitados del salón de baile. Su mirada bajó lentamente y luego se giró ligeramente en su dirección, revelando que era consciente de su presencia.

—Es una noche hermosa, ¿no es así?

—Supongo —respondió Alexander, pero se mantuvo en las sombras. No podía pararse a su lado sin provocar murmuraciones en el interior.

—¿Qué quiere?

—¿Quién dijo que quería algo?

—Me miró dos veces esta noche. Por supuesto que debe querer algo. ¿Ha venido a recuperar su dinero sin que Carmichael se entere?

—Por supuesto que no —exclamó, muy ofendido—. En realidad, tenía otra cosa en mente.

Ella contuvo la respiración, y Alexander casi gimió. ¿Por qué todas las mujeres pensaban que pretendía seducirlas cuando solo quería un momento de su tiempo?

—Nada escandaloso —se apresuró a asegurarle—. Bueno, quizás lo sea, pero nada demasiado arduo para usted. Tengo una pregunta.

Ella se acercó un poco más por la terraza hacia él, aunque no del todo hasta las sombras.

—Entonces hágala.

Él comprobó que nadie se dirigía a la terraza antes de hablar.

—¿Puede perder específicamente una mano de cartas contra una sola persona en la mesa sin que se den cuenta de que se hizo deliberadamente?

Guardó silencio un minuto y luego levantó un delicado hombro en un encogimiento. —Eso es más difícil, pero lo he hecho con mis primos algunas veces. ¿Por qué?

—¿Puedes guardar un secreto también?

Ella miró hacia el cielo. —Sí, normalmente lo haría.

Alexander debatió la sabiduría de compartir sus planes con esta mujer. Estaba corriendo un riesgo al confiar en ella, pero podría ser la única forma de avanzar con su plan para apuntalar la decadente fortuna de los Norrington. —Hay una dama adentro que está en una mala situación financiera. Lo oculta bien, pero deseo asegurar que su felicidad continúe. Discretamente, por supuesto.

—Si ella es una *buena* amiga, ¿por qué no simplemente le das el dinero tú mismo la próxima vez que la veas a solas?

—No es ese tipo de relación entre nosotros. —Hizo una mueca. Todos asumían que su interés por Lady Norrington era romántico—. Su esposo nunca aceptaría caridad, y no deseo causar discordia entre marido y mujer. Pero si ella ganara en las cartas...

—No sería caridad —completó la señorita Hillcrest—. Muy astuto. Creerían que fue suerte y nunca sospecharían que el dinero vino de ti.

Alexander se arriesgó a echar un vistazo dentro del salón de baile. Hasta ahora estaban solos en la terraza, pero dudaba que eso pudiera continuar toda la noche. —¿Entonces?

Ella suspiró. —No tengo fondos para apostar esta noche.

—Yo sí, por supuesto.

Su sonrisa mostró diversión. —Por supuesto que los tienes.

Él metió la mano en su bolsillo y sacó un puñado de billetes. —¿Por qué no vienes aquí, a las sombras para tomarlo?

Ella permaneció donde estaba y miró las estrellas de nuevo, levantó los brazos y luego bailó hacia las sombras. Cualquiera que la hubiera visto se habría reído, pensando que era una vieja excéntrica, pero tampoco cuestionarían por qué había desaparecido de la vista. No inmediatamente.

Parpadeó varias veces mientras sus ojos se ajustaban a la oscuridad, y luego le sonrió, con los ojos brillantes de interés. —Muy bien. ¿Quién es tu misteriosa amiga?

Él se inclinó para susurrar en su oído y captó el aroma de su perfume. Rosas. El suave aroma inesperadamente lo excitó. —Nuestra anfitriona —susurró.

—¡No!

Él agarró rápidamente su brazo. —Baja la voz —siseó—. No quiero que nos encuentren a solas.

La señorita Hillcrest retrocedió un paso. —Eso fue grosero.

Preocupado de que sus voces pudieran haberse oído, la agarró por la cintura, la levantó y la colocó más lejos de la puerta. La miró fijamente, acorralándola. —No quiero que nadie se entere de esto —advirtió en un susurro.

—Guardaré tu secreto —prometió—. Me cae muy bien.

Él presionó el dinero contra su vientre. Sus dedos se rozaron cuando cambió de manos, y la señorita Hillcrest entrecerró los ojos mientras trataba de contar el dinero en la oscuridad.

Mientras tanto, el aroma de su perfume seguía afectándolo... y empezó a pensar demasiado en la diversión de robar besos.

—Esto es una fortuna —susurró ella, inconsciente de su reacción hacia ella.

Él restó importancia a su asombro. Haría más si pudiera salirse con la suya. —Difícilmente es algo que echaré de menos.

Oyó un ruido y, en lugar de huir solo, llevó a la señorita Hillcrest más lejos en la terraza hacia sombras más profundas. Ahora realmente causarían un escándalo si los encontraran solos tan lejos de todos. La sociedad ciertamente malinterpretaría.

El dinero crujió cuando ella lo apretó más fuerte en su mano. —Tal vez para alguien como tú lo sea, pero una mujer de mis modestos medios nunca llevaría tanto dinero en una noche así. Llamaría la atención.

Realmente no había pensado en a quién le estaba entregando su dinero, solo en la necesidad de ponerlo en las manos correctas. Se sintió brevemente molesto por haber elegido a la única mujer que no podía hacer lo que le pedía inmediatamente. ¿O acaso la prisa era innecesaria si el éxito era inevitable?

Quería ser discreto con su generosidad. Había quienes esperaban ver caer a un hombre orgulloso como Norrington y verse obligado a vender propiedades valiosas para cubrir sus crecientes deudas. —Entonces pierde tanto como consideres prudente esta noche, pero entrégale el resto dentro de una semana.

Los ojos de la señorita Hillcrest se agrandaron. —¿Confiarías en mí para guardar tanto dinero por ti?

—Te estaré vigilando de cerca, señorita Hillcrest. Si me fallas, te arruinaré.

Un sonido extraño escapó de ella mientras metía el dinero en su bolso. —¿De verdad lo harías?

—No estoy bromeando, señorita Hillcrest.

Ella levantó la mirada lentamente, y las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa maliciosa. —No pensé que lo estuvieras, pero tu error fue creer que a una mujer como yo no le gustaría mucho el sonido de la ruina, del *otro* tipo. En fin.

Él parpadeó. —¿Cómo dice?

—Oh, vaya. Te he sorprendido, ¿verdad? —Levantó un hombro y suspiró—. Pocos quieren que una solterona les coquete.

Se alejó girando antes de que él pudiera responder, bailando hacia la luz del salón de baile como si no acabara de reunirse con él y llevarse cinco mil libras. Cuando volvió a entrar en el salón, con la barbilla alta y serena, él se quedó allí boquiabierto como un pez durante varios

momentos.

Sacudió la cabeza y luego se apresuró hacia otra puerta y regresó al salón de baile también.

La señorita Hillcrest estaba llena de sorpresas. Realmente había sido un tonto con respecto a ella. Estaba por encima del promedio. Las mujeres como ella podían ser fascinantes, pero al final, era mejor mantenerse alejado. Fácilmente enredaban a un hombre en sus asuntos y lo distraían de los suyos propios.

Pero esta noche, Alexander tenía una buena razón para seguirla discretamente por la casa de los Norrington durante el resto de la velada, observando su comportamiento hacia los otros invitados y vigilando su sencillo bolso.

Parecía ser muy querida, especialmente por los caballeros, tanto casados como solteros.

De vez en cuando, la señorita Hillcrest lo sorprendía mirándola, y esa sonrisa traviesa suya volvía. Si no supiera mejor, juraría que la mujer estaba disfrutando tenerlo siguiéndola. *Pícara descarada*.

Por supuesto, a lo largo de los años, muchas mujeres habían querido que él las persiguiera. Estaba bien versado en rechazar admiradoras no deseadas. Su última amante había intentado con todas sus fuerzas hacerlo amarla, nada menos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de alivio cuando la señorita Hillcrest tomó el brazo de otro hombre y se alejó hacia la sala de juegos. No pudo ver bien quién era, sin embargo.

Ya que la señorita Hillcrest había dejado el salón de baile, Alexander no vio ninguna buena razón para quedarse si no tenía intención de bailar con nadie. Ella podría estar de camino a la sala de juegos ahora, pero no quería seguirla demasiado de cerca. Confiaba en su habilidad con las cartas, pero sí quería estar presente para presenciar el logro de su objetivo. Por lo que había oído, este pequeño evento había sido pagado enteramente a crédito.

Se dirigió hacia la sala de juegos, pero entonces Lord Carmichael se materializó frente a él.

—¿Vas a algún lado?

—No realmente —señaló hacia adelante—. ¿Quién era ese tipo que caminaba con la señorita Hillcrest? Por más que lo intento, no puedo recordar su nombre.

Carmichael se estiró para ver y luego puso los ojos en blanco.

—Por el amor de Dios, ese es Lord Sullivan.

Sullivan. Viudo. Un hombre en busca de una novia para complacer a su familia.

—Entonces, ¿es cliente de la Academia como Scarsdale pretende ser?

—Sospecho que sí.

—Pobre hombre, tener que recurrir a medidas tan drásticas.

Carmichael lo miró con diversión.

—Tu día llegará también, supongo.

Alexander se crispó.

—No tendré que poner un pie en ese establecimiento para encontrar a la novia adecuada para mí.

—No, las mujeres estarán derribando tu puerta para atraparte en la trampa del párroco, sin duda —se burló Carmichael.

Alexander le lanzó una mirada fulminante a su amigo más cercano.

—¿No deberías estar con tu esposa? ¿Dónde está Lady Carmichael esta noche?

Él señaló con la cabeza hacia el otro lado de la sala.

—Allá con las ancianas. No me atrevo a interrumpir.

—Entonces no lo hagamos —él y Carmichael entraron juntos a la sala de juegos.

La señorita Hillcrest se estaba deslizando en un asiento en una mesa con otras tres mujeres.

Él se detuvo a cierta distancia detrás de ella... y encontró la redondez de su trasero en el asiento momentáneamente distractora. Sylvia Hillcrest era una mujer menuda, pero agradablemente redondeada en todos los lugares correctos, descubrió. Llevaba guantes largos y la piel que podía ver lucía alguna que otra peca. ¿Estarían por todas partes?

Se aclaró la garganta y se apresuró a preguntarle a Carmichael qué haría al día siguiente. Escuchó, pero mantuvo un ojo en los acontecimientos. El juego iba bien. Todas, excepto Lady Norrington, parecían estar de buen humor.

Un lacayo se acercó a la mesa y ofreció champán a las damas. Notó que la señorita Hillcrest aceptó, pero rápidamente se dio cuenta de que no estaba bebiendo, prefiriendo mantener la cabeza clara y concentrada en el juego.

Ver a alguien más jugar en su nombre era un asunto frustrante, pero no se atrevía a acercarse más.

La señorita Hillcrest finalmente pareció ganar una mano, y las damas celebraron su éxito. Mientras repartía la siguiente mano, él se puso ansioso. ¿Realmente haría lo que había prometido?

Probablemente debería haberle ofrecido una compensación por el favor que le estaba haciendo esta noche, para asegurarse de que guardara su secreto. Pero ¿qué podría querer una mujer descarada sin fortuna de un marqués que le pedía un pequeño favor? ¿Presentaciones? Parecía conocer ya a todos los que él conocía. Ya tenía el oído del Duque y, particularmente, de la Duquesa de Exeter. ¿Dinero? Si quisiera más, siempre podría ganar una fortuna en las cartas sin ningún problema cuando quisiera.

No, el dinero y el prestigio de su aprobación no serían un reembolso adecuado para una mujer así.

Por supuesto, tendría que esperar y ver si era tan exitosa como afirmaba. La noche aún era joven.

Se movió lentamente por la sala hasta que se encontró rodeado de mujeres y los maridos de las jugadoras. La señorita Hillcrest lo ignoró. Su atención estaba únicamente en sus cartas y sus oponentes durante la siguiente hora. Ganó y perdió. Él se impresionaba cada vez más con su habilidad a medida que sus ganancias se acumulaban a su alrededor.

Lady Norrington se pegó a su lado como pagamento, permaneciendo en la mesa con Sylvia incluso cuando otras se habían ido y habían sido reemplazadas por nuevas jugadoras. Sylvia hacía que sus rachas perdedoras parecieran completamente auténticas, y sus victorias se llevaban a cabo con gracia. Como había afirmado la otra noche, solo tomaba dinero de aquellas que podían permitirse más la pérdida.

La suerte de Lady Norrington fue mayormente mala, excepto cuando Sylvia Hillcrest cometía un error que la beneficiaba. La señorita Hillcrest perdió lo suficiente con Lady Norrington como para que su anfitriona sonriera orgullosamente ante su notable cambio de fortuna. Finalmente abandonó la sala de juegos, llevándose mucho más dinero del que tenía cuando se sentó.

Alexander la vio irse con una sonrisa satisfecha. Sin duda se dirigía a su caja fuerte personal, dondequiera que estuviera.

Y se encontró un poco asombrado por la solterona.

Era justo y correcto que se le ofreciera una recompensa a la señorita Hillcrest por sus esfuerzos de esta noche. Pero ¿qué darle?

Cuando llegó el momento de que terminara la velada, terminó en la fila detrás de los Carmichael y la señorita Hillcrest mientras los seguía hacia la noche y sus carruajes que los esperaban. La oyó prometer que visitaría a su anfitriona al día siguiente.

Asintió hacia Lord Norrington.

—Excelente velada.

Norrington le ofreció un seco asentimiento a cambio y se volvió hacia el siguiente invitado que partía de manera insultantemente rápida. Mientras Norrington extendía un brazo para tocar a su esposa, Alexander suspiró exasperado. Por el amor de Dios, la esposa del hombre no era tan deseable como para que intentara seducirla en la puerta de salida. Lady Norrington le agradeció por venir, pero fue arrastrada hacia su marido sobreprotector, así que todo lo que pudo hacer fue murmurar buenas noches e irse.

Norrington estaba siendo ridículo. Si Alexander estuviera mínimamente interesado en la esposa del hombre, quizás solo tendría que chasquear los dedos. Eso era, si Lady Norrington estuviera interesada en él a cambio. No lo estaba. Amaba a su tonto marido por encima de todos los demás. Cualquiera con ojos debería ver que nunca se sentiría tentada a desviarse.

Alexander estaba en realidad mucho más interesado en cierta dama con un don para los juegos, que también poseía un trasero agradablemente redondeado.

Según sus cálculos, la señorita Hillcrest se había separado de una cuarta parte de lo que le había dado. Cuando podría deshacerse del resto de su caridad lo preocupaba solo un poco, pero confiaba en que de una forma u otra, no lo decepcionaría. No estaba seguro de por qué había depositado su fe en ella tan fácilmente, pero confiaba en ella. Y no solo porque amigos mutuos hablaran tan bien de ella a cada momento.

Había tenido tiempo suficiente para observar su comportamiento desde una distancia segura; tal vez por eso estaba repentinamente dispuesto a tomar un interés más profundo. Parecía alguien a quien podría considerar una aliada, o incluso una amiga cercana algún día, si hubiera nacido hombre. Las amistades con mujeres eran demasiado complicadas para molestarse.

Su rostro apareció en la ventana de su carruaje y, antes de que se alejara, le lanzó una sonrisa. Sí, la consideraba un potencial activo para sus asuntos de negocios. En general, había sido una velada satisfactoria y un comienzo exitoso para su nueva asociación. Llevar a cabo el resto requeriría una ejecución cuidadosa, pero Alexander era muy bueno atando cabos sueltos.

Entró en su carruaje y sonrió para sí mismo mientras lo llevaban. Pronto habría un baile de máscaras en su casa con sus amigos más cercanos, pero había olvidado invitar o siquiera pensar en añadir a la señorita Hillcrest a la lista de invitados. Estaba pensando en hacerlo ahora... y quizás no solo para juegos llevados a cabo en la sala de cartas.

Sylvia Hillcrest había llamado su atención. Sentía que podrían tener mucho en común, pero solo el tiempo diría si ese era el caso o no.

Si pudiera reunir a Sylvia y a Lady Norrington de nuevo en su propia sala de juegos, no habría límites para el dinero que podría cambiar de manos. Todos estarían enmascarados y las apuestas serían altas en cada mesa. Nadie notaría que la señorita Hillcrest no pertenecía realmente a ese círculo si lucía como tal y mantenía oculta su identidad toda la noche.

Sí. Habría amplias oportunidades para que los talentos especiales de la señorita Hillcrest brillaran cuando estuviera bajo su techo. Podía ver claramente cómo se desarrollaría la velada.

Y más tarde esa noche, quizás, descubriría cuán audaz podría ser realmente.

Frunció los labios, sopesando sus posibilidades de seducir a una solterona contra el riesgo de escapar nuevamente del romance. La búsqueda de mujeres solteras por placer era un asunto delicado. Se requería cautela para evitar que el nudo del pastor ahogara permanentemente la libertad de un hombre.

Pero estaba ciertamente tentado.

Primero, sin embargo, había que salvar a Norrington de su propia estupidez.

CAPÍTULO 4



EN TODA AMISTAD, había momentos en los que una dama debía saber cuándo hacerse a un lado. Ese momento llegó exactamente cuarenta y cinco minutos después de haber arribado a la casa de su buena amiga Lenore, Lady Carmichael. La mujer estaba simplemente embelesada con su marido, y se notaba. Sylvia dejó a un lado el libro de patrones que había estado hojeando y sonrió. —Debería irme ya.

—Oh, no te vayas todavía —exclamó Lenore.

—Debo hacerlo —le dijo Sylvia con una sonrisa—. Has estado mirando de reojo hacia la puerta los últimos diez minutos, esperando verlo aparecer allí.

Lenore se sonrojó y jugueteó con las muestras de tela esparcidas sobre su regazo. —No pretendo ser descortés contigo. Aún necesito tu ayuda.

—Lo sé, pero tu atención está muy lejos. Por eso me marcho ahora. Odio verte sufrir sin él —bromeó, y soltó una carcajada cuando Lenore se puso roja como un tomate—. Me encanta que se amen tan bien y tan a menudo.

La pareja siempre estaba tocándose y escabulléndose. Tan pronto como ella se fuera, sin duda volverían directamente a la cama, donde Lenore le había confesado que pasaban gran parte del tiempo. Sylvia podía creerlo fácilmente. El viaje de ida y vuelta a la finca del Duque de Exeter con ellos durante el invierno había sido largo, con frecuentes paradas innecesarias por la noche en pequeñas y acogedoras posadas. Podría haber sido muy incómodo si Sylvia hubiera tenido alguna tendencia pudorosa. El hecho de que Lord Carmichael siguiera persiguiendo a su esposa por toda la casa buscando un poco de atención, Sylvia lo tomaba como una muy buena señal. Su dulce amiga seguramente tendría un matrimonio feliz y duradero.

Sylvia se puso de pie y besó la mejilla de Lenore. —Me iré sola.

—Oh, lo siento —prometió Lenore.

—Yo no. Ve a buscarlo —la instó, y luego se deslizó por la puerta.

El mayordomo apareció al instante. —¿Debo llamar un carruaje, señorita?

—Gracias. Se lo agradecería.

—También buscaré a su doncella.

—Gracias por eso.

Le entregó su sombrero y guantes, y Sylvia se detuvo frente al espejo, asegurándose de lucir lo mejor posible. No es que esperara tropezarse con alguien a quien quisiera impresionar, pero una nunca sabía qué hombre apuesto podría estar acechando a la vuelta de la esquina.

Lord Carmichael asomó la cabeza por la puerta de su estudio. —¿Ya se va tan pronto,

señorita Hillcrest?

Ella notó su sonrisa y le hizo un gesto con el dedo. —Intenta no parecer tan aliviado por mi partida.

Él sonrió. —Sabes que disfruto de tu compañía.

—Pero prefieres más la de tu esposa —sugirió ella.

Carmichael se encogió de hombros, indefenso. —Me conoces tan bien.

Ella miró hacia afuera, pero el carruaje aún no había llegado.

—Wharton aceptó su derrota con mucha elegancia la otra noche —le confió Carmichael mientras se acercaba para pararse a su lado y mirar también hacia afuera.

—Me alegra que pudiera soportar la pérdida, pero por favor no esperes que monte un espectáculo para todos tus amigos.

—Las sorpresas le hacen bien a Wharton —Carmichael se rio—. Mantienen su mente aguda.

—Lo haces sonar como si su vida careciera de desafíos —murmuró ella.

—Bueno, conquistó la sociedad más o menos hace una década cuando asumió el título. Se aburre con facilidad —admitió Carmichael.

—Una esposa lo mantendría en vilo —reflexionó ella.

Carmichael estalló en carcajadas. —Eso es lo que le sigo diciendo, pero no acepta mi consejo. Debería escucharnos a ambos.

—Como todos los demás, como tú también, lo más probable es que se case cuando tomar esposa se convierta en algo sin lo cual no pueda vivir —advirtió ella—. Ah, aquí está tu carruaje. Muchas gracias por ponerlo a mi disposición nuevamente.

—Es un placer —Hizo una reverencia—. Hasta la próxima.

—Hasta la próxima semana —le prometió, justo cuando su doncella llegaba corriendo desde los cuartos de servicio de abajo—. Ah, bien.

—Perdón por llegar tarde, señorita Hillcrest.

—No llegar tarde —le aseguró Sylvia mientras salían juntas apresuradamente.

Un mozo de cuadra las ayudó a subir al gran carruaje descubierto, y aunque el cielo amenazaba con lluvia, ella sonrió felizmente.

El carruaje avanzaba lentamente desde Mayfair, dirigiéndose hacia su casa. Cuando llegaron a Berkeley Square y vio el amplio espacio abierto, sintió un repentino deseo de bajarse y caminar el resto del camino a casa.

Detuvo el carruaje y le deseó un buen día al cochero. Juntas, ella y la doncella cruzaron rápidamente la concurrida calle hacia la tranquilidad de un paseo relajado por el parque.

La mujer que había conocido el otro día estaba allí de nuevo, sentada sola y observando a todos los que pasaban.

Presentadas o no, Sylvia se acercó a la anciana con la completa confianza de que estaba haciendo lo correcto. —Buenos días, mi señora.

La anciana arqueó una ceja mientras sostenía firmemente la mirada de Sylvia. —Así que has vuelto, ¿eh?

Sylvia asintió, estudiando de cerca a la mujer y luego haciendo un gesto a su doncella para que se retirara. La dama vestía muy bien de nuevo con un vestido de muselina bordado y una chaqueta spencer perfectamente confeccionada del mismo impresionante tono azul cielo. Sylvia, vestida de ciruela, no era la mujer que la gente notaría hoy. La desconocida de Sylvia se mantenía rígidamente erguida, como si le hubieran advertido que nunca relajara su postura en toda su vida. Sin embargo, hoy no parecía haber estado llorando, y eso era bueno. —En realidad, camino por la plaza todos los días. Es un placer verla tomando el aire de nuevo.

La anciana miró lentamente a su alrededor. —No vienes de una de las residencias cercanas.

—No —admitió Sylvia, preguntándose si eso marcaría una diferencia. Su casa era más modesta que las que la rodeaban ahora. Las familias de aquí eran más ricas e importantes, o al menos eso creían—. Comparto una casa con mis dos primas en Albemarle Street, no muy lejos de aquí. Vengo aquí para hacer ejercicio y disfrutar de las vistas. Me interesa entender a las personas y lo que las hace felices.

—Entonces será mejor que te sientes, supongo —aconsejó la mujer—. Aunque entender lo que hace felices a los demás es seguramente el trabajo de toda una vida.

—Estoy de acuerdo —murmuró Sylvia mientras se acomodaba al lado de la anciana y juntaba las manos en su regazo—. ¿A usted también le gusta observar a otras personas?

—Si la vista es agradable —La mujer se movió un poco y un atisbo de mueca apareció en su rostro por un momento—. Me pregunto si puedes detectar a una gallina particularmente obvia tratando de atraer a un viejo gallo desplumado.

Intrigada por la descripción, Sylvia levantó la mirada lentamente y notó con facilidad a una joven que lanzaba miradas furtivas a un par de caballeros calvos de edad avanzada sentados no muy lejos. La mujer estaba dejando bastante claro que estaba definitivamente interesada en captar la atención de uno, o ambos. La dama ajustó su postura, sacando más el pecho. Todos deberían haberla notado con un comportamiento así. Pero los hombres parecían mucho más interesados en su propia conversación que en lo que sucedía a su alrededor.

—Los hombres suelen ser tan ajenos a lo que hacen las mujeres a menos que estén paradas frente a ellos, ¿no es así? ¿Quién crees que es ella?

La mujer mayor entrecerró los ojos.

—Probablemente una nueva viuda que ha venido a la ciudad en busca de un mejor partido que el anterior.

—¿Por qué dices eso?

—El estado de su ropa y sus posesiones, todas nuevas, sospecho, la delatan como una mujer que se esfuerza por impresionar. La criada que acecha detrás de ella está limpia pero decididamente andrajosa. La mujer tiene fondos para gastar en sí misma, pero no en la sirvienta más importante que una dama podría necesitar —La mujer se encogió de hombros—. Y nueva en la ciudad porque ha estado sentada ahí tanto tiempo como yo he estado aquí, y no ha hablado con nadie de importancia.

—Ya veo —respondió Sylvia, luego miró a la mujer con curiosidad—. ¿Has tenido una mañana agradable hablando con tus amigos en la plaza hoy?

La mujer mayor le lanzó una mirada de reproche a Sylvia.

—Yo también soy una extraña aquí.

Sylvia había estado viniendo a pasear a esta plaza el tiempo suficiente como para reconocer los rostros de los recién llegados, y había asumido que ese era el caso de esta mujer.

—¿No habías alquilado una casa en esta plaza antes?

La dama negó con la cabeza.

—Este año las necesidades lo han requerido.

—Ah —murmuró Sylvia y decidió no presionar por más información por el momento. Tal vez esta mujer también había caído en tiempos difíciles. Sylvia le deseó toda la suerte del mundo para mejorar su situación. Deseaba poder ayudar. Sylvia inclinó la cabeza hacia la joven sentada sola—. ¿Crees que está enamorada de uno de ellos?

—Poco probable —dijo la mujer mayor y entrecerró los ojos un poco—. Las mujeres de esa edad buscan hombres por razones puramente mercenarias.

Dado que la mujer parecía ser de una edad similar a Sylvia, no comentó sobre los motivos de la otra mujer. Las mujeres tenían muchas razones para formar una pareja a cualquier edad. La seguridad era la más frecuente.

Sylvia miró hacia el cielo. Había algunas nubes más sobre sus cabezas que cuando había salido, pero ahora estaban pesadas y les privaban de la preciosa luz del sol.

—Es probable que llueva antes de que vuelva a casa. Qué día tan encantador, ¿no?

—Si tú lo dices, supongo que debe serlo para ti —respondió la mujer mayor, con un tono cargado de sarcasmo.

Oh, era una vieja gallina dura, esta. Probablemente por eso Sylvia había buscado una segunda conversación con ella sin que aún las hubieran presentado. La anciana hablaba con franqueza en lugar de fingir ser agradable todo el tiempo, como solían hacer tantos en la sociedad. A Sylvia le gustaba no saber cómo respondería la extraña.

La anciana se volvió hacia ella de repente.

—Mencionaste que tienes primas. ¿Dónde están tus padres? ¿Hermanos y hermanas?

Se han ido.

—Mi madre murió cuando yo era joven y mi padre hace unos años. Tuve un hermano una vez.

—¿Una vez?

—Murió, al principio de la guerra.

—Mis condolencias —murmuró la dama.

—Gracias. Fue hace mucho tiempo —Sylvia no sabía cómo llamar a la mujer. Sentía que la dama merecía el máximo respeto, pero no quería asumir que tenía un título en caso de que Sylvia se dirigiera a ella incorrectamente—. Perdóname si esto es demasiado atrevido, pero ¿quién eres?

La mujer apartó la mirada.

—Puedes llamarme Lizzy, si es que necesitas un nombre —decidió finalmente.

Sylvia alzó una ceja.

—¿Es ese tu nombre?

La mujer miró a Sylvia con brusquedad, con los ojos entrecerrados, y luego suspiró.

—Mi difunto esposo me llamaba así una vez. Antes de que tomara una amante y cuando aún éramos jóvenes.

Los hombres con dinero de sobra tomaban amantes, y con más frecuencia si eran de las mejores familias de la sociedad. Que esta dama lo hubiera mencionado a una extraña sugería que consideraba la existencia de amantes bastante común.

—Lamento lo de la amante —ofreció Sylvia.

—Todos los grandes hombres toman al menos una en sus vidas, o eso me dijo él cuando lo confronté —Su expresión se tensó—. Mi hijo tomó una antes siquiera de molestarse en tomar esposa.

Sylvia había pasado suficiente tiempo en sociedad como para no sorprenderse ni ofenderse por la conversación sobre hombres que tenían amantes.

—Entonces también lo siento por su esposa —murmuró.

—Yo también lo sentiría, si alguna vez se tomara el tiempo de atarse el nudo. Mi hijo está arrastrando los pies en ese terreno, para mi continua molestia.

Sylvia rió suavemente. Había escuchado a tantas madres quejarse de que sus hijos no se habían casado... o habían elegido mal cuando lo hicieron.

—Estoy bien versada en la renuencia de los caballeros a molestarse en proponer matrimonio.

La mujer pareció reflexionar sobre su comentario por un largo momento.

—Si no tienes hermano y solo parientes femeninas, ¿cómo podrías entender las dificultades de una madre esperando que nazca la próxima generación?

Sylvia se mordió el labio, y luego decidió compartir la verdad de frente. Con suerte, la dama no condenaría a Sylvia por asumir una ocupación remunerada para mantenerse a sí misma y a sus primas. Muchos arrugaban la nariz, al menos al principio.

—Mis primas y yo dirigimos la Academia Hillcrest. Estamos bien versadas en todas las excusas utilizadas para evitar el nudo del párroco.

—¿Y qué hace exactamente esta Academia Hillcrest?

Sylvia sonrió.

—Proporcionamos apoyo, orientación y aliento a los caballeros mientras buscan la mano de la mujer con la que quieren casarse. Las razones y excusas varían. Les educamos en cómo ser agradables, pulimos cualquier modales toscos y les ayudamos a entender lo que una mujer más quiere oír.

La anciana parpadeó varias veces.

—Qué extraordinario. ¿Sus servicios están muy solicitados?

—Sí, de hecho. Mucho últimamente —A Sylvia no le gustaba alardear, pero su pequeño negocio había sido lo mejor que había hecho por sí misma, y por sus primas también—. Nuestros clientes vienen a nosotras a menudo durante varias semanas para practicar rituales de cortejo antes de probarlos con las mujeres en las que han puesto sus corazones.

—Debería enviar a mi hijo a ustedes —reflexionó la mujer.

—Estoy segura de que podríamos ayudarlo a él o a cualquiera a encontrar la novia adecuada.

La anciana asintió.

—Te tendré en cuenta la próxima vez que se me conceda un momento de su precioso tiempo

—La mujer miró hacia arriba cuando apareció el sol, bañándolas en un poco de calor—. Por fin.

—Ahora sí que es un día glorioso —suspiró Sylvia—. Aunque echo de menos los largos paseos por el campo y las vistas que solía disfrutar cuando era joven.

—¿No has vivido siempre en Londres?

—Somos de Marlow, en Berkshire.

La mujer la miró de arriba abajo otra vez.

—Te ha ido muy bien desde que llegaste aquí, entonces. Muy elegante. Nada exagerada ni pretenciosa.

—Gracias —dijo Sylvia, inclinando la cabeza cortésmente—. He tenido mucha suerte. Nuestra empresa nos proporciona todo lo que necesitamos para vivir con modesta comodidad.

La anciana se rio de repente.

—Mientras que yo nunca pude hacer que mi dinero para alfileres durara hasta el próximo día de pago trimestral cuando estaba en Londres. Cuando era mucho más joven, recién casada, solía encargarse un nuevo guardarropa cada temporada.

—Yo soy aficionada a los dulces —señaló al otro lado de la plaza—. Hay una encantadora tiendecita allí llena de los caprichos más decadentes que una mujer podría desear. Te recomiendo encarecidamente que envíes a un sirviente a traerte una selección de todo para probar.

La dama no negó inmediatamente que tuviera sirvientes para enviar a hacer recados, ni fondos para comprar uno de cada cosa en la tienda, especialmente si una vez había encargado un nuevo guardarropa cada temporada.

—Pareces muy atrevida para ser una solterona de tu edad —asintió la anciana—. Apruebo eso.

—Entonces estamos destinadas a ser buenas amigas, creo yo —declaró Sylvia. Quizás estaba

siendo demasiado atrevida, pero se sentía muy cómoda con Lizzy, quienquiera que fuese realmente, y le gustaría verla más a menudo.

Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar por todo Londres, y eso significaba que era hora de que Sylvia volviera a casa. Tenían una cliente que vendría la próxima vez que sonaran las campanas, y tenía que cambiarse y prepararse para la reunión.

—¿Es demasiado atrevido preguntar cuáles son tus planes para hoy, Lizzy?

—Sí, lo es —advirtió, pero luego Lizzy se encogió de hombros—. Más de lo mismo, supongo. Tal vez vaya a ver a mi hijo. Tal vez no.

—¿Él no ha venido a verte?

—Aún no le he dicho que estoy en Londres —la dama hizo una mueca—. Tiende a poner mala cara cada vez que me ve.

—Bueno, si fueras mi madre y vinieras a verme —murmuró Sylvia—, puede que no te dejara marchar de nuevo.

Eso pareció hacerle gracia a la mujer.

—Qué joven tan encantadora eres. Tu madre estaría orgullosa de ti por hacer que una extraña se sienta mejor.

—Siempre lo esperé, pero recuerdo muy poco de ella. Mi padre sintió su pérdida profundamente y nunca hablaba de ella por mucho tiempo ni en detalle. Lo que me contó, me temo que se ha desvanecido de mi memoria con el tiempo. Todo lo que recuerdo ahora es un vago recuerdo de ella cepillándose el pelo.

—Siempre es sabio recordar los mejores momentos de tu madre en lugar de las decepciones que ella preferiría olvidar.

—Yo también lo creo. Dicen que tenía una voz preciosa para cantar. Mi padre también.

—La mía siempre olía a flores, rosas en particular.

Sylvia se llevó la muñeca a la nariz e inhaló el residuo del perfume que se había aplicado esa mañana.

—Yo también llevo esencia de rosas.

—Un aroma encantador. Yo prefiero solo el jabón que mi ama de llaves prepara para mí cada primavera. ¿Sabes? Algunos dicen que soy perversa por bañarme tan a menudo, pero simplemente se siente mejor. Nunca he cogido un resfriado ni una vez.

—Puede haber grandes peligros si el cuerpo se enfría o humedece demasiado durante mucho tiempo —asintió Sylvia. Así que la dama tenía sirvientes que hacían el mejor jabón. El mejor jabón casero siempre era caro y se hacía en el campo. La receta a menudo se transmitía durante muchas generaciones de amas de llaves. Esta mujer era de calidad, sin duda. Era sorprendente que alguien de la obviamente alta posición social de Lizzy quisiera siquiera hablar con una don nadie como Sylvia. La curiosidad ardía en ella sobre por qué permanecía en la plaza—. Si no eres de la ciudad, ¿vienes del campo?

—¿Acaso una mujer no puede venir de ambos lugares?

Otra respuesta evasiva.

—Por supuesto.

Una pequeña sonrisa apareció en los labios de Lizzy, y Sylvia supo que estaba siendo deliberadamente vaga. Por eso seguían conversando sin una presentación adecuada. Sylvia consideraba que la dama sentada a su lado era muy inteligente. Lizzy había interrogado hábilmente a Sylvia sobre tantos aspectos de su vida sin que ella se diera cuenta hasta este momento.

Pero Lizzy apenas había compartido más que un bocado de su propia vida, lanzando vagas

insinuaciones sobre una vida cómoda sin calificar ninguna. Lizzy no quería ser conocida ni comprendida, y Sylvia no tenía más remedio que aceptarlo, al menos por ahora.

—Gracias por la agradable conversación de hoy.

—¿Te vas?

—Me temo que debo hacerlo —sonrió cálidamente—. Espero que veas pronto a tu hijo, y espero que tu hijo se alegre muchísimo de estar contigo de nuevo, Lizzy.

—Puede que alegrarse muchísimo no sea lo que él piense cuando me vea, pero ¿qué puede hacer una madre? —Lizzy inclinó la cabeza—. Que tengas un día agradable, querida.

—Sylvia —murmuró, ofreciendo su nombre ya que la dama mayor aún no lo había pedido—. Espero que nuestros caminos se crucen de nuevo mañana. —Quizás mañana podrían presentarse adecuadamente, y también descubriría el nombre de ese terrible hijo suyo. Habría que reprender a ese hombre por ignorar a una anciana tan fina y solitaria.

Lizzy inclinó la cabeza.

—Ya veremos qué nos depara mañana.

Sylvia se despidió con la mano y, con su doncella a cuestas de nuevo, se dirigió a casa a paso ligero.

CAPÍTULO 5



—QUITA ESE JARRÓN y guárdalo en mi estudio —le dijo al lacayo que revoloteaba a su codo en el salón mientras este era despojado de todo lo que realmente valoraba.

La dama a la que había encargado organizar su evento, Lady Chapman, la viuda de un viejo amigo, chasqueó la lengua.

—De verdad, Wharton. ¿Cómo se supone que voy a mostrar tu gusto superior cuando estás empeñado en esconder casi todo lo significativo en tus aposentos privados?

—Los invitados vienen a beber, no a mirar fijamente un jarrón de flores cortadas. ¿Acaso quiero que alguien lo confunda con un orinal al final de la noche? No, no quiero, y estoy seguro de que los sirvientes que tendrían que vaciarlo mañana tampoco.

Lady Chapman contuvo la respiración.

—Si tan solo me dejaras invitar a un grupo diferente...

—No sería una fiesta de la Casa Wharton sin mis amigos más cercanos.

Esta no era la primera fiesta que había organizado, pero sí la primera vez que Lady Chapman actuaba como anfitriona para él. Parecía tener problemas para entender que era meramente una figura decorativa. Había pensado que estaba lista para el honor de organizar su baile, pero empezaba a tener dudas. Las anfitrionas anteriores, principalmente esposas de amigos, nunca habían cuestionado tanto sus decisiones.

Tener a Lady Chapman intentando constantemente imponer su voluntad sobre sus elecciones ya lo estaba agotando. También esperaba que estuviera preparada para lo que vendría después de que la primera hora sensata hubiera pasado. El momento en que la bebida había borrado las inhibiciones de todos y la diversión realmente comenzaba era siempre el punto culminante de la noche. De lo contrario, Lady Chapman se llevaría la sorpresa de su vida.

Una fiesta en la casa londinense del Marqués de Wharton significaba vino, mujeres y la ocasional canción obscena mal cantada al final. Se sabía que los invitados se acomodaban en los muebles. La mesa del comedor parecía ser el lugar favorito para desplomarse. Se esperaba que se bebiera en exceso, y también que se apostara. Había reservado un par de grandes salones para bailar y apostar. Lady Chapman había intentado reservar una habitación para la actividad más tranquila de cenar, pero él la había anulado.

La comida y la bebida estarían constantemente disponibles en el gran vestíbulo delantero desde las diez hasta que todos se fueran a casa después del amanecer.

También habría músicos y cantantes, pero para cada invitado no habría ninguna de las restricciones impuestas a los que asistían a una reunión social apropiada.

Y, por supuesto, cualquier tendencia amorosa sería atendida en el piso de arriba, con habitaciones de invitados reservadas, y cualquier indiscreción en el piso inferior sería pasada por alto esta noche por cualquiera que quisiera una invitación a la fiesta del próximo año.

Lady Chapman se acercó más, y su mano se deslizó sobre su manga.

—Estoy deseando conocer a tus amigos.

Alexander se alejó de ella para recoger un trapo que yacía en el suelo y que un sirviente agobiado debía haber dejado caer por error.

Lady Chapman chasqueó los dedos al mayordomo.

—Tú, el de ahí.

Alexander apretó los dientes ante la forma en que la mujer le espetó una orden a su sirviente más antiguo como si fuera un perro.

—Su nombre es Lewiston —le recordó, como si no se lo hubiera dicho ya seis veces.

—Sí, señor Lewiston —dijo ella, volviéndose hacia el hombre—. ¿No he dejado claro que todo debe ser perfecto para la fiesta del marqués? Llévate esta cosa sucia a quien la haya perdido.

—Sí, mi señora. —Lewiston miró a Alexander y se estremeció—. Perdóneme, mi señor. No volverá a suceder.

—No es importante. —Alexander dejó caer el trapo en la mano de su jadeante mayordomo y estudió su rostro enrojecido. Ese color en sus mejillas no era de mortificación. El hombre parecía a punto de desmayarse.

Asintió al bastión de su casa.

—¿Cuándo fue la última vez que te sentaste?

—Estoy de camino a consultar con el ama de llaves ahora —informó el hombre.

—Que sea una conversación muy larga, Lewiston. No quiero verte arriba durante al menos la próxima hora.

El hombre sonrió agradecido.

—Muy bien, mi señor.

Lady Chapman suspiró mientras el mayordomo se escabullía rápidamente por la escalera de servicio.

—Nunca terminaremos todo a tiempo si los mimas todo el tiempo.

—Preocuparse no es mimar. —Lady Chapman no estaba haciendo ningún trabajo—. Mi personal ha hecho esto antes, y tengo plena confianza en ellos.

Lady Chapman los había estado acosando innecesariamente. Pero todo estaría listo a tiempo sin sus palabras cortantes para su personal, estaba seguro.

Alexander la miró de nuevo. Sí, podría haber cometido un error al pedirle a Lady Chapman que actuara como anfitriona tan pronto, pero ¿cómo podría haber conocido este lado de su personalidad antes? Siempre que la había visto durante su corto matrimonio, había parecido completamente imperturbable y la anfitriona perfecta.

—En cuanto a las presentaciones, me temo que es un baile de máscaras —le recordó innecesariamente—. Nadie puede ser presentado a nadie esta noche. Los nombres y las identidades estarán ocultos.

—Oh, sí, por supuesto. Tengo mi disfraz. Llevaré un turbante y un velo sobre mi rostro. —Se mordió el labio inferior—. ¿Cómo te reconoceré?

La miró sorprendido.

—¿Por qué necesitarías hacerlo? Una vez que comience la fiesta, no habrá nada más que necesitemos discutir.

Su mirada se fijó en la suya.

—Asumí que podríamos hacernos compañía.

Se quedó quieto y miró a cualquier parte menos a Lady Chapman por un momento. ¿Pensaba ella que actuar como su anfitriona era un precursor de algo más entre ellos? Definitivamente había pedido a la mujer equivocada que organizara la fiesta si pensaba en él de esa manera. Era la viuda de un amigo, y él quería animarla a divertirse un poco. Claramente, ella había malinterpretado la naturaleza de su petición, pensando que podría suceder algo más personal entre ellos.

Como soltero con afición a organizar fiestas, desafortunadamente no podía organizarlas él mismo. El decoro dictaba que debía tener una dama que actuara como anfitriona. Lady Chapman era una mujer excelente, viuda y muy ingeniosa a veces, pero él no tenía ningún interés en ella más allá de sus habilidades organizativas. El próximo año, organizaría su propia fiesta y que se fueran al diablo los disidentes.

Se obligó a reír suavemente.

—No me necesitas como tu acompañante esta noche.

Alexander tenía planes para la noche que no incluían a Lady Chapman cerca de él.

La mujer permaneció a su lado, pero sus manos se retorcían nerviosamente en su cintura.

Él le sonrió amablemente.

—Deberías disfrutar plenamente de los frutos de tu trabajo.

Se movió hacia el final de la sala, notando la ausencia del retrato de su madre en la pared. Bien. No podría divertirse realmente bajo la mirada reprobatoria de su madre. También le debía una carta muy larga pronto, pero tendría que esperar hasta mañana.

—La pared se ve tan vacía sin Lady Wharton colgada allí.

—Solo por esta noche —Alexander definitivamente no quería hablar de su madre hoy—. No dejes que te retenga.

Se alejó de Lady Chapman.

Lady Chapman conocía a su familia desde hacía tiempo y era una de las favoritas de su madre. Él no se lo tenía en cuenta. Su madre tenía una gran experiencia y muchas mujeres habían buscado su consejo. Había oído que Lady Chapman había recurrido a su madre a menudo durante el último año, desde que había enviudado. Alexander y el difunto esposo de ella habían jugado juntos de niños, ya que la finca rural de los Chapman estaba a solo tres millas en línea recta de la suya.

Cuando Lady Chapman regresó a la ciudad, Alexander la visitó en su casa y la encontró sorprendentemente animada para ser una viuda reciente. Impulsivamente, le habló de su fiesta y ella se mostró ansiosa por una invitación. Lo que él no se había dado cuenta era que su interés tenía más que ver con él que con la fiesta.

Pero Lady Chapman debería finalmente soltarse el pelo, con alguien más, y si elegía tomar a su primer amante de entre su séquito de admiradores presentes esta noche, le deseaba lo mejor. De hecho, conocía a algunos buenos hombres que tenían su mirada puesta en ella, y no solo para una aventura pasajera. Se imaginaba que ella volvería a casarse antes de que terminara el año.

De repente, Lady Chapman volvió a estar a su lado, agitando una hoja de papel bajo su nariz.

—Tenemos una aceptación tardía.

—¿Quién?

Con los ojos iluminados, le mostró alegremente el papel para que lo leyera.

Alexander se sintió aliviado. Los Norrington vendrían después de todo. Aunque Norrington ya no le gustaba ni confiaba mucho en Alexander, aparentemente el tonto no podía dejar pasar una oportunidad de jugar con apuestas altas en un intento desesperado por cubrir sus crecientes

deudas.

—Excelente. Es todo el que esperaba.

Retrocedieron para permitir que enrollaran y se llevaran a guardar la gran y delicada alfombra persa. Lady Chapman suspiró cuando desapareció de la habitación.

—Siempre me ha encantado esa alfombra.

—Mi madre le tiene demasiado cariño como para dejar que la pisoteen docenas de pies descuidados —echó un vistazo a las arañas y frunció el ceño. Todas parecían exhibir velas nuevas—. Bájenlas y quiten la mitad de esas velas.

—¿Pero por qué? Seguramente podrías asumir el costo de unas pocas velas —le reprochó en voz baja.

—Una luz brillante expondría todo tipo de fechorías realizadas en esta habitación, por supuesto —le dijo.

—Oh —susurró ella—. ¿Debería esperar que se me impongan?

Él sonrió.

—Ciertamente eso espero.

Las doncellas y lacayos trabajaron rápidamente juntos, y él les dio un gesto de aprobación cuando terminaron el trabajo.

—Si han añadido todas las velas nuevas en la sala de cartas también, reduzcan el número allí también. Aunque solo en un cuarto. Mis invitados aún necesitan ver sus cartas para jugar lo mejor posible.

Uno de ellos lanzó una mirada desafiante a la espalda de Lady Chapman, y luego la enmascaró rápidamente cuando notó que Alexander lo observaba. ¿Sus sirvientes habían intentado protestar por las velas adicionales a Lady Chapman antes de que Alexander interviniera?

—¿Hay algún problema?

—No, mi señor —dijeron rápidamente, bajando la mirada de nuevo.

No, el problema parecía ser Lady Chapman.

—Bien, pueden irse.

Suspiró. Sí, el próximo año se las arreglaría sin una anfitriona y organizaría su propia fiesta. Al diablo con las reglas de la sociedad.

—¿Hay algo más que haya hecho y que quieras cambiar ahora? —preguntó Lady Chapman en un tono decididamente irritado que no le agradó.

—No lo sé —respondió, cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Se han preparado todas las habitaciones de invitados para su uso?

—¿Por quién?

Se encogió de hombros.

—Por cualquiera que no quiera hacer el amor debajo de la escalera.

Ella se sonrojó, con las mejillas encendidas, y miró nerviosamente a su alrededor.

—¿Pensé que bromeabas sobre eso?

—Ni un poco. No sé tú, pero yo preferiría no toparme con amantes acechando en las sombras.

Lady Chapman se sonrojó aún más y su mano se elevó hasta sus labios. Lo miró con ojos enormes.

—¿Debería prepararse tu alcoba también?

—Ya está preparada.

La ropa de cama había sido cambiada, habría un fuego ardiendo en la chimenea para

mantener caliente a su amante más tarde, y su vino favorito estaría junto a un par de copas de cristal.

Al menos, suponía que a la señorita Hillcrest le gustaba el vino. Estaba seguro de haberla visto con una copa en la mano en alguna cena durante el invierno. En cuanto al resto, solo el tiempo diría si realmente aceptaría encontrarse con él para una cita más tarde en la noche.

Miró a su alrededor y asintió, satisfecho ahora. Todo estaba listo para cuando llegaran los primeros invitados, a pesar de los temores infundados de Lady Chapman de que aún quedaba mucho por hacer. Ella se iría pronto, para cambiarse para la fiesta, y regresaría a las ocho en punto disfrazada para recibir a los primeros invitados en la puerta junto con él. Una vez hecho eso, realmente no le importaba lo que hiciera después con su noche, siempre y cuando no fuera seguirlo por ahí.

Alexander tenía la intención de disfrutar a fondo esta noche. Tenía planes. Siempre estaba haciendo planes.

—Disculpe. La veré más tarde.

A continuación, Alexander tenía una reunión con su banquero, luego un asunto importante con otro inversor que realmente no podía esperar otro día más.

Y aún tenía que hacer arreglos para que se entregara la invitación de su invitada especial y se organizara su transporte.

Recogió sus papeles, la invitación, y salió a las caballerizas, donde sus mozos trabajaban incansablemente para mantener sus caballos y carruajes en perfectas condiciones.

El cochero se puso de pie de un salto al verlo.

—No sabíamos que quería el carruaje hoy, mi señor.

—Aún no lo había solicitado.

El hombre chasqueó los dedos a los mozos de cuadra.

—Preparen el mejor carruaje de su señoría.

—El sencillo en su lugar —gritó Alexander, y los hombres se apresuraron en la otra dirección. El que no tenía el escudo de la familia en la puerta serviría perfectamente bien para sus recados hoy—. Me gustaría que mi viaje de hoy sea discreto —confió al cochero mientras se sentaba en el banco áspero junto al hombre.

—Por supuesto, mi señor.

Alexander cruzó una pierna sobre la otra y extendió sus papeles sobre su rodilla, haciendo una última revisión. Nunca había un final para los asuntos que requerían su atención. Tanto por hacer y aún más mañana. Suspiró y levantó la vista.

—¿Está todo bien, mi señor?

—Bien. Bien —sonrió—. Es simplemente bueno salir de la casa.

—Muy bien.

Esperó pacientemente a que sacaran el carruaje, echando de vez en cuando una mirada a la tarea de enganchar los caballos. Disfrutaba bastante de la compañía de sus mozos de cuadra, admirando su falta de refinamiento y sus modales bruscos entre ellos, y el hecho de que tuvieran tan pocas preocupaciones. Rara vez se quejaban, lo que distaba mucho de la Cámara de los Lores cuando los debates se volvían alborotados. Aquí fuera, el caballerizo mayor era el rey de todo lo que veía y nunca dejaba que los demás olvidaran su lugar.

Había una jerarquía en todos los ámbitos de la vida.

Como marqués, Alexander estaba cerca de la cima, con los dedos en tantos pasteles como fuera posible. Se había encargado de conocer todo sobre todos aquellos con los que trataba en su mundo. No le gustaban las sorpresas.

El cochero regresó, con la gorra en la mano.

—¿Adónde lo llevamos hoy, mi señor?

—El primer destino no está lejos. Quiero que entreguen una invitación —le entregó la dirección que había garabateado en un trozo de pergamino y la invitación sellada para su fiesta dirigida a Sylvia Hillcrest—. Como es un baile de máscaras, solo se admitirá en la puerta a quienes lleven una invitación oficial. Memoriza la dirección. Volverás a recoger a mi invitada y la llevarás de vuelta a casa sana y salva después de que concluya la fiesta.

El hombre le guiñó un ojo.

—Como usted diga. Cuidaremos bien de su amante.

—No es eso —dijo Alexander rápidamente, cortando cualquier posible chisme—. Tenemos un acuerdo de negocios. Eso es todo.

—Por supuesto, mi señor —asintió el hombre, pero estaba tratando de no sonreír, y era obvio que no le creía realmente.

Alexander ignoró la impertinencia del sujeto para que sus protestas no avivaran el fuego.

—Después de entregar esa invitación, me llevarás a Madam Bradshaw's.

El hombre asintió lentamente, jugueteando con el trozo de papel que tenía la dirección de Sylvia, con el ceño cada vez más fruncido.

—¿Cuándo debemos volver por usted?

—Deberían permanecer cerca —no tenía tiempo para los placeres habituales de Bradshaw hoy—. Mi asunto allí solo debería tomar unos minutos. Después, querré ir a mi club, y luego podrán volver a casa. Yo regresaré por mi cuenta antes del anochecer.

—Muy bien, mi señor.

El cochero se colocó firmemente la gorra en la cabeza cuando trajeron el carruaje. Inspeccionó el vehículo, haciendo algunos ajustes menores antes de anunciar que todo estaba en orden.

El viaje a Albemarle Street tomó poco tiempo, y Alexander permaneció en las sombras del carruaje mientras un lacayo entregaba con éxito la invitación a su fiesta a Sylvia Hillcrest.

Alexander esperaba que ella saliera a jugar con él.

Estaba deseando verla poner a prueba su habilidad contra lo mejor que la sociedad podía ofrecer. Tenía la sensación de que los dejaría a todos por los suelos.

El carruaje se puso en marcha, pero de repente se incorporó cuando notó que un caballero empezaba a subir las escaleras de la fachada de la Academia Hillcrest. Si no se equivocaba, era Lord Sullivan quien les hacía una visita. ¿Cuántas lecciones necesitaba un hombre para hacer un segundo matrimonio?

Alexander negó con la cabeza. Todo eran tonterías. Para hacer un buen matrimonio, un hombre necesitaba encontrar una mujer con intereses similares, lealtad y sentido común, y un temperamento estable que le permitiera al hombre libertad para conducir sus negocios en paz. Si un hombre quería una esposa, tenía que hacer un plan y llevarlo a cabo. Nada debía interponerse en su camino para lograr su objetivo.

CAPÍTULO 6



—EUGENIA, ¿puedes ver si ha llegado el carruaje? —llamó Sylvia, apresurándose para estar lista para salir a tiempo. La invitación de última hora para la fiesta de esta noche era inesperada, pero una noche que no debía perderse.

Había oído hablar del evento de Lord Wharton del año pasado y tenía mucha curiosidad por ver por sí misma lo que sucedía allí. Desafortunadamente, una serie de citas tardías la tenían ahora apurada cuando necesitaba estar tranquila y asegurarse de causar la impresión correcta. Era absolutamente esencial que nadie la reconociera esta noche. Habría juegos de azar y excesos, y ella tenía la intención de divertirse a fondo.

Se rumoreaba que el evento era la función privada más espectacular de la temporada. Estaba verdaderamente asombrada de haber recibido una invitación, pero no iba a mirarle los dientes a caballo regalado. Esta noche podría bailar, coquetear y apostar detrás de la seguridad de su máscara, sin preocuparse de quién pudiera notar su falta de decoro... o una racha ganadora prolongada.

—Hay un carruaje esperando afuera ahora, pero no creo que sea el que usted ordenó. Parece demasiado elegante para haber venido de sus establos habituales.

Sylvia se apresuró a asomarse por la ventana para ver por sí misma el carruaje muy negro y el par de caballos relucientes que estaban frente a su casa. Había cuatro lacayos elegantemente vestidos esperando frente a su casa en la oscuridad.

—Ciertamente eso no es para mí —reconoció—. Me pregunto quién podría estar dentro.

Un golpe resonó por la casa, y Sylvia saltó.

—Tal vez sea el señor Berringer, que viene a llevarte en su brazo por fin —bromeó Eugenia.

—Oh, no seas tonta —reprendió a su prima—. Ese joven está destinado a convertirse en duque.

—Eso no significa que no pudiera estar enamorado de tus encantos. Después de todo, eres la más hermosa de nosotras.

—No, Aurora siempre ha tenido esa distinción —insistió.

—Todas somos hermosas a nuestra manera, pero supongo que solo Aurora podría llamar la atención de alguien.

—Ella será la novia más hermosa.

—Probablemente la más sorprendida, también —dijo Eugenia con una risa.

Su prima era la que más probabilidades tenía de hacer un buen partido de todas ellas porque era más joven. Eugenia y Sylvia habían decidido en secreto prestar una parte de sus herencias

para dotar a su prima, si aparecía el hombre adecuado y se enamoraba perdidamente de la chica. No permitirían que la falta de fortuna se interpusiera en el camino de Aurora hacia el amor verdadero.

Una criada apareció en la puerta.

—Hay un mensaje para usted, señorita Sylvia.

—¿Para mí? —Sylvia se apresuró a tomarlo y lo sostuvo a la luz de su vela para leerlo.

Suba al carruaje. W.

¡Qué grosero! Leyó la nota de nuevo, frunciendo el ceño.

¿El carruaje de afuera era realmente para ella? Sylvia se acercó a la ventana y miró. No había un escudo pintado en la puerta que pudiera discernir para tener alguna idea de dónde había venido, ni los lacayos llevaban ninguna librea que reconociera. Obviamente, alguien muy rico era dueño de ese carruaje. Rico y mandón, y un hombre también, a juzgar por la fuerte caligrafía en la nota.

La única persona que conocía que encajaba con esa descripción era quizás Lord Wharton. La fiesta era en su casa esta noche, y ella aún tenía su dinero.

Tal vez quería recuperarlo de ella antes de la fiesta. Se mordió el labio, esperando que no hubiera cambiado de opinión sobre que ella apostara para él. Había estado muy emocionada ante la perspectiva de juegos casi ilimitados esta noche.

—¿De quién es la nota, Sylvia?

Sylvia guardó la nota antes de que Eugenia vislumbrara la caligrafía.

—Oh, es de un amigo que se preocupa por mis arreglos de viaje. Enviaron su propio carruaje para recogerme.

—Eso fue muy considerado —dijo Eugenia con una sonrisa despreocupada—. Recuerda expresar tu agradecimiento. Las calles de Londres están llenas de canallas y ladrones en las mejores noches.

Sylvia respiró aliviada de que Eugenia no preguntara quién la había enviado. Si el carruaje había sido enviado por Lord Wharton, como sospechaba firmemente, era imperativo que sus primas nunca se enteraran de su arreglo. La molestarían sin piedad y sugerirían que tenía no uno, sino ahora dos pretendientes compitiendo por su favor. Cuán equivocadas estaban.

—No creo que a nadie le interese robar a alguien como yo, pero me aseguraré de expresar mi agradecimiento por su consideración.

Sylvia no les había contado a sus primas sobre sus conversaciones más recientes con Wharton, o el dinero que llevaba escondido en su bolso de él. Nunca aprobarían que ella apostara con el dinero de otra persona. Pero se había sentido bien tratar de ayudarlo a resolver los problemas financieros de Lady Norrington. Por primera vez en mucho tiempo, había hecho algo que involucraba a un caballero sin esperar un matrimonio como resultado final.

—No deberías hacer esperar al carruaje —dijo Eugenia, sacando a Sylvia de sus pensamientos sobre la noche por venir.

—Supongo que no. ¿Podrías pasarme mi máscara?

Una vez que la tuvo, se dirigió a la puerta principal, con sus faldas de seda susurrando alrededor de sus piernas, y vio el carruaje esperando más allá. Parecía un sueño tener un carruaje tan elegante esperando en su puerta y un par de lacayos de pie junto a él.

Se detuvo en la acera, miró al primer hombre alto y preguntó en voz baja:

—¿Para quién trabaja?

—Lord Wharton, señorita —susurró en respuesta—. Dijo que usted sería suspicaz y envió esto. Dijo que lo entendería. —El hombre metió la mano en su bolsillo y sacó un mazo de cartas

para Sylvia—. Soy John Morrow, cochero jefe de los establos de su señoría en Londres, si eso ayuda a calmar sus nervios.

—No estoy nerviosa en absoluto, señor, pero cualquier mujer sensata en mi situación cuestionaría quién envió este hermoso carruaje para ella —lo reprendió—. ¿Nos ponemos en marcha?

—Muy bien, señorita. —El hombre chasqueó los dedos, y otro lacayo se adelantó para desplegar el estribo y abrir la puerta—. Su carruaje la espera.

No pudo evitar sonreír al hombre. Parecía decidido a mostrarle todas las cortesías posibles.

Entró en el interior iluminado por velas y se acomodó en los mullidos cojines de terciopelo rojo. Sylvia suspiró profundamente, disfrutando de su lujoso entorno mientras la puerta del carruaje se cerraba tras ella con un clic. Una dama podría acostumbrarse a tales indulgencias si se le diera la oportunidad, pero, por supuesto, Sylvia nunca daría por sentado semejante privilegio. Esta debía ser la compensación que Wharton había decidido que debería tener por sus esfuerzos en ayudarlo con sus amigos. Colocó la baraja de cartas de él en el asiento a su lado.

Como estaba sola, Sylvia se recostó contra los almohadones, se quitó las zapatillas y apoyó suavemente los pies cubiertos por las medias en el banco de terciopelo opuesto. Puro lujo. Mientras jugueteaba distraídamente con las pequeñas borlas de las cortinas de la ventana, casi se sintió como una princesa yendo a un gran baile.

Giraron hacia Berkley Square, pero de repente se detuvieron por completo en medio del camino. Sylvia se apresuró a ponerse las zapatillas de nuevo, y no un momento demasiado pronto. Su puerta fue abierta de golpe y un hombre corpulento entró de repente en el carruaje junto a ella.

—¿Cómo se atreve? —exclamó sorprendida.

Pero cuando vislumbró el rostro sonriente de Lord Wharton mientras apagaba rápidamente las lámparas interiores, sumiéndolos en la oscuridad total, se sintió aliviada.

—Sabía que serías del tipo que quiere llegar temprano —bromeó.

Sylvia consideró si podría golpear su hombro con su abanico por ese comentario y salirse con la suya o no. Probablemente no. Aferró su abanico con fuerza.

—Me ha asustado de muerte, milord. ¿Qué hace en mi carruaje?

—Este es *mi* carruaje —anunció con un encogimiento de hombros.

Obviamente.

—¿No le preocupa la reputación de una dama?

—Solo necesitaré un momento de su tiempo —dijo un golpecito en el techo y el carruaje se puso en marcha de nuevo.

Un escalofrío recorrió su piel cuando él se quedó quieto. La ilusión de seguridad y comodidad se había esfumado ahora, reemplazada por una creciente sospecha sobre lo que el marqués podría querer de ella en la oscuridad. Había sido tonta al pensar que el carruaje era solo para su comodidad. Una recompensa por ayudarlo. Ese no había sido el caso en absoluto.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Tiene mis fondos con usted?

Sylvia asintió rápidamente.

—Los tengo.

—Bien. Mis hombres la protegerán de los ladrones en su camino a mi casa.

Ahora entendía el *porqué* del carruaje. Muchos cocheros desprevenidos habían sido asaltados por ladrones en plena noche, y una dama viajando sola podría ponerse inadvertidamente en peligro porque no tenía sus propios sirvientes para protegerla.

Sin embargo, Sylvia no estaba segura de por qué el marqués consideraba necesaria *su* escolta también. No llevaba tantos fondos como para necesitar su presencia para defenderse de posibles ladrones.

¿Quién iba a protegerla a ella —y a su reputación— del marqués?

—Gracias, pero su presencia no es necesaria en absoluto, y posiblemente sea perjudicial para mi reputación si nos ven juntos a solas. ¿Acaso no pensó en eso?

—Por supuesto que lo pensé, señorita Hillcrest. He considerado cuidadosamente cada aspecto de nuestra asociación. Ahora, necesitamos tener una pequeña charla —se inclinó más cerca, y el aroma de su colonia especiada llenó sus fosas nasales con el deseo de ser el tipo de mujer que él encontrara imposible de resistir. Entrelazó sus manos en su regazo para combatir el impulso de ponerlas sobre él—. Quiero saber cómo fue su visita a Lady Norrrington hoy —dijo en un murmullo bajo.

Aunque se estremeció ante el tono íntimo de su voz, rápidamente entrecerró los ojos hacia él.

—¿Me está espionando?

—Por supuesto que no —dijo indignado—. Casualmente pasaba por la casa de Lady Norrrington más temprano hoy y la vi entrar en su residencia. ¿Qué sucedió?

Sylvia suspiró. Qué tonta era en verdad al pensar que él podría estar interesado en algo más que sus propios planes.

—Logré meter un puñado de monedas debajo de un cojín hoy —dijo con orgullo.

Él pareció ahogarse.

—¿No pensó que eso parecería sospechoso? ¿Y si un sirviente las encuentra y se las queda?

Sylvia sonrió.

—Oh, Lady Norrrington las encontró, no se preocupe, y no sospechó de mí en absoluto. Descubrió los fondos mientras yo aún estaba allí, pero tuvo mucho cuidado de no dejarlo ver. El ama de llaves pidió hablar con ella un momento, y tan pronto como salió de la habitación, hice el trabajo. Las puse debajo del cojín de su silla. Bastante simple, en realidad.

—Bueno —dijo, recostándose—. Bien hecho.

Ella entrecerró los ojos hacia él en la oscuridad.

—¿Por qué no pudo hacer lo mismo cuando la visitó?

—Ya no la visito en su casa —hizo una mueca—. ¿Hubo algún indicio de que su situación esté cambiando?

—¿A qué se refiere?

—Muebles vendidos y objetos faltantes.

—Nunca había visitado a Lady Norrrington en su casa antes del baile, así que no podría decir con seguridad si faltaba algo. Sin embargo, todo parecía estar como debería. La cantidad correcta de buenos muebles y cuadros en las paredes.

Lord Wharton asintió y no dijo más por un tiempo. Sylvia trató de estudiarlo en el oscuro carruaje mientras él miraba por la ventana el paisaje que pasaba. De vez en cuando, la luna iluminaba sus atractivas facciones. Él estaba cómodo en la oscuridad con ella, más de lo que ella lo estaba con él en ese momento. Era el tipo de hombre que dejaba sin aliento a una mujer con solo estar cerca.

Sylvia jugueteó con su máscara, preguntándose si ya debería habérsela puesto en caso de que los vieran juntos. Después de todo, tenía una reputación que proteger, aunque Lord Wharton no parecía estar mínimamente interesado en ella de esa manera. Tenía que recordar que estaban aliados, no eran potenciales amantes.

—Si Lord Norrrington no confía en usted, ¿por qué está tan empeñado en ayudarlos?

Sus ojos se volvieron hacia ella.

—Eso no es de su incumbencia.

—¿No merezco la verdad por ayudarlo?

Él cruzó los brazos sobre su pecho, un gesto defensivo si alguna vez había visto uno. Podría confiar en ella para llevar su dinero bajo su atenta mirada, pero explicarse, sus verdaderos motivos, a una mujer podría ser más de lo que era capaz. Muchos lores eran así, había descubierto.

Sus labios se torcieron.

—Usted merece algo por sus molestias, pero aún no he decidido qué quiero darle.

—La comodidad del carruaje es más que suficiente —le aseguró ella—. Cualquier cosa de mayor valor tendría que ser rechazada.

Él la estudió, y su sonrisa regresó. Su mirada recorrió su vestido y volvió a estudiar su rostro. —¿Qué más además de las cartas hace bien, señorita Hillcrest? Parece el tipo de mujer con otros talentos secretos que podrían interesar a un caballero.

Ah, así que habían vuelto a coquetear. Se había preguntado si lo había imaginado la otra noche. —Una dama nunca lo revela —dijo con fingida modestia, pero luego batió las pestañas de manera exagerada.

Él sonrió. —Yo tampoco, sin importar cuán atrevida decida ser la dama.

Sylvia tenía que admitir que disfrutaba del coqueteo ocasional. No había daño en hacerlo con Wharton. Él nunca sería un cliente de la Academia Hillcrest. Era demasiado seguro de sí mismo para necesitar ayuda cortejando a una esposa.

Pero, ¿podría Wharton ser algo más para ella? ¿Algo un poco escandaloso, quizás? Sus ojos y su sonrisa insinuaban pensamientos traviesos.

Un pequeño estremecimiento de emoción la recorrió cuando Wharton mantuvo su mirada por demasiado tiempo. Moviò su pie, y luego su pierna presionó suavemente contra la de ella.

Él *estaba* coqueteando con ella, y estaba funcionando, además. Podía sentir cómo su cuerpo reaccionaba ante él... y le gustaba. Puso sus manos planas sobre sus muslos, y luego deslizó una para posarla ligeramente sobre la rodilla de él.

Él dejó escapar un suspiro. —Atrevida, en efecto.

Sylvia retiró su mano. Eventualmente, él apartó su pierna, pero una sonrisa aún jugaba en sus labios. —Usted me interesa.

Sylvia tenía que admitir que Wharton también le interesaba. Tenía debilidad por los hombres seguros de sí mismos, y Wharton ciertamente lo era. Había tenido muchos meses de observarlo discretamente a la sombra de conocidos mutuos para saber que su carácter poco dejaba que desear, salvo una dosis de humildad de vez en cuando. Sin embargo, Sylvia era muy consciente de que no podía hacer el tonto por él.

Si ella fuera del tipo que se casa, él sería un gran partido. El primero en la lista de cualquiera. Afortunadamente para él, ella no estaba desesperada por casarse como parecían estarlo tantas mujeres. Pero un poco de coqueteo con un soltero siempre era divertido y no causaba daño si el hombre la respetaba.

Sonrió. —¿De qué manera podría considerarse una dama *demasiado* atrevida, milord?

Sus labios se curvaron, pero pronto se dio cuenta de que no diría en voz alta lo que estaba pensando. Había lanzado el cebo y ella había picado. Todo lo que quedaba era que él la atrajera. Se humedeció los labios, anticipando ser escandalosa con él en la oscuridad.

Él levantó una mano y golpeó el techo del carruaje. Se detuvieron en otra calle oscura y vacía. —Este carruaje es suyo para toda la noche, señorita Hillcrest —dijo—. Mis hombres

también la llevarán a casa cuando desee irse de mi fiesta. Espero que disfrute a fondo esta noche. Quizás podamos vernos más tarde, también.

Una imagen del marqués inclinándose sobre ella, con el pecho desnudo, cruzó por su mente.

Su jadeo de excitación debió ser audible, porque el marqués rio suavemente. —Yo estaba pensando lo mismo sobre usted.

Cuando su mano se extendió y se posó sobre su rodilla, Sylvia consideró desmayarse. Sus dedos estaban tan cálidos a través de su fino vestido de noche. Movi6 sus dedos un poco, ajustando la tela sobre sus rodillas, luego se deslizó entre ellas. Sylvia cerró los ojos, esperando, anticipando...

Una ráfaga de aire más fresco rozó su rostro y abrió los ojos.

Wharton había desaparecido del carruaje. La había dejado en completa oscuridad con su imaginación hiperactiva desatada y sus deseos verdaderamente fuera de control.

—Oh, eso no fue muy amable de su parte —refunfuñó en voz baja mientras el carruaje se ponía en marcha de nuevo hacia la fiesta.

CAPÍTULO 7



ALEXANDER SE DESLIZÓ por el oscuro callejón, con la capucha de su capa cubriéndole la frente para ocultar su identidad, y se escabulló hacia las caballerizas detrás de su casa. Los olores de los establos y los caballos lo abrumaron brevemente, pero siguió adelante, ansioso por la noche que se avecinaba. Tenía un resorte en el paso cuando empujó la puerta de la cocina.

Sylvia Hillcrest le interesaba aún más después de su íntima charla en su oscuro carruaje.

No era la tímida solterona que parecía a primera vista.

Era algo mucho mejor.

Se frotó las manos y subió las escaleras de servicio hacia sus aposentos privados de dos en dos. Su ayuda de cámara lo esperaba junto a una bañera de cobre llena de agua humeante. Su disfraz para esta noche ya estaba preparado.

—Primero el afeitado, luego el baño.

Se dejó caer en una silla de vestir y levantó la barbilla.

El ayuda de cámara se movía detrás de él, creando espuma con el jabón de afeitar favorito de Alexander.

—Lady Chapman llegó hace media hora y preguntó por usted.

—¿Hay algún problema?

—No que yo sepa, mi lord.

—Puede esperar —decidió. Un paño rodeó su garganta y Alexander se obligó a relajarse. No quería que el hombre lo cortara solo porque apretara la mandíbula en el momento equivocado. Cerró los ojos mientras el ayuda de cámara trabajaba, y cuando su barba fue raspada, se desnudó.

—Volveré en un momento con su cena —prometió el ayuda de cámara.

—Gracias.

Alexander se metió en la alta bañera de cobre y se sumergió para eliminar cualquier olor corporal ofensivo, y también se frotó la cabeza. Una vez limpio, se puso de pie y dejó que el agua goteara de su cuerpo. La ligera corriente de aire de una ventana abierta creó un delicioso escalofrío en su piel, como el toque de una amante experta.

No podía esperar a estar a solas con Sylvia Hillcrest más tarde esa noche y, con suerte, descubrir más de sus secretos, como su sabor, cómo gemía cuando él le daba placer con sus dedos y su boca.

Los pensamientos de acostarse con Sylvia lo excitaron, pero... primero lo primero.

Norrington.

Su excitación disminuyó mientras alcanzaba un trozo de tela para secarse.

Hubo un rápido golpe en su puerta, pero antes de que pudiera responder, una mujer enmascarada se deslizó en su habitación.

Reconoció el vestido. Se lo habían descrito antes. *Lady Chapman*.

—¡Maldita sea! —gritó, apresurándose a cubrirse con lo primero que encontró—. ¿Qué diablos cree que está haciendo al venir a mis aposentos?

—¡No podía esperar para verte!

Alexander maldijo entre dientes y empezó a vestirse apresuradamente.

—¿Qué puedo hacer por usted esta noche, Lady Chapman? ¿Hay algún problema con la fiesta?

—No —murmuró, y luego suspiró—. Solo pensé... quería verte. Ver si necesitabas ayuda con tu disfraz.

Alexander suspiró. Lady Chapman estaba bastante decidida a lanzarse a sus brazos. Deseó haber sido más firme con ella antes.

—Cuando le pedí que actuara como mi anfitriona, eso es todo lo que pretendía que hiciera.

—Pero todo el mundo sabe...

—¿Sabe qué?

—Que ser tu anfitriona es solo una apariencia.

Alexander negó con la cabeza.

—Si quiero a una mujer de esa manera, lo digo. Ella sabría antes de que pasara algo entre nosotros lo que pretendo hacer con ella. Lamento decepcionarla, pero nunca pasará nada entre nosotros. Usted siempre será solo la viuda de Chapman ante mis ojos.

Lady Chapman pareció tambalearse ante su anuncio.

—Podría ser más que eso para ti.

—La amistad es todo lo que puedo ofrecer. No reemplazaré a Chapman en su cama.

—No habría sido así —siseó, luego giró sobre sus talones y salió furiosa de su dormitorio, cerrando la puerta de un portazo tras ella.

Alexander se movió para cerrar la puerta con llave. Se pasó una mano por el pelo húmedo, profundamente molesto porque Lady Chapman lo hubiera obligado a ponerla en su lugar.

Realmente no tenía tiempo para este tipo de cosas.

Alexander terminó de vestirse sin más interrupciones, salvo su ayuda de cámara que regresó con un plato de sándwiches. Los devoró rápidamente, se ató una máscara al rostro y luego usó las escaleras de servicio para unirse discretamente a la fiesta en el piso de abajo.

Había varios de sus amigos merodeando en la sala de música, ya con copas en mano. Se unió a ellos, quedándose en silencio en la parte de atrás, y no notaron a un bandolero enmascarado más entre ellos durante un buen rato. Scarsdale y Lord Foyle, un viejo compañero de escuela, estaban inmersos en una conversación susurrada. Los reconoció al instante ya que llevaban el mismo disfraz en cada baile de máscaras al que había asistido.

La identidad de un tercer hombre se le escapaba hasta que hizo una pregunta.

—¿Visteis a esa mujer huir en la noche?

Alexander conocía muy bien esa voz. Norrington, y no con un disfraz que esperaba ver. Estaba impresionado. La mayor parte de la cabeza de Norrington estaba cubierta con seda retorcida, como un turbante, y también se había aplicado de alguna manera pelo, una barba, en la parte inferior de la cara, cuando normalmente iba bien afeitado. Tenía un aspecto sorprendentemente peligroso esta noche. Ni siquiera su madre lo reconocería.

—Imposible no verla —admitió Scarsdale—. Bonito par de tetas, además.

Foyle asintió.

—¿Quién crees que era?

Norrington sonrió con suficiencia.

—No tengo ni idea, pero bajó por la escalera que viene de la dirección de su dormitorio.

Foyle se rio entre dientes.

—¿Crees que es la nueva mujer de nuestro anfitrión?

—Podría ser —dijo Scarsdale, mirando alrededor—. No es asunto mío a menos que me interese la misma mujer.

—Tendrás que averiguarlo —sugirió Norrington, obviamente esperando que el otro par lo hiciera y luego le alimentara con jugosos chismes sobre la vida de Alexander.

Curiosamente, si Norrington le hubiera preguntado el nombre de su amante, Alexander se lo habría dicho al instante. Aun así, no le gustaba que Norrington husmeara en sus asuntos... lo cual, por supuesto, era exactamente lo que Alexander siempre hacía con sus amigos. Era muy consciente de que eso lo convertía en un completo hipócrita.

Alexander se acercó más.

—Y dicen que las *mujeres* no pueden mantener sus narices fuera de los asuntos de los demás.

Foyle saltó y lo maldijo.

Scarsdale le dirigió una sonrisa.

—Sabía que estabas ahí. Siempre usas las escaleras de servicio durante una fiesta.

—Esa será la última vez que lo haga —anunció—. Norrington, qué placer saber que aún te interesas por mi vida.

Norrington se había puesto rígido casi tan pronto como Alexander había hablado. —¿Sigues sin tener suerte con las damas, por lo que veo? —se burló.

—Tengo toda la suerte que necesitaré —prometió. Echó un vistazo a la habitación y luego se acercó a su antiguo amigo—. ¿Dónde está tu esposa?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Me gustaría presentarle mis respetos —murmuró.

La expresión de Norrington se agrió. —Se quedó en casa.

Alexander cerró los ojos brevemente. —¿Por qué?

Norrington se encogió de hombros. —Le sobrevino un repentino dolor de cabeza. Ya sabes lo delicadas que pueden ser las mujeres.

Eso no encajaba con la descripción de ninguna mujer que él conociera. Pero claro, él no estaba casado con una. —Lamento oír eso —dijo, aunque lo que *quería* decir habría sido mucho más alto e involucraría todas las maldiciones que conocía.

Se suponía que Lady Norrington estaría en la sala de juegos para que Sylvia Hillcrest pudiera encontrarla, jugar contra ella y perder. Si se había quedado en casa, su plan para ayudar a Norrington estaba condenado.

Alexander tendría que advertir a Sylvia que sus servicios no serían necesarios esta noche.

—Con permiso —murmuró Norrington, y luego se dirigió a la sala de juegos.

Foyle sonrió rápidamente. —El matrimonio no lo ha mejorado.

Alexander no quiso añadir nada al chismorreó sobre la brecha que había crecido entre él y Norrington. Dio una palmada en los hombros a Foyle y Scarsdale. —Diviértanse, caballeros.

—Igualmente.

Alexander siguió adelante, revisando las habitaciones y asegurándose de que todo estuviera en orden. De Lady Chapman, no había señal. Debía haber sido ella quien se marchó enfadada. Se había tomado su rechazo completamente a pecho y había abandonado sus deberes como anfitriona. Él no lo aprobaba, pero se alegraba de que se hubiera ido.

Encontró a su mayordomo en la puerta, cotejando las invitaciones con una lista. —¿Está todo en orden?

—Sí, mi lord —el hombre se inclinó para susurrar—. Lady Chapman se ha ido.

—Sí, lo he oído. ¿Crees que podrás arreglártelas sin ella?

—Siempre, mi lord.

Alexander cogió la lista y recorrió con la vista el recuento. Casi todos los invitados ya habían presentado sus invitaciones. Todos menos uno.

—Bien. Excelente —Alexander miró su reloj de bolsillo, maldiciendo a su cochero por llegar tarde. ¿Dónde diablos estaba Sylvia? Ya debería estar en su casa. Esperaba que no se decepcionara demasiado cuando le dijera que no necesitaría jugar a las cartas con Lady Norrington esta noche. También esperaba que no diera media vuelta y se marchara antes de que tuvieran la oportunidad de hablar en privado. Comprobó que no hubiera nadie cerca—. Puede que no esté disponible durante un tiempo después de medianoche. A menos que alguien muera, no se me debe molestar.

El hombre asintió rápidamente. —Me aseguraré de que nadie lo haga.

Alexander sonrió y luego se dirigió a la sala de juegos. Como todos los demás, Norrington mantenía su disfraz mientras vaciaba sus bolsillos sobre una mesa de cartas.

Alexander observaba, sintiéndose impotente y preocupado. Norrington lo ocultaba bien, pero claramente estaba desesperado por ganar una fortuna esta noche. Y con Lady Norrington ausente, no había mucha esperanza de distracción. Cuando Anna estaba cerca, Norrington apostaba con un poco más de moderación.

Tal como estaban las cosas ahora, la velada se estaba convirtiendo en un desastre tras otro.

CAPÍTULO 8



EL CARRUAJE DEJÓ a Sylvia en los escalones de la entrada de la Casa Wharton por fin, más tarde de lo que debería haber llegado. Un carruaje averiado en una calle oscura y una pelea entre dos cocheros habían retrasado considerablemente su viaje. Estaba muy contenta de estar en la casa de Lord Wharton y no escuchando a los hombres más rudos peleando a puño limpio justo al lado de la ventana de su carruaje.

Si hubiera estado en un coche de alquiler, sola, habría tenido mucho miedo. Pero con los mozos de Lord Wharton parados protectoramente a su alrededor, se había sentido inmensurablemente más segura.

Entró con paso decidido al salón de baile de Lord Wharton, ansiosa por dejar atrás el feo incidente y disfrutar por fin, llena de anticipación por la velada. Tomó una copa de champán inmediatamente solo por tener algo que sostener.

La multitud aún era escasa, pero fácilmente vio a Lady Carmichael de pie sola, con la máscara colgando de sus dedos al otro lado de la sala. Sylvia debería haber esperado verla a ella, y a Lord Carmichael también, ya que Carmichael era buen amigo de Lord Wharton. Sin embargo, aún no había compartido su buena fortuna de recibir una invitación con sus amigos en común. Podría ser prudente permanecer disfrazada.

Desafortunadamente, la decisión le fue arrebatada cuando Lady Carmichael le saludó emocionada con la mano.

Sylvia se apresuró y besó la mejilla que le ofrecía.

—¿Cómo estás esta noche?

—Muy bien. No sabía que te habían invitado a este evento —susurró Lenore.

Su invitación había venido del dueño de la casa en persona, aunque no iba a decírselo a nadie.

—¿Dónde está tu esposo?

—Se escabulló para buscarnos ponche a ambas. Debería volver en cualquier momento —Lady Carmichael miró a Sylvia de arriba abajo—. Te ves hermosa. Y muy misteriosa.

—Tú también. El embarazo te sienta bien —susurró.

—Me estoy poniendo gorda —dijo con una risa y luego se volvió a colocar la máscara—. Oh, debería haber elegido una máscara que se atara como la tuya. Ya me estoy cansando de sostenerla frente a mi rostro.

Sylvia había intentado disuadir a Lenore de la compra, pero había sido tan bonita en la tienda que la nueva condesa simplemente tenía que tenerla. Lenore no quiso considerar comprar una

segunda. Ahora podría ser condesa y rica, pero en el fondo, seguía siendo la frugal dama de compañía que siempre había sido.

—Bueno, de esta manera, tu esposo puede esconderse detrás de la máscara contigo mientras se besan —sugirió Sylvia, sabiendo que eso podría suceder muy a menudo esta noche.

Se sonrieron la una a la otra, y luego rieron en voz alta.

Luego observaron juntas a otros llegar durante un rato, tratando de adivinar quién podría estar debajo de las máscaras y los ingeniosos disfraces. No vio a Lord Wharton por ninguna parte, y eso la decepcionó un poco de la velada.

Había disfrutado de su coqueteo en el carruaje. Quizás demasiado.

Lord Carmichael regresó, con dos copas en la mano, y pareció muy sorprendido de ver a Sylvia parada junto a su esposa. Pero olvidó que había algo extraño en su asistencia después de un momento o dos y pronto se dedicó a bromear con ella.

—Nada de esconderse con las flores de pared esta noche. Si te invitaron a esta fiesta, ahora eres una de nosotros. Además, ese vestido que llevas merece lucirse en la pista de baile al menos una docena de veces.

—¿Me está pidiendo que baile con usted, milord? —preguntó, agitando su abanico y actuando con coquetería.

Él se rio.

—En efecto, lo estoy haciendo.

—Me temo que debo declinar —le dijo con tristeza—. Esta noche seguramente debe ser una rara ocasión en la que un esposo pueda bailar con su esposa más de dos veces sin la posibilidad de escandalizar a nadie —hizo un gesto hacia Lenore—. ¿No preferirías pasar la velada solo con esta hermosa mujer en tus brazos?

—Tienes razón —concedió con una sonrisa, deslizando su brazo alrededor de la cintura de su esposa—. En realidad, no me gustaría nada más.

Sylvia entendía muy bien la pasión.

—Tal vez podríamos bailar juntos en otro baile, milord.

—De acuerdo —intercambió una mirada amorosa con Lady Carmichael—. Sabes, en realidad estábamos hablando de ti de camino aquí esta noche. Pensamos que deberías asistir a más eventos con nosotros, para que seas vista por tantos caballeros elegibles como sea posible esta temporada. Seguramente uno quedará prendado al final.

Ella se rio abiertamente ante la idea de que alguien se enamorara de ella ahora.

—Mis queridos amigos, soy yo quien a menudo es confundida con una casamentera, no ustedes.

—Todo el mundo necesita un poco de ayuda cuando se trata de amor —dijo Lady Carmichael en voz baja, lanzando una mirada a su amado esposo—. ¿Puedes culparnos por querer verte felizmente emparejada? Después de todo, hiciste tanto por nosotros, y no podemos pensar en una mejor manera de pagarte que haciendo que otros te noten.

Se escucharon las primeras notas del baile. Sylvia los calló rápidamente.

—Id a bailar y sed felices juntos. Eso es todo lo que quiero a cambio de la pequeña ayuda que os di a ambos.

—¿Estás segura?

Sylvia los despidió con un gesto.

—Soy perfectamente capaz de rechazar a mi horda de admiradores sin ayuda.

Carmichael hizo una pausa y luego se acercó más.

—Una palabra de advertencia. Esta no es el tipo de reunión habitual que podrías haber

experimentado antes en sociedad. Ten cuidado con los pícaros y los bribones.

Sylvia estaba *esperando* un poco más de emoción de lo que estaba acostumbrada.

—Estaré bien, milord.

Carmichael le dio una palmada amistosa en el brazo a Sylvia y luego se llevó a su esposa a la pista de baile. Sylvia los observó desde los márgenes durante unos minutos y su felicidad la complació mucho. Estaban bien juntos; después de un comienzo ligeramente turbulento, la pareja estaba muy enamorada.

Sylvia se alejó, maravillándose con la belleza que la rodeaba en esta casa.

La Casa Wharton estaba exquisitamente decorada para la ocasión. Reducida, supuso, a lo esencial para mostrar su riqueza y buen gusto. Había arañas de cristal brillando sobre su cabeza y hermosas pinturas con marcos dorados en cada pared. Los invitados, también anónimos, se veían absolutamente maravillosos en sus galas de noche mientras competían con la casa por su atención. Exploró las salas públicas de la casa de Lord Wharton, bebiendo champán y sonriendo como si siempre hubiera pertenecido a un entorno así.

Era una casa muy grande para un soltero, aunque había oído que el marqués tenía una madre y varios hermanos. Dónde estaban esta noche era un misterio, y se preguntaba si alguna vez los conocería. ¿Serían astutos como Wharton? Se detuvo frente a un retrato del propio marqués. La pintura no le hacía justicia. No había logrado transmitir la fuerza viril del hombre, ni tampoco su lado coqueto.

Se dio la vuelta y se encontró con el Lord Wharton de carne y hueso justo en su camino. Llevaba una máscara, pero reconocería esos muslos fuertes y labios sonrientes en cualquier parte. Ahora *esta* vista era mejor que cualquiera que hubiera tenido hasta ahora esta noche. Llevaba la máscara tan bien como todo lo demás. Por encima de la máscara, su cabello caía despreocupadamente sobre la mitad de su rostro, y sostenía una copa de vino tinto que colgaba negligentemente de sus hermosos dedos largos. Evocaba una sensación de decadencia y una invitación al pecado, y quizás lo había hecho cada noche que lo había visto en sociedad.

Pero ahora, con él mirándola tan intensamente, lo sentía más. Lo sentía en todas partes.

Asintió hacia él y comenzó a pasar cerca, cuando él rozó sus dedos contra su muslo apenas cubierto. Ella se estremeció pero continuó saliendo de la habitación.

Wharton se puso a caminar a su lado. —Gracias al cielo que te encontré. ¿Estabas bailando?

—Acabo de llegar, milord, pero la noche aún es joven —le advirtió. Agitó su abanico para refrescarse la cara. Hablar tanto con Wharton la estaba haciendo acalorarse—. Quizás baile más tarde. Si me lo pide el compañero adecuado, claro está.

—Norrington está aquí, pero su esposa nunca vino. Un dolor de cabeza.

Sylvia volvió a la realidad al escuchar esa noticia. —Ah, así que por eso me haces compañía ahora.

—Eso no es todo —prometió en un tono sugerente—. Sin embargo, el único objetivo que tenía en mente para la primera parte de nuestra velada es imposible de lograr ahora.

—¿Quieres que me vaya?

Él negó con la cabeza. —En absoluto. Siéntete libre de apostar con mis fondos si quieres. Puedes ganarnos una fortuna, en cambio.

—Haré mi mejor esfuerzo para solo aumentarlos.

—No espero menos. Más tarde, quizás, me permitas hacer mi mejor esfuerzo por *ti*.

Los muslos de Sylvia se encendieron ante la idea de cómo podría empezar. Si no fuera por la máscara que cubría la mayor parte de su rostro, todos podrían saber cuánto la excitaban sus palabras.

Hubo un alboroto en la puerta, y Lord Wharton se disculpó. Sylvia lo vio marcharse, disfrutando de la vista mientras aplicaba vigorosamente su abanico para refrescarse. Lord Wharton era un hombre deliciosamente construido, desde todos los ángulos. Poderoso y bien formado. Esas largas piernas lo impulsaron rápidamente fuera de su vista. Muchos jóvenes lores podrían hacerse un favor usando a Wharton como ejemplo de cómo vestirse y moverse.

Dio otra vuelta por la pista de baile, descubrió que sus amigos seguían ocupados entre ellos, y decidió dirigirse a la sala de juegos, donde tenía un trabajo importante que hacer.

La actividad allí ya se estaba calentando. Se habían instalado varias mesas y los jugadores estaban tomando asiento. La mayoría de las mesas estaban llenas, pero algunas aún tenían sillas vacías. Ya sabía por haber hablado con Lady Norrington el otro día que su marido llevaría una barba falsa con su disfraz. Encontró a Lord Norrington fácilmente entre la multitud de la sala de juegos, y su tensión aumentó al verlo sentarse solo en una mesa distante.

Sylvia cuadró los hombros. Si no podía perder contra Lady Norrington, siempre quedaba Lord Norrington para jugar en su contra. Lord Wharton no había sugerido que no pudiera acercarse a él. Se dirigió hacia la mesa de Norrington, decidida a reclamar un lugar a su lado.

Norrington la reconoció con un asentimiento, pero era evidente que estaba ansioso por el juego que se avecinaba. Apenas miraba a otro lado que no fuera el pequeño montón de monedas apiladas junto a su mano.

Había tres asientos vacíos en su mesa. Sylvia tomó uno, colocando rápidamente el dinero de Lord Wharton a la vista. —No le importa que me una a usted.

—En absoluto. —Norrington miró fijamente sus fondos, con hambre en los ojos, pero rápidamente enmascarada.

Podía sentir su anticipación por su dinero. Eso trabajaría a su favor esta noche. Si estaba tan concentrado en las monedas, no prestaría demasiada atención a la identidad de la mujer que estaba a punto de cambiar su suerte.

La silla opuesta fue ocupada por un caballero anciano, uno que Sylvia no reconoció. Pero Norrington debía haberlo hecho. No pudo evitar notar que su comportamiento cambió con el nuevo llegado. Ya no parecía ansioso por jugar en esta mesa, y empezó a mirar las otras mesas con asientos vacíos. Pero estaba atrapado aquí por el momento. No se atrevería a irse hasta que se hubiera jugado al menos una mano, quizás dos.

¿Era este hombre mayor un jugador mucho mejor que Norrington?

Dado que los jugadores más consumados aprendían a disimular sus habilidades para engañar a sus oponentes de una manera u otra, Sylvia tuvo que asumir que el hombre mayor era la mayor amenaza para su juego.

Sylvia respiró hondo cuando comenzó el juego. Luchó por ganar la primera mano. Perdió la segunda porque quería, y así sucesivamente. Pronto, ella y el hombre mayor eran combatientes equilibrados. Normalmente, Sylvia confiaba en que la gente asumiera que había ganado por casualidad. Pero la forma en que sus ganancias se estaban acumulando a su alrededor esta noche significaba que su habilidad en las cartas sería obvia hasta para un ciego.

Lord Norrington parecía bastante abatido ahora. Tenía un montón de monedas lastimosamente pequeño escondido bajo sus dedos inquietos. Jugaba con ellas sin cesar, y Sylvia deseaba que parara.

El hombre mayor de enfrente era un tipo intenso. Lo miraba a ella y a Norrington con los ojos entrecerrados. Cada vez que se detenían demasiado tiempo en Sylvia, ella también golpeaba con el dedo, como si se sintiera incómoda por su escrutinio cuando no era así en absoluto.

Había muchas maneras de despistar a un oponente en lugar de mirarlo fijamente. Las señales

falsas funcionaban bien durante una o dos rondas.

La mirada del hombre mayor se dirigió a Norrington. —¿Cómo está esa encantadora esposa cuya esta noche?

—Está muy bien.

Así que se conocían. El interés de Sylvia se despertó, especialmente porque Norrington acababa de mentir sobre la salud de su esposa. No es que tuviera que ser sincero si no quería.

—¿Está aquí esta noche? Me gustaría presentarle mis respetos.

—Es un baile de máscaras —murmuró Norrington—. La verás, si ella te lo permite.

—Wharton la descubrirá primero —dijo el anciano con pereza mientras repartía la siguiente mano—. Él ve a través de todos nuestros disfraces, especialmente los de las mujeres bonitas que le gustan.

El cuarto jugador, hasta ahora silencioso, estuvo de acuerdo.

—Le gusta un desafío. Pensé que estaría jugando, pero me pregunto dónde se habrá metido esta noche. ¿Habrá abandonado su propia fiesta para encontrarse con su amante como hizo el año pasado?

Las monedas de Norrington se esparcieron por la mesa. Sylvia empujó suavemente una moneda perdida hacia el puño apretado de Lord Norrington.

El hombre mayor estaba tratando de desconcentrar a Norrington arrojando sospechas sobre su esposa, y Norrington había caído tontamente en la trampa. Ahora su atención estaría dividida entre su desesperación por ganar el juego y confirmar el paradero de Lord Wharton. Y su mal juego probablemente solo empeoraría.

Sylvia recogió sus cartas rápidamente. Tenía que perder esta ronda antes de que a Norrington no le quedara más dinero para ganar. Si se iba de la mesa ahora, tal vez nunca tendría una segunda oportunidad.

Las cartas que le dieron eran espantosas, pero jugó como si tuviera una oportunidad de ganar.

Norrington, notó, solo tenía un ojo en sus cartas. No dejaba de escanear la multitud. Sylvia tampoco tenía idea de dónde se había metido el marqués, pero no imaginaba que estuviera lejos. Estaba demasiado preocupado por Norrington para abandonar al hombre en su propio evento. Esperaba verlo pronto en la sala porque tenía que recordarle a Norrington que era su turno. Cuando Sylvia se enfrentó a sus verdaderos oponentes, el par intercambiaba sonrisas cómplices y apostaba alto.

Un jugador cauteloso se retiraría. Sylvia no podía.

Sylvia hizo una jugada audaz, descartó y recogió otro par de cartas y apostó fuerte.

Para su asombro, se encontró con una mano sorprendentemente buena. Casi la mejor posible.

Si Norrington iba a perder, entonces ella ganaría y encontraría otra manera de meter el dinero de Wharton en sus arcas. No dejaría que este par, obviamente conocidos de Norrington, se llevaran un centavo más a través de tácticas poco caballerosas.

—Veo —dijo el anciano con voz arrastrada.

Había, según sus cálculos, seis mil libras sobre la mesa. Deberían haber ido a Norrington, pero ella las ganaría en su lugar. Sylvia asintió. No era un resultado ideal, pero ¿qué más podía hacer?

El anciano frente a ella mostró sus cartas, una mano baja que no ganaría contra la suya.

El cuarto jugador reveló su mano a continuación, luciendo una sonrisa insufrible mientras muchos espectadores silbaban y vitoreaban.

—Bien jugado —anunció el anciano, como si el juego ya hubiera terminado.

Sylvia estaba ansiosa por hacer que el par perdiera esas sonrisas falsas.

Extendió sus cartas, sonriendo serenamente mientras superaba a ambos.

El anciano se atragantó.

—¿Qué demonios?

—Parece que mi suerte ha vuelto —murmuró suavemente y juntó las manos—. Qué emocionante. Es mi noche de suerte después de todo.

—Vaya —murmuró Lord Norrrington para sí mismo—. Oh, vaya.

Sylvia se volvió hacia él, preocupada de que pudiera estar molesto porque ella hubiera ganado la mano que podría haber sido suya.

Sin embargo, Lord Norrrington estaba tratando de no sonreír.

De repente, puso sus cartas sobre la mesa y sonrió.

—Creo que esta es *mi* mano, mi señora, caballeros, y yo soy verdaderamente el más afortunado esta noche.

Sylvia trató de no mostrar lo emocionada que estaba por Norrrington mientras arrastraba sus ganancias a través de la mesa y comenzaba a apilarlas en pequeños montones ordenados. Hizo un recuento rápido de sus ganancias y quiso gritar de felicidad. Norrrington había ganado varios miles de libras más de lo que Sylvia había esperado perder ante él.

Las celebraciones fueron breves, ya que el caballero mayor rápidamente comenzó a repartir cartas para una nueva ronda, decidido a recuperar su dinero.

Sylvia levantó una mano.

—Caballeros, me temo que debo dejarlos ahora.

—¿Demasiado fuerte para su bolsillo, señora?

—En absoluto. Pero he prometido bailar con un apuesto desconocido. —En realidad no lo había hecho, pero era una excusa tan buena como cualquier otra para dejar la sala de juego ahora mismo. No podían disputar su afirmación a menos que la siguieran hasta el salón de baile e intentaran conocer a su pareja de baile imaginaria. Hombres como estos eran adictos al juego. No la seguirían. Había ganado un poco de dinero para sí misma y estaba satisfecha. Sylvia tampoco tenía más necesidad de perder más dinero en el juego esta noche, así que era libre de irse en cualquier momento.

Cuando se levantó, Lord Norrrington también se puso de pie y se acercó. Extendió su mano, buscando su mirada.

—Gracias por un juego agradable, señora.

—Lo mismo digo. —Dio un paso atrás, pero luego se volvió—. ¿No está olvidando algo, mi lord?

Su frente se arrugó.

Ella no podía dejar a Norrrington a merced de mejores jugadores con sus bolsillos reabastecidos.

—Pensé que iría a buscar a su esposa para compartir las noticias de su buena fortuna.

Norrrington dudó, claramente dividido. Ella podía verlo debatir consigo mismo si seguir jugando con la esperanza de ganar más fondos.

Sylvia esperaba que no se quedara. Un mal jugador debería saber cuándo retirarse mientras aún está ganando.

—Tal vez su esposa esté siendo entretenida por Wharton —sugirió alguien detrás de Norrrington.

Lord Norrrington se puso tenso y se volvió hacia la mesa.

—Si me disculpan, caballeros, tengo una promesa que cumplir —dijo, y luego, con el dinero asegurado en los bolsillos de su abrigo, huyó de la sala de juego.

La mandíbula del anciano se tensó e hizo una broma sobre Norrington corriendo a buscar a su mamá.

Sylvia hirvió de rabia ante su mala actitud, pero se obligó a salir con paso despreocupado de la sala de juego. Estaba bastante satisfecha con su éxito por un lado, pero ahora decepcionada por el otro. Más o menos había cumplido su promesa a Lord Wharton, y la emoción y el entusiasmo se desvanecían rápidamente. ¿Sería ella solo otra aburrida flor de pared para él después de esto? Probablemente Wharton no tendría más necesidad de buscarla de nuevo.

Había un corto pasillo entre ella y el salón de baile, y para su sorpresa, encontró a Wharton recostado contra una pared allí.

Estaba enfrascado en una conversación ruidosa con un grupo de caballeros, bloqueando el paso.

Ella se acercó hacia ellos, pero ninguno pareció notar su presencia al principio, probablemente porque era una cabeza más baja que todos ellos. Tuvo que aclararse la garganta sonoramente para captar su atención.

—Háganse a un lado, mis lores, para que pueda pasar.

Los caballeros se disculparon y se agruparon en un lado.

Todos menos Wharton.

Él permaneció como un obstáculo inamovible en su camino hasta que ella se aclaró la garganta de nuevo. Wharton se enderezó y dio la espalda a sus amigos, lanzando una mirada de admiración a Sylvia antes de acercarse. Ella se estremeció ante el calor en sus ojos detrás de su máscara. Una sonrisa lenta creció en sus facciones. El hombre estaba coqueteando de nuevo, solo con sonreírle.

Quedaba un pequeño espacio a su alrededor, y cuando ella estuvo a su altura, él susurró solo para sus oídos:

—Encuétrame en mis aposentos en lo alto de las escaleras en cinco minutos.

Su paso vaciló, pero mantuvo la barbilla alta mientras pasaba junto a él, como si no hubiera dicho nada inapropiado, como habría hecho ante cualquier atención no deseada de un sinvergüenza. Pero su piel hormigueaba de emoción ante su invitación.

Cualquier cosa que Lord Wharton quisiera de ella sin duda sería ruinosa para su reputación. ¿Se atrevería a encontrarse con él? ¿Se atrevería a no hacerlo? Podría ser la última vez que estuviera a solas con él.

CAPÍTULO 9



ALEXANDER ESTABA DE pie en el centro de su alcoba, temiendo que esta noche le decepcionaría. Según sus cálculos, habían pasado casi treinta minutos desde que había hablado con Sylvia Hillcrest y la había invitado a reunirse con él arriba. Ella aún no había aparecido. Ciertamente, no había dicho que lo haría, pero tampoco había dicho que no.

Estaba bastante seguro de que había transmitido la urgencia de su petición lo suficientemente bien. Le había dicho cinco minutos, pero quizás ella había decidido que el riesgo para su reputación era demasiado grande.

Eso le decepcionaba.

Había pensado que él y Sylvia Hillcrest se habían entendido. Tenían cosas que discutir. Lo primero y más importante era su pérdida ante Lord Norrington en la mesa de juego. Quería felicitarla. Agradecerle por un trabajo bien hecho. Ella había superado incluso sus expectativas. Norrington había abandonado inmediatamente el baile después de salir de la sala de juegos, con los bolsillos llenos y, con suerte, se había ido a cuidar de su sufrida esposa.

Lo segundo —y de ninguna manera menos importante ahora— era transmitir su deseo de mejorar su relación en privado. Esta noche. Aquí. Pero la adhesión al decoro y la propiedad debían haber arruinado, como de costumbre, cualquier posibilidad de una conversación franca sobre el deseo con una mujer que encontraba atractiva. Normalmente no era tan impulsivo cuando perseguía a una mujer por placer. Las negociaciones con su última amante habían tardado un mes entero antes de llevarla a la cama. Pero con Sylvia, acababa de descubrir su interés mutuo. Quizás había sido demasiado audaz con Sylvia.

O tal vez ella no quería lo que él podía ofrecerle, y por supuesto, al no subir, no tenía forma de decírselo.

No iba a venir.

Miró alrededor de la habitación y suspiró. El fuego cálido ardía brillantemente para ella, el vino y el par de copas estaban listos para beber, y también había un bonito ramo de flores junto a la cama para alegrar la habitación. Él mismo había retirado las sábanas de la cama, anticipando ver a Sylvia Hillcrest acostada allí, desnuda sobre las sábanas mientras le hacía el amor.

Se ajustó el chaleco. —Suficiente —murmuró para sí mismo. Había cometido un error. De hecho, había otros placeres en los que podría indulgar esta noche.

Más decepcionado de lo que esperaba estar, agarró su máscara de camino a la puerta y la abrió de golpe, listo para volver a la fiesta.

Pero Sylvia Hillcrest estaba de pie justo fuera de su puerta. Ella dejó escapar un grito

ahogado de sorpresa al verlo, un sonido que parecía demasiado fuerte a pesar del alboroto de los invitados abajo.

El ánimo de Alexander se iluminó inconmensurablemente al verla. Le cogió la mano y la metió en la habitación, luego cerró la puerta y la cerró con llave por si acaso.

Se dio la vuelta y se apoyó contra la puerta. La hermosa Sylvia con su vestido de noche inusualmente revelador estaba en su alcoba, posiblemente toda suya por la noche.

Sonrió y, como aún sostenía su mano, la acercó más. Ella no se resistió. Llevó sus dedos enguantados a sus labios y presionó un beso allí. —No puedo empezar a agradecerte. ¿Cómo lo lograste con tanta facilidad?

Una expresión de confusión se formó en su rostro. —¿Qué?

—¿Cómo hiciste que Norrington ganara esa última mano?

—Ganó limpiamente —protestó ella con una repentina risa suave—. Estaba tan concentrada en vencer a ese horrible anciano frente a mí que no me di cuenta de que Norrington tenía una buena mano. Nadie estaba más sorprendido que yo, o quizás el mismo Norrington.

—Vaya, me dejas perplejo —Besó su mano una segunda vez—. Ese horrible anciano es el tacaño Lord Pulling, un hombre al que Norrington le debe una gran suma. Pero ganó en su lugar. Lord Pulling ha estado tratando de forzar a Norrington a vender una valiosa propiedad suya a cambio de la deuda, a lo que ahora no tendrá que acceder. ¿Qué te hace a *ti* desagradar a Lord Pulling?

—Fue la forma en que mencionó a la esposa de Norrington. Desde ese momento, supe que no era amigo de ninguno de nosotros.

—¿Qué dijo?

—Él y el otro tipo se burlaron de Norrington diciendo que su esposa podría estar contigo. Insinuando que se estaba llevando a cabo una cita mientras él jugaba. Sentí que Norrington no se estaba concentrando adecuadamente en el juego después de la mención de eso.

Alexander negó con la cabeza. —Yo estaba en la sala de juegos, observándote en combate con dos de los jugadores más consumados del *ton*. El otro tipo es Lord Holcombe, y no es amigo de nadie. Pulling y Holcombe forman un equipo formidable cuando quieren que alguien permanezca en deuda con ellos.

—Me alegro de haber podido detenerlos.

—Yo también —Entrelazó sus dedos con los de ella un poco más fuerte—. Temía que no vinieras.

—Yo temía que ya no estuvieras aquí —Lo miró tímidamente—. Estabas a punto de irte, ¿verdad?

Él inclinó la cabeza. —Habría bajado muy lentamente de vuelta a la fiesta, esperando encontrarme contigo por el camino —Sonrió también—. ¿Encontraste a tu apuesto desconocido para bailar?

—Oh, *estabas* en la sala de juegos, y cerca también, para haber escuchado mi mentira —dijo ella con una risa—. Nunca hubo nadie. Solo dije eso para poder salir de la sala de juegos ya que mi trabajo estaba hecho. Me encontré con los Carmichael de nuevo, y me llevó algo de tiempo zafarme, desafortunadamente —Levantó la mirada, sostuvo su mirada—. Esperaba que aún estuvieras esperando aquí.

—Me alegro de que hayas venido. Ahora, sobre ese otro asunto —Llevó su mano a sus labios de nuevo, la giró y presionó un beso en su muñeca, justo donde el botón sostenía el guante—. Me interesas. Mucho.

—Tú también me interesas —admitió ella, y un suave suspiro escapó de sus labios.

Sus sentidos se elevaron con la noticia. —¿Qué deberíamos hacer al respecto?

Ya había hecho arreglos para que los sirvientes se encargaran del evento ahora. No los molestarían en esta habitación a menos que la mansión se estuviera incendiando a su alrededor, o alguien muriera. Se preguntaba si Sylvia se quedaría con él a solas por un rato esta noche, y qué le permitiría.

Alexander jamás presionaría a una mujer para que fuera íntima. Siempre era su elección, y en este caso, estaba casi seguro de que la dama casi en sus brazos tenía cierta experiencia con hombres y el placer. Sin embargo, ella tenía una reputación que proteger. No era una mujer ligera ni una amante pagada. Si los encontraban a solas, su reputación se vería irreparablemente dañada. Él no se casaría con nadie para arreglar su reputación.

—Quizás deberías besarme y averiguarlo —susurró ella mientras se quitaba la máscara y la dejaba caer al suelo junto a ellos.

—Me has leído la mente. —Encontró el botón de su guante, lo desabrochó y separó la tela con sus pulgares para revelar más de su piel. Presionó sus labios allí suavemente y, mientras lo hacía, fue bajando el guante desde su brazo. Besó su camino hacia arriba lentamente, deleitándose con sus suaves jadeos y gemidos. La delicada piel sobre su codo era tan suave e invitante que se tomó su tiempo para subir más.

Finalmente llegó a su hombro suavemente redondeado y a su delicada clavícula.

La señorita Hillcrest se estremeció y se acercó más. Él estaba besando la base de su garganta cuando sus brazos se elevaron, deslizando las manos por su cuerpo para abrazarlo.

—Eso fue encantador.

—Hay más por venir —prometió, sin desear nada más que besarla toda la noche y escucharla suspirar—. ¿Puedo continuar?

—Sí —accedió ella sin aliento.

Se inclinó de nuevo, hizo una pausa para inhalar el embriagador aroma de rosas en su piel y luego posó sus labios en su garganta en un beso más fuerte. Un estremecimiento sacudió su cuerpo, y luego otro mientras él continuaba salpicando su piel con mil besos. Suavemente, también mordisqueó la columna de su garganta, y ella se sacudió y jadeó de placer.

Alexander adoraba besar, y las mujeres receptivas eran una alegría en la cama.

Levantó un poco los labios y sopló sobre su cuello. Sylvia se estremeció de nuevo, y luego sus dedos jugaron con su cabello y se deslizaron hasta su oreja. Su toque era ligero mientras trazaba el borde. Alexander se estremeció. Presionó sus labios contra su frente y le ofreció pequeños besos que la hicieron suspirar una y otra vez. Puso un brazo alrededor de su cintura, la atrajo con más fuerza contra él y finalmente se alejaron de la puerta.

Había una gran cama detrás de ellos, y se acercó a ella, casi bailando con Sylvia a través de la habitación en su prisa y emoción. Había pasado un tiempo para él. No había encontrado el tiempo ni la inclinación para reemplazar a su última amante con otra durante los meses de invierno. Ahora se sentía bastante impaciente por tener a una mujer, *esta* mujer en particular, jadeando debajo de él.

Sus brazos rodearon su cuerpo y luego se deslizaron por su espalda. Bajó las manos y le agarró las nalgas con suficiente fuerza como para hacerlo sonreír.

Había estado en lo correcto. Esta no era una solterona virginal siendo descarriada por primera vez, sino una mujer buena para guardar secretos. Una mujer decidida a disfrutar de un encuentro nocturno con él.

Alexander inclinó a Sylvia hacia atrás y llovió suaves besos por el frente de su garganta y sobre su pecho muy pálido.

Cuando la levantó de nuevo, Alexander finalmente reclamó sus labios.

Su primer beso propiamente dicho fue suave y dulce y lo endureció más de lo que jamás esperó tan pronto en la noche.

Consciente de que estaba más ansioso por una mujer de lo habitual, encontró los cierres de su vestido y comenzó a desabrochar los pequeños botones.

—No deseo arrugar más tu vestido. Se notaría después. Te volveré a vestir, lo juro.

—Has hecho esto antes —bromeó ella mientras trataba de ayudarlo a desvestirla.

—Una o dos veces. —Alexander se concentró en los últimos botones más abajo.

—¿Es por eso que celebras esta fiesta cada año? ¿Para seducir a alguien nuevo?

—Para seducirte a *ti*, si quieres —admitió.

—Quiero. —Sylvia salió de su vestido, vistiendo nada más que su corpiño, medias y su fino camisón. Las zapatillas de satén se las quitó ella misma, y luego levantó la barbilla. Orgullosa. Casi desafiante. Anticipando su reacción. Había una mirada ardiente en sus ojos que él reconoció demasiado fácilmente, y también sintió.

Admiró sus curvas, las anheló, y se lo dijo muy directamente.

—Quiero dar placer a tu cuerpo toda la noche.

Admitir su necesidad y admiración por su cuerpo pareció complacerla inmensamente.

—¿Me lo demuestras?

Alexander se abalanzó para levantarla y la sentó en el borde de la cama. Enmarcando su rostro con sus manos, le robó un beso profundo que podría haber durado para siempre.

Sin embargo, Alexander quería estar más cerca, así que rompió el beso, colocó sus manos en ambas rodillas y las separó ampliamente. El gemido de Sylvia llenó la habitación, y él rápidamente silenció su boca con más besos, deslizando su lengua dentro para bailar con la de ella.

Sylvia no era una compañera de cama pasiva. Él era consciente de sus cálidas manitas mientras exploraban audazmente su cuerpo mientras compartían aún más besos embriagadores. Alexander sintió que los cierres de sus calzones cedían y ella acarició su vientre desnudo, bajo su camisa. Contuvo la respiración, momentáneamente sorprendido, pero rápidamente se aferró a sus calzones y los bajó sobre sus caderas.

Le complacía que Sylvia estuviera ansiosa por él, y cuando ella tocó su miembro, casi rugió de placer. No había nada como una mujer audaz en su cama para avivar el fuego en él.

Dejó que lo tocara por un momento, ya que parecía saber lo que hacía, pero luego la instó a recostarse en el colchón para que lo soltara. Los senos de la señorita Hillcrest le interesaban. El vestido con el que había llegado había ofrecido solo un vistazo tentador de sus encantos ocultos. Quería sopesarlos en sus manos, acariciar sus pezones con los pulgares y luego darse un festín. Parecían perfectos para sus manos. Pesados y llenos, y muy suaves.

Alexander retrocedió para terminar de quitarse las prendas inferiores y los zapatos, y luego también arrojó su abrigo. Mantuvo el chaleco puesto para poder meterse la camisa y quitarla del camino. Luego volvió toda su atención a la dama que jadeaba de lujuria en su cama.

Lentamente, se arrastró sobre ella. Sylvia perdida en la pasión era una visión emocionante, y ella fue rápida en tomarlo en su mano nuevamente, acariciándolo lánguidamente hasta la plenitud sin su insistencia. Era bastante buena, descubrió. Agarraba la base con firmeza y luego tiraba, deslizando su mano hasta la punta, y luego comenzaba de nuevo hasta que él jadeaba con fuerza.

Alexander le bajó con suavidad los tirantes de la camisa y el corsé de los hombros para revelar sus senos, y los admiró abiertamente. La señorita Hillcrest lucía un hermoso par. Puso sus manos sobre ellos y luego se inclinó para colmarlos de atención.

Sylvia enredó sus piernas con fuerza alrededor de las caderas de él y se aferró, alentándolo. La sensible cabeza de su miembro rozó contra la camisa de ella, y Alexander se apresuró a levantarla para que nada se interpusiera entre ellos.

Tocó sus rizos, ganándose otro gemido, esta vez ahogado por el dorso de la mano de ella. Sí, Sylvia sabía una cosa o dos sobre el placer. Disfrutaba tanto dar como recibir, pero Alexander disfrutaba más dando.

Humedeció las puntas de sus dedos y los deslizó entre las piernas de ella, entre sus pliegues para jugar con pericia. La encantadora mujer jadeó sonoramente, absorbiendo toda su atención. También le dio placer a sus senos con la boca, y pronto ella había deslizado sus dedos en el cabello de él, arañando su cuero cabelludo con las uñas.

Tiró de él, atrayéndolo más cerca. Creando una deliciosa fricción y urgencia entre ellos que no podía resistir por mucho tiempo.

Alexander encontró su entrada y tentó con un dedo en sus profundidades. Las piernas de Sylvia se abrieron por completo, y elevó sus caderas, animándolo a explorarla plenamente. Él estaba más que feliz de complacer sus deseos.

Se movió hacia abajo, observó cómo su dedo desaparecía dentro de ella con facilidad, y luego añadió otro, probando sus límites. La mujer se retorció, presa del más puro éxtasis. Añadió un tercer dedo, pero eso la hizo sisear, y luego se frotó contra su mano con total abandono, aparentemente amando su invasión.

Besó su sexo, encontrándola húmeda contra su lengua. La amó con su boca, lengua y dedos hasta que sus caderas comenzaron a moverse en un ritmo urgente.

Se apartó suavemente de ella y retiró sus dedos de su húmeda vaina.

Sylvia jadeaba suavemente mientras él se cernía sobre ella.

—¿Estás bien, querida? —preguntó con una sonrisa juguetona. ¿Quién hubiera pensado que una mujer así podría hacer unos sonidos tan encantadoramente lascivos?

—Sí, pero ¿por qué te has detenido?

Besó la punta de su nariz.

—He hecho una pausa para disfrutar de esa expresión de dicha en tu rostro.

—Quiero disfrutarte —susurró ella. Bajó la mirada por su cuerpo, y entonces ambas manos estaban de nuevo sobre su miembro, acariciándolo, brindándole un gran placer tan rápidamente que su cabeza prácticamente daba vueltas. Meció sus caderas contra sus cálidas manitas, empujando su miembro con más fuerza, más rápido, hasta que ella lo imitó.

Alexander cerró los ojos, saboreando el toque de su nueva amante. Cuando los dedos de ella vagaron más abajo, rozando sus testículos, dejó escapar un gemido y la miró.

—Eso también se siente muy bien.

Ella sonrió y continuó, acariciando sus testículos y tirando de su saco hasta que temió no poder contener su semilla ni un momento más. Tenía que hundir su miembro en esta maravillosa mujer *ahora*.

Se movió para colocarla debajo de él, alineando sus cuerpos para el contacto más íntimo, y luego comenzó a entrar en ella lentamente. Los ojos de Sylvia se agrandaron al principio, luego se cerraron mientras él la poseía. Fue despacio, tomándose su tiempo, saboreando su unión hasta que estuvo profundamente alojado dentro de ella. A pesar de su experiencia, Sylvia se sentía condenadamente apretada, pero oh tan maravillosa a su alrededor.

Empezó a moverse, con calma al principio, y cuando Sylvia comenzó a tirar de él, instándolo a recostarse pesadamente sobre ella, se entregó por completo a su acto de amor.

Encontró su pequeña mano y la sostuvo en alto sobre su cabeza. Besó sus labios cuando ella

buscó los suyos, y ella lo apretó con fuerza contra sí. No supo cuánto tiempo la amó, pero Sylvia alcanzó el clímax primero, ahogando su gozo contra sus labios.

Sostuvo su rostro suavemente cuando finalmente se calmó, aún palpitando a su alrededor, y le dio un largo y profundo beso. Cuando se apartó, mantuvo su mirada y se perdió de nuevo en los placeres de su cuerpo dispuesto. Mientras sentía el familiar estremecimiento recorriéndolo, logró retirarse a tiempo para derramar su semilla en su mano. Se balanceó sobre sus rodillas, jadeando y temblando sobre ella, con la mano llena de su propia liberación y la cabeza dándole vueltas.

—En el bolsillo de mi chaleco, si no te importa —jadeó.

Sylvia rebuscó en su pecho y sacó su pañuelo. Cuando el pañuelo resultó insuficiente para la tarea, Alexander no tuvo más remedio que bajarse de la cama antes de estar listo y usar la palangana. Una vez terminado allí, volvió tambaleándose a la cama y se desplomó junto a su amante, que aún yacía más o menos como la había dejado.

Pero Alexander se sentía muy bien, y puso su mano sobre el sexo de la señorita Hillcrest con afecto.

—Qué maravilla has resultado ser.

Ella flexionó sus caderas hacia su mano, y Alexander rió suavemente y se volvió para mirarla de nuevo.

Para algunas mujeres, una vez era suficiente, y un hombre debía esperar una eternidad hasta que pudieran ser excitadas de nuevo. Había un brillo en los ojos de Sylvia que sugería que aún estaba lejos de estar saciada.

Acarició su sexo ligeramente con las puntas de los dedos, buscando confirmación de sus sospechas. Sylvia no apartó sus caderas ni sugirió que se detuviera mientras se volvía más audaz, sumergiendo sus dedos entre esos suaves, cálidos y muy húmedos labios inferiores. Se mordió el labio inferior y lo observó.

—¿Quieres que te bese de nuevo?

Sus caderas se elevaron inmediatamente, empujando sus dedos casi dentro de su sexo.

—Bueno, esa fue ciertamente la respuesta que esperaba. —Alexander sonrió, complacido de haber descubierto que una mujer de extraordinarios apetitos se ocultaba bajo el disfraz recatado de una solterona respetable.

Se arrodilló junto a la cama, usando sus hombros para abrirse paso entre sus piernas, y tiró de sus caderas hacia el borde del colchón. Besó su cálido y húmedo sexo con entusiasmo... y se quedó allí hasta que ella gritó una vez más.

CAPÍTULO 10



SYLVIA TENÍA UN SECRETO. Un delicioso secreto que la mantenía cálida y emocionada mientras caminaba por Bond Street en una soleada tarde de martes. Había tomado un amante. Y no cualquier amante, sino un hombre cuya única prioridad parecía ser brindarle una inmensa satisfacción.

Cuando el Marqués de Wharton le había hecho el amor, había sido el encuentro más glorioso de toda su vida. Uno que estaba segura que nunca podría ser superado.

Pasó sus dedos enguantados sobre su cadera, anhelando sentir su toque allí de nuevo. Ese hombre delicioso también había adorado besarla. En cualquier parte y en todas partes. Se estremeció, recordando su insaciable apetito por su cuerpo.

Después de hacer el amor por primera vez, la había complacido con su boca y sus dedos, y luego habían comenzado todo de nuevo. Su segundo encuentro amoroso había sido lento y completamente silencioso. La había girado suavemente sobre sus rodillas con el marqués arrodillado cerca detrás. Sus manos y labios habían sido maravillosamente excitantes, pero había sido su miembro lo que realmente había querido sentir dentro de ella por segunda vez. Había meneado sus caderas hacia él, y esa fue toda la invitación que necesitó para darle la cogida de su vida.

Se había sentido un poco sensible allí abajo, justo después, pero cualquier molestia había sido breve y bienvenida. Había sido un buen dolor que ya echaba de menos.

Sí, el Marqués de Wharton la había hecho sentir completamente deseable, y él también había estado halagadoramente reacio a que la noche terminara. Pero tenía que terminar. Después de vestirla cuidadosamente mientras el cielo comenzaba a aclararse afuera, el marqués había susurrado promesas de discreción y revelado un deseo de reunirse en privado nuevamente algún día. No la había presionado por un tiempo o lugar real y había dejado la decisión en sus manos. La había enviado en su carruaje sin marcas con un último beso tierno, robado en las sombras de su casa.

Sylvia estaba realmente tentada de encontrarse con él nuevamente en privado, pero le preocupaba cómo se podría manejar un segundo encuentro sin ser descubiertos. Wharton no podía volver a organizar otra mascarada solo para invitar a Sylvia a su casa y a su cama. También tenía mucho que perder si la descubrían en sus brazos. No importaba cuán placentero fuera su encuentro, tenía su reputación y la de su familia que proteger. Y además, ¿qué tan probable era que pudieran reunirse y recrear esa noche perfecta nuevamente?

—¿Qué opinas, Sylvia?

Sylvia parpadeó y miró alrededor con culpabilidad. —¿Sobre qué?

—Dios mío, realmente estás muy distraída hoy —se quejó Aurora.

—Tengo muchas cosas en mente.

—¿Cómo cuáles? Oh, supongo que estás preocupada por nuestro nuevo servicio. Te prometo que la presentación irá bien hoy —insistió Aurora—. Si la señorita Quartermane y Lord Sullivan congenian, ¿qué daño hay en hacer un poco de verdadera casamentera? Ella es exactamente el tipo de esposa que él ha estado pidiendo.

Sylvia no estaba de acuerdo, pero había sido superada en votos dos a uno en la decisión de presentar a uno de sus clientes más antiguos a la amiga de una nueva amiga. Iban a hacerle la sugerencia a él mañana más tarde y ver si le interesaba la presentación.

—No me siento nada cómoda con este cambio en los servicios que ofreceremos a nuestros clientes. Dar consejos e instrucciones es una cosa, pero empujar a hombres y mujeres a juntarse con el propósito del matrimonio siempre está lleno de problemas. Deberíamos haber esperado a que la pareja se conociera en un baile de sociedad, y luego alentar y apoyar su decisión si y cuando él expresara algún interés en ella.

—¿Qué podría ser mejor? La señorita Quartermane proviene de una familia respetable y tiene montones de dinero para la dote, y Lord Sullivan necesita a alguien dispuesta a casarse con él. Yo misma instruí a la señorita Quartermane sobre qué decir para que le llame la atención cuando se conozcan.

Sylvia miró fijamente a su prima, con una sensación de hundimiento en su corazón. —No tienes una muy alta opinión de Lord Sullivan, ¿verdad?

Aurora puso las manos en sus caderas. —Un hombre como ese no debería necesitar que nadie le encuentre una esposa. Es guapo, rico y tiene un título. Está postergando las cosas sin una buena razón.

Sylvia comenzaba a pensar que Aurora no estaba hecha para dar consejos imparciales. A menudo era demasiado impaciente con los demás, especialmente con Lord Sullivan. —Él realmente amaba a su difunta esposa y teme los peligros del parto para la siguiente.

—Por el amor de Dios, cada mujer soltera que duerme con un hombre entiende los peligros que podría enfrentar en el parto más adelante. No es como si él tuviera que empujar al bebé él mismo.

—¡Aurora, por favor! Eso fue imperdonablemente grosero. Sabes que está siendo presionado por su familia para elegir rápidamente. Él *no* necesita nuestra impaciencia también. Creo que fue, y volverá a ser, un maravilloso esposo. ¿Querías que hiciera lo que su familia desea y se casara con una mujer por la que no sintiera absolutamente nada?

Ella negó con la cabeza lentamente. —Está pensando demasiado el asunto. Si está destinado a casarse por amor nuevamente, lo sabrá en el momento en que se conozcan.

—No todo el mundo siente como tú, prima, sobre enamorarse a primera vista. A veces el amor puede tardar un tiempo en hacerse evidente.

Aurora levantó la mano. —Por favor, no cites a nuestros buenos amigos los Carmichael como ejemplo otra vez.

—De hecho, lo haré. —Suspiró—. Se conocieron durante tanto tiempo que casi perdieron el momento en que se enamoraron. Y míralos ahora. Tan felices juntos.

Aurora se enganchó del brazo con ella. —Mi querida prima, sigues siendo tan romántica.

—Es difícil seguir siendo romántica en nuestra línea de trabajo —señaló—. A veces es una lucha mantenerse optimista y ser paciente con aquellos que son lentos para ver lo que está justo frente a sus narices.

—Lo cual debe ser por lo que siempre estás soñando despierta, imaginándote enamorada de uno de nuestros clientes —bromeó Aurora.

—Tú eres igual, y no es solo con los clientes. Algunos caballeros en la sociedad son muy dignos de soñar despierta un poco —señaló Sylvia, echando un vistazo a la concurrida calle. Hombres apuestos estaban por todas partes a su alrededor hoy, y Sylvia realmente se sentía decididamente lujuriosa, así que se permitió fantasear sobre los hombres que veía más cerca de ella. Una cara bonita no siempre entregaba un amante hábil. Se sorprendió gratamente de que Lord Wharton fuera ambas cosas.

Se descubrió esperando verlo hoy en Bond Street. —En realidad no sabemos mucho sobre la señorita Quartermane, aparte de lo que te contó tu amiga —confesó Sylvia—. Vaya, ni siquiera la he visto en ningún evento de la *ton* durante el último año.

—Tuvieron una muerte en la familia, un pariente cercano, y acaban de regresar a la sociedad. Según tengo entendido, fue muy activa el año anterior a que todos nos mudáramos juntos a Londres.

Sylvia no podía quitarse la sensación de que la señorita Quartermane y la nueva amiga de Aurora, Lady Douglass, estaban siendo engañosas de alguna manera. Sin embargo, todas las averiguaciones que había hecho hasta ahora habían sido infructuosas. —Habría preferido saber más sobre la joven antes de que Lord Sullivan la conozca.

—Bueno, hoy es el día, y después Lord Sullivan ya no será nuestro problema que resolver —Aurora se encogió de hombros—. Estoy segura de que verás que tengo razón.

—Solo desearía poder verlo una vez más antes de que se conozcan —murmuró.

Pero en su lugar, divisó a un joven confiado que había conocido durante sus vacaciones de invierno caminando por la acera.

El señor Thaddeus Berringer era un espécimen alto de masculinidad deseable para algunas mujeres, incluso antes de tener en cuenta que heredaría un ducado. Sin título hasta que lo heredara, el joven parecía inseguro de su propio atractivo, especialmente cuando estaba rodeado de los miembros del círculo íntimo del Duque de Exeter. Algunos jóvenes con perspectivas similares podrían haberse pavoneado, pero no el señor Berringer. Ella había descubierto que era bastante reflexivo y amable, y genuinamente afectuoso con su primo mayor, el hombre de quien heredaría el ducado.

El señor Berringer las notó y saludó con la mano. Aceleró sus pasos hasta que se alzó sobre ellas en la acera. —Señorita Sylvia Hillcrest, esto sí que es una serendipia. Buenos días.

Sylvia le sonrió con genuino afecto. —Señor Berringer. Qué placer inesperado para mí también.

—¿Creería usted que su excelencia tenía la intención de enviarme a su puerta más tarde hoy con una nota que escribiría mientras yo estaba fuera en este preciso momento?

—No. ¿En serio? —dijo Sylvia, sonriendo—. No tenía idea de que el duque y la duquesa ya habían regresado a Londres.

—Son inseparables, y cuando Sinclair, quiero decir, su excelencia, necesitaba estar en Londres, ella no quiso quedarse atrás. Llegamos muy tarde anoche, en realidad. La duquesa me mencionó que esperaba que usted pudiera visitarla pronto si está libre.

—Por supuesto que puede —intervino rápidamente Aurora, con una sonrisa invitadora mientras miraba a Thaddeus Berringer.

—Oh, lo siento. Señor Berringer, ¿puedo presentarle a mi prima, la señorita Aurora Hillcrest?

Él hizo una reverencia y sonrió. —Ciertamente puede, porque tengo muchas conversaciones

largas que deseo tener con ella sobre su misteriosa prima Sylvia. ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias.

—Dígame, señorita Aurora, ¿su prima siempre es tan terrible para decir cosas buenas sobre sí misma?

Los ojos de Aurora brillaron de alegría, y se movió para ponerse a su lado. —Mi prima siempre ha sido del tipo reservado.

El señor Berringer sonrió cálidamente a Sylvia durante tanto tiempo que su rostro comenzó a calentarse con un incómodo rubor. —Un día, prometo descubrir todos sus secretos —advirtió.

Sylvia siempre había encontrado las vidas de otras personas mucho más interesantes que la suya propia. —No hay ninguno por descubrir.

—Eso no puede ser cierto. —Hizo un gesto hacia la acera por delante—. ¿Puedo caminar con ustedes?

—Sería un placer.

El señor Berringer ofreció sus brazos a ambas, pero fue Aurora quien se apresuró a reclamar uno. —¿Y qué hay de usted, señor Berringer? ¿Tiene muchos secretos que una dama pueda descubrir?

—Como su prima, no lo diré.

Sylvia rio suavemente. —¿Está contento de estar en Londres de nuevo, señor?

Berringer meneó la mano. —Mi primo prefiere saber dónde estoy, y yo prefiero saber que él se mantiene fuera de problemas.

—Usualmente es al revés con los parientes mayores —susurró Aurora con una mirada arqueada en dirección a Sylvia.

—Por favor, no se lo digan —suplicó el señor Berringer—. Por fin tengo a mi primo justo como lo quiero.

—¿Y cómo es eso?

—Feliz —dijo rápidamente el señor Berringer con una sonrisa sincera—. Se merece todas las cosas buenas de la vida después de haber estado solo por tanto tiempo.

Sylvia también sonrió, habiendo visto de primera mano el evidente afecto que el duque tenía por su duquesa. En un ambiente privado, la pareja estaba más cómoda, y muchas veces Sylvia se había sentido un poco envidiosa. Sin embargo, la pareja había esperado mucho tiempo para estar juntos, y ella no les reprochaba su felicidad. —En efecto, ambos lo merecen.

Se detuvieron frente al escaparate de una tienda. Aurora tenía una cita aquí hoy, y tendrían que despedirse del señor Berringer antes de poder entrar. —Me temo que vamos a entrar en este establecimiento, señor.

El señor Berringer estudió el letrero y luego hizo una mueca. La tienda de una modista no era un lugar para llevar a un caballero a menos que fuera pariente, o tal vez un esposo. —Qué triste que debamos separarnos tan pronto, pero tengo el consuelo de necesitar visitar a un conocido que vive no muy lejos de aquí.

—Me alegra saber que estará bien entretenido sin nosotras.

—Bueno, pero no mejor —juró.

—Estoy segura de que eso no es cierto. Gracias por el agradable paseo, señor —dijo Sylvia cortésmente—. Fue muy bueno verlo de nuevo, y por favor transmítale a la duquesa mi esperanza de verla pronto también.

—Ciertamente lo haré —prometió—. Hasta que nos volvamos a encontrar.

Ofreció un alegre saludo con la mano y se alejó solo, lejos de las tiendas concurridas y por una calle lateral.

Aurora exhaló un profundo suspiro cuando él se fue. —Dios mío, dijiste que era guapo, pero olvidaste mencionar lo devastadora que podía ser esa sonrisa suya de cerca.

Sylvia asintió, observando al señor Berringer hasta que desapareció de vista. Qué lástima que no sintiera ni un atisbo de deseo sexual cuando él estaba cerca. Era una excelente compañía, y divertido, pero eso era todo. —Era de todo lo que podían hablar las damas durante el invierno. El heredero de Exeter hizo girar muchas cabezas.

—Desde luego que a mí me impresionó —dijo Aurora entre risas, mientras se llevaba las manos a las mejillas—. Pero creo que tengo pocas posibilidades de impresionarle *a él*.

—¿Por qué dices eso?

—No hacía más que sonreírte *a ti*. Creo que tienes un admirador entusiasta, querida.

Sylvia se sonrojó.

—Por Dios, no.

—No lo descartes sin más —le advirtió Aurora—. Los hombres jóvenes tienen una resistencia que las mujeres mayores como nosotras podemos apreciar.

Sylvia miró preocupada en dirección al señor Berringer. Seguramente el joven no podía sentirse realmente atraído por *ella*. Ni siquiera había coqueteado con él.

—No. No, estás equivocada —dijo con decisión, y luego se dirigió hacia la puerta.

Entraron en la pequeña tienda y encontraron a la propietaria aún ocupada. Esperaron, Aurora golpeando el suelo con el pie con impaciencia hasta que la llamaron. Sylvia, por su parte, se sumergió en las láminas de moda, encontrando muchos vestidos con los que soñaba. Le encantaría tener un vestido de noche nuevo, pero hoy solo estaba aquí para acompañar a Aurora antes de volver a casa con las manos vacías.

Después de una hora, Aurora terminó sus asuntos y Sylvia quedó libre para hacer lo que quisiera. Acompañó a Aurora a casa, pero aún se sentía demasiado inquieta para quedarse allí. Recogiendo a su doncella, se aventuró a dar un paseo por Berkeley Square de nuevo.

Sylvia no vio inmediatamente a su nueva amiga en el parque y, sintiéndose decepcionada, se dirigió hacia su confitería favorita. La clientela era escasa, y compró tres pequeños pasteles para compartir más tarde con sus primas.

Cuando se alejaba de la tienda y empezaba a entregar el paquete envuelto a su doncella, alguien le golpeó el hombro y sus compras salieron volando hacia la concurrida calzada. El paquete se desenvolvió al impactar, y sus hermosos pasteles acabaron decorando el estéril col de caballo, y luego una rueda de carruaje los remató.

Desconsolada, Sylvia miró alrededor buscando a alguien a quien culpar. Un hombre bien vestido la observaba atentamente.

—Mala suerte —dijo.

—¿Vio quién me golpeó, señor?

—Oh, me temo que no —se disculpó—. Permítame comprarle otros —ofreció, volviéndose hacia la tienda.

—No, gracias —le dijo rápidamente. Era más que capaz de pagar sus propios caprichos, aunque ahora los pasteles habían perdido su atractivo—. Es culpa mía por no prestar atención.

—Bueno, si no es un dulce, estaré encantado de ofrecerle cualquier otro servicio que pueda nombrar —dijo lentamente, manteniendo su mirada—. Tal vez me conceda el privilegio de acompañarla a casa para que podamos discutirlo.

Sylvia observó al hombre con los ojos entrecerrados, vio un brillo especulativo en los suyos y negó con la cabeza firmemente.

—Es usted muy amable, pero no necesito ayuda hoy.

Hizo un gesto a su doncella para que la siguiera rápidamente, alejándose del hombre. Cruzó a Berkeley Square para hacer su ejercicio habitual, esperando que él se hubiera ido de la zona antes de que ella y la doncella volvieran a casa.

Vio a Lizzy sentada en su banco habitual, pero hoy la acompañaban dos jóvenes.

Sylvia las saludó educadamente con la cabeza, pero tenía la intención de pasar de largo.

—¿No me hablas hoy?

Se detuvo y se volvió hacia Lizzy.

—No quería entrometerme.

Lizzy miró a las jóvenes.

—Id a ver qué está reteniendo al joven señor Marshall. Ya debería haber vuelto. No vayáis más allá del borde de la plaza, y llevad a mi doncella con vosotras.

Las jóvenes se pusieron en pie y se marcharon más rápido de lo que pudo parpadear.

Lizzy sonrió.

—Mis hijas. Te las presentaría cuando volvieran, pero...

—Aún no has terminado de ser misteriosa —terminó Sylvia por ella.

—Exactamente —convino Lizzy—. Siéntate, por favor. Tienes las mejillas un poco rosadas hoy. ¿Por qué es eso?

—Un accidente.

La dama inhaló bruscamente.

—¿Te has hecho daño?

—No, me empujaron y los pasteles que compré para compartir con mis primas cayeron a la calle.

—Qué lástima. Tengo que decir que estoy disfrutando de la pastelería que me recomendaste. El señor Marshall, uno de los pretendientes de mi hija, ha ido a comprar algo nuevo para nosotras hoy.

En el borde de la plaza, las hijas de Lizzy hablaban con el hombre que se había ofrecido a acompañar a Sylvia a casa hacía unos minutos.

Extendió los brazos hacia la pareja y, con la cabeza alta y el pecho hinchado, comenzó el corto trayecto para reunirse con ellas. Sylvia vio que sus ojos se abrían al reconocerla, y luego lo disimuló rápidamente.

—¿Nos volvemos a encontrar?

—Señor —dijo ella, inclinando la cabeza rígidamente. Qué sinvergüenza. Se había ofrecido a acompañarla a casa cuando se esperaba que volviera pronto con Lizzy y la hija a la que supuestamente cortejaba.

—Nigel ha encontrado todo tipo de cosas para nuestro té de la tarde —dijo una de las jóvenes entusiasmada, señalando a la doncella, que llevaba una cesta de mimbre de costoso tamaño.

—Podéis volver a casa ahora. Las dos, marchaos —ordenó Lizzy. Sus hijas se apresuraron a irse, mirando muchas veces por encima del hombro al señor Marshall.

Lizzy entrecerró los ojos mirando al sinvergüenza.

—Y usted, señor, también puede marcharse.

Como todo buen caballero debería hacer, inmediatamente accedió a retirarse.

—Hasta mañana. Señoras —dijo, y luego miró a Sylvia—. Espero que nos volvamos a encontrar muy pronto.

En cuestión de minutos, Sylvia y Lizzy se quedaron completamente solas. Sylvia contuvo la lengua todo lo que pudo.

—Las has mandado lejos para que no revelaran tu identidad.

—Me han dado otro dolor de cabeza, y estoy demasiado cansada para oír más sobre sus pretendientes hoy.

—Lo siento mucho —prometió Sylvia, observando discretamente a la mujer. Otro vestido costoso, pero de un verde intenso. Definitivamente había cansancio en sus ojos y una ligera inclinación en su postura—. ¿Qué edad tienen tus hijas?

—Edad suficiente para casarse. Sé que debería estar más emocionada por que hagan un buen partido esta temporada, pero hoy no estoy de humor para pensar en el futuro.

—¿Es ese joven un candidato para su mano?

—A Jocelyn parece gustarle más que todos los demás.

Sylvia se mordió la lengua en lugar de emitir una advertencia. Estaba casi segura de que ese hombre le había rozado el brazo como forma de iniciar una conversación con ella, y estaba convencida de que también habría aprovechado la oportunidad de conocerla íntimamente.

—Tienes una opinión sobre él —meditó Lizzy—. Y a juzgar por tu silencio, no es favorable.

—Lo siento, mi mente divagó por un momento hacia otro caballero.

—¿Oh? ¿Es un mejor partido?

—No sabría decirte —respondió Sylvia rápidamente.

—Por tu bien, espero que sea inteligente. Los hombres son, en general, unos tontos. Mis hijos incluidos —advirtió Lizzy—. ¿Vas a contarme dónde has estado hoy? Pensé que te vería aquí esta mañana.

—Había prometido acompañar a mi prima a la modista. Acabo de regresar.

Lizzy la miró de reojo.

—Dime, ¿siempre llevas vestidos tan apagados y poco favorecedores? ¿Es un disfraz que usas para esconderte o es que careces por completo de sentido de la moda?

Sylvia ahogó una risa.

—Es una estratagema. No tengo más remedio que esconderme de mi legión de admiradores detrás de mis feos vestidos.

Lizzy empezó a reír.

—Cuando tenga tiempo, debo llevarte de compras conmigo. Necesitas a alguien que se encargue de tu guardarropa. Nunca conseguirás un marido si escondes tus encantos.

Sylvia podría haberse ofendido, pero en su lugar se divirtió. ¿Qué importaba si lo que llevaba no estaba a la última moda? No necesitaba un marido.

—Lo que llevo es perfectamente adecuado para mi vida.

—Entonces necesitas una vida diferente —sugirió Lizzy con una sonrisa tensa—. Ahora mira hacia allá y dime qué ves diferente hoy.

Sylvia vio que la mujer que habían notado el otro día había vuelto al parque. Estaba sentada en un banco, tan coqueta y bonita como antes, pero hoy tenía a un hombre a su lado.

—Captó su atención.

—Eso parece, y creo que las probabilidades están a su favor para lograr un compromiso también.

—Me alegro tanto por ella —Sylvia sonrió y se recostó para observar secretamente cómo se desarrollaba el romance incipiente con su nueva amiga.

CAPÍTULO 11



ALEXANDER DEFINITIVAMENTE SENTÍA una comezón que no podía rascar. Y no le gustaba ni un poco. Arrojó el correo del día a un lado, sin importarle que la mitad de los sobres se deslizaran del escritorio pulido y cayeran sobre la alfombra.

¿Por qué no le había escrito aún para concertar otro encuentro?

Sylvia Hillcrest se había convertido en un problema.

Alexander esperaba tener noticias de ella al día siguiente de su encuentro amoroso. Sin duda había satisfecho a la mujer más allá de toda duda. Y ella a él también.

Sin embargo, el resplandor de ese placentero encuentro no duró más de un día para él. Ansiaba a una mujer de nuevo, y solo la señorita Hillcrest parecía interesarle en ese momento. A pesar de haber pasado una hora o dos en la Casa del Placer de Madame Bradshaw anoche, se había marchado sin disfrutar más que de unas cuantas copas. Se encontraba buscando a Sylvia por todas partes, y ahora estaba a punto de hacer algo inaudito.

Estaba considerando una arriesgada persecución romántica de una mujer aparentemente muy correcta con la esperanza de algo decididamente perverso.

Había hecho discretas averiguaciones durante el almuerzo de hoy cuando estuvo en su club con su amigo en común. Lord Carmichael estaba lleno de elogios para la mujer y había hablado extensamente sobre la empresa comercial en la que Sylvia estaba involucrada con sus dos primas. Al parecer, les iba bastante bien. Caballeros en busca de esposa las visitaban constantemente.

Alexander no necesitaba una esposa, pero sí quería ver a Sylvia de nuevo. No podía esperar a que el azar pusiera a la mujer a su alcance. Tendría que diseñar un plan para asegurarse de poder satisfacer sus deseos discretamente.

Con ese objetivo en mente, reunió sus nuevas invitaciones y estudió los nombres de las anfitrionas. Había varias que podrían hacerle el favor de extender una invitación a los Hillcrest, pero no sin una buena razón. Su satisfacción sexual probablemente no era una excusa lo suficientemente buena.

Aparte de presentarse en su puerta sin anunciarse y ser confundido con un cliente, solo podía esperar verla en una cena con los Carmichael en algún momento futuro. La habían invitado allí varias veces para que fuera su pareja en la cena y completar el número de invitados. No podía hacer daño ver si podía conseguir una invitación para cenar con ellos a corto plazo, y con ella también.

Tocó la campanilla.

Un sirviente apareció unos minutos después. —¿Sí, mi lord?

—¿Podrías enviar a un hombre a la residencia de Lord Carmichael para preguntar cuáles son sus planes para la cena de esta noche?

—¿Eso es todo, mi lord?

—Sí, pero que espere una respuesta.

Con el asunto de su velada casi decidido, Alexander se acomodó detrás de su escritorio. Aceptó y rechazó invitaciones a fiestas, y luego tomó el periódico para leer mientras esperaba una respuesta de Carmichael.

Estaba totalmente absorto hasta que escuchó que una garganta femenina se aclaraba.

La señorita Hillcrest había hecho eso la otra noche a sus espaldas, y sonrió, esperando que sus pensamientos sobre ella la hubieran convocado a su casa.

Desafortunadamente, las primeras palabras que pronunció la dama demostraron que ese deseo era un peligroso error de su parte.

—¿Cuántas veces te he dicho que no pongas los pies sobre los muebles?

Alexander bajó el periódico con una sensación de hundimiento en el estómago y miró hacia la puerta con temor.

Con solo cinco pies de altura en zapatillas de tacón, la madre de Alexander, Lady Elizabeth, Marquesa de Wharton, dominaba la habitación con solo entrar en ella. —Madre, ¿qué haces en Londres?

Ella sonrió tensamente. —¿Esa es forma de saludar a tu madre?

Habitual. Al menos para él. Se puso de pie y caminó lentamente hacia ella. Se inclinó para besar su mejilla arrugada como el hijo obediente que ella esperaba. —No es propio de ti no escribir para decir que venías a quedarte.

—No me estoy quedando —le informó.

Él retrocedió asombrado. —Pero ya estás aquí.

Ella miró a su alrededor y resopló con desaprobación ante el estado vivido de la habitación en la que estaban. Madre era de la opinión de que la residencia de Londres no debería revelar nada de los verdaderos intereses del ocupante. Alexander estaba completamente en desacuerdo con eso y no se andaba con rodeos. Esta era su residencia principal, y haría lo que quisiera dentro de estas paredes.

Su mirada volvió a él. —He alquilado una casa para la temporada.

—¿Qué?

Ella se encogió de hombros. —Has dejado muy claro que nuestra presencia aquí se considera una molestia, así que he hecho otros arreglos.

Alexander no estaba seguro de si alegrarse o preocuparse por este sorprendente acontecimiento. —¿Trajiste a los niños contigo?

Su mirada se volvió decididamente hostil ante su pregunta. —Tus hermanos ya no son niños.

Alexander tenía dos hermanas y un hermano vergonzoso. Ninguno se había casado, un punto doloroso para Madre, y la razón por la que casi nunca iba al campo. Sus hermanos necesitaban aprender a guardar sus opiniones para sí mismos antes de que se les permitiera sentarse en una de sus cenas. —Actúan como si todavía lo fueran —se quejó, señalando hacia las sillas dispuestas alrededor del fuego.

Madre permaneció de pie. Inamovible, como siempre. —Una vez se emborracharon con el vino en la cena, y te niegas a perdonarlos por ello —argumentó—. Fue hace años.

Él levantó las manos. —¡Estaban ebrios y discutidores frente al príncipe regente!

—Bueno, él a menudo está borracho y desaliñado frente a *nosotros* —murmuró su madre en

voz baja.

—Madre —advirtió. Hablar mal del príncipe regente siempre era un punto delicado para él. El hombre era de sangre real. Podía carecer de un poco de sentido común a veces, pero algún día sería rey. Ponerse de su lado malo no era lo mejor para los intereses de la familia—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella juntó las manos frente a su cintura. —¿Acaso una madre no puede visitar a su hijo mayor?

—No me voy a casar esta temporada. —Alexander hacía ese anuncio cada vez que veía a su madre, y aun así ella intentaba presentarle mujeres que eran aceptables para ella, pero ninguna había sido aceptable para él.

Ella se encogió de hombros. —Ya no me interesa tu vida amorosa. Estoy aquí por el bien de tus hermanas.

Alexander se sentó en el borde de su escritorio, exagerando su sorpresa. —No me digas que *ellas* quieren maridos por fin.

Sacudió la cabeza con tanta fuerza que los rizos en la parte posterior rebotaron salvajemente de lado a lado. —Siempre han querido maridos, solo que no los tontos a los que tú las habrías arrojado. Ya que no nos quedaremos bajo tu techo, exijo que nos dejes en paz a todas para seguir adelante.

—¿Cómo dices? —replicó él, mirando con furia a la mujer que le había dado a luz.

—Tus hermanas y yo nos moveremos por la sociedad sin tu escolta esta temporada. No debes interferir con ningún pretendiente que tus hermanas atraigan.

Él se puso de pie nuevamente. —No voy a permitir que se casen con cualquiera que pida su mano. Sus dotes...

—Sus dotes están separadas de tu administración y no son asunto tuyo. Tu padre estableció la cantidad, no tú, hace mucho tiempo. Quiero ver a mis hijas felices y con hijos propios poco después. Te advierto que no te entrometas en esto.

Entrecerró los ojos mirándola. Estaba pidiendo demasiado. —¿Eres capaz de mantenerte al margen de *mi* vida?

—Nos movemos en los mismos círculos, hijo mío.

—Sabes a lo que me refiero. No seré presentado a otra hija de una vieja amiga tuya ni me verás obligado a bailar con ellas esta temporada.

Su madre hizo una mueca. —¿De verdad ha sido una imposición tan grande ser cortés y bailar con algunas jóvenes?

—Sí, lo ha sido.

De repente, la madre se tambaleó un poco y, aunque él se movió para sostenerla por el codo, ella no le permitió tocarla. Se abrazó bajo el pecho y apretó los labios.

—Por favor, ¿no quieres sentarte? No quiero discutir contigo.

—Ni yo contigo. —Suspiró y luego se sentó, rígidamente, en una silla frente al escritorio—. No puedo quedarme mucho tiempo. Le prometí a tu hermana que asistiríamos al baile de los Marshall.

—¿Qué hermana?

—Amelia.

Alexander volvió a sentarse detrás de su escritorio. —No sabía que conociera a los Marshall.

—Tu hermana conoció a su hijo hace unos meses y está muy interesada en continuar su amistad en la ciudad.

Alexander se frotó la mandíbula, un poco desprevenido para discutir sobre su hermana y

posibles maridos. —Así que, ¿el hijo de Marshall la ha estado cortejando? ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué no has venido a casa a visitarlas? —preguntó ella en tono cortante.

Alexander sabiamente no respondió a eso con una respuesta honesta. —¿No es un poco joven para casarse todavía?

—Ha sido una compañía agradable —prometió mamá.

Eso no hacía que nadie fuera lo suficientemente bueno en su opinión. Tenía una lista de candidatos potenciales escondida en alguna parte, pero no podía consultarla frente a su madre. Dado su estado de ánimo, podría simplemente romperla y quemarla en el fuego detrás de ella. —¿Y qué hay de Jocelyn? Supongo que está al margen tristemente, anhelando un pretendiente propio.

La sonrisa de su madre fue presumida. —En absoluto. Tu hermana menor se ha vuelto bastante popular, con varios admiradores propios también.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando, pero no contradecía a su madre hasta que tuviera la oportunidad de juzgar el asunto por sí mismo. —Si tan solo padre estuviera aquí para ahuyentar a los pícaros indignos en lugar de dejarme hacerlo a mí.

—Tengo que hacer lo mejor por ellas ahora. —Sacudió la cabeza con enojo—. Las chicas apenas recuerdan a tu padre. Alguna vez te miraron a ti.

Alexander se movió incómodo. —Hablaré con ellas sobre la importancia de hacer un buen matrimonio.

—¿Lo harás? ¿Cuándo?

—Pronto —prometió para tranquilizarla. Pero no esta semana. Tenía un horario completo que podría haber despejado si su madre le hubiera informado de sus planes de venir a Londres con antelación. Pero no lo había hecho, así que haría planes para verlas en la próxima semana más o menos.

—Siempre olvidas tus promesas hacia ellas. Ya no son niñas pequeñas. Son mujeres jóvenes y merecen una temporada adecuada.

—No me olvido de ellas. —Consideró sus posibilidades de escoltar a una sola hermana y lo descartó como algo sin esperanza. Se quejarían, y ruidosamente además, si fueran separadas. Eran las dos o ninguna. Y él no era capaz de mantenerse al margen de cualquier plan para casar a sus hermanas—. Bien, intentaré escoltar a ambas a algunos eventos a los que ya he acordado asistir y esperaré lo mejor.

—¿Lo intentarás? Por favor, no te esfuerces demasiado para acomodar a tu familia cuando hay decisiones tan importantes que tomar. Soy muy capaz de ayudar a mis hijas a encontrar buenos hombres sin tu tardía intromisión estropeando las cosas para ellas. Por favor, sigue con tu propia vida de comodidad.

Él la miró fijamente, y su madre le devolvió la mirada, pero Alexander bajó la vista primero. Consultó discretamente su libro de citas abierto, reorganizando sus compromisos en su mente. No había nada tan urgente en su agenda que no pudiera posponer para, de hecho, pasar algunas noches con sus hermanas y su madre también. —Puedo escoltarlas a todas esta noche.

—¿Una noche? Oh, gracias —dijo mamá, el sarcasmo goteaba de sus palabras en oleadas—. No te molestes en arrojarnos más migajas. Estás demasiado ocupado. Puedo manejar nuestras vidas sin ninguna ayuda tuya. No importa cuán agotadoras puedan ser tus hermanas, has dejado claro que estoy sola con ellas, y que ninguna de nosotras es bienvenida por aquí.

—No son indeseadas. —Apretó los dientes y eligió sus siguientes palabras con cuidado. Tal vez *había* abandonado sus responsabilidades en casa y las había echado todas sobre su madre.

No era de extrañar que se hubiera vuelto malhumorada a lo largo de los años por su ausencia. Claramente estaba al límite de su paciencia y necesitaba un alivio inmediato—. Haré que preparen sus habitaciones y que los sirvientes estén listos para recibirlas en una hora. ¿Sería suficiente su presencia aquí durante una semana para empezar?

Su madre extendió la mano repentinamente. —Sí.

Se estrecharon las manos, pero Alexander se sorprendió por la rapidez con la que habían resuelto el asunto. Cada vez que su madre era demasiado complaciente, inmediatamente buscaba señales de engaño. Tenía la sensación de que acababa de ser engañado para hacer algo de lo que se arrepentiría más tarde. También esperaba que ella no estuviera a punto de imponerle una amiga soltera y esperar que él estuviera interesado.

Su madre se puso de pie. —Ahora que está arreglado, me despido.

Alexander también se levantó. —¿A dónde vas?

—A casa, para un buen y largo descanso. Creo que me lo merezco. —Se aferró al respaldo de una silla, tambaleándose un poco de nuevo—. Estoy segura de que no necesitas que verifique cómo se están llevando todos, así que no me molestaré.

Ladeó la cabeza. ¿De verdad estaría libre de su interferencia durante toda una semana? Era demasiado bueno para creer que lo dejarían en paz para guiar a sus hermanas hacia los hombres adecuados. Tenía que haber algún truco. —¿Dónde te alojarás?

Ella frunció el ceño. —¿Por qué necesitas saberlo?

—Para enviar el carruaje a recoger a mis hermanas.

—Bah —resopló su madre—. Te las enviaré a la hora de la cena para que no vuelvas a olvidarte de que existen.

Él se cruzó de brazos y la miró con el ceño fruncido. —La dirección, mamá.

—Siempre me estás diciendo lo inteligente que eres. Encuéntranos tú mismo —sugirió, y luego giró sobre sus talones—. Recuerda tu promesa de quedarte con ellas una semana.

—Sí, madre, siempre y cuando tú también recuerdes mantenerte al margen de mis asuntos —le gritó a su espalda.

Ella no intercambió más palabras con él mientras marchaba hacia la puerta principal. Esta había sido su casa una vez, antes de que Alexander heredara el título. Habían luchado por el control durante unos años después de que él heredara, hasta que finalmente ella se retiró al campo y a la finca familiar, junto con todos sus hermanos.

Alexander la había dejado completamente a su aire en la administración de la finca rural, y lo hacía muy bien, además. Como él sabía que haría. Los beneficios eran constantes y el administrador de la finca estaba lleno de elogios por sus decisiones.

Pero tener a su madre y a sus hermanos en Londres no era lo mejor para él en este momento. A pesar de su promesa, apostaría a que la vería antes de que terminara la semana. Solo podía esperar que los planes de matrimonio de sus hermanas la mantuvieran lo suficientemente ocupada después de eso como para que nunca metiera las narices en sus asuntos esta temporada.

Se dirigió a la parte delantera de la casa y vio a su madre entrar en su carruaje sin despedirse con la mano, aunque estaba seguro de que ella lo había visto de pie junto a la ventana observándola.

—Disculpe, mi lord. Mensaje de Lord Carmichael —le informó un sirviente.

Alexander extendió la mano para recibirlo mientras observaba al cochero prepararse para partir. Leyó la nota rápidamente. Los Carmichael tenían planes para salir.

Decepcionado por la noticia de que no vería a Sylvia, arrugó la nota mientras su madre se alejaba.

Esperó apenas un minuto antes de decidir seguir a su madre hasta esa nueva casa que había alquilado, dondequiera que estuviera.

CAPÍTULO 12



—ESTÁ MUY TRANQUILO aquí esta noche —murmuró Sylvia, mirando hacia la puerta, donde más allá no se escuchaba ni un sonido—. ¿Tus hijas han salido a algún entretenimiento esta noche?

—Se han ido a quedarse con el marqués unos días para darle un descanso a mis oídos —le dijo Lizzy con franqueza.

Lizzy no hablaba a menudo de sus conexiones, y cuando lo hacía, lo hacía en términos muy vagos, y sí, Sylvia había considerado que la mujer podría ser miembro de la aristocracia. Pero una conexión con un marqués era inesperada.

—¿Qué marqués?

—Wharton, por supuesto.

¿Wharton?

Solo había un Wharton que ella conociera en la sociedad.

Sylvia se llevó la mano al estómago al sentir un revoloteo.

—¿El Marqués de Wharton es tu hijo?

—Sí. ¿Has oído hablar de él?

Las mejillas de Sylvia se encendieron. Oído hablar de él, tocado todo de él, incluso probado, también. No es que fuera a mencionar ese hecho a su madre.

Sylvia empezó a temblar. ¿Qué había hecho al venir aquí? Tragó saliva con dificultad. No podía admitir no conocerlo en absoluto. Tenían amigos en común.

—Sí, nos hemos conocido, hablado, en varias ocasiones, mi señora —Y estaba desesperada por dejarlo ahí.

—Puede ser bastante frío con las mujeres solteras. Espero que no te ofendiera su indiferencia.

Sylvia quería deslizarse bajo la mesa para ocultar sus mejillas encendidas. Wharton no había sido en absoluto indiferente con ella.

—Nunca mencionaste que tenías una conexión con una familia tan importante. Si hubiera sabido tu verdadero título, yo habría...

Lady Wharton levantó una ceja, y Sylvia cerró los labios rápidamente.

—Si hubieras sabido mi título, te habrías comportado de manera muy diferente, supongo. Todos lo hacen.

En el caso de Sylvia, si hubiera sabido de la conexión, al menos habría considerado las posibles implicaciones de hacerse amiga de la madre de su amante. La mujer estaba muy por encima de ella en la escala social, y se ofendería al cenar con una mujer que buscaba placer fuera del matrimonio. Si descubriera que Sylvia había pasado una noche escandalosa en la cama de

Wharton... Sylvia se estremeció al pensar cómo podría reaccionar. Una palabra equivocada, también, de Lady Wharton podría destruir su tenue posición en la sociedad.

Sylvia tendría que pisar con cuidado para evitarles a ambas la incomodidad y retirar lentamente su amistad por grados, para que Lady Wharton nunca se enterara de la verdad.

—Si hubiera sabido quién era usted, le habría ofrecido una profunda reverencia cuando nos conocimos —sugirió.

Sylvia no se habría alejado de una dama en apuros, sin embargo. Había estado lo suficientemente preocupada como para acercarse a la desconocida, con título o no, y ofrecer la ayuda que pudiera. No es que alguien del estatus inferior de Sylvia tuviera mucho que ofrecer a un miembro de los diez mil de arriba. No eran iguales a los ojos de la sociedad, ni a los suyos propios.

Sylvia bajó la mirada, mortificada por su presunción de considerarse casi igual a esta mujer.

—Debe encontrar mi ignorancia divertida.

La dama suspiró.

—A veces es un pasatiempo agradable fingir ser un don nadie de nuevo.

Sylvia no estaba segura de cómo responder a eso, o si debía alentar más confesiones. Miró alrededor de la habitación disimuladamente, pero no vio nada significativo que marcara a la dama como un miembro rico y poderoso de la sociedad. Los muebles a su alrededor no se parecían en nada a los que se encontraban en la exquisita casa de Lord Wharton en Cavendish Square.

Y tampoco había un batallón de sirvientes al acecho para atender a la dama en todo momento. ¿Cómo se suponía que iba a saber quién era? Lady Wharton había estado sola en Berkley Square el día que se conocieron, triste y retraída. Los sentimientos de Sylvia se habían conmovido para acercarse a ella una y otra vez.

Desde el principio de su conocimiento, Sylvia había intentado sacar a la mujer mayor de su caparazón, pensando que necesitaba un oído amigo y, como Sylvia, ansiosa por la compañía de una mujer sensata. Pero eso fue antes de saber quién era y, más importante aún, de quién era madre.

—Estoy segura de que lo es, mi señora —murmuró, bajando los ojos respetuosamente.

Lady Wharton chasqueó la lengua.

—Nada de eso ahora. Soy Lizzy.

—Perdóneme, mi señora, pero no sería correcto ni apropiado dirigirme a usted sin tener en cuenta su posición en la sociedad.

—¿Quién lo sabría esta noche?

Sylvia tragó saliva.

—Su hijo no lo aprobaría.

Lizzy levantó la mano.

—Mi hijo está bien distraído con sus propias preocupaciones la mayor parte del tiempo. Estoy segura de que no ha pensado ni una sola vez en lo que hago en muchos años.

—Eso es terrible.

—Así son los hijos. Se olvidan de que significan el mundo para nosotras cuando alcanzan la mayoría de edad.

—Habría pensado que sería más amable.

—Tú y yo también —dijo con amargura.

Sylvia rápidamente tomó un sorbo de agua, rezando para que su mano permaneciera firme mientras calculaba cuán rápido podría despedirse sin delatarse.

Sylvia todavía estaba aturdida mientras Lizzy, Lady Wharton, hablaba de su hijo mayor por su título, marqués, de la manera más franca.

—Por supuesto, como cualquier hijo, se niega a complacer a su madre y casarse también. —Lady Wharton tomó un sorbo de su vino, y luego otro—. Es una incógnita dónde podría estar mi hijo mayor esta noche. Estoy segura de que ha puesto a sus sirvientes a vigilar a sus hermanas para poder escabullirse a lugares decididamente poco recomendables. Sé que la compañía que frecuenta es inadecuada.

—Estoy segura de que no ha abandonado a sus hermanas tan rápidamente.

—Es justo como su padre antes de que nos conociéramos y nos casáramos. Su cabeza se distrae fácilmente por una cara bonita o una fiesta escandalosa, pero nunca encontrará una esposa adecuada de esa manera. Mi hijo mayor está demasiado inflado y es demasiado egocéntrico para prestar a su familia la atención que merecen. Pero lo necesitarán mucho, pronto, me temo.

Qué extraño que Wharton pudiera parecer de una manera para Sylvia y de otra completamente diferente para su madre. Podría argumentar el bien que ha hecho por otros recientemente, pero ¿de qué serviría? Solo reforzaría la creencia de Lady Wharton de que se preocupaba por todos menos por ella. Y cuanto más hablaban, mayor era el peligro de revelar más de lo que debía.

—Ahora solo tengo a mis primos, y siempre he disfrutado inmensamente de su compañía.

—Es diferente cuando eres madre y estás sin tu marido. Tú sola te preocupas por el futuro de tus hijos. Los quieres cerca pero, aun así, anhelas el día en que estén fuera de tus manos y establecidos con sus propias vidas. Temo que tendré que confiar esa tarea a Wharton.

Sylvia se rio suavemente, imaginando a Lord Wharton apareciendo incluso en los márgenes del mercado matrimonial. ¡Qué revuelo causaría!

—Entonces, ¿piensas aprovechar al máximo la ausencia de tu familia de tu vida y divertirme a lo grande?

—Quizás —Lady Wharton apartó su plato y un sirviente apareció de repente en la habitación para llevárselo.

—Fue una cena maravillosa, mi señora —Sylvia podría haber comido más, tal vez, pero con Lady Wharton terminada, ella también debía hacerlo.

—Me alegro de que la hayas disfrutado. ¿Pasamos al salón para tomar el té?

—Con gusto —prometió, pero se levantó con el estómago hecho un nudo. ¿Y si Wharton venía a visitar a su madre esta noche? Si encontraba a Sylvia aquí, ¿qué haría o diría?

Se dirigieron del comedor al salón y otro sirviente cerró las puertas tras ellas en silencio. El té ya estaba servido en la mesa baja antes de su llegada. —¿Sirvo yo, mi señora?

—Sí, solo para ti.

Al principio, Sylvia pensó que era un poco extraño, hasta que vio a la marquesa dirigirse a las licorera alineadas en un pesado aparador. La dama parecía disfrutar de los licores y había consumido bastantes copitas durante la cena que apenas había probado. —Entonces, ¿qué hará sin su familia para detenerla?

—Muchas cosas de las que no aprobarán.

—¿Oh?

Lady Wharton se volvió del aparador con otra copa de licor en la mano. Acunó la pequeña copa de cristal contra su pecho y luego la bebió toda, con la mente obviamente en otra parte.

Sylvia sorbió su té, sentada en una silla, esperando que Lady Wharton terminara cualquier reflexión interna en la que estuviera inmersa. Después de beber el té, Sylvia encontraría la manera de dejar a Lady Wharton antes de lo que había planeado originalmente.

Dejó su taza de té en el platillo y Lady Wharton se sobresaltó. —¿Qué has dicho?

—Estaba a punto de contarme sus planes mientras sus hijas estuvieran fuera.

La dama parpadeó. —¿Lo estaba?

Sylvia tragó saliva. En realidad, no debería entrometerse, sin embargo, había algo en el comportamiento de la dama que le preocupaba, y le había preocupado desde el inicio de su relación. —No, pero debo admitir que siento una gran curiosidad. Hay algo en su mente que le preocupa. Puedo sentirlo.

—Entonces eres más observadora que aquellos que me han conocido toda su vida —le dijo Lady Wharton, e inclinó la cabeza.

Sylvia dejó su taza y platillo sobre la mesa. —¿Qué ocurre?

—Te lo diré, pero solo si me das tu solemne promesa de guardar ese conocimiento para ti hasta que yo te libere.

Lady Wharton volvió al aparador y rellenó su copa mientras Sylvia consideraba cuidadosamente la petición. Lo que Lady Wharton hiciera no era realmente asunto suyo, y sin embargo algo la impulsó a aceptar sus términos. Sylvia conocía el valor de guardar secretos en una sociedad competitiva como la *alta sociedad*. —No se lo diré a nadie, lo juro.

—¿Por la tumba de tu madre?

Asintió, pero luego la invadió el temor. ¿Qué estaba a punto de saber?

Lady Wharton se movió para sentarse al lado de Sylvia. Levantó su mano libre hasta su pecho derecho y descansó sus dedos allí por un momento. —Hay un crecimiento antinatural, aquí.

—Oh, Dios mío —jadeó Sylvia—. ¿Está segura?

La mujer asintió con decisión. —He consultado con varios médicos y todos están de acuerdo en que está aumentando de tamaño —Lizzy tomó un largo sorbo, y luego su atención se fijó en el otro lado de la habitación. Su rostro, finalmente, se relajó lo suficiente para revelar el terrible terror que debía estar sintiendo. Fue solo un breve vistazo, y luego fue hábilmente ocultado por una sonrisa irónica.

No era de extrañar que la marquesa apenas hubiera probado bocado en la cena. Debía estar tan asustada, tan temerosa por su vida que no tenía apetito en absoluto.

Sylvia tomó la copa de Lizzy y la dejó a un lado. Luego, presumiendo mucho de la tolerancia de la mujer, tomó ambas manos de Lady Wharton entre las suyas e intentó calentar el frío de sus dedos. —¿Qué se puede hacer?

—Dicen que mi mejor esperanza es la extirpación.

—¿Cirugía? —Sylvia se estremeció ante la idea—. Sería muy peligroso.

Lady Wharton dio unas palmaditas en la mano de Sylvia y, al soltarla, volvió a coger su copa, solo para encontrarla vacía. —Sí, supongo que lo será.

¿Cómo podía sonar tan tranquila? —¿Qué dice Lord Wharton?

—No se lo he dicho.

Sylvia se quedó boquiabierta. —¿Por qué no?

Lady Wharton levantó la barbilla, pero le temblaron los labios. —Porque está demasiado ocupado para hablar con su madre.

Sylvia negó con la cabeza. —Debe ser informado.

—No —Una expresión furiosa cruzó su rostro—. He intentado hablar a solas con mi hijo durante el último año, y me ha evitado. Ahora, es demasiado tarde para influir en mi decisión de seguir adelante. No será informado hasta después.

—Pero sus hijas seguramente se lo dirán.

—Ellas también ignoran a su madre a su manera. Mis hijas parlotean sobre tener pretendientes y bonitos vestidos nuevos, y nunca notan mi dolor. Si se lo dijera ahora, no serían un consuelo para mí. Harían todo lo posible por detenerme o retrasarme, para que sus vidas no se vean afectadas.

Las emociones de Sylvia volvieron a tambalearse. Qué cruel tener una familia que te ignore tan completamente que confieses tus preocupaciones a una extraña que conociste hace apenas una semana. —¿No tiene miedo?

Lady Wharton se levantó de repente. —Estoy aterrada.

Se dirigió al aparador y, tras considerar las licoreras, regresó con una y una copa mucho más grande. Las colocó sobre la mesa frente a ellas y su mano tembló mientras se servía otra copa.

—Debe decírselo. No puede soportar algo así sola.

—Lo haré —insistió Lady Wharton.

Sylvia consideró el asunto. —Iré yo misma a ver al marqués esta noche, sé dónde vive. Puedo contarle lo que piensa hacer y traerlo aquí para que la consuele.

La mujer la miró fríamente. —¿Lo harás? ¿Siempre olvidas tus promesas cuando se vuelven inconvenientes? Prometiste guardar mi secreto. ¿Me equivoqué al depositar mi confianza en ti?

Sylvia tragó saliva. —Pero Wharton se enfurecerá si no es informado. Conmigo también. No es que yo le importe, por supuesto.

—No le daré la oportunidad de detenerme o decidir quién me atenderá en esta etapa tardía. Cada día que me retraso acerca más el riesgo de fracaso y muerte segura. Todo está arreglado para mañana por la mañana.

—¡Mañana por la mañana!

—Debe hacerse.

Sylvia estudió a la mujer, la determinada posición de su mandíbula mientras la sombría mirada volvía a sus ojos. —¿Cuánto tiempo hace que sabe que lo hará ahora?

—Unas semanas. Hice los arreglos para que la cirugía se realizara en Londres, aquí en esta casa, para poder contar con los mejores médicos —la mujer la miró con amargura—. ¿Creíste que dejaría que cualquiera me cortara por capricho?

—No. No, por supuesto que no —Sylvia tomó aire—. Simplemente me asombra lo despreocupada que sueñas.

—Te aseguro que no estoy para nada tranquila, pero los espíritus ayudan enormemente —dijo mientras vaciaba su copa.

Sylvia se apresuró a rellenarla.

—Gracias, querida —dijo Lady Wharton mientras se reclinaba. Se llevó la mano bajo el pecho por un momento, con una leve mueca de dolor cruzando brevemente su rostro—. Estaré bajo el cuidado de diez carniceros experimentados y sus ayudantes.

—Cirujanos —susurró Sylvia horrorizada. No era seguro que una persona pudiera someterse al bisturí del cirujano y esperar vivir para contarlo después. Habría un gran riesgo y un dolor inimaginable para la paciente. Lady Wharton sufriría, y sufriría sin apoyo. Esa era una perspectiva aterradora para ella, pero Sylvia dejó a un lado su propia angustia en un intento por comprender—. ¿Qué es exactamente lo que van a hacer?

—Blandirán sus cuchillos más afilados y me cortarán el pecho afectado.

Sylvia palideció.

—¿Todo?

—Todo. Espero que puedan —Lady Wharton volvió a beber—. El bulto ha aumentado de tamaño muy rápidamente. Ya me duele llevar corsé, y el brazo me da grandes dificultades a

veces, por eso ya no bailo ni disfruto del carruaje. Demasiado traqueteo es doloroso. No tengo otra opción que hacer que me extirpen el bulto del cuerpo.

—Podrías morir —susurró. Había oído que tales cirugías se habían realizado, pero el riesgo era enorme. La probabilidad de infección después era grande. La pérdida de sangre haría que la recuperación fuera un proceso difícil y largo.

Lady Wharton debería preparar a su familia. No debería intentar pasar por esto sola solo porque sus hijos fueran egoístas.

—Sí, pero de todos modos me estoy muriendo —concedió la marquesa—. Prefiero tener la esperanza de que pueda salvarme y vivir para ver a mis nietos crecer.

¿Era eso todo lo que le importaba? Ver nacer a la siguiente generación había sido a menudo un tema de conversación entre ellas. No se le había pedido a Sylvia su opinión sobre la cirugía, pero, dada la elección entre una muerte temprana y la posibilidad de una mucho más tarde, ella también podría arriesgar su vida de la misma manera.

Tomó la mano de Lady Wharton y la apretó.

—Si no vas a llamar a tu familia para que te acompañe, me quedará contigo —ofreció.

—No puedo permitir eso.

—Debes tener a alguien, y si no es tu familia, entonces me tienes a mí —rápidamente consideró lo que podría suceder el día de la cirugía y después. Lady Wharton no estaría en condiciones de expresar sus deseos claramente—. Los cirujanos necesitarán hablar con alguien que sea capaz de tomar decisiones en tu nombre. Puede que no puedas hablar con ellos. ¿Y tu cuidado después? ¿Quién decidirá cuándo informar al marqués que estarás bien o no? No puedes dejar que un sirviente transmita ese tipo de noticias, especialmente si estuvieras a punto de morir. Él... ellos quedarían devastados.

La marquesa la consideró por un largo tiempo y aun así negó con la cabeza.

—Será un asunto desagradable. No puedo pedir a nadie que vea o escuche lo que me sucederá mañana por la mañana. Espero gritar muy fuerte.

Sylvia se estremeció ante la idea de aquello para lo que se había ofrecido voluntaria, pero no se echaría atrás en su promesa ahora.

—No me pediste que me quedara. Yo me ofrecí —le recordó Sylvia a su amiga—. Estaré a tu lado mañana por la mañana, y nada de lo que me digas ahora cambiará mi decisión.

La mujer a la que Sylvia había hecho amistad por capricho sin conocer sus conexiones estalló en feo llanto allí mismo.

Sylvia la consoló, le acarició la espalda, y cuando Lady Wharton se dio la vuelta, fingieron que el arrebato nunca había ocurrido.

Lady Wharton bebió más licor hasta que su copa volvió a quedar vacía.

—Gracias.

Sylvia miró alrededor de la habitación, hacia la oscuridad del vestíbulo, y se estremeció. El vacío ahora la asustaba también para el día siguiente. Lady Wharton no debería estar sola la noche antes de su cirugía. Debería tener a su familia alrededor, pero era demasiado orgullosa para suplicar su atención. Sylvia lo entendía, pero no le gustaba.

Se puso de pie.

—Necesito escribir una carta.

Lizzy la miró con enojo.

—A mis primos, Lizzy. Tengo que darles una razón por la que no volveré a casa esta noche o se preocuparán. Sé exactamente qué decir para no levantar sospechas, lo prometo. También necesitare que me envíen algunas cosas para poder quedarme contigo hasta que te recuperes.

—Allí —Lady Wharton señaló con la cabeza hacia un escritorio lejano, y se hundió en la silla, acunando su bebida.

Sylvia se apresuró hacia el escritorio y, encontrando papel y tinta, garabateó rápidamente una nota para decir que había sido invitada a quedarse con su nueva amiga por unos días. Lo hizo sonar como una especie de vacaciones para animar a la dama. No mencionó quién era realmente Lizzy en su carta.

Sylvia no tenía tiempo para explicar todo, así que omitió gran parte. Sin embargo, ya les había dicho que la dama que había conocido en el parque estaba melancólica. Se alegrarían solo de saber que Sylvia podía ayudar, y que estaba haciendo una buena acción. Y como aún estaba cerca, no se preocuparían ni pensarían en hacer una visita. Les escribiría de nuevo en unos días.

Sylvia envió la carta con un sirviente apresuradamente convocado, y luego regresó al lado de Lady Wharton para hacerle compañía. La marquesa se había servido otra copa para sí misma, y había conseguido una segunda copa también.

—¿Me complaces?

Sylvia tomó su copa.

—¿Qué es?

—Brandy.

Dio un sorbo cauteloso.

—Oh, al menos no es tan fuerte como la ginebra. Con unos pocos sorbos de esa y ya no soy apta para la compañía.

—La ginebra está en esa decantadora de la izquierda. Recuerda dónde está para después de la cirugía.

¿Habría un después para Lady Wharton?

Sylvia alejó el terrible pensamiento de que podría no haberlo y levantó su copa.

—Por la victoria sobre la adversidad.

—Victoria —Lady Wharton sonrió soñadora ahora—. Si no te importa, me gustaría excederme esta noche para no tener que pensar en mañana.

Sylvia bebió profundamente, sintiendo el ardor del licor deslizarse por su garganta.

—De hecho, ambas lo haremos —dijo con voz entrecortada.

Lizzy estudió su copa, y luego la levantó de nuevo.

—Por la única mujer valiente que conozco en Londres.

Sylvia tomó un sorbo apresurado antes de estallar en feo llanto también.

CAPÍTULO 13



ALEXANDER SE METIÓ un dedo en el oído para amortiguar el sonido de sus hermanas discutiendo por nada otra vez, y luego dejó de intentar ser sutil. Puso las manos sobre la mesa del desayuno y se levantó ligeramente.

—¡Basta! Silencio las dos o las encerraré en sus habitaciones por el resto del día.

Amelia y Jocelyn lo miraron atónitas.

Pero finalmente, bendito sea, se callaron, y eso era todo lo que él quería.

—Coman su desayuno.

Se sentó de nuevo, estirándose el chaleco, y reanudó su comida. El periódico estaba abierto a su lado como siempre. Prefería leer al menos un cuarto de él antes de dejar la mesa del desayuno y comenzar el verdadero trabajo de gestionar sus vastos intereses.

El silencio duró apenas dos minutos. Los cubiertos tintinearón contra un plato.

—Mamá nunca nos grita —acusó Amelia. Amelia era la mayor de las dos, y bastante propensa a quejarse de las injusticias que creía sufrir en la vida.

—Nuestra madre es demasiado dama para gritarle a nadie —respondió él.

—Excepto aquella vez en Bristol cuando casi te atropella ese carruaje —se burló Jocelyn.

Jocelyn era muy buena señalando los defectos de todos. Por esa razón, era un desastre absoluto con otras personas. Él había tenido que elegir cuidadosamente entre un número limitado de compromisos sociales para que Jocelyn no arriesgara ofender a todo Londres en una sola temporada.

—¡Yo no hice tal cosa! —exclamó Amelia, su voz elevándose a un tono estridente que realmente se clavaba en la mente—. Se desvió hacia mí.

—Yo ciertamente lo vi venir —afirmó Jocelyn—. Nunca me hubiera golpeado, pero tú estabas perdida ese día.

—Silencio —advirtió él.

Sus hermanas nunca dejaban de discutir. En el poco tiempo que llevaban bajo su techo, un total de tres días hasta ahora, había llegado a recordar todas las razones por las que no pasaba mucho tiempo en el campo con ellas. Competitivas y a menudo mezquinas, no habían pronunciado una palabra sensata o cortés en días. Ya se estaba arrepintiéndolo de haberlas traído aquí a quedarse y deseaba poder enviarlas de vuelta con su madre.

Pero había hecho una promesa de cuidar a las tontas por unos días más, y él siempre cumplía su palabra. Además, si las enviaba de vuelta con Mamá demasiado pronto, solo le estaría dando pruebas adicionales de su supuesto desinterés por su familia. Era un hombre ocupado, pero

quizás se había relajado un poco en pasar tiempo con este par. Por una buena razón, eso sí: estaba salvando su propia cordura.

Conseguirles un buen matrimonio rápidamente, como quería su madre, no era tarea fácil, pero cada día se volvía más atractiva. Sus hermanas eran una década y más menores que él y, en su opinión, casi demasiado jóvenes para que se les cortaran las alas en el matrimonio. Sin embargo, a menudo era lo único de lo que hablaban con gran entusiasmo. Quizás el matrimonio les daría la madurez que actualmente les faltaba. Pero no con cualquiera. Alexander tenía estándares. No permitiría que se fueran con el primer hombre que preguntara. Tenían que ser buenos hombres, de buenas familias, con temperamentos estables y paciencia ilimitada para merecer un lugar en su familia.

Sorprendentemente, las elecciones de su madre lo habían convencido desde el primer encuentro. Lord Barnaby Miller y Sir Fredrick Mosely iban a la cabeza en este momento. Aun así, no era prudente apresurarse en ninguna decisión.

Alexander debía escoltar a las chicas a un almuerzo más tarde hoy, y luego ir a una cena antes de un baile esta noche. Tenía otro día ocupado pero tedioso por delante, cuidando de este par.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Amelia.

—*The Times*. —Miró a su hermana con esperanza. Quizás aún era posible una conversación sensata con Amelia, si no con Jocelyn—. ¿Lo quieres cuando termine?

—Oh, no. Podría mancharme los dedos y la ropa con tinta. —Amelia parecía horrorizada ante esa perspectiva—. Mamá dice que una dama debe mantener siempre sus manos y guantes limpios y ordenados.

Amelia era la más interesada en su apariencia de las dos. Siempre había sido responsable de la mayor parte de las facturas de las modistas. Jocelyn prefería vestidos prácticos a algo nuevo o atrevido.

—Estoy seguro de que tiene razón —murmuró él, su esperanza desvaneciéndose. A las dos se les habían proporcionado los mejores tutores, institutrices y niñeras que el dinero podía comprar. Sin embargo, ninguna tenía interés en leer nada más que las notas que se pasaban entre ellas. Pasó la página—. Coman su desayuno.

—Mamá dice que eres un gran lector.

—Es un requisito de ser marqués —murmuró, pasando otra página, y luego miró a sus hermanas. No las conocía bien realmente—. También tengo un gran interés en otras personas y sus opiniones.

—Mamá dijo que no te interesa escuchar las nuestras, sin embargo.

Suspiró.

—Eso no es cierto, pero me gusta un desayuno tranquilo. A menudo leo mientras como.

—Mamá dice que eso no es bueno para tu digestión —advirtió Amelia.

—No, es apresurarse justo después de comer lo que es malo para ti. —Jocelyn lo miró con los ojos entrecerrados—. Leer en la mesa del desayuno es simplemente grosero.

Alexander suspiró y dejó a un lado su periódico. Obviamente nunca continuaría su rutina habitual mientras este par estuviera bajo su techo. Solo cuatro días más hasta que fuera libre de nuevo.

Estudió las caras sonrientes de sus hermanas al otro lado de la mesa y se recordó a sí mismo que las amaba de vez en cuando. Había sido el primero en sostenerlas y estaba seguro de que nunca las había dejado caer de cabeza. Le había enseñado a Amelia a jugar al escondite. Luego, más tarde, le había mostrado a Jocelyn todos los mejores escondites de Amelia. Admitió que

podría haber tenido algo que ver con sus naturalezas competitivas.

—Bien. Ahora tienen toda mi atención.

Lo miraron expectantes.

—¿De qué hablamos, hermano?

—Podríamos hablar de Bristol —dijo, reclinándose en su silla y estirando sus largas piernas—. ¿Cómo es que nunca me enteré de que estuvieron allí? ¿Y *cuándo* fue?

Las chicas acercaron sus sillas a la de Alexander a lo largo de la mesa hasta que estuvieron casi encima de él.

—Eso es lo suficientemente cerca —advirtió. Eran demasiado mayores para sentarse en sus rodillas como lo habían hecho de bebés.

—Oh, creo que fue por esta época el año pasado —sugirió Amelia.

—No, fue más tarde —juró la otra—. No en verano, pero el clima era fresco. ¿Recuerdas que corríamos entre las hojas caídas y nuestra institutriz tuvo ese terrible dolor de costado? Y nos dejó justo antes de que llegara el invierno.

—Éramos solo nosotras y Mamá en casa para Navidad. Tú no viniste —dijo Amelia, y luego hizo un puchero.

Hizo una mueca. Había pasado una Navidad encantadora con amigos el año pasado, para variar. —¿Con quién te quedaste en Bristol?

—Con nadie —dijo Jocelyn con gran emoción.

—Mamá no visitó a nadie que conociéramos antes —explicó Amelia—. Incluso pudimos fingir ser otras personas.

Alexander parpadeó. —Disculpa, ¿qué?

—Ella era la señora Lennox, y nosotras éramos sus hijas, Amelia y Jocelyn. Me alegro de que nos dejara conservar nuestros propios nombres.

—¿Por qué no usaría su nombre de casada?

—Dijo que era un secreto. Se *suponía* que íbamos a visitar a la tía Hermione en Bath, pero mamá cambió de opinión y fuimos a Bristol en su lugar.

¿Alexander sabía algo de esto? No lo creía, lo cual era inusual. —Supongo que la carta de madre explicando todo esto nunca me llegó.

—Eso parece. ¡Nos divertimos tanto, Alex! Mamá dijo que teníamos que fingir ser de clase baja.

—Pero no demasiado baja. No nos permitió maldecir como un marinero —añadió Jocelyn—. Dijo que te enfadarías por eso.

—Lo habría hecho. —Alexander se frotó el cuello. Tener a sus hermanas sentadas a ambos lados y turnándose para competir por su atención era agotador. Se sacudió los hombros para aliviar el dolor y empujó su silla unos centímetros más atrás—. Entonces, ¿dónde os alojasteis?

—En un hotel —Amelia parpadeó—. ¿Sabías que dejan alquilar habitaciones a cualquiera que tenga suficiente dinero?

—Sí, no es inusual. —A Alexander no le gustaba nada lo que estaba escuchando hoy. Se suponía que madre debía informarle cuando viajaba fuera de la finca o cambiaba sus planes mientras viajaba—. ¿Qué hicisteis allí?

—Dimos largos paseos, dormimos hasta tarde y nos acostábamos temprano.

—Madre era la única que mantenía los horarios de la ciudad —señaló Jocelyn—. No nos permitía quedarnos despiertas hasta tarde de ninguna manera. Queríamos hacerle compañía.

—Y hablaba con tanta gente de clase baja, también. Extraños.

Alexander se mordió la lengua. Sus hermanas habían vivido una vida protegida en el campo

y a menudo hablaban sin pensar. Pero estaba seguro de que madre no se habría relacionado con nadie realmente indigno. Después de todo, sus orígenes habían sido bastante humildes antes de su matrimonio. Ella era más que consciente de la necesidad de mantener una reputación impecable por el bien del futuro de sus hijas. Quizás más que él, madre siempre estaba preocupada por las apariencias.

Pero aún estaba un poco desconcertado por los recuerdos de sus hermanas sobre sus vacaciones, y por el hecho de que madre no usara su título en Bristol. —¿Dónde estaba nuestro hermano?

—Ocupado con sus propios asuntos. —Jocelyn se sonrojó un poco—. Mamá dijo que era mejor no preguntar ni pensar en lo que hace con su tiempo.

Madre podía ser muy sabia a veces. Si su hermano estaba haciendo de las suyas, y sus hermanas se enteraban, se lo contarían simplemente a todo el mundo. Especialmente sobre los lugares bajos y los amigos de baja estofa con los que pudiera relacionarse. Las dos no podían guardar un secreto ni aunque sus vidas dependieran de ello, por eso prefería que estuvieran en el campo para que no interfirieran sin querer con sus intereses en Londres.

Que Dios ayudara a sus pobres futuros maridos si intentaban guardar algún secreto.

—Ni de los tuyos tampoco —dijo Amelia tímidamente—. No debíamos molestarte de ninguna manera para que nos presentaras a ninguna de tus conocidas femeninas.

—¿Y eso por qué?

—Por si eran mujeres de vida ligera. —Jocelyn frunció el ceño—. ¿Qué es una mujer de vida ligera?

Amelia se rió en su mano mientras Alexander se atragantaba.

—Cualquier mujer de la que mamá no apruebe, tonta —le dijo Amelia a su hermana con aire de superioridad—. Estoy segura de que nuestro hermano no quiere hablar de ellas —Amelia sonrió con malicia, sus ojos brillando de picardía.

Alexander estudió a Amelia con los ojos entrecerrados. Puede que no fuera tan inteligente como a él le gustaría, pero claramente ya sabía algo sobre las mujeres de vida ligera de alguna manera.

Un lacayo apareció en la puerta, y Alexander casi celebró con alivio la vista de cualquier otro miembro de su propio sexo. —¿Qué sucede, John?

—Han llegado flores para la señorita Amelia, mi lord.

Amelia saltó en su asiento y chilló de felicidad.

—Tráelas —instó Alexander. Daría la bienvenida a cualquier distracción a estas alturas.

Amelia bailoteó hasta que un modesto ramo de jacintos llegó a la habitación, y entonces se deshizo en elogios excesivos. Había una nota del remitente, y por supuesto fue leída en voz alta inmediatamente. —Tenía tantas esperanzas de que Barnaby recordara mi flor favorita.

—Es *Lord* Barnaby, Amelia —advirtió Alexander. Amelia había adoptado demasiado rápido el nombre de pila de su joven pretendiente en todas las conversaciones.

—Oh, a él no le importa —prometió—. Tendré que visitar a mamá y contarle sobre el precioso ramo que me ha enviado —dijo entusiasmada.

—No, no lo harás. —Alexander no estaba de humor para llevar a sus hermanas de un lado a otro entre aquí y la casa alquilada de mamá en Berkley Square—. No habrá tiempo suficiente hoy.

—Oh —se lamentó Amelia—. Entonces le escribiré una nota. ¿Hay flores para mi hermana también, John?

—No, mi lady —murmuró el lacayo con una mueca de disculpa.

Jocelyn pareció abatida ante la noticia.

—Pero eso no es justo —protestó Amelia.

Alexander rápidamente despidió al sirviente. —Estoy seguro de que tus pretendientes no te han olvidado, Jocelyn.

El labio inferior de Jocelyn tembló y asintió, levantando la barbilla con valentía.

Manejar a dos hermanas y sus pretendientes, y sus estados de ánimo tan cambiantes, era condenadamente desafiante. Mamá ciertamente merecía esta semana tranquila sin todas estas tonterías. —Guardad todas vuestras noticias para cuando regreséis a la casa de madre en unos días.

—Tenemos tanto que contarle —dijo Amelia emocionada—. Espero que nos deje quedarnos despiertas hasta tarde para terminarlo todo.

—Si no está cansada otra vez —añadió Jocelyn, todavía sonando un poco decaída.

—Solo necesita otras vacaciones —declaró Amelia, sirviéndose otra taza de té—. Ya sé. Convenzámosla de visitar Brighton después de que termine la temporada.

—Ya lo intentamos antes —advirtió Jocelyn, rechazando otra taza de su hermana.

—Es cierto. Dijo que estaría demasiado cansada para tomar vacaciones después de esta temporada. —Amelia le ofreció la tetera—. ¿Alexander?

¿Acaso nadie recordaba que a él no le gustaba el té? —No, gracias —A pesar de ser criaturas olvidadizas, Alexander apreciaba a sus hermanas. Le gustaba que, si era lo suficientemente paciente, le contarían cualquier cosa que quisiera saber—. Si Mamá estaba tan cansada, ¿por qué vino entonces a Londres?

Las dos se encogieron de hombros. —No tengo ni idea —prometió Amelia—. Un día simplemente decidió que ya había tenido suficiente del campo, y ahora aquí estamos las dos contigo.

Jocelyn suspiró y se inclinó hacia adelante, apoyando la barbilla en la mano. —Me pregunto adónde habrá ido Mamá.

Alexander corrigió distraídamente los modales en la mesa de su hermana, apartándole el brazo de debajo de la barbilla. —Deberías saber comportarte mejor, Jocelyn —la reprendió—. ¿Y a qué te refieres con que se ha ido?

Jocelyn se reclinó, con las manos pulcramente dobladas sobre su regazo, y exhaló otro suspiro. —Envié a mi doncella a buscar una cinta que Amelia estaba segura de haber dejado en la biblioteca, pero la echaron. De manera muy grosera, además. Esa cinta era muy necesaria ayer.

—Madre nunca dijo que se iría de la ciudad —reflexionó Alexander en voz alta. Pero tal vez Madre se estaba escondiendo de sus hijos de la misma manera que él había descubierto que quería hacer en los últimos días. Todavía tenía unas horas de trabajo por hacer antes de escoltar a sus hermanas a algún sitio, y estaba atrapado aquí hablando tonterías.

John reapareció en la puerta, llevando un gran ramo de rosas de invernadero frente a él y una sonrisa. —Estas acaban de llegar para Lady Jocelyn, mi lord.

Jocelyn no esperó a que se las entregaran. Se puso de pie y rodeó la mesa del desayuno en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Oh, Dios mío, mira qué color tan exquisito! —exclamó—. Exactamente el tono de mi vestido la noche que nos conocimos.

Amelia se unió a ella, pero mantuvo la distancia. —Son bonitas, pero son rosas.

Entonces estornudó. Y volvió a estornudar.

—Oh, querida. Las guardaré en mi habitación —prometió Jocelyn, corriendo a admirar sus flores en privado.

—Cada vez que pasa —se quejó Amelia en voz baja mientras estornudaba una y otra vez.

Alex se levantó rápidamente y le entregó su pañuelo más grande. —Tal vez sea mejor que te retires a tu habitación también, hasta que pase el ataque —sugirió Alexander, dándole palmaditas en la espalda. Sabía que no ayudaría a la chica, pero era todo lo que podía hacer en un momento como este.

Ella asintió rápidamente y, después de recoger su propio ramo, salió de la habitación apresuradamente, dejando a Alexander finalmente solo con su periódico y lo que quedaba del desayuno antes de que realmente tuviera que abordar su trabajo.

SYLVIA SE LIMPIÓ la frente con el dorso de la mano, agotada hasta los huesos. Nunca había estado más cansada ni había temido tanto por otra persona en su vida. Se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la pared de la alcoba, tratando de contener las lágrimas. La cirugía de Lady Wharton —más bien una carnicería— se había realizado hace tres días, y la dama no mostraba signos de mejoría. Todo lo contrario, de hecho.

Los médicos, ahora solo un par, consultaban entre ellos en susurros y emitían sonidos nada tranquilizadores. Sylvia estaba aterrorizada ante la posibilidad de que la marquesa nunca se recuperara.

Miró hacia la puerta, considerando si era hora de romper su promesa e informar al marqués.

Juró que nunca más haría promesas precipitadas cuando alguien estuviera poniendo su vida en peligro. Incluso si había habido un atisbo de esperanza el primer día.

Dado que los médicos restantes ahora fruncían el ceño constantemente y con frecuencia revisaban la muñeca y la frente de Lady Wharton cada hora para ver si la fiebre disminuía y el pulso mejoraba, probablemente no había mejorado.

Lady Wharton yacía pálida y en gran medida sin responder, salvo por su respiración, que a veces parecía muy fuerte o casi imperceptible.

Iba a morir.

Sylvia apretó los dientes mientras sus ojos se llenaban de lágrimas una vez más. Debería haberle dicho a Lord Wharton lo que su madre había planeado antes de que la cirugía siquiera comenzara.

Enojada, se limpió la lágrima que se deslizó por su mejilla y fue a enjuagar el paño tibio al que se había aferrado. Lo sumergió en agua fría, lo escurrió un poco y lo dobló de nuevo suavemente, lista para empezar de nuevo. Mantener vigilia sobre una mujer moribunda era lo único que podía hacer ahora para aliviar su conciencia, y eso no se sentía ni de cerca suficiente.

Cruzó la habitación de vuelta a la cama. Los médicos se habían deslizado hacia el pasillo y observaban con expresiones tristes. Los ojos de Lady Wharton revolotearon cuando le colocó el paño en la frente, y luego se quedó quieta. Terriblemente quieta.

Después de sus anteriores gritos torturados, el silencio era inquietante.

No importaba lo que Sylvia dijera o hiciera, la mujer no respondía a sus preguntas.

Después de la operación, después de la horrible prueba que Lady Wharton había atravesado gritando, apenas había emitido un sonido. El recuerdo más fuerte que Sylvia tenía de la operación fue cuando el médico se detuvo, casi decidiendo parar por completo antes de que hubieran extirpado el tumor. Los ojos de la marquesa se habían abierto de golpe, y había ordenado que terminaran lo que habían comenzado.

Lady Wharton era la mujer más fuerte que jamás había conocido o conocería. Sylvia no

podía soportar la idea de que su dolor pudiera ser en vano. Se inclinó para susurrarle al oído: —Lizzy, por favor no te vayas. Nunca me lo perdonaré si no te mejoras.

Presionó un beso en el dorso de la mano húmeda de la dama y se acomodó en una silla colocada cerca de la cama. Sylvia no había dormido en días, y no lo haría hasta que esto terminara, de una forma u otra.

Se subió una manta hasta el pecho, no para calentarse sino para consolarse, aunque no ayudaba mucho.

Uno de los médicos se acercó para pararse detrás de Sylvia. —No está evolucionando tan bien como me gustaría.

—Entonces ayúdela —espetó Sylvia con ferocidad. Miró rápidamente al hombre y se estremeció—. Me disculpo por ese arrebato, señor Prendegast. No guardo ningún rencor contra usted por su condición actual. Sé lo incansablemente que ha trabajado. Pero...

El hombre asintió. —Es muy difícil ver sufrir a un amigo y sentirse impotente para hacer algo al respecto.

—Sí, es difícil de soportar cuando podría haber, debería haber, informado a su familia.

—Ella nos hizo jurar esa promesa a todos —murmuró—. Aunque iba en contra de nuestros principios, mis colegas y yo accedimos a sus demandas. Desafortunadamente, todo lo que podemos hacer ahora es esperar y tener esperanza.

—Eso es difícil de hacer por segunda vez.

Prendegast rodeó la cama y tomó suavemente la mano de Lady Wharton. —Deduzco que ya ha velado antes por un ser querido a punto de morir.

Sylvia controló sus emociones cuando amenazaban con abrumarla por completo. Ni siquiera estos hombres creían realmente que hubiera más que un destello de esperanza.

Se recompuso ferozmente, decidida a ver esto hasta el final.

—Mi padre se cayó por unas escaleras hace unos años. Se rompió una pierna y dicen que una o dos costillas. Nunca se recuperó completamente y murió poco después.

—Lamento su pérdida —el hombre hizo una mueca—. Es difícil ver a un padre fallecer.

—Sucede todo el tiempo —señaló Sylvia, pero no así. No podía aceptar nada menos que una recuperación completa. Lady Wharton había prometido que se recuperaría, y Sylvia se lo haría cumplir—. Solo necesita tiempo.

—Espero que tenga razón. Debería dormir un poco pronto, señorita Hillcrest. No hay nada que podamos hacer más que esperar.

Sylvia negó con la cabeza.

—Prometí quedarme con ella, y lo haré.

Mantener la vigilia, aplicar compresas frías en la frente de Lady Wharton, gotear un poco de agua en su boca cada hora y desafiarla a despertar era todo lo que Sylvia podía hacer para mantener su propio ánimo. Sylvia había mantenido la misma vigilia por su padre. Al final había deseado que su padre muriera, pero no Lady Wharton. Todavía había una posibilidad de que se recuperara. Era fuerte, de mente fuerte también, y había querido sobrevivir a esto. Su padre no.

Lizzy tenía que vivir para ver nacer a esos nietos que tan desesperadamente deseaba.

Cuando el médico se escabulló, Sylvia ajustó su silla y tomó la mano de Lady Wharton nuevamente. Quizás cerraría los ojos solo por un momento. Si la dama se despertaba en absoluto, Sylvia sentiría el cambio y despertaría para atender todas sus necesidades.

CAPÍTULO 14



—¿CÓMO que no recibe? ¿Por qué? —exigió Alexander.

El mayordomo de su madre bajó la mirada respetuosamente.

—Lamento que eso sea todo lo que se me permite decir, milord.

—¿Dónde está?

—Lady Wharton no está en casa, milord.

—Maldita sea esa mujer. Se ha marchado dejándome con sus hijos y ha huido para divertirse en otro lugar —Alexander se dirigió hacia la puerta, pero luego negó con la cabeza.

No, su madre nunca habría dejado a sus hijas para que hicieran un matrimonio solo con su ayuda. Querría planear sus bodas, como siempre había amenazado hacer con la suya—. No. No me creo ni una palabra. Se está escondiendo de mí.

El hombre lo miró fijamente, pero no ofreció más pistas sobre su paradero, excepto por un ligero rubor en sus mejillas. Estaba mintiendo. Lo más probable es que el mayordomo tuviera órdenes de no decir nada sobre su paradero, ni siquiera a él. Alexander se dirigió hacia las escaleras.

—Probablemente esté enfurruñada en su habitación. La encontraré yo mismo.

—¡Milord, no puede subir allí! —protestó el mayordomo—. Lo prometí.

—Intente detenerme —lo desafió, subiendo las escaleras de dos en dos en su prisa. Ya era hora de que tomara las riendas de su madre y pusiera fin a todas las tonterías que había permitido durante demasiado tiempo. Nunca debería haber alquilado esta casa. Debería haberle escrito sobre su deseo de venir a Londres. Él habría hecho todos los arreglos necesarios. Deberían estar acompañando a sus hermanas por la sociedad y examinando a sus pretendientes juntos, no él solo.

Alexander nunca había subido al piso superior de esta casa, pero la suite principal probablemente estaba en la parte delantera de la casa con vistas a Berkeley Square. Se dirigió allí primero.

Un par de puertas de roble estaban cerradas ante él. Agarró los pomos para abrirlas de par en par y miró ansiosamente alrededor.

Pero Alexander se encontró con la vista de un caballero de mediana edad que se estaba bajando las mangas junto a una cama con cortinas.

Alexander retrocedió unos pasos.

—¿Quién demonios es usted?

—¡Silencio! —exclamó el hombre, corriendo hacia él con una mano levantada—. Baje la

voz, señor.

Alexander no tenía intención de cumplir con esa petición.

—Hablaré tan alto como me plazca, y usted se explicará, señor. Esta es la alcoba de mi madre y es pleno día. ¿No tiene honor?

De repente, otro hombre de mediana edad estaba de pie junto al primero, con los brazos llenos de trapos ensangrentados y con aspecto de estar francamente aterrorizado de Alexander.

—Milord.

Los dos eran completos desconocidos para él, pero al menos uno tenía el ingenio de saber que estaba hablando con un par. Alexander dirigió su atención solo a ese hombre.

—¿Dónde diablos está mi madre?

El silencio reinó hasta que una frágil voz femenina llamó:

—Déjenlo pasar.

Los médicos se apartaron inmediatamente.

Alexander rodeó la cama y entonces maldijo en voz alta.

La frágil mujer que había oído hablar era su propia Sylvia Hillcrest, y su madre estaba...

Se quedó mirando su forma encogida en la cama y se le cortó la respiración. Envuelta en vendajes y recostada en la cama, su madre yacía mortalmente quieta. Miró de reojo al hombre que sostenía los trapos ensangrentados.

—¿Qué ha pasado?

El primer médico se apresuró a su lado y comenzó a susurrar:

—La cirugía fue un completo éxito, pero la recuperación ha sido lenta. Muy lenta, de hecho.

Alexander parpadeó hacia él.

—¿Qué cirugía?

Los médicos explicaron, y después de que la primera oleada de palabras se filtrara en su cerebro, Alexander tuvo que agarrarse a un poste de la cama para sostenerse. Estaba horrorizado.

—¿No pensaron en informarme?

—Fue el deseo expreso de la marquesa que no se le informara hasta que estuviéramos seguros de si moriría o viviría —anunció el segundo hombre—. Seguimos esperanzados, milord.

Por primera vez en su vida adulta, no sabía qué hacer, y no le gustaba.

—Déjenme —ordenó, y la pareja, después de una breve consulta, salió corriendo de la habitación juntos.

—Deben volver para cuidar la herida —le informó Sylvia, retorciendo un trozo de tela entre sus dedos enrojecidos. Se puso de pie, cruzó hacia la palangana y humedeció la tela de una jarra—. Tiene fiebre y no ha hablado desde que se realizó la cirugía.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy muy preocupada por ella.

—¿Tú estás preocupada por ella? —espetó con fiereza—. ¿Crees que yo no lo estaría?

Sylvia levantó la mirada hacia la ventana y la vista de Berkeley Square.

—Intenté persuadirla para que confiara en ti, pero se negó a considerarlo. Me hizo prometer que no le contaría a nadie sus asuntos.

—¡Deberías haber sabido que no debías hacer promesas así!

Sylvia se encogió de hombros y volvió al lado de la cama. Colocó un paño fresco sobre la frente de mamá y se sentó en la silla junto a la cama. Su cabeza se volvió un poco hacia él.

—Puede que a ti te resulte fácil negarle algo a tu madre, pero yo no soy tan insensible como debes ser tú. Ella sabía que el riesgo era grande y que le costaría sobrevivir. Era la única forma de que viviera una vida larga, y me hizo prometer que no se lo diría a nadie, especialmente a ti.

—Deberías haberme mandado llamar inmediatamente.

Un destello de desprecio tocó su expresión.

—Ella estaba empeñada en que no se te dijera. No quería que nadie la viera así, especialmente tú. Si rompiera esa promesa, ¿debería estar dispuesta a romper también la que te hice a ti?

—Eso es diferente.

—Para mí es exactamente lo mismo —Sylvia dio la vuelta al paño húmedo en la frente de su madre y se acercó a su oído—. Abra los ojos, milady. Por fin ha venido a verla, si es que aún no lo ha oído gritarle a todo el mundo. No querrá perderselo mientras esté aquí.

Alexander estudió las facciones de su madre, pero no vio señal alguna de respuesta a la petición de Sylvia. Sylvia se reclinó... y él se asombró al verla enjugarse las lágrimas de la cara.

—Había esperado que tu presencia finalmente la hiciera reaccionar. Media plaza debe haberte oído gritar a estas alturas.

Alexander apretó la mandíbula y la fulminó con la mirada. Esta mujer presumía demasiado al hablarle de esa manera. ¿No apreciaba la gravedad de su imprudente desprecio por el sentido común? Había conspirado con su madre para mantenerlo en la ignorancia, y lo culpaba a *él*. Sabía que ella no era como otras mujeres, pero esto era el colmo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Ella pareció desconcertada.

—Nada en absoluto. Pero deberías empezar a actuar como su hijo y preocuparte por su bienestar antes de que se vaya.

Él rechinó los dientes.

—Lo habría hecho si me hubiera informado de sus intenciones.

Su expresión se endureció. —Intentó durante un año hablar contigo a solas sobre esto, pero siempre estabas demasiado ocupado para una conversación privada. Se rindió tratando de comunicarse contigo y tomó esta decisión por su cuenta. ¿Seguramente debiste haber percibido su angustia? Yo solo me enteré la noche antes de la operación porque me atreví a indagar en sus largos silencios.

Alexander no iba a ser reprendido por la mujer que se había levantado las faldas para él. —Y eso es otra cosa. ¿Cómo te atreves a congraciarte con mi madre solo para acercarte a mí de nuevo?

—¿De verdad piensas tan poco de mí? Supongo que sí —Se encogió de hombros nuevamente—. Me hice amiga de ella antes de saber que era tu madre.

—Entonces deberías haber retirado esa amistad.

Ella negó con la cabeza. —No podía romper nuestra amistad la noche antes de su cirugía. Ni siquiera por ti. Tu madre estaba aterrorizada. Además, no es como si lo que tú y yo compartimos fuera más que un amorío pasajero.

—Ciertamente no lo es ahora.

Ella sonrió cansadamente y luego levantó una mirada llorosa hacia él. —No puedo entender cómo no quieres estar cerca de la mujer que te dio a luz. Es tan valiente, ingeniosa y también muy solitaria. Deberías amarla.

—Por supuesto que amo a mi madre.

—Demuéstralo. Dale lo que quiere antes de que muera.

Él se erizó ante su exigencia. No sabía qué confidencias había compartido Madre sobre su vida y la de él, pero había un tema sobre el que Madre simplemente no se callaba: *él* haciendo un buen matrimonio. —No me dejaré chantajear para casarme contigo.

—¡No quiero casarme contigo! —exclamó ella—. Todo lo que tu madre quiere es que la veas. Que seas parte de su vida. Abre tus oídos y deja de tener tanta prisa con todo. A las mujeres les gusta saber que tienen tu atención, ¿y te haría daño mostrar afecto? Tienes suerte de tenerla.

Alexander no estaba acostumbrado a ser reprendido por nadie, mucho menos por una mujer que se había levantado las faldas para él una vez. —Cómo te atreves. Vete. Fuera.

—No —Sylvia levantó el paño de la frente de Madre y se puso de pie—. Le prometí a Lizzy que me quedaría hasta que se recuperara, y no romperé mi palabra. No ahora.

El uso del apodo de su madre y que Sylvia le diera la espalda hizo que viera rojo. No iba a ser ignorado. Sylvia había ido demasiado lejos y necesitaba que le enseñaran su lugar. La rebeldía debía ser aplastada de inmediato. Ella aprendería que él no era un hombre con quien se jugara. —Si no te vas por tu propia voluntad, lo haré por ti.

Capturó a Sylvia y fácilmente la levantó en sus brazos. La sostuvo apretada contra su pecho... pero entonces sus pies se negaron a obedecer. Unos ojos verde apagados y cansados se volvieron hacia él, los labios rosados y carnosos temblaron, y luchó —con cierta dificultad— contra el impulso de besarla.

Ceder a la pasión, en cualquier forma, no era la manera en que afirmaría su autoridad con ella.

Endureció su corazón, levantó la barbilla bien alta, lejos de la tentación de su boca, y giró para enfrentar la puerta. Mientras se dirigía allí con ella acurrucada cálida y apretada contra su pecho, ella comenzó una débil protesta pateando sus bien formadas piernas. —Wharton, ¿qué estás haciendo?

—Haciendo valer mis derechos —prometió, tratando de no mirar hacia abajo mientras afirmaba su agarre. Las curvas de la mujer aún le atraían, y aunque ya la había tenido una vez, todavía se sentía tentado. Luchó contra su atractivo con todas sus fuerzas.

—Alguien nos verá juntos. ¡Bájame!

Él negó con la cabeza. No cedería. Estaba demasiado molesto con Sylvia, demasiado preocupado por su madre para que le importara que alguien lo viera así. Decir que estaba alterado era quedarse corto.

No importaba que Sylvia hubiera dado en el clavo sobre sus fracasos con su familia. Eso no significaba que tuviera que gustarle escucharlo de ella.

La mejor solución era poner distancia entre ellos lo más rápido posible. Continuó con su destino original en mente y la llevó hasta la cabecera de la escalera.

—¿Adónde me llevas?

—Te estoy echando por esta noche.

El silencio reinó, largo e incómodo. Alexander se arriesgó a echar un vistazo a la cara de Sylvia y vio la terquedad escrita por toda ella.

—Me ofende ese comentario —casi le gruñó—. No soy un gato.

—Pero tienes garras —señaló, pensando en lo agradable que había sido cuando sus uñas le arañaron la espalda desnuda cuando hicieron el amor.

Más palabras salieron de su boca entonces, pero Alexander cerró sus oídos a ella y se concentró en no tropezar por las escaleras y matarlos a ambos. Sylvia podría haber sido una mujer tranquila y educada una vez. Ahora, sin embargo, graznó y se quejó todo el camino hasta el vestíbulo sin pausa.

Él se encargaría personalmente de la recuperación de su madre ahora sin ayuda —interferencia— de ella.

El mayordomo de Mamá se materializó ante él en el vestíbulo, sorprendido y boquiabierto, y

Alexander ordenó que abriera la puerta principal.

—Mi señor, en serio —exclamó—. ¿Es esa manera de tratar a una dama?

Así era como iba a tratar a esta, por el momento al menos, le gustara o no. Se alegró cuando el mayordomo finalmente hizo lo que se le ordenó, pero Sylvia redobló sus esfuerzos frente a su audiencia tan pronto como vio el mundo exterior. Era un bocado escurridizo. Una mujer a la que le gustaría domar si tuviera tiempo.

—¡Bájame, gran bestia de hombre!

Lo hizo. En los escalones de entrada de la casa.

En el momento en que Sylvia pareció estable sobre sus pies y encontró su mirada, le cerró la puerta en la cara.

Puños golpearon la madera. —¡Wharton, no! Déjame entrar. ¡Déjame. Entrar!

—Ni hablar —Miró alrededor con satisfacción, sintiendo que había ganado una batalla importante.

El mayordomo retrocedió, con los ojos abiertos de miedo.

Alexander le apuntó con un dedo. —Que nunca se diga que no estoy al mando aquí. No dejes que esa mujer vuelva a entrar por esa puerta o también echaré a todos los demás.

El mayordomo tragó saliva. —Sí, mi señor.

Alexander subió corriendo las escaleras. Los médicos estaban pululando en el pasillo, así que los instó a volver a la alcoba de Madre y exigió que le contaran de nuevo la operación y todo lo que había sucedido hasta ese mismo momento.

Según ellos, Sylvia había aparecido por primera vez al lado de Madre la mañana de la cirugía, hace tres días. No había participado en las consultas anteriores de Mamá. Los médicos habían tratado de disuadirla de quedarse, pero Mamá había querido que se quedara, así que lo hizo.

—Mi señor, su madre es una mujer muy enferma.

Su madre yacía apenas respirando sobre su cama. Su pecho estaba tan fuertemente vendado que su busto parecía el doble del tamaño esperado. Y Alexander estaba completamente desconcertado por la forma en que yacía tan mortalmente quieta. —¿Por qué no está despierta?

—La cirugía fue muy dura para ella —explicó—. Se había desmayado mucho antes de que terminara, pero ahora quizás el impacto... el dolor que sufrió ha sido demasiado para su mente.

Alexander tragó el nudo que se le formaba en la garganta antes de intentar hablar. —¿Realmente se recuperará? La verdad, por favor.

—No lo sabemos, mi lord. Esperamos que sí.

Asintió lentamente, aún conmocionado pero agradecido por su honestidad y optimismo.

El par de doctores se removieron como niños traviesos. —Estábamos en contra de que la marquesa no le contara sobre sus problemas.

Recordó, entonces, las acusaciones de negligencia de Sylvia. —¿Cuándo decidió tomar este curso de acción?

—Discutimos por primera vez sus preocupaciones hace más de un año.

¿*Un año*? Así que Sylvia también le había dicho la verdad en eso. ¿Cómo había pasado por alto las señales de que Mamá no estaba bien?

Estudió a su madre... y luego bajó la mirada, lleno de vergüenza.

Madre había intentado innumerables veces hablar a solas con él, y él la había despachado con excusas, prometiendo hablar más tarde. No había ido a casa en Navidad porque estaba seguro de que ella solo quería hablar de matrimonio y sucesión. La había ignorado. La había descuidado.

Había descuidado una de sus responsabilidades más importantes.

Si no hubiera sido tan impaciente con ella, quizás se le habría ahorrado tanto dolor.

—¿Nosotros?

—Mi lord, quizás nos permita empezar desde el principio. —Alexander asintió—. Su madre vino a mí después de sentir un bulto en su pecho la temporada pasada. Dijo que sentía dolor cuando su doncella le ajustaba demasiado las prendas interiores, y que su brazo también parecía afectado a veces, sensible y más pesado que el otro. El bulto se examinó lo mejor que se pudo con dignidad entonces, y en su visita de seguimiento, parecía haber aumentado de tamaño en el medio año transcurrido desde la primera consulta.

—Le recomendé a su madre que visitara a un brillante médico en Bristol el año pasado para una segunda opinión. Después de una reunión discreta entre ellos, lamentablemente confirmé mis temores. Tras consultar con mis colegas durante el invierno, y un examen adicional por otros hombres instruidos de vocación similar, todos concluimos que la cirugía para extirpar el bulto podría ser la única oportunidad de su señoría para evitar una muerte segura.

Madre había pasado un año temiendo por su vida, mientras él disfrutaba de la suya.

No le sorprendía ahora que Madre se hubiera visto obligada a tomar tal decisión por su cuenta. No podría haber esperado mucho más a que él encontrara tiempo para ella.

Alexander se movió hacia el lado de la cama y tomó la mano inerte de su madre. No podía recordar la última vez que realmente le había tomado la mano, pero hoy su piel estaba caliente al tacto. Por mucho que hubiera intentado evitarla en el pasado, no quería perderla. —¿Tuvieron éxito?

—En efecto, sí. Nuestros colegas estaban bastante emocionados de ver un espécimen tan grande —se entusiasmó el primer hombre.

—¿Qué tan grande? No, no respondan eso. —Su estómago se contrajo de preocupación y repulsión.

El segundo individuo, obviamente más sintonizado para dar malas noticias con tacto, hizo callar al primero. —Entendemos la necesidad de proteger la sensibilidad de los miembros de la familia, pero debo decirle que la extensión del crecimiento fue mayor de lo que anticipamos, y hizo absolutamente necesaria la extirpación de todo el seno izquierdo.

Alexander casi vomitó, pero se contuvo. —Podrían haberla matado.

—Su madre estaba bien consciente de los riesgos involucrados, y se tomó su tiempo para decidir seguir adelante. No se la pudo disuadir, y ha proporcionado cartas absolviéndonos de cualquier irregularidad, en caso de que pereciera.

—Qué considerado de su parte —dijo en un tono cargado de sarcasmo.

El segundo individuo lanzó una mirada de advertencia a su colega antes de hablar de nuevo. —Las próximas semanas serán cruciales. Lady Wharton necesita descanso y apoyo amoroso si ha de encontrar fuerza.

—¿Para qué?

—Para decidir si quiere vivir o no —anunció el segundo hombre—. Hemos oído de casos similares donde la mujer falleció poco después de concluir la cirugía. Pero Lady Wharton tiene una mente fuerte, y quizás su fuerza de carácter, su terquedad, si nos perdona el uso del término, pueda ayudarla a resistir.

El primer hombre se aclaró la garganta. —¿Qué ha sido de la señorita Hillcrest?

Sylvia era la menor de sus preocupaciones. Ahora mismo, su madre necesitaba que pusieran su cuidado en primer lugar. —Ella no volverá.

—Lamentamos mucho oír eso.

—Si la señorita Hillcrest se ha ido, necesitaremos contratar a una mujer para que actúe como

enfermera —intervino el primer hombre en un tono preocupado.

—Ocúpense de ello. —Alexander se apartó de ellos—. Me quedaré con Madre por ahora.

—Sí, mi lord.

La pareja se dirigió hacia la puerta, hablando entre ellos, y Alexander los oyó claramente deliberando sobre el probable costo y la dificultad de encontrar sirvientes adicionales rápidamente.

—Quizás un par de mujeres sería lo mejor ahora —comentó uno—. Al menos una debería permanecer al lado de Lady Wharton en todo momento hasta que despierte.

—Ciertamente no podríamos esperar que solo una permaneciera despierta cuando la señorita Hillcrest no siempre podía mantener los ojos abiertos, pero ¿el gasto?

—Hemos sido compensados más que suficiente —advirtió el segundo al primero—. Déjeme la contratación a mí.

El primer hombre suspiró. —Qué lástima perderla, sin embargo. Lady Wharton se decepcionará al despertar y encontrar que su amiga se ha ido.

Alexander miró hacia la puerta, molesto porque la pareja aún no podía guardar silencio. Madre difícilmente notaría la ausencia de Sylvia en su estado actual. Y cuando lo hiciera —porque Alexander no podía imaginar que no mejorara— él y Madre discutirían muchas cosas, incluyendo a Sylvia y su imprudente amistad.

Cuando finalmente se alejaron lo suficiente para no oírlos, Alexander se dejó caer en la silla que Sylvia había desocupado recientemente cerca del lado de su madre y escrutó su rostro. —¿Cuántas veces te he advertido que te cuides de las jóvenes bonitas que te ofrecen amistad? Pronto sabrás por qué Sylvia se abrió camino hasta tu corazón, Madre. No es la dama apropiada que pensabas que era. Esas sonrisas suaves y toques gentiles suyos fueron artísticamente ejecutados para arrastrarnos a ambos a su confianza. Te engañó, y me traicionó completamente. Estamos mejor sin ella, ¿no es así?

Madre no dijo nada a eso, y Alexander se reclinó en la silla para estudiar cada respiración que su madre daba, esperando vislumbrar pronto algún signo de un cambio para mejor.

CAPÍTULO 15



SYLVIA SE RETORCIÓ Y ESTIRÓ, despertando repentinamente en la oscuridad. Lo último que recordaba era a Wharton, furioso con ella en la puerta de la casa de su madre.

Sylvia se incorporó rápidamente y miró a su alrededor, descubriendo que estaba en casa, en su alcoba. —¿Cómo llegué aquí?

Aurora se levantó de una silla junto a la cama. —Caminaste, o debería decir que tropezaste y sollozaste todo el camino hasta la puerta.

—¿Lo hice? —Miró alrededor otra vez—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

—Solo un día.

Sylvia palideció. —Se siente como si solo hubiera pasado un momento desde...

Miró a su prima con cautela mientras recordaba más detalles del día anterior.

Aurora le devolvió la mirada con firmeza. —Sí, ya sabemos en lo que estuviste involucrada. Has estado guardándonos secretos otra vez. Creí que nos habíamos prometido ser honestas.

—No fue así —juró Sylvia—. Quería contártelo todo, pero ella insistió en la privacidad.

—Eso es lo que Eugenia sabía que dirías en tu defensa —se quejó Aurora—. Sabemos un poco de lo que sucedió, así que ¿qué tal si me cuentas todo ahora antes de que decida si debo enojarme contigo también?

—Ella...

—Lady Wharton. Una marquesa acaudalada y nuestra superior social.

Sylvia asintió. —Después de la cena esa noche, me reveló que sería operada a la mañana siguiente. Se negó a decirle algo a su familia. Estaba asustada y sola, y demasiado orgullosa para pedir su apoyo. No pude irme.

—Oh, Sylvia —la reprendió Aurora—. Ese gran corazón tuyo es un imán para las causas perdidas.

—Necesitaba una amiga.

—Tiene una familia. —Aurora se puso de pie, se inclinó sobre la cama y le dio un gran abrazo—. Espero que esa amistad signifique tanto para ella como para ti. Quizás si se recupera, nuestras reputaciones tengan la oportunidad de sobrevivir al daño que tus acciones han causado —susurró Aurora.

Sylvia parpadeó. —¿Qué daño?

Aurora suspiró. —Te vieron siendo echada de la casa de Lady Wharton por el mismo marqués, su hijo. La noticia se ha extendido como la pólvora, y nada bueno. Tenías el cabello medio suelto, el vestido arrugado, y estabas gritando y chillando como una loca en la puerta que

golpeabas, también. Estabas en tal estado que tu condición fue notada por muchos miembros de la *alta sociedad* que pasaban por Berkley Square a esa hora, y tu comportamiento ha logrado ofender a cada uno de ellos.

—Hay especulaciones de que estabas intentando seducir al marqués, por lo que te echó y te prohibió volver. Otros murmuran que sabían que estabas completamente desequilibrada desde el principio y que podrías ser un peligro para la sociedad. Y hay muchas otras variaciones en esa línea, me imagino, cada una más inverosímil que la anterior.

—¡No había dormido en días! No estoy loca. Lo prometo. Estaba abrumada por el miedo.

—Eso es lo que dedujimos fácilmente cuando no podías dar tres pasos más adentro de la casa sin llorar que tenías que volver. Siempre has odiado llorar frente a nosotras.

—He estado haciendo mucho de eso desde que tuvo lugar la operación. —Sylvia hizo una mueca—. No esperaba que me echaran. Lord Wharton no tenía derecho a sacarme a la fuerza de esa manera. No era yo misma, y supongo que él tampoco. Tuvo una conmoción.

—Lo perdonas con demasiada facilidad —dijo Aurora, y se sentó a su lado en la cama—. Deberías habernos advertido de lo que estabas haciendo allí. Al menos habríamos sabido qué decir cuando alguien se nos acercara en busca de una explicación alternativa que no te presentara bajo la peor luz.

—Prometí no hacerlo.

—Mantener promesas es un asunto arriesgado en la sociedad. —Aurora le recordó, pero luego negó con la cabeza—. ¿Cuál es la única cosa que advertimos a todos nuestros clientes?

—Que el chisme siempre es una exageración desenfrenada —susurró Sylvia.

—No, Sylvia. Es que todos creen demasiado fácilmente lo peor de las mujeres.

Sylvia asintió, completamente horrorizada ante la certeza de esa declaración. —Todo se calmará tan pronto como él se tranquilice.

—No lo creo —dijo Aurora—. Aunque Lord Wharton nunca fue conocido por ser un cliente nuestro, sus acciones han puesto al diablo en aquellos que lo son, o podrían haberlo sido en el futuro. Nadie está realmente seguro de lo que sucedió entre ustedes, y de todos modos no quieren la verdad. Pero lo que sí *saben* con certeza es que enojaste a un hombre importante. Lord Wharton te desaprobó ayer, y eso significa que nos desaprueba a todas hoy. Hemos sido objeto de duras críticas por carta esta mañana. Acusaciones que te pondrían los pelos de punta. Nadie puede enfrentarse al Marqués de Wharton, aparentemente, y esperar sobrevivir en su sociedad.

Sylvia se cubrió la cara con la mano. —¡Estaba allí por su madre! ¡Solo por ella!

—Y la madre está tan enferma, dicen que está muriendo. No puede arreglar las cosas hasta que se recupere, incluso si quisiera hacerlo.

—Estoy segura de que lo hará. ¿Ha habido alguna noticia de ella?

—Las persianas están cerradas. Nadie ha entrado o salido de la casa toda la mañana. Ni siquiera se puede sobornar a los sirvientes para que digan la verdad. Todos esperan lo peor, supongo. —Aurora suspiró de nuevo—. Sylvia, ¿entiendes la profundidad de nuestra desgracia? No tenemos clientes, y es probable que nunca volvamos a tenerlos.

—Hablaré con el marqués. Explicaré. Rogaré su perdón. —Sylvia salió rápidamente de la cama y corrió al espejo. Su cabello estaba enredado y anudado, levantado de un lado por el sueño. Pasó un peine rápidamente por el desastre, sintiendo que debía volver de inmediato para enfrentar al marqués e intentar arreglar las cosas de nuevo—. Cuando se recupere, confirmará mi historia.

—¡No harás tal cosa! Te prohíbo que te arrodilles ante ese patán sin corazón. Recuerdo lo que dijiste sobre el hijo de Lady Wharton antes de que debieras saber quién era ella en realidad.

No tengo ninguna simpatía por el marqués. *Ninguna*. Ha descuidado a su madre moribunda durante años.

—Él no lo sabía.

Aurora apartó a Sylvia con fuerza del espejo y le quitó el peine. —Siempre has tenido tanta fe en aquellos con quienes te haces amiga en la *alta sociedad*, pero nunca podríamos ser realmente una de ellos, ¿verdad? Tan pronto como pusimos un pie fuera de la línea, se lavaron las manos de todas nosotras sin justificación. Has sido desinvitada de los eventos de la *alta sociedad*, y yo, por mi parte, me alegro. Sé que te presionamos para que hicieras amigos allí.

—¡No puedo abandonarla ahora! —exclamó Sylvia—. ¿Qué vamos a hacer?

—No lo sé, pero Eugenia desea tener una reunión familiar tan pronto como te hayas cambiado y comido. No tenemos clientes que atender, así que no hay prisa en absoluto —prometió Aurora, empezando a peinar el cabello de Sylvia. Cuando estuvo liso y ordenado de nuevo, recogido en un moño, guardó el peine—. Enviaré a una doncella para que te ayude a vestirme y te traiga algo de comer. Eugenia y yo estaremos en la biblioteca, leyendo allí para variar, cuando estés lista para hablar.

Sylvia agarró el brazo de su prima antes de que se fuera.

—Nunca quise que nada de esto os afectara.

—Lo sé, pero no podemos fingir que nuestras vidas no han cambiado —dijo Aurora, haciendo una mueca—. Eras nuestra presencia en la *alta sociedad*, nuestra embajadora impecable, y ahora te han expulsado. Supongo que era solo cuestión de tiempo. Lo siento.

—Yo también lo siento.

Aurora salió de la habitación mientras Sylvia hervía en silencio. Solo podía culparse a sí misma. La sociedad era un rebaño de ovejas, y Wharton uno de sus líderes más admirados. Si hubiera mostrado su desaprobación hacia ella en cualquier otro lugar que no fuera la entrada de la casa de su madre, podría haber sobrevivido con solo una reputación ligeramente mellada. Pero él había usado su fuerza superior para expresar su enojo y la había echado como si fuera basura.

¿Debería siquiera culparlo por actuar como lo hizo? Debería haberle contado. Lo habría hecho de no ser por esa promesa irreflexiva que le había hecho a su madre. Aunque ella no había sido la única. Lady Wharton había hecho que sus médicos firmaran una carta prometiendo no llamar al marqués mientras ella aún respirara, o no se les pagaría. El dinero siempre tenía una manera de asegurar la lealtad.

Sylvia no había necesitado ser sobornada. La dama tenía un reclamo sobre sus afectos.

Sylvia se mordió el dedo, preguntándose cómo podría salvaguardar el negocio familiar y restaurar sus reputaciones. Desafortunadamente, cada idea que se le ocurría dependía de la recuperación completa de Lady Wharton, y Sylvia no tenía forma de asegurar que eso sucediera.

Apoyó la cabeza en la cama y dejó escapar un grito ahogado en su almohada. Nunca debería haberse hecho amiga de la madre de un marqués. Él era demasiado poderoso, demasiado terco. Podría no lograr convencerlo nunca.

No tenía sentido quedarse en la cama, castigándose, cuando había decisiones que tomar por su familia. Tenía los medios para resolver parte de sus problemas, aunque los demás aún no lo sabían.

Se levantó de la cama y llamó a una doncella. Con su ayuda, se vistió con un vestido de muselina de color amarillo brillante para animarse, comió bien cuando llegó la bandeja de comida prometida, y luego cuadró los hombros para enfrentarse a sus responsabilidades. Este era su lío, y haría todo lo posible para arreglar las cosas por sus primas.

Fue a buscar su viejo bolsito de su escondite y bajó apresuradamente las escaleras,

directamente a la biblioteca.

Eugenia estaba detrás del escritorio, con los dedos recorriendo el libro de cuentas. Incluso desde la puerta, Sylvia podía decir que las noticias serían malas. Llevaban la contabilidad del negocio y sus fortunas heredadas en el mismo libro. Nunca había habido mucho para repartir.

—Buenos días, prima —murmuró Eugenia—. Espero que estés preparada para discutir el futuro.

—Ciertamente lo estoy —Sylvia se sentó, sosteniendo su bolsito con fuerza en sus manos—. ¿Cómo estamos?

Eugenia apoyó los codos en el escritorio y la barbilla sobre las puntas de los dedos.

—Veo que no estás de humor para charlas triviales. Muy bien entonces. Ya que Aurora me dice que ya te ha contado nuestro predicamento, iré directamente al grano. Tenemos algunas tarifas de clientes pendientes por recibir aún, y estamos en buena forma para la temporada, el verano y hasta el otoño. Pero sin nuevos clientes entrando por nuestras puertas, me temo que nuestros ingresos volverán a ser insuficientes para nuestras necesidades cuando llegue el invierno —anunció.

—No, no lo serán. No este año.

Sylvia vació su viejo bolsito sobre el escritorio.

Dentro estaban todas sus ganancias de los juegos en los que había participado y ganado en los últimos nueve meses, siendo la mayor adición la proveniente de asistir a la pequeña reunión de Lord Wharton recientemente.

Aurora se puso de pie de un salto y jadeó.

—¿De dónde ha salido todo esto?

Eugenia levantó la mirada, frunciendo el ceño severamente.

—Me aseguraste que limitarías tu presencia en las mesas de juego.

—Tenía que encajar —Sylvia deslizó algunos billetes—. No es una fortuna, pero todo será necesario. He ahorrado y guardado todo lo que he ganado desde la temporada pasada, para asegurarme de que no tuviéramos que pasar otro invierno separadas de nuevo.

Aurora empezó a apilar el dinero y a contar cuánto dinero adicional tenían ahora. Sylvia podría haberles dicho el total, pero contar el dinero ellas mismas les haría entender y apreciar lo que había hecho por ellas. Contar sus ganancias siempre ayudaba a Sylvia cuando las dudas sobre el futuro la asaltaban.

Aurora terminó y se reclinó, mirando fijamente las pilas.

—Esto es una pequeña fortuna. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Estaba preocupada de que pudiera usarse para el propósito equivocado. Siempre has insistido en que tenía que vestirme para encajar en la alta sociedad. Vestidos nuevos y sombreros, regalos para nuevos amigos y cosas así. No quería que se desperdiciara en ellos. Así que ahorré en secreto para un día lluvioso, y al final tuve razón —murmuró—. Siempre ha existido la posibilidad de que nuestra empresa resultara insuficiente para nuestro sustento a largo plazo.

—¿A quién pertenecía todo esto? —preguntó Eugenia, claramente aún desaprobando.

—A muchos miembros privilegiados de la sociedad. No te preocupes. Nunca arruiné a nadie. Apenas notaron las pequeñas pérdidas, y eso es una ventaja para nosotras ahora.

Eugenia también contó el dinero y añadió esa cifra a su total. Soltó un suspiro y se reclinó. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Nos has ahorrado una gran preocupación.

Por un año quizás, pero no para todos los años venideros. Sylvia era dolorosamente

consciente de que si realmente la habían expulsado, ya no tendría el mismo acceso a la sociedad, con sus oportunidades inherentes para apostar. Esta podría ser su única y mayor contribución a su hogar. En el futuro, seguirían necesitando un ingreso constante a menos que regresaran al campo y a sus antiguas vidas más tranquilas.

Aurora rodeó rápidamente la mesa y la abrazó con fuerza.

—Gracias —susurró.

Sylvia le devolvió el abrazo, contenta de tener prueba de que una de sus primas apreciaba su habilidad en las cartas. A Eugenia no le gustaba nadie que apostara, por regla general, lo cual era comprensible, ya que su único hermano había sido un derrochador y había muerto dejando a su familia sin un centavo.

Apostar era realmente el único verdadero talento de Sylvia. No podía cantar, actuar o tocar un instrumento. Bordaba solo pasablemente bien. Pero en una sala llena de vicios y frecuentes malos juicios, siempre podía mantenerse firme.

Aurora empezó a pasearse por la habitación.

—Ahora que el futuro inmediato está resuelto, creo que es hora de que consideremos una alternativa a hacer de casamenteras para otros.

—Nunca fuimos casamenteras —protestó Sylvia.

—Éramos consejeras —declaró Eugenia, sacando pecho—. Lo hicimos bien en eso.

—Pero no lo suficiente. Y ahora la sociedad londinense nos ha cerrado sus puertas. Francamente, no creo que podamos pedirle a Sylvia que vuelva a salir para encantar a esos idiotas para que nos vuelvan a aceptar. Podría ser una batalla cuesta arriba y sin frutos.

Eugenia asintió.

—Estoy dispuesta a escuchar nuevas ideas sobre lo que debería depararnos el futuro. ¿Qué tenías en mente?

Aurora puso las manos sobre el escritorio y las estudió a ambas.

—Nos hemos estado divirtiendo ayudando a otros a formar parejas durante un año, ¿y para qué? Una miseria de fondos que pronto se agotarán de nuevo. Mi sugerencia es que dediquemos todas nuestras energías y nuestros considerables talentos a encontrar un cónyuge para una de nosotras.

Sylvia estudió a su prima cuidadosamente. Eso era un cambio de opinión considerable.

—Pero dijiste que nunca te imaginaste casada. Incluso fuiste bastante vocal al respecto, antes de que viniéramos a Londres.

—He tenido tiempo para reconsiderar mi posición sobre el matrimonio. Puede que me haya equivocado. Cada una de nosotras aún tiene su herencia, pero ese dinero no durará toda la vida. Por muy frugales que hayamos sido, los fondos no durarán. Así que necesitamos un marido. Pero como somos mujeres sensatas, no requerimos un marido obscenamente rico. No estamos buscando un título o una fortuna, pero sí necesitamos al hombre adecuado. Alguien dispuesto a tenernos bajo su techo y aceptarnos a todas. Después de todo, dos de nosotras solo necesitamos comida en el estómago y un techo sobre nuestras cabezas, aunque el marido debe favorecer altamente a la que despose. Un matrimonio sensato es infinitamente mejor que tres terribles y la separación. Me he cansado de estar en un constante estado de pánico por lo que nos sucederá después.

Sylvia entrecerró los ojos mirando a su prima.

—¿Cuánto tiempo llevas pensando en esto?

—Oh, no mucho en realidad.

—Se nota —Sylvia se inclinó hacia adelante en su silla—. Eso es lo más poco romántico que

ha salido de tu boca. No participaré en un plan tan insensible. Jamás podría casarme con un hombre al que no amara con todo mi corazón, y no esperaríá menos de ninguna de ustedes dos.

—Pero una de nosotras debe considerar el matrimonio como un medio para nuestra supervivencia.

Sylvia se pellizcó el puente de la nariz.

—Oh, prima. No puedes estar hablando en serio de que una de nosotras se case de manera tan fría.

—Lo haría por todas nosotras si tuviera que hacerlo —prometió Aurora, levantando la barbilla—. Creo que en los próximos días, debemos averiguar cuáles de nuestros clientes aún nos apoyan de alguna manera, y luego deberíamos alentarlos.

Sylvia se quedó boquiabierta.

—¿Quieres que nos casemos con nuestros clientes?

—Seguramente uno de ellos servirá, ¿no? O tal vez uno de nuestros antiguos clientes tiene un hermano soltero que esté bien posicionado. No puedo estar sin ustedes otra vez. Son todo lo que tengo.

Sylvia intercambió una mirada con Eugenia para juzgar lo que pensaba de la idea. Eugenia parecía sin palabras, así que Sylvia se levantó y se acercó a Aurora para abrazarla fuertemente.

—Yo también te quiero —susurró—. ¿Ya elegiste un marido para ti?

—No, pero —su mirada se dirigió a Eugenia—, pensé que siendo Eugenia la mayor, debería tener la primera elección. Probablemente ya sabe quién sería un buen marido.

—No tengo un favorito, y no estoy en el mercado buscando marido —dijo ella con brusquedad.

Aurora respiró hondo y luego asintió.

—Bueno, entonces no hay nada que hacer. Pondremos el nombre de nuestro favorito en un sombrero y elegiremos entre nosotras quién lo tendrá.

Sylvia negó con la cabeza.

—No voy a hacer tal cosa. Sabes lo que siento sobre el matrimonio. Es amor o nada para mí, y ninguno de nuestros clientes actuales o anteriores podría reclamar mi corazón. Supongo que me quedaré solterona para siempre entonces.

Un hombre se aclaró la garganta, y todas se giraron hacia la puerta.

Solo Sylvia conocía al hombre, y se quedó boquiabierta.

—¿Señor Predegast?

—Bueno, tengo que decir que después de escuchar eso, no estoy seguro de si estar ya casado es motivo de celebración o de pesar, señorita Hillcrest —Se movió incómodamente.

Pero Eugenia de repente estaba de pie frente al hombre, con la mano extendida en señal de saludo.

—Mi prima menor tiene una extraordinaria afición por llevar las ideas al extremo. No le haga caso. Le aseguro que ninguna de nosotras está considerando seriamente el matrimonio como medio de salvación.

Sonrió al señor Predegast, y el hombre le devolvió la mirada, aparentemente hipnotizado por Eugenia mirándolo tan directamente. Ella puso su otra mano sobre la de Predegast y acarició su piel como una antigua amante.

Sylvia ocultó una sonrisa mientras las acciones de su prima envolvían diestramente al hombre desprevenido alrededor de sus delicados dedos con solo unos pocos toques suaves. Eugenia tenía un talento para manejar a los hombres casados. Podía encantarlos para que hicieran cualquier cosa que ella quisiera sin que ellos siquiera lo supieran. Por supuesto, funcionaba

mejor con hombres infelizmente casados e ignorados por sus cónyuges.

Predegast de repente se sacudió.

—Me alegra mucho oír que tal esquema es mera especulación ociosa.

—¿Qué más podría ser? —Eugenia retiró suavemente su mano—. ¿En qué podemos ayudarle? —Giró y tomó su posición habitual detrás del escritorio.

El hombre parpadeó, saliendo por fin de su estupor.

—Sí, bueno. Espero que perdonen mi llegada inesperada a esta hora tardía.

Mantuvo su atención en Eugenia, y Sylvia encontró imposible captar su mirada.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Lady Wharton está bien? ¿Ha despertado por fin? ¿Está...?

El hombre levantó la mano para detener el flujo de palabras de Sylvia.

—La situación de Lady Wharton no ha cambiado, me temo.

Sylvia casi se desplomó de alivio.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí? ¿Cómo me encontró?

—Hablé con su doncella, y ella fue lo suficientemente amable para darme sus direcciones —Frunció el ceño—. Vine aquí con la esperanza de que pudiéramos encontrar una manera de sortear un problema particularmente espinoso al que me enfrento.

Sylvia tragó saliva.

—¿Qué problema?

—En todo mi tiempo cuidando a los moribundos, nunca he conocido a nadie con mayor compasión que usted. Creo que aún desea estar al lado de la marquesa y, lo que es más importante, ella esperaba que usted todavía estuviera allí ahora. Desafortunadamente, el marqués ha prohibido que se le permita pasar por la puerta principal. Pero usted es exactamente la mujer adecuada para ayudar a cuidar a la marquesa mientras se acerca el final.

—Él no me impedirá intentar verla de nuevo.

El hombre sonrió.

—Esperaba que dijera eso. Creo, además, que he encontrado una manera de eludir su restricción, pero no es en absoluto un esfuerzo honesto. Pero no tengo otra opción. He venido hoy porque tengo una proposición para usted, señorita Hillcrest. Una que debería satisfacer nuestros deseos de cuidar a la marquesa. Desafortunadamente, es probable que haya un riesgo adicional para su reputación si es descubierta. Vi lo que sucedió. Creo que la ira del marqués ha traído la ruina sobre sus cabezas injustamente.

—Un asunto trivial que se resolverá fácilmente una vez que la marquesa se recupere —aseguró Eugenia al señor Predegast con una sonrisa pícar.

El rostro del hombre se enrojeció.

—Estoy seguro de eso también. La dama estaba muy encariñada con su amiga, por lo que me siento confiado de que aprobaría mi deseo de ayudarla a regresar lo antes posible. Hoy mismo.

—Me gustaría, pero... —Sylvia miró a sus primas, buscando su permiso. La reputación de Sylvia estaba hecha trizas, el negocio familiar cerrado. Sus primas estaban mantenidas por ahora y el futuro aún era incierto. Pero Sylvia había dado su palabra, y cumplir su promesa a Lady Wharton era importante.

Eugenia suspiró. —Tienes que ir, aunque sea solo por tu propia tranquilidad.

Sonrió al Sr. Predegast. —¿Qué tenía en mente, señor?

CAPÍTULO 16



—CREO QUE ESE sombrero te hará parecer gorda —susurró Amelia con cierta crueldad a su hermana menor a espaldas de Alexander.

—Es mejor que el tuyo —siseó Jocelyn—. Es tan horrible que ahuyentará a todos los caballeros de buen gusto.

Amelia se atragantó.

—A Barnaby le gusta mucho mi elección. Incluso me halagó por los colores extraordinarios ayer cuando vino a visitarte.

Jocelyn, que había revelado su preferencia por el joven lord, se rio.

—Se estaba cubriendo los ojos en ese momento.

—Eso es muy cruel —exclamó Amelia.

—Tú empezaste —murmuró Jocelyn.

Alexander se pellizcó el puente de la nariz mientras la discusión continuaba. A pesar de haber recibido la mejor educación posible, sus hermanas a menudo eran unas tontas en ciertos asuntos. Discutían constantemente por naderías y, después de solo unos días escuchándolas, estaba contemplando la posibilidad de organizar sus asesinatos.

O matrimonios apresurados que las enviaran lo más lejos posible.

Le maravillaba que su madre lo hubiera soportado sin quejarse, o quejándose muy poco. Y aún más sorprendente era que Madre hubiera encontrado pretendientes para sus hermanas, dado cómo se hablaban entre ellas. Pero sus visitantes parecían ajenos a sus mentes superficiales y seguían regresando.

Alexander se giró para enfrentar a la pareja. Amelia y Jocelyn no estaban hechas para el cuarto de enfermos. Ya había limitado severamente su tiempo allí, con la esperanza de inculcarles de alguna manera preocupación por el bienestar de su madre. Unos días de casi silencio habían sido todo el respiro que se le había concedido antes de que volvieran a su forma habitual.

—Bajad la voz.

—Sí, Alex —murmuraron las dos, bajando la mirada con arrepentimiento.

Alexander no había estado seguro de que traerlas de vuelta a la casa de la ciudad de Madre fuera una buena idea, pero definitivamente no podían quedarse solas en su casa sin su supervisión. Vaya, el día que se enteró del estado de Madre, había regresado brevemente a casa después de estar fuera unas horas, y había descubierto a Amelia y uno de sus pretendientes menos favorecidos disfrutando de un tête à tête privado detrás de una puerta del salón

parcialmente cerrada.

Amelia había parecido desconcertada por su ira inicial, pero el joven era más sabio y completamente culpable de tratar de aprovecharse de su hermana mientras él estaba fuera. El tipo había huido rápidamente de la ira de Alexander, y Alexander no esperaba oír que volviera a visitar a Amelia en un futuro próximo.

O más le valía no hacerlo.

Alexander había dejado muy clara su opinión sobre el hombre. Los sinvergüenzas no podían cortejar a sus hermanas.

Así que no había tenido más opción que llevarlas a casa con Madre y restringir seriamente todas las futuras interacciones con pretendientes en el futuro, a menos que él pudiera estar presente. No les había gustado que las llevara de vuelta a Berkley Square, pero afirmaban entender la necesidad de reunirse alrededor de Madre durante esta crisis.

Alexander había tenido tiempo de decidir quiénes entre sus pretendientes eran aceptables, sorprendentemente coincidiendo con las elecciones originales de Madre, y les había escrito, informándoles de su cambio de dirección y la desafortunada razón del traslado. Ambos caballeros habían mostrado una gratificante preocupación por el bienestar de Madre y por el resto de la familia.

Se volvió de nuevo hacia Madre y suspiró. No estaba tan bien como él deseaba, y no tenía idea de qué hacer a continuación para ayudarla. Se decía que la herida estaba sanando, sin signos de infección hasta ahora. Esa era la única buena noticia que realmente había tenido sobre su salud.

—¿Crees que a Mamá le gustaría que le cantáramos? —preguntó Amelia en voz baja, con la intención de que solo Jocelyn respondiera.

—No creo que debamos. Alex insiste en que estemos calladas ahora —le recordó Jocelyn.

—Pero a Mamá le encanta nuestro canto —afirmó Amelia en voz demasiado alta.

—Shh —advirtió Jocelyn—. No voy a cantar hasta que Mamá diga ella misma que le gustaría oírme. ¿Y si tiene dolor de cabeza otra vez?

—Sí. A menudo dice que siente que le viene un dolor de cabeza por las mañanas.

Alexander casi se rio de eso. Lo más probable es que Madre quisiera decir que ellas le estaban provocando el dolor de cabeza, solo que no lo entendían. Sospechaba que nunca dejaban de hablar hasta que estaban profundamente dormidas.

Alexander repasó de repente su última conversación y se dio cuenta, con sorpresa, de que Jocelyn finalmente había encontrado su voz después de años de ceder ante la mayor, Amelia. ¿Nunca dejarían de cesar las maravillas? Quizás hubiera esperanza de que Jocelyn saliera bien, después de todo. Alexander aprobaba de todo corazón cualquier nueva independencia por su parte y esperaba que continuara. Tarde o temprano, las vidas de sus hermanas serían muy diferentes y se vivirían muy separadas de sus hermanos, cuando fueran esposas.

Madre probablemente las echaría de menos por no estar en casa con ella al menos una parte del tiempo, suponía.

Pasó la página del libro que había intentado leer toda la mañana, pero pronto levantó la cabeza de nuevo para estudiar a la mujer que yacía tan quieta en la cama por tercer día... o sexto desde el día de la operación. Cada uno de sus sesenta y un años se mostraba en su rostro familiar esta mañana. Todavía no podía imaginar un mundo donde no tuviera que responder ante Mamá por sus defectos, tal como ella los veía.

Deseaba poder retroceder el tiempo y tener a Mamá recuperándose en casa en Wharton House, donde pertenecía. Pero le habían advertido que Madre no podía ser movida bajo ninguna

circunstancia durante bastante tiempo. Así que estaba atrapado aquí esperando a que se recuperara.

Había hecho que su ayuda de cámara empacara unos baúles con su ropa, despejara su agenda y se había mudado inmediatamente a esta pequeña casa de la ciudad. Un gran número de sus documentos importantes de su estudio también habían llegado a esta casa porque no podía, nunca, descuidar la finca ni estar ocioso durante largos períodos de tiempo.

Había enviado hombres para tratar de encontrar a su hermano, pero no esperaba verlo de vuelta en Londres pronto. Toby sería casi tan inútil en el cuarto de enfermos como Alexander, y también demasiado ruidoso. Pero Alexander aún lo quería cerca en caso de que ocurriera lo peor y perdieran a Madre.

Miró por encima del hombro. Sus hermanas estaban calladas de nuevo, trabajando en sus horribles sombreros junto a la ventana. Sonreían mientras comparaban su trabajo, y era como si el desacuerdo anterior nunca hubiera ocurrido.

Nunca guardaban rencor.

Se puso de pie, estiró la espalda y dejó su libro a un lado junto a la puerta para llevarlo de vuelta a su habitación más tarde.

También había que hacer algo con Sylvia Hillcrest, y pronto. No podía sacarse a la maldita mujer de la cabeza.

No dejaba de recordar su carita desafiante mientras discutía con él sobre su madre, ni dejaba de escuchar sus gemidos de pasión cada vez que cerraba los ojos para descansar unos minutos. ¿Cómo alguien que una vez consideró tan poco notable se había convertido en alguien a quien no podía olvidar? No sabía si quería ponerla sobre sus rodillas o dejarla por su cuenta de nuevo.

Tal vez era un poco de ambas cosas. Y quizás estaba simplemente demasiado cansado para darle sentido a sus sentimientos en ese momento.

Alexanderladeó la cabeza cuando sonó un golpe en la puerta principal de abajo, y escuchó atentamente. Había arresgido una hora más o menos de paz para sí mismo, y para mamá también, por defecto. Desde ayer había sido inundado con cartas de conocidos preocupados, ofreciendo apoyo y esperando escuchar buenas noticias. De ese número, había pedido algunos favores con el fin de distraer y entretener a sus hermanas.

Esperó impacientemente a que el mayordomo llegara para anunciar a la primera: Lady Norrington y Lord Barnaby Miller estaban programados para llevar a su hermana mayor Amelia a dar un paseo durante una hora.

El mayordomo entró sigilosamente en la habitación para susurrar el anuncio unos momentos después.

—¿Puedo ir, por favor? —suplicó Amelia, lanzando una mirada preocupada hacia su madre.

Alexander fingió considerar el asunto y luego le dio un asentimiento.

—Muy bien.

Amelia se levantó de un salto para besarle la mejilla y luego salió volando de la habitación, llevándose consigo su horrible sombrero. Jocelyn la vio irse en silencio, y luego se dejó caer en una silla, claramente decepcionada por quedarse atrás. Sin embargo, Alexander no se había olvidado de Jocelyn. Simplemente estaba esperando a que se anunciaran los siguientes visitantes, Lord y Lady Carmichael, y Sir Fredrick Mosely.

Cuando los Carmichael llegaron en su carruaje, pidiendo la compañía de Jocelyn, sufrió otro beso entusiasta en la mejilla.

Miró su reloj de bolsillo, desaprobando a Sir Fredrick Mosely, quien parecía llegar tarde para unirse a ellos. Pero cuando Alexander se acercó a la ventana, llegó justo a tiempo para ver a

Mosely subiendo apresuradamente las escaleras de entrada y llamando a la puerta.

Alexander se deleitó con el silencio de una casa casi vacía. Pero eventualmente sus hermanas regresarían, y tendría que soportarlas durante mucho tiempo sin ayuda. No podía empezar a mandarlas a la cama a las ocho en punto como si todavía fueran niñas pequeñas solo para tener algo de paz. Había que hacer algo con ellas, y pronto. Mamá había insistido en que Amelia y Jocelyn estaban maduras para el matrimonio. Solo ahora entendía por qué había considerado el asunto de sus matrimonios tan urgente.

Deseaba haberlo entendido antes de que ella se hubiera hecho todo esto a sí misma.

—Bueno, ya se han ido por unas horas, mamá. Disfrutemos del silencio mientras dure. Mosely no está tan mal una vez que pasas un poco de tiempo con él. No es brillante ni inteligente. Pero se ha ganado tu aprobación, así que eso cuenta mucho.

—Te tomó bastante tiempo deshacerte de ellas —susurró su madre de repente detrás de él—. Empezaba a temer que tendría que sugerirlo yo misma.

—¡Dios mío! —Alexander se dio la vuelta para ver a su madre levantar los dedos en un saludo. Los ojos de Alexander se llenaron de lágrimas, las primeras que había considerado derramar en dos décadas, y corrió hacia ella—. ¡Mamá! ¿Por qué tardaste tanto?

Ella se puso rígida.

—No grites, muchacho. Estoy con un dolor terrible aquí.

Él le tomó la mano. Estaba más cálida que antes, pero ya no tenía fiebre.

—¿Qué puedo hacer?

—Agua.

Encontró un vaso, lo llenó de agua y cuidadosamente le levantó la cabeza lo suficiente para que pudiera tomar unos sorbos.

—¿Más?

—Vino ahora —jadeó ella—. Mucho vino, creo.

Él ya tenía un vaso propio, así que se lo acercó a los labios en lugar de dejarla sola por un solo momento. Madre lo bebió todo y luego se recostó, jadeando en busca de aire.

Su respiración tardó un tiempo en calmarse y volverse estable, pero su rostro se nubló de dolor. Él le acarició suavemente la mejilla con los dedos.

—Mamá, ¿por qué no me dijiste lo que estabas haciendo?

—Habrías intentado detenerme.

—Maldita sea, claro que sí. Y lo habría logrado, también.

—Por eso no te lo dije. —Sus ojos se abrieron de nuevo, y su mirada recorrió la habitación—. ¿Dónde está mi niña?

—Me temo que Amelia y Jocelyn no volverán hasta dentro de una hora. —La dejó para rellenar su vaso y regresó rápidamente a la cabecera de la cama.

Los ojos de su madre se entrecerraron hacia él.

—Me refería a la otra. Tráemela.

Alexander estaba bastante seguro de que su madre se refería a Sylvia Hillcrest. Parecía que la amistad que Sylvia profesaba con su mamá era un hecho, y aparentemente correspondida.

—Estarás mejor en un abrir y cerrar de ojos. Toma, bebe esto.

—Mentiroso. —Resopló, pero tomó un poco más de vino antes de girar la cabeza con un gemido. Él esperó pacientemente a que volviera a hablar—. Tengo la intención de sufrir todo el tiempo que sea necesario. Ahora, ¿qué has hecho con mi Sylvia? Prometió estar aquí cuando despertara.

—La envié lejos —le dijo.

La mandíbula de mamá se tensó, y luego sus ojos brillaron con ira.

—No tenías derecho.

—Tengo todo el derecho. —Intentó tomarle la mano, pero ella la apartó—. Soy el cabeza de esta familia, y mientras te recuperas, yo decidiré a quién ves y a quién no.

Madre entrecerró los ojos mirándolo de una manera que insinuaba que lo resentía.

—Sé por qué estás haciendo esto.

—Realmente no lo sabes. —Nunca permitiría que madre descubriera la verdad sobre Sylvia. Si siquiera sospechara que Sylvia había sido su amante y la estaba utilizando, se sentiría humillada. No podía permitir eso—. Ahora, te quedarás ahí acostada y no harás nada para que te mejores. ¿Quieres más vino para aliviar el dolor que debes estar sintiendo?

Por un momento, pensó que madre se negaría en favor de continuar su discusión. Sin embargo, se humedeció los labios y su mano izquierda le hizo un gesto para que se acercara. Alexander ocultó una sonrisa sombría mientras ella bebía ávidamente la nueva copa, vaciándola antes de pedir otra.

Una vez que madre estaba bien encaminada a emborracharse con el vino y volviéndose somnolienta de nuevo, llamó a un sirviente y le dio instrucciones para la noche. Si madre estaba despierta y con dolor, necesitaría comida y todas las comodidades que el dinero pudiera comprar. Sus hermanas podrían pasar unos minutos con madre cuando regresaran, pero pasarían la noche en sus propias habitaciones.

Volvió a sentarse junto a la cama, y la mirada somnolienta de madre volvió a fijarse en él.

—¿Alguna vez te he dicho cuánto me recuerdas a tu padre?

—Me parezco mucho a él —dijo mientras tomaba un sorbo de vino él mismo. No le importaba que ella estuviera a punto de señalar todos sus defectos y fracasos. Simplemente estaba aliviado de tener a su madre de vuelta para hablar de ellos. Nunca más la ignoraría—. Me lo has dicho muchas veces.

—No es solo eso. Hablaba de cómo su preocupación por todo menos la familia lo hizo volverse tan frío y distante. Es difícil vivir eso por segunda vez contigo. Aunque supongo que también es un alivio que ninguna mujer haya puesto su corazón en casarse contigo. Solo lo romperías. Si te amara, estaría esperando en vano para reclamar algo de tu tiempo, como yo lo hice con tu padre. Aprendí demasiado tarde que su corazón nunca podría volver a entibiarse por mí.

Él contuvo una protesta. No era una copia exacta de su padre. Podría haber estudiado a sus pies, pero Alexander dirigía su propia vida y aprendía de los errores de otros, y de los suyos propios. Alexander era un hombre ocupado y siempre lo sería; se ocuparía del matrimonio uno de estos días. Y, además, Alexander aún no había descubierto una mujer que sintiera que pudiera llevar el título de marquesa de su madre con tanta gracia.

Solo se casaría con una mujer que pudiera aceptarlo tal como era y no exigiera que cambiara. Así que aún no se había casado. No había traicionado a ninguna esposa suya tomando una amante al mismo tiempo e ignorándola. Eso era lo que Padre le había hecho a Madre. Ella seguía amargada por eso después de tantos años de viudez.

Alexander ignoraría la comparación a la que ella aludía; estaba seguro de que ella nunca terminaría con el tema hasta el día en que él se casara. Pero por ahora, Madre no estaba en condiciones de elegir sus palabras con ningún tipo de cuidado o tacto. —No sabía que aún te sentías así respecto a Padre.

—Él solo me quería cerca cuando le convenía. Igual que tú —se quejó amargamente—. Me ayudaste a empacar para irme al campo y olvidaste que te necesitábamos.

Él se enderezó. —Te dejé para que administraras la finca porque confiaba en ti.

—No confías en mí —se quejó ella.

—No fui yo quien guardaba secretos, mamá.

—Todos guardan secretos, tú más que nadie. —Sacudió la cabeza y se estremeció—. Tráeme un paño frío para mi cabeza. Tengo un dolor terrible allí.

Alexander se puso de pie en un instante para mojar un paño.

Cuando regresó, lo colocó suavemente sobre su frente de la manera en que había visto a Sylvia hacerlo muchos días atrás. —Me aseguraré de que tus *verdaderas* amigas vengan a verte cuando te sientas mejor.

—No me hables en ese tono, muchacho. No eres mi guardián. —Mamá intentó incorporarse pero se derrumbó, jadeando—. Elegí hacerme esto a mí misma, y ella eligió pasar por la prueba para apoyarme. No tenía que quedarse. Desearía que *ella* fuera mi hija, porque entonces nos empacarías a ambas para el campo y dejarías de interferir.

Esto último fue casi gritado, pero luego su madre gimió de una manera que presagiaba algo malo. En pánico, se puso de pie de un salto y comprobó su pulso en la muñeca como los médicos habían hecho a menudo. Los pulsos bajo sus dedos eran rápidos e irregulares, pero su respiración eventualmente se ralentizó de nuevo a una velocidad más normal. A juzgar por su expresión retorcida, había hecho demasiado, demasiado pronto. Se había movido demasiado.

Sostuvo su mano mientras ella apretaba los labios con fuerza, y no se atrevió a hacer otra pregunta durante unos buenos veinte minutos o más. Se acomodó en la silla mientras esperaba, preocupado, pero también aliviado más allá de toda medida por la breve conversación que habían compartido. Podría estar cansada y con dolor, pero su madre era demasiado terca para renunciar a su vida. Hablarían de nuevo más tarde, cuando ella se sintiera con ánimos.

Pero ahora que estaba nuevamente alerta a su entorno, él debía empezar a pensar en el futuro. La niñera que los médicos habían contratado era una anciana matrona voluble con harapos antiguos y una cofia, que desaparecía en el momento en que Alexander mostraba su rostro en la puerta de la habitación de la enferma. Tendría que ser reemplazada antes de que pudiera siquiera considerar llevar a Madre a casa.

Cuando finalmente empezara a moverse sin ayuda, lo primero que haría sería llevar a Mamá de vuelta a Wharton House. Allí, podría vigilar mejor su recuperación. Juntos, aprobarían los matrimonios de sus hermanas, cuando los muchachos reunieran el coraje para pedir la mano de sus hermanas, por supuesto. Pero esta vez, cuando Madre se pusiera difícil sobre su estado de soltero y sus horarios tardíos, no permitiría que volviera a meterse bajo su piel. Escucharía y la haría sentir segura de que su opinión no solo era importante, sino invaluable.

Arreglarían las cosas, por el bien de la familia. Ella se quedaría con él en Londres, y él podría pasar más tiempo en el campo con ella también.

Dado su renovado interés en cuidar de su familia, particularmente de su madre, esperaba que satisfacer sus necesidades ocupara la mayor parte de su tiempo en el futuro previsible.

CAPÍTULO 17



WHARTON FINALMENTE DESAPARECIÓ de la casa al anochecer. Sylvia había observado y esperado que saliera de la habitación de su madre, como lo había hecho durante los últimos tres días y noches. El hombre no era indiferente a su madre, y claramente estaba muy preocupado por Lizzy. Si solo Lizzy se hubiera dado cuenta de eso antes de la operación, él podría haber estado aquí con ella en lugar de Sylvia.

Sylvia se quitó las gruesas gafas que había empezado a usar como parte de su disfraz y se frotó los ojos cansados. En su papel de enfermera contratada por el médico, el señor Predegast, el marqués apenas había mirado en su dirección durante todos los días que había estado viviendo como sirviente en la casa.

La familia estaba emocionada por el despertar de la marquesa hoy, y había comenzado a hacer planes para el futuro. Un futuro lejos de esta casa. Pero Sylvia sabía que Lady Wharton aún no estaba fuera de peligro. Siempre existía la posibilidad de que la herida se reabriera y se produjera una infección si se la molestaba demasiado. Un viaje a cualquier parte estaba absolutamente fuera de cuestión.

Pero el optimismo reinaba por el momento. Las hijas, frescas por la emoción de sus paseos por el parque con sus pretendientes, habían chillado como niñas pequeñas por la recuperación de su madre, hablaron extensamente de su tiempo separadas, y de sus pretendientes también. Una de ellas había cantado y sido rápidamente silenciada por el marqués. Al final, en su inconsciencia emocionada, habían sacudido demasiado la cama donde yacía la marquesa y también habían sido reprendidas por eso, y enviadas lejos.

Al menos Wharton ahora estaba tomando el control, dando órdenes a todos y siendo lo suficientemente inteligente como para dar a sus hermanas la tarea de escribir a todos sus amigos con las buenas noticias de que su mamá se estaba recuperando bien de su reciente indisposición. Aunque les había advertido que la recuperación de su madre tomaría muchos meses más, Sylvia no estaba muy segura de si realmente entendían cuán diferente sería la vida de Lizzy en los próximos meses.

Se puso las gafas de nuevo, cubrió su cabello con una cofia blanca de encaje de criada y rápidamente bajó las escaleras. Sylvia había esperado tener la oportunidad de estar a solas con la marquesa horas antes. Pero Wharton la había confundido y se había quedado, sentado junto a la cama de su madre todo el tiempo. Su atención nunca había vacilado, ni siquiera cuando Sylvia, llevada por la desesperación de ver más a la paciente, se había deslizado en la habitación con una jarra de agua que aún no era necesaria. Lady Wharton había estado durmiendo en ese momento,

su respiración suave y regular en la quietud silenciosa de la habitación del enfermo.

Sylvia había pasado de puntillas junto al marqués sin que él le hablara ni una sola vez. Dada la palidez de las mejillas de Lizzy entonces, supuso que la fiebre debía haber bajado en algún momento anterior ese día.

Ahora, con el marqués finalmente ausente, no había nada que impidiera a Sylvia cumplir su promesa a Lizzy.

Se deslizó en la habitación, cerró y aseguró la puerta, y se movió silenciosamente para detenerse junto a la cama. La marquesa parecía estar durmiendo de nuevo, así que se posó en el borde de la silla, esperando su momento.

La marquesa jadeó, de repente completamente despierta, y gimió.

Sylvia se acercó un poco más. —Lizzy.

La marquesa se volvió para mirar a Sylvia, y luego frunció el ceño. —¿Quién eres tú?

Sylvia rápidamente se quitó la cofia de encaje y las gafas que se había puesto en la nariz para ocultar mejor sus rasgos del marqués y sonrió. —Soy yo, Sylvia. He venido a verte de nuevo. ¡Estoy tan feliz de encontrarte despierta y hablando por fin!

—Oh, casi me das un susto. —La mirada de la marquesa recorrió a Sylvia y luego bajó hacia la cofia y las gafas—. ¿Por qué pareces una criada? Apenas te reconocí.

—Ese es el punto —susurró—. Tu hijo estaba un poco indignado por las cosas.

—Como sabía que lo estaría. —Su mirada se estrechó—. Pregunté por ti, pero él no quiso decir a dónde habías ido. ¿Qué hizo?

—Apenas importa.

—A mí me importa —protestó.

—Se negó a dejarme verte.

—Y sin embargo... —La marquesa miró hacia la puerta—. Estás aquí vestida como una criada.

—Un disfraz era la única manera de engañar a todos. —Sylvia se humedeció los labios. No quería meter al médico en problemas, pero solo gracias a él tenía alguna posibilidad de pasar desapercibida entre los sirvientes. Solo había planeado quedarse hasta que la fiebre de Lizzy bajara y tuviera la oportunidad de hablar con ella de nuevo, y despedirse—. Me temo que no puedo quedarme.

—Acabas de llegar.

—Lo siento, mi lady. No es posible que me quede. Verá, el marqués no me aprueba en este momento, y tengo que irme antes de que regrese de donde sea que haya ido. —Hizo un gesto hacia sí misma—. Tuve que recurrir al engaño para escabullirme entre sus sirvientes y echarle un vistazo durante los últimos tres días. Por favor, no me pida que explique cómo ocurrió mi presencia aquí. Realmente no quiero meter a nadie en problemas. Su hijo debe creer que soy solo otra sirvienta contratada para cuidarla. Una enfermera.

—Una fea con ese disfraz, además. Nunca te habría reconocido, y nunca olvido una cara. —Lizzie se rió entre dientes, pero luego jadeó y gimió con un dolor aterrador.

—Lo siento mucho —exclamó Sylvia, horrorizada de haber sido involuntariamente la causa del malestar de la dama—. ¿Qué puedo hacer?

La marquesa se calmó contra las almohadas con un sutil movimiento de cabeza. —Oh, eso fue desagradable, pero es bueno saber que estoy lo suficientemente viva como para aún tener sentido del humor para ser provocado.

Sylvia negó con la cabeza, asombrada por la mujer que se había convertido en su amiga. Había soportado tanto dolor y aún podía encontrar la vida divertida. —El clima es *desagradable*,

Lizzy. Lo que has soportado voluntariamente es algo muy diferente.

Lizzy frunció el ceño. —¿Siempre vas a contradecirme? Soy una mujer enferma. Sé agradable por una vez.

Sylvia apartó un mechón de cabello del rostro de Lizzy. —¿Realmente querrías que hiciera eso contigo?

—Supongo que no.

Sylvia se puso de pie, abrió un cajón profundo cerca de la cama y hurgó hasta que sus dedos tocaron una botella gruesa de vidrio. Sylvia había introducido de contrabando los licores en la habitación hace unos días, por si acaso la marquesa necesitara una bebida más fuerte que el vino que le habían ofrecido hasta ahora. Se la mostró a su amiga. —Pensé que preferirías un vaso de esto para ayudarte con el dolor.

—Bendita niña, trae eso aquí ahora. El vino está bien, pero hay que beber mucho para tener algún efecto real —dijo Lizzy, con los dedos haciendo gestos urgentes—. No creo que me gustaras tanto si fueras apropiada como todos los demás intentan ser. Piensas y actúas por instinto, en lugar de preocuparte por ofender. Eres bastante original, ¿no es así?

—Usted también lo es, mi lady —dijo Sylvia, sonrojándose por el cumplido, mientras servía a la dama un gran vaso de ginebra y la ayudaba a beberlo. Cuando el vaso estuvo casi vacío, se recostó de nuevo en la silla por un momento—. Pronto sentirá los efectos, estoy segura.

—Mi hijo se desmayaría si supiera que estoy bebiendo esa cosa espantosa. Oh, es horrible, pero espero que sea lo suficientemente fuerte para aliviarme este dolor constante.

—No voy a delatarla —prometió Sylvia, dándole el resto del vaso—. Esto es puramente medicinal.

—Mi padre solía decir eso a menudo, siempre después de volver tambaleándose de la taberna local.

El tiempo de Sylvia con la marquesa fue breve. Sirvió otro vaso de ginebra para la mujer y lo dejó a un lado.

—¿Cómo está el dolor ahora?

—Constante, pero mejor por verte de nuevo a mi lado —aseguró Lady Wharton—. Tendré que hacer algo al respecto.

—Pero no hoy. Ha salido, no sé por cuánto tiempo, y quiero saber de *usted*. Dicen que no hay señales de infección, pero no podemos ser demasiado cuidadosos. Sé que es difícil, pero debe descansar todo lo que pueda soportar.

La marquesa hizo una mueca.

—Sabía que Wharton no se quedaría.

—En realidad, Lord Wharton apenas se ha apartado de su lado en tres días —confió Sylvia, sintiendo que debía hacer algo para evitar un mayor distanciamiento entre madre e hijo—. Esta es la primera vez que sale de la casa desde que comencé mi engaño. Ciertamente se preocupa por usted.

—Por ahora.

Sylvia acarició la mano de la mujer.

—Dele una oportunidad para cambiar. Usted le dio un gran susto, y está encontrando su camino lentamente. Estoy segura de que será un mejor hijo para usted de ahora en adelante.

—Ha tenido muchas oportunidades a lo largo de los años —insistió Lizzy, cerrando los ojos por un momento. Sus dedos se elevaron hasta su pecho y se posaron suavemente junto a la herida. Temiendo que cualquier alteración de los vendajes pudiera afectar la curación de la herida, Sylvia apartó suavemente sus dedos antes de que Lizzy tuviera la oportunidad de

rascarse.

—La gente a menudo no cambia de la noche a la mañana, y a veces ni siquiera lo vemos nosotros mismos, pero él ha despejado su agenda para estar con usted. Se perdió la velada de Fratworth, y una cena con Lord y Lady Carmichael, y otras cosas relacionadas con sus inversiones también.

Un ceño fruncido se había formado en la frente de Lizzy, y volvió a gemir suavemente. Movi6 los hombros como si intentara deshacerse de una molestia. Sylvia rápidamente le ofreció la ginebra de nuevo, y la dama vació el vaso rápidamente. Después de eso se quedó quieta, pareciendo volverse algo somnolienta, y luego una sonrisa levantó sus labios.

—¿Cómo sabes tanto sobre la agenda de mi hijo?

Sylvia le devolvió la sonrisa.

—Escribió y envió sus disculpas a una docena de familias desde esta misma habitación. Casualmente escuché las instrucciones que le dio a un lacayo para su entrega.

Lizzy suspiró.

—¿Mientras merodeabas con ese feo vestido y las gafas?

Ella sonrió.

—Precisamente.

De repente, Sylvia se dio cuenta de la actividad en la calle fuera de la casa.

—Me temo que el marqués ha regresado —susurró.

—No te vayas todavía.

—Intentaré cambiar su opinión mañana de nuevo —prometió, pero claramente oyó cómo se abría y cerraba la puerta principal, y luego pasos pesados subiendo las escaleras—. No hay tiempo, pero volveré tan pronto como pueda.

Sylvia se puso la cofia y las gafas, escondió el vaso vacío de ginebra y la botella, y se llevó la mano a la cabeza, fingiendo dormitar en la silla junto a la cama de Lady Wharton.

La puerta se abrió lentamente y luego se cerró de nuevo. Los pasos se acercaron lentamente, uno a uno. Cuando Sylvia se arriesgó a echar un vistazo, el Marqués de Wharton estaba de pie junto a la cama frente a ella, mirando a su madre. Llevaba el ceño fruncido, pero apenas le dirigió una mirada a Sylvia cuando la despidió.

—Puede irse por esta noche. Me quedaré con ella hasta el amanecer.

—Sí, mi lord —murmuró ella con su acento fingido, levantándose pesadamente de la silla como si fuera mayor y estuviera más cansada, y saliendo de la habitación sin que el marqués sospechara nada todavía.

CAPÍTULO 18



ALEXANDER NO HABÍA pasado mucho tiempo en la enfermería durante su vida, pero una semana después de enterarse de lo que su madre se había hecho a sí misma, admitió que no estaba hecho para el tedioso ocio de hacer compañía a alguien que amaba mientras se recuperaba.

Madre, además, era una paciente peor de lo esperado.

—Madre, no cambiaré de opinión —dijo por centésima vez.

—Quiero verla —insistió ella.

Él miró el rostro de su madre, notando que su color y apariencia general habían mejorado significativamente en los últimos días. Si no hubiera estado envuelta en vendajes, podría haber saltado de su lecho de enferma para acosarlo con la punta de su dedo como solía hacer. Sin embargo, a Mamá no se le podía permitir esforzarse tanto. Incluso un ligero cambio de posición le causaba un considerable malestar que no podía ocultar.

—Si no me haces caso, tendré que mandar a llamar a tus médicos de nuevo.

Mamá hizo un sonido decididamente poco maternal, casi una maldición contenida bajo su aliento.

—Oh, ¿por qué no vas a pasear por la plaza, o mejor aún, ve a la Cámara de los Lores y juega a la política otra vez? Deja que la niñera se ocupe de mí.

—Si pudiera encontrarla —refunfuñó él.

El único día que había hecho planes para salir era el día en que ella aparentemente había encontrado una mejor posición. Había tenido que reclutar a Carmichael para que comprobara la situación de los Norrington por él. El conde siempre estaba en White's los miércoles. Hoy era el único día de la semana en que podía encontrarse "accidentalmente" con la esposa del hombre para ver si su situación seguía mejorando. Carmichael había refunfuñado que no estaba hecho para el espionaje, pero que haría lo que pudiera para obtener las respuestas que Alexander necesitaba.

—No te librarás de mí tan fácilmente, Mamá. Te guste o no, supervisaré tu recuperación.

—Estás aburrido.

—No estoy aburrido. —Bueno, quizás lo estaba un poco, pero no se lo admitiría a Mamá. Ya había caído muy bajo en su opinión—. Estoy tratando de compensar mi falta de atención hacia ti en los últimos años.

—Quiero ver a mi joven amiga.

Madre había estado pidiendo ver a Sylvia Hillcrest todos los días, cada vez que se despertaba, durante dos días seguidos. Exigía ver a Sylvia en su habitación de enferma cuando

simplemente no era posible. Sylvia había actuado a sus espaldas, ocultándole su conocimiento del peligro que corría su madre. No podía confiar en ella.

Además de eso, había dirigido toda su ira y miedo hacia ella y no había pensado lo suficiente en las probables consecuencias. Había culpado a Sylvia por las acciones de Madre en lugar de donde realmente pertenecía la culpa: en sí mismo. La había desterrado, y la mujer se había tomado su expulsión en serio. No había regresado ni intentado visitar a Madre. No es que Mamá fuera consciente de eso todavía.

Pero Sylvia ciertamente había hecho un buen trabajo para ganarse el afecto de Madre con habilidad y rapidez. No era una tarea fácil, en realidad. Ahora se sentía mal por Madre.

—Discutiremos esto más tarde.

—Lo discutiremos *ahora* —exigió Madre—. No permitiré que uses tu título para dominarme mientras estoy en mi lecho de muerte. Soy tu madre, muchacho. ¡Haz lo que deseo!

—Sí, te he oído las docenas de veces anteriores que me has recordado ese hecho, y estoy seguro de que no morirás dada la forma en que te estás comportando. —Dejó su libro a un lado y se movió para pararse al pie de la cama—. Aprenderás a confiar en mi juicio. Necesitas tranquilidad y calma. No quiero discutir más contigo.

—¿Por qué debería estar tranquila cuando estás siendo obstinado? ¿Cuándo has confiado alguna vez en *mi* juicio? —contraatacó ella—. Soy perfectamente capaz de tomar mis propias decisiones, tuve que tomar muchas cuando tu padre aún vivía y estaba con su amante. Déjame en paz.

Alexander se mordió la lengua y practicó la paciencia. Habían estado dando vueltas en círculos durante días, pero él era tan terco como Madre.

—Si hubieras muerto bajo el bisturí del cirujano, ¿qué se suponía que debía hacer o pensar? —preguntó, inclinándose sobre ella—. Nunca me lo habría perdonado. ¿Debería haber agradecido a Sylvia por mantenerme alejado de ti en un momento así? Te guste o no, te veo ahora, Mamá. Estoy aquí para quedarme.

Ella lo miró fijamente, apretando la mandíbula. Podía notar que se estaba preparando para lanzarse a otra diatriba. En cualquier otra circunstancia, Alexander podría haber disfrutado de una buena batalla de ingenio con ella. Pero hoy no.

Hoy, Mamá haría lo que él le dijera por una vez.

Se inclinó más sobre ella y le dio un beso en la frente.

—Me habría devastado perderte.

Tomada por sorpresa por su declaración, Madre simplemente lo miró durante varios largos momentos, y luego apartó la mirada.

—Si hubiera muerto, supongo que habrías tenido un problema menos del que ocuparte. Así es como nos ves. Tu familia. Tus hermanos y yo.

No iba a perdonarlo fácil ni rápidamente. Él también se lo merecía. Alexander le tomó la mano y la sostuvo suavemente.

—He cuidado excelentemente de mis hermanos mientras te recuperas, y velaré mejor por todos ustedes en los años venideros también. Te lo juro.

Su expresión se agrió.

—Solo los tuviste bajo tu techo durante una semana porque te engañé para que te interesaras en con quién se casaban. Unos cuantos suspiros de lamento y hablar del entusiasmo de tus hermanas por el matrimonio, y tuviste que apresurarte a tomar el control. Como siempre haces. Como sabía que harías.

Estudió a la mujer que le había dado a luz con consternación. Probablemente *lo había*

engañado, jugando con su debilidad por el orden y por saberlo todo. Había estado demasiado ocupado para notar cuándo Mamá dejó de molestarlo.

Bueno, no lo engañaría de nuevo tan fácilmente, se juró.

—¿Cómo habría reconciliado mi distracción con ellos si hubieras muerto? Eres irremplazable, Mamá.

Alexander apretó los dientes para contener la angustia que se le subía a la garganta. Amaba mucho a su madre, simplemente nunca lo decía en voz alta, y le dolía que ella hubiera ocultado sus preocupaciones de él durante tanto tiempo. Se había vuelto hacia una extraña, Sylvia, y lo había mantenido en la oscuridad.

—Soy el cabeza de esta familia. Solo que tú no pareces pensar que mi opinión importe. Tomaste una decisión imprudente sin consultarme.

—No todo se trata de ti, hijo. —Tomó aire y luego cerró los ojos—. Ahora tengo esta segunda oportunidad de vivir, de ver a mis hijas casadas y felices. Elegí la vida sobre una muerte lenta y segura. Tú me habrías detenido, y habría muerto antes de lo que podría morir ahora.

Ciertamente, él habría detenido el proceso al principio hasta tener todos los hechos a mano. No estaba seguro de lo que podría haber hecho o dicho después. La mera idea de su operación, de lo que le habían hecho a su cuerpo, le revolvía el estómago incluso ahora. Él no había visto la herida personalmente, pero la idea de ello, el dolor que ella había soportado, evocaba suficiente terror como para atormentarlo durante años. —Elegiste contárselo a Sylvia y no a mí. Tu propia sangre.

Ella abrió los ojos. —Una mujer entiende mejor que nadie los temores de otra dama. Al final, demostró tener un estómago bastante fuerte. Quiero agradecerle y asegurarme de que esté bien.

Confundido, él la miró fijamente. —¿Qué podría pasarle a ella?

—Elegió estar conmigo durante la cirugía.

—¿Esperando en el pasillo? Sí, escuché a los cirujanos hablar sobre lo útil que había intentado ser como asistente.

La expresión de su madre se tornó sombría. —No fuera en el pasillo. Sostuvo mi mano incluso cuando me cortaban. Nunca me soltó. Nunca apartó la mirada. Temo que en mi terror y dolor la haya lastimado.

Alexander se quedó inmóvil.

Sylvia no había dejado entrever que había sido testigo de la carnicería realizada a su madre en esta misma habitación. No habría sido una escena agradable ni apropiada para una dama. El conocimiento de que ella también había soportado eso lo hizo sentir decididamente inestable. —No se me habría ocurrido añadir valiente a su lista de virtudes.

La mirada de su madre era especulativa sobre él. —No sabía que estabas tan bien relacionado con mi querida amiga, pero debes estarlo. La has llamado por su nombre de pila. Varias veces esta noche. ¿Por qué?

Alexander se removió incómodo ante el interés de Mamá en él en ese momento. —¿Usé su nombre de pila? Oh, bueno, es amiga de la esposa de un amigo. Hemos compartido varias cenas, y también asistió a la fiesta de Exeter durante el invierno, ahora que lo pienso. —Se encogió de hombros forzosamente, pero le preocupaba haber revelado demasiado conocimiento sobre Sylvia Hillcrest para que su madre lo pasara por alto—. Pensé que era como todas las solteras. Aburrida como una pared y solo interesada en la costura.

Eso último no era cierto. Pero Sylvia Hillcrest estaba resultando ser una mujer de muchos talentos.

—Siempre subestimas la complejidad de las mujeres. —Su madre guardó silencio un

momento, pero luego dijo—: Cuando esté bien, tengo la intención de ayudarla.

Él miró a su madre con consternación. —Si estás pensando en darle a la señorita Hillcrest tu dinero para alfileres, créeme, no lo necesita.

—Presentaciones, muchacho —asintió, entusiasmada con su propia idea—. Sería un activo para cualquier familia.

La idea de que su madre hiciera de casamentera para Sylvia con uno de sus conocidos hizo sonar repentinas alarmas en él. —¿Acaso sabes si la señorita Hillcrest quiere casarse?

—*Toda* mujer quiere casarse. Solo necesita el incentivo adecuado. Ya hemos hablado de esto, y estoy segura de que la señorita Hillcrest acabará cediendo. —Sonrió un poco más—. Ahora que mi recuperación está en marcha, imagino que pronto tendré tiempo para hacer buenas obras por los demás. Tus hermanas tendrán maridos que cuidar, o tendrán maridos que las cuiden, en realidad, a menos que los hayas ahuyentado. Puedes volver inmediatamente a tu vida de soltero. Yo tendré tiempo más adelante para guiar a la querida Sylvia en sociedad y eventualmente verla establecida en un buen matrimonio.

A Alexander no le gustaba nada el plan de su madre. Estaba entrometiéndose con una mujer con la que no debería. —Ella no es una obra de caridad, Madre. No puedes simplemente imponerle tus ambiciones y esperar que no esté en desacuerdo.

—Ella *siempre* está en desacuerdo conmigo. Por eso me gusta tanto —continuó su madre con una suave sonrisa—. Sí, me gustaría ver a la señorita Hillcrest atrapar a un marido con título, creo. La he oído hablar favorablemente de hombres apuestos. Debo averiguar si ya hay alguien que le guste.

Alexander negó con la cabeza. Sylvia era...

No suya, pero...

—Tú también podrías hacer algo por ella —sugirió su madre de repente.

Aquí viene. —¿Hacer qué?

Su madre se movió en la cama y luego gimió. Puso su mano en el pecho y sus dedos se flexionaron, hundiéndose en la parte superior de su pecho. Abrió los ojos lentamente. —Seguramente la idea de ayudar a alguien con quien estamos en deuda no te sorprende. No debería tener que decirte el beneficio de ayudar a una buena mujer a llamar la atención de un hombre digno. Debe ser alguien que nos guste, por supuesto. Alguien importante y lo suficientemente rico, para que pueda pasar las vacaciones en el campo conmigo cuando su marido no la necesite.

Alexander se puso rígido, ofendido por la mera sugerencia de que cualquier marido de Sylvia no la necesitaría siempre cerca. —Estás delirando.

—Bueno, creo que tú eres el hombre indicado para ayudarla. Intentó tantas veces convencerme de que confiara en ti. Debes haberle causado una gran impresión.

Una pequeña parte de su alma, recientemente silenciada, se emocionó ante la noticia de que Sylvia había hablado bien de él alguna vez. Lo había arruinado, por supuesto. Alexander apartó ese problema para más tarde. —Si Sylvia valoraba tanto mi buena opinión, debería habérmelo dicho, a pesar de su promesa contigo.

—Mientras que yo la valoro aún más porque no lo hizo, incluso bajo un estrés extremo. —Su madre chasqueó la lengua—. Se lo prohibí. Es una buena chica, obediente a una figura materna. Juré que nunca más le hablaría si te lo decía. Me avergüenza decir que usé todos mis poderes de persuasión sobre sus emociones para salirme con la mía. Debe haber estado preocupada enferma todo el tiempo, ¿y qué hiciste *tú* sino echar a semejante joya? No tenía intención de morir, y ahora me gustaría asegurarle que siempre tuve razón en que sobreviviría.

Entró una criada llevando una bandeja cargada. De repente pensó en la niñera que nunca

estaba cerca cuando él estaba en casa. Solo la conocía por el vuelo de su falda cuando se escabullía por una puerta distante. Apenas había cruzado una palabra con la mujer en todos los días y noches que había permanecido junto a la cama de Mamá. Quizás la había aterrorizado con su presencia y la había ahuyentado sin saberlo.

La criada sonreía mientras llevaba una mesa de cama a su madre.

Su madre hizo una mueca. —¿Más estofado?

—Perdónenos, mi señora. La señorita Hillcrest insistió en que se le deben dar los platos más fáciles y mejores para recuperar sus fuerzas, y todos están de acuerdo en que el estofado de res es fortalecedor. También hay verduras cortadas y al vapor a un lado, cocinadas como a usted le gustan, y chocolate caliente endulzado para beber. Solo sus favoritos, y fáciles de comer con una mano.

Su madre sonrió serenamente. —¿Ves, Alexander? La mujer gentil y de buen carácter que echaste se aseguró de que comiera bien durante mi convalecencia. Ni siquiera está aquí, y sé que aún está pensando en mí.

Sylvia no había sido tan dulce cuando discutieron justo antes de que él la echara por la puerta. Quizás había sido demasiado tajante en sus acciones ese día. Demasiado emocional para comportarse como un caballero. Se avergonzaba de eso.

Después de lo que había oído sobre su lealtad hoy, empezaba a sospechar que no tendría más remedio que ofrecer algún tipo de disculpa pública por su comportamiento airado hacia ella e intentar suavizar las cosas. Pero no iba a permitir que ella volviera a socavar su autoridad. Él estaba al mando de su familia. No ella.

La doncella colocó cuidadosamente la bandeja sobre el regazo de su madre. Aun así, Mamá hizo una mueca.

—Ten cuidado —espetó él.

—Lo siento mucho —La doncella levantó la bandeja y la volvió a bajar en una posición ligeramente más baja sobre el regazo de Mamá.

—Está bien, querida —murmuró Madre—. Todos hacemos lo que podemos.

—¿Dónde diablos está esa enfermera sustituta que me prometió el médico?

—Predegast encontrará una mujer eventualmente —explicó Mamá, empezando a comer—. Aunque preferiría a mi amiga antes que a una extraña.

Los ojos de Mamá echaron chispas... pero luego movió el brazo contra su costado vendado y volvió a jadear. Comió con moderación, pero finalmente se cansó y dejó la cuchara a un lado. Sin embargo, bebió todo el vino que le sirvieron. —Hablaré con ella hoy.

Dios mío, Mamá era como un perro con un hueso respecto a que Sylvia Hillcrest volviera. Tener a esa mujer cerca de su madre era pedir problemas. —No voy a permitir que esa mujer...

—Mi amiga —dijo Madre en voz alta, interrumpiéndolo.

Alexander frunció el ceño. —No es tal cosa.

La expresión de Madre se tornó terca. —Oh, puedo ver que tu orgullo aún escuece por lo que no te conté, pero dadas las circunstancias, insisto en que entierres el hacha de guerra y agradezcas a los cielos por Sylvia. Habrías impedido que se realizara la operación o la habrías retrasado mucho más de lo que era bueno para mí. Sé agradecido, en cambio. Creo que si me hubiera confiado a cualquier otra persona, habría estado completamente sola durante mi calvario. Debes disculparte con ella. Sylvia es una mujer amable, y estará por aquí bastante en los años venideros. Odiaría que hubiera alguna incomodidad o resentimiento persistente de tu parte. También odiaría tener que elegir entre ustedes de nuevo.

Alexander se quedó boquiabierto. ¿Encontraba a Sylvia mejor compañía que él? ¡Tonterías!

—Vamos, Mamá, no...

—Solo puedo esperar que cuando llegue el momento te cases con una mujer de carácter tan fuerte, pero por supuesto, siempre he tenido reservas sobre si alguna mujer cuerda te aceptaría.

Sus orejas ardieron. —No estoy listo para casarme con nadie.

—Le dije lo mismo a Sylvia, y ella estuvo de acuerdo en que probablemente estés demasiado preocupado para ser un buen marido todavía.

Antes de que pudiera argumentar lo buen marido que sería, eventualmente, hubo un rápido golpe en la puerta. Probablemente un sirviente. —Adelante.

Apareció el mayordomo, con los ojos respetuosamente bajos por la condición de Mamá y su atuendo de enferma. —Señora, deseaba ser notificada si la señorita Hillcrest llamaba. La dama está en la puerta principal, preguntando por su salud.

Alexander se dio la vuelta. —No dejes pasar a esa mujer por la puerta principal.

—Nunca lo hemos hecho, mi señor —dijo el mayordomo, con rostro pétéo.

Madre hizo un sonido ahogado, y Alexander se volvió hacia ella por si necesitaba ayuda. Sin embargo, ella solo se dio unos golpecitos en los labios. —Esta es *mi* casa, muchacho, el alquiler se paga con mi pensión de viuda. Estos sirvientes a los que ahora estás dando órdenes no te responden a ti al final. Me responden a mí, y si quieren mantener su empleo, recordarán quién escribirá sus cartas de recomendación cuando finalmente me vaya.

—Hazla subir, Mitchell, o despediré a todos, desde ti hasta el último mozo de cuadra, antes del atardecer.

—Realmente, Mamá...

—Sé que tú también los amenazaste con eso, hijo mío. No tienes derecho. No en esta casa. No ahora. Estoy tan decidida a salirme con la mía como tú lo estás a menudo.

Madre sonrió serenamente mientras él descubría que el mayordomo se había apresurado a cumplir sus órdenes mientras aún discutían el punto.

—Motín —murmuró.

—Nunca estaré bajo tu mando, hijo. Estoy lo suficientemente bien como para poner el pie en el suelo, también. Siempre estás equivocado cuando no estás de acuerdo conmigo. Soy lo suficientemente fuerte, y será un gran consuelo hablar con una mujer sensata sobre mi recuperación y cuidado sin tener que andar de puntillas alrededor de tu mal genio y timidez masculina.

Él se puso las manos en las caderas. —Madre, no creo...

Ella agitó los dedos, despidiéndolo. —Puedes volver a tus costumbres de soltero ahora, Wharton.

Estaba a punto de argumentar que no iba a ninguna parte cuando oyó el apresuramiento de unos pies pequeños, y luego Sylvia irrumpió por la puerta. Estaba tan decidida a llegar a la cabecera de su madre que casi lo derriba para llegar allí.

Se detuvo junto a la cama, alcanzando cuidadosamente la mano de Mamá. —He estado tan preocupada por ti, Lizzy.

Madre sonrió. —Sobreviví para decirte *te lo dije*. Ahora siéntate, niña, tenemos mucho de qué hablar, tú y yo.

—Tú *me lo dijiste* —Sylvia rió encantada y se sentó cerca de la cama—. Estoy tan contenta de que te hayas mantenido firme y hayas decidido no dejarnos.

—Querida niña, aprenderás a nunca dudar de la sabiduría de mis palabras.

—Nunca más.

Todo era tan empalagosamente dulce que podría haber sido escrito para una obra destinada a

Drury Lane. ¿Habría pisado Sylvia alguna vez las tablas? Tendría que preguntárselo la próxima vez que se encontrara a solas con ella. Si es que volvía a estarlo. Pero ese día no sería hoy.

Se aclaró la garganta. —¿Lizzy?

—Solo mis amigos más cercanos me llaman así. No mis hijos —le informó Madre con rigidez—. Sabrías mi opinión sobre eso si prestaras la más mínima atención a mi vida.

—Lizzy, por favor no te enojas hoy —susurró Sylvia, acariciando la mano de su madre de manera tranquilizadora.

No necesitaba que Sylvia le dijera a Mamá que se callara. Era capaz de hablar por sí mismo. —Como prefieras, Mamá —dijo, forzando una sonrisa conciliadora en sus labios.

Ya había intentado antes cambiar la forma en que se dirigía a su madre. Le había parecido una cosa de adultos usar su nombre de pila en una conversación privada. Sin embargo, la primera vez que intentó llamarla Elizabeth fue recibido con un frío silencio. Pero no ignorado. Oh, no. Pronto aprendió su error porque su cena esa noche llegó a su habitación en un plato completamente cruda, el agua de su baño estaba helada, y todas sus botas y zapatillas izquierdas habían desaparecido misteriosamente de su vestidor durante la noche.

A la mañana siguiente, cuando vio a su madre cojeando por la casa medio descalzo en busca de los zapatos que faltaban, volvió a llamarla mamá de inmediato, y para la hora del almuerzo, todo había vuelto a la normalidad. Nunca se diga que el Marqués de Wharton no podía aprender de sus errores una vez que se los señalaban.

Dado que su madre definitivamente estaba en camino a la recuperación, Alexander estudió la parte posterior de la cabeza de Sylvia por un largo momento y consideró qué podría hacer realmente sobre su amistad con su madre. Parecía demasiado cómoda con Mamá para su gusto... y eso podría cambiar si confesara la noche desenfrenada que habían compartido.

Desafortunadamente para él, le gustaba demasiado el recuerdo como para compartirlo con alguien.

También estaba el problema de lo que la gente había visto el otro día. Echar a una mujer de la casa no fue su mejor momento, ni por asomo.

Deseó que Sylvia lo notara, pero ella mantuvo la espalda vuelta. ¿Estaba avergonzada o enojada con él por haberla echado? Con las amantes, actuales y anteriores, a menudo era difícil juzgar su estado de ánimo a menos que le estuvieran arrojando cosas. Sus reflejos para esquivar eran excelentes cuando se necesitaban.

—¿Señorita Hillcrest?

Sus hombros se tensaron y se giró ligeramente.

—Gracias por permitirme ver a su madre al fin, Lord Wharton.

Él hizo una mueca interiormente ante el tono brusco y frío con el que le hablaba. Estaba siendo demasiado educada como para no seguir sintiéndose un poco molesta con él.

También notó que ella no levantaba la mirada completamente para encontrarse con la suya, sino que la mantenía respetuosamente baja como una doncella tímida, o como aquella vieja niñera que Predegast había contratado tontamente.

—Es un placer.

—Él no te dejó entrar, querida, y ahora está a punto de irse —dijo Madre con un gesto imperioso de la mano—. Vete ya, muchacho. Prefiero hablar en privado con mi amiga sin que la fulminen con la mirada.

Él se aclaró la garganta.

—¿Podríamos hablar en privado un momento, señorita Hillcrest?

—No creo que nos quede nada por decirnos, milord —se dio la vuelta—. Todo lo que quiero

es saber cómo está Lizzy —luego dirigió su mirada hacia la bandeja de comida descartada junto a la cama. Sylvia lo sorprendió chasqueando la lengua a Mamá en evidente desaprobación—. Necesita comer más, milady. Debemos fortalecerla, ayudarla a recuperar sus fuerzas para que pueda bailar en las bodas de sus hijas.

—Solo serán las de ellas, ya que mi hijo no me complacerá haciendo un buen matrimonio. Sin embargo, espero con ansias bailar en *tu* boda —Madre sonrió mientras acunaba el rostro de Sylvia—. Comeré para poder verte lucirte en la pista como la esposa de algún apuesto diablo que adores.

—No creo que eso sea muy probable —murmuró ella.

Incluso desde la distancia, él podía ver que las mejillas de Sylvia se sonrojaban y se sintió mal por ella. Dio un paso adelante, sorprendiéndose a sí mismo por los sentimientos de protección hacia Sylvia.

—Madre, no deberías bromear sobre tales cosas.

—No me ofendo, milord. Solo demuestra que se está sintiendo mejor. ¿Ya se ha levantado de la cama? —preguntó Sylvia repentinamente a Mamá.

—Solo unos pocos pasos —dijo Mamá con una mueca de dolor, y luego bajó la voz—. Las doncellas me ayudan a llegar al retrete. Estoy tan harta de esta cama y de lo que llevo puesto. Pero supongo que aún no puedo darme un baño, no por un buen tiempo.

—No debe pensar en levantarse sin ayuda de nuevo. Quizás haya una manera de arreglarlo, siempre que el médico apruebe los movimientos adicionales y seamos cuidadosas. Hablaré con el ama de llaves antes de irme sobre cómo podríamos organizarle un lavado adecuado para mañana por la mañana. Tal vez una silla sobre una gran lona impermeable funcionaría. Se sentirá mejor con ropa de cama fresca también, estoy segura. Y podría sentarse un rato cada día para que no sufra de úlceras por presión —Sylvia cargó una cuchara y la acercó a Mamá—. Aquí, coma un poco de esto.

Madre comió, permitiendo que Sylvia la alimentara bocado tras bocado como si fuera una niña indefensa, algo que se había negado rotundamente a dejar que Alexander la ayudara, o cualquiera de sus hermanas, para el caso. Aparentemente, solo la última niñera, y ahora Sylvia, parecían ser las dos personas capaces de doblegar la voluntad de su madre.

Vuelto obsoleto por su propia amante, nada menos, Alexander no tuvo más remedio que admitir la derrota por ahora y abandonar la habitación. Quería que su madre se recuperara, y discrepar con ella podría retrasar su recuperación. Si Sylvia era realmente buena para ella, le permitiría visitarla.

Pero mientras se dirigía hacia la puerta, estaba molesto por no ser necesario de la manera que había esperado y deseado.

Cuando iba a cerrarla, echó otro vistazo a la pareja para ver si siquiera habían notado que se iba. Ambas parecían haber olvidado su existencia en el momento en que dejó de hablar. Todavía estaban discutiendo cómo manejar mejor las necesidades de Mamá en las próximas semanas, incluyendo cosas que él aún no había considerado, y cuándo podría aceptar otras visitas.

Alexander sentía que él también debería participar en esas decisiones.

—Si me necesitan, estaré abajo revisando algunos papeles en el comedor.

—No te necesitaré —murmuró Madre en voz baja.

—Al menos no por unas horas —se apresuró a decir Sylvia—. Me aseguraré de informarle, milord, si algo cambia aquí mientras está ocupado con su trabajo.

—Gracias —dijo él secamente—. Me ocuparé de buscar a esa niñera que el cirujano iba a enviarnos mientras esté fuera.

Mamá se rio y luego se quejó con Sylvia de que no debería reírse.

Alexander cerró la puerta, sin estar seguro de qué había sido gracioso en lo que había dicho.

Madre tramaba algo. Podía sentirlo mientras se alejaba, y tenía algo que ver con Sylvia Hillcrest.

¡Mujeres! Tal vez nunca entendería a esas criaturas contradictorias mientras viviera.

Bajó las escaleras pisando fuerte porque lo hacía sentir un poco mejor, y entró al comedor para trabajar durante las próximas horas. En el camino, pasó junto a una sirvienta en la escalera. No era la nueva que esperaban de Predegast. Esta sonrió cálidamente, y él recordó que la otra, la primera niñera que Predegast había enviado, siempre se escabullía si él se acercaba demasiado.

Sin duda una solterona.

Cuando extendió sus papeles sobre la mesa del comedor, se dio cuenta de que en realidad no podía recordar claramente cómo se veía la maldita primera niñera. Una cofia blanca de encaje sobre cabello castaño, gruesas gafas con montura de alambre y un gusto espantoso en la moda era todo lo que le venía a la mente. Esa no llamaría la atención de nadie, especialmente no la suya...

De repente, levantó la mirada hacia el techo.

¿O ese había sido el punto?

Maldijo suavemente entre dientes al darse cuenta de su error. Había creído que su control sobre la casa era absoluto, ¡pero había sido engañado una vez más!

Por su madre y Sylvia, y ahora por ambas.

¡Sylvia había sido la maldita niñera, un disfraz, escabulléndose cada vez que él se acercaba para que no la reconociera! Usando la entrada de servicio en lugar de la puerta principal, que le había prohibido usar.

Alexander permaneció sentado un momento, apretando la mandíbula, furioso. Parecía que no había límites para los imprudentes engaños de ese par y su determinación de salirse con la suya y burlar su autoridad.

Se pellizcó el puente de la nariz con exasperación. Tendría que aprender de este error también si quería tener alguna oportunidad de controlar a cualquiera de las dos en el futuro.

CAPÍTULO 19



—PODRÍAS HABERLO HECHO ARRASTRARSE —sugirió Lady Wharton unas horas más tarde—. Nunca se disculpó.

Sylvia levantó la cabeza de las alteraciones que estaba haciendo a una de las prendas interiores más viejas de la marquesa y consideró qué bien le habría hecho insistir en una disculpa. Expresar una opinión parecía sacar al tirano que llevaba dentro. Pero al menos ahora, ya no podían oír a Lord Wharton pisoteando fuera de la alcoba de la marquesa. Su ir y venir constante por el pasillo y las escaleras para vigilarlas le había parecido irrazonablemente extraño. —¿Con qué propósito?

Lady Wharton sostenía una nueva copa de ginebra, un poco inestable ahora también. Pero Sylvia siempre estaba lista para intervenir y atraparla si se le resbalaba de los dedos.

—Se ha vuelto demasiado arrogante desde que asumió el título —confesó Lizzy—, y tú necesitas la práctica. Algún día te casarás y tendrás tu propio hombre que manejar. Es mejor empezar como pretendes continuar. ¿No crees?

Lady Wharton estaba de humor parlanchín esta noche. Tal vez era la bebida, o simplemente el alivio de seguir viva para contar sus historias a una audiencia cautiva. Sylvia las encontraba fascinantes.

Su hijo había sido el marqués durante casi una década, y lo estaba haciendo bastante bien, en opinión de su madre. Las arcas estaban llenas, las propiedades familiares prosperaban, pero aún no se había casado. Esa parecía ser la principal queja de Lady Wharton con él. Wharton estaba demasiado acostumbrado a hacer lo que le placía. Los solteros siempre eran así, en opinión de Sylvia.

—Ciertamente usa zapatos impresionantemente grandes —reflexionó, ignorando los comentarios de la dama sobre que Sylvia consiguiera un marido. Era un tema que causaría fricción entre ellas, al igual que lo hacía entre Lizzy y su hijo. Lady Wharton no parecía sentir que el amor en el matrimonio fuera totalmente necesario, y Sylvia era una romántica en ese tipo de cosas. El amor, y solo el amor, la llevaría al altar. Se preguntaba si Wharton no se habría casado por la misma razón.

Lizzy resopló. —Su padre usaba más o menos el mismo tamaño.

—Me alegro por usted —murmuró mientras cortaba un hilo y examinaba su trabajo. Lo suficientemente bueno para hacer el trabajo con poco tiempo. Lady Wharton no podía moverse con facilidad y, siendo de la aristocracia, le gustaba cambiarse de ropa a menudo. Para ayudar a que el trabajo fuera menos doloroso, Sylvia había cortado un lado de un camisón y una camisa

nuevos para que Lady Wharton no tuviera que levantar los brazos en absoluto. Sus otras prendas exteriores, un par de batas sueltas, estaban siendo trabajadas por sus hijas al final del pasillo. Cuando habían venido a ver a su madre y vieron lo que Sylvia estaba haciendo, se ofrecieron instantáneamente a ayudar.

—¿Tomarás una copa conmigo ahora?

Sylvia dobló las suaves prendas y las apartó. —No debería. Cuando regrese su hijo, no quisiera que pensara mal de mí.

Lady Wharton sonrió un poco tristemente. —Lo que él piense no importa. Me alegro de que estés aquí conmigo.

—Yo también.

Lizzy jugueteó con su ropa de cama. —No puedo decirte cuánto tiempo ha pasado desde que me sentí tan contenta de estar acostada en la cama y dejar que el mundo siga sin mí. No desde mi matrimonio me he sentido en compañía de alguien que no me juzgara por no lucir mi mejor aspecto.

—Estoy segura de que tiene muchas amigas que estarían encantadas de visitarla mientras se recupera.

—No se me ocurre ninguna.

Había momentos en que Lady Wharton parecía incómoda con lo que se había hecho a sí misma. La pérdida de su pecho, un signo visible de su feminidad, parecía preocuparla a veces. Hasta ahora había rechazado cualquier visita, diciendo que estaba demasiado indispuesta. Pero no estaba lo suficientemente indispuesta como para que Sylvia se sentara junto a su cama y hablara hasta quedarse sin palabras. Sylvia creía que la compañía de otras mujeres le haría mucho bien a Lizzy. —Deberíamos arreglar eso. Visitas cortas para que no se canse demasiado rápido. Incluso sé quién debería ser la primera visita.

La marquesa pareció solo levemente interesada, así que Sylvia sugirió un nombre. —Lady Exeter —propuso.

La marquesa la miró fijamente. —No nos conocemos. ¿Cómo es que tú la conoces?

—Asistí a la finca de Exeter en Navidad, como invitada de la nueva esposa de Lord Carmichael. Somos viejas amigas, y él quería que ella tuviera compañía adicional en su primera fiesta en casa.

—Mi hijo estuvo en la de Exeter para Navidad.

—Sí, lo estuvo —dijo Sylvia—. Lo pasé de maravilla y me hice amiga de la duquesa. Estoy segura de que estaría muy complacida de conocerla a usted también. No es nada estirada, aunque sea duquesa. Tiene un sentido del humor perverso que le encantará. Creo que ustedes dos se llevarán de maravilla.

—He oído hablar de ella, por supuesto. ¿Es cierto que creció corriendo salvaje en la finca de Grafton?

—No sé si corriendo salvaje, pero es de origen tan común como yo. —Sylvia se mordió el labio preocupada—. Espero que no tenga eso en su contra.

La marquesa siseó al respirar mientras se movía ligeramente en la cama. —Sylvia, ¿qué sabes de mi familia?

—Nada más que lo que usted me ha contado. —Sylvia a menudo descubría muchas cosas sobre los clientes de la Academia Hillcrest —familias, conexiones y escándalos al final— pero nunca había tenido inclinación ni razón para investigar a Lord Wharton o su familia.

—Mi propia familia viene de Gales. Teníamos una pequeña casa destartalada sobre el pueblo y con vista al mar distante. Mi padre se ganaba la vida como tutor. Mi madre hacía trabajos de

costura para una costurera cercana para llegar a fin de mes. Nuestra casa tenía tres estrechas alcobas, y yo tenía cuatro hermanos y dos hermanas. Estábamos todos apretados como conejos en una madriguera... bastante felices, debo añadir.

Sylvia se quedó boquiabierta. —¿No provenía de la sociedad?

—Oh, cielos, no. Mi padre tenía una fortuna de exactamente doscientas libras a su nombre, y demasiada descendencia que mantener. Tenía una hija pasablemente bonita en edad casadera que estaba ansioso por casar. —Lady Wharton se señaló a sí misma—. Gracias a la profesión de mi padre, yo era una gran lectora, pero mi intelecto me hacía menos que deseable para la nobleza local, desafortunadamente. Estoy segura de que tú has experimentado esto también. Los hombres ricos a menudo quieren algo bonito entre las sábanas, pero desean que no tengan nada entre las orejas.

Sylvia asintió. —Las mujeres ricas también son así, a veces.

Lady Wharton se rio de eso. —Oh, no me hagas reír. Pero tienes razón. Tengo una amiga en particular cuyo marido es un completo tonto. Ella se sale con la suya en todo.

—Qué fascinante —murmuró ella—. ¿Te importa si te pregunto cómo conociste a tu esposo?

—No es ningún gran secreto. Volví caminando de la iglesia con mi hermana y el granuja estaba acechando en el camino, bloqueándonos el paso, y no nos dejaba pasar sin que le ofreciéramos un beso. Le abofeteé la cara, por supuesto. —Lady Wharton se quedó en silencio entonces, con la mirada perdida en el vacío.

Podría ser grosero insistir, pero Sylvia quería escuchar el final de la historia con muchas ganas. —Y...

—Me habían educado para no dar ningún aliento a hombres como él, unos sinvergüenzas, así que además de la bofetada, también le di un pedazo de mi mente.

—¿Qué pasó después?

—Nos dejó pasar, pero nos siguió hasta casa, habló con mi padre y comenzó a cortejarme al día siguiente.

Sylvia balbuceó. —¿Pero por qué?

La dama se encogió de hombros. —Dijo que encontraba mi desinterés refrescante. Yo no tenía idea de lo importante que era en realidad, ni me importaba tampoco. Lo consideré molesto y frívolo desde el principio, pero eso apenas pareció importarle. Seguía volviendo, y yo seguía discutiendo con él cuando intentaba robarme un beso. Nos casamos a los dos meses de conocernos. Fue un buen marido durante unos años.

—Un romántico también, espero, por tu bien —preguntó Sylvia, y Lady Wharton asintió una vez—. Esos hacen los mejores maridos.

—Los mejores maridos viven una larga vida y no mueren en brazos de sus amantes. —Lizzy suspiró—. A veces echo de menos nuestras discusiones.

—Probablemente más a menudo de lo que dejas ver, sospecho —sugirió Sylvia.

Lizzy cerró los ojos. —¿Volverás mañana, verdad?

La necesidad en la voz de la marquesa le desgarró la conciencia. En realidad, debería empezar a alejarse de la mujer, la madre de su amante. Pero a Sylvia le caía bien. Era una decisión difícil de tomar. Sabía lo que era sentirse tan sola en medio de una multitud, entre familiares y amigos. No podía darle la espalda. —Mañana. De una forma u otra, y también podemos hablar de que vuelvas a recibir visitas.

—Si debemos. Pero tengo mil cosas que quiero decirte primero, y apenas puedo mantener los ojos abiertos esta noche.

—La bebida está haciendo efecto entonces —observó Sylvia, poniéndose de pie y tomando el

vaso de la mano floja de la marquesa—. ¿Lo guardo para mañana por la noche?

—Dios te bendiga, querida. —Lizzy suspiró somnolienta—. Nunca me dijiste cómo se llamaba tu madre.

—Se llamaba Millicent.

—Un nombre bonito. La mía se llamaba Laurel. A veces echo de menos hablar con mamá. ¿Cómo se llamaba tu padre?

Lizzy sonrió. —Harold.

—Un nombre sensato para un hombre de letras. ¿Eran como tú? ¿Atrevidos y divertidos?

—Ambos serios y muy callados. Me ha llevado toda la vida encontrar mi voz, aunque no todo el mundo aprecia a una mujer con opinión —admitió Sylvia—. Ahora que se han ido, lamento que nunca llegaran a conocer realmente mis pensamientos diferentes a los suyos.

—A mí me gusta bastante cómo dices lo que piensas.

—Eso dijiste antes —señaló Sylvia mientras escondía mejor la botella de ginebra bajo una manta de lana limpia y cerraba el cajón—. ¿Necesitas algo más esta noche?

—Un beso de buenas noches y la promesa de más risas mañana.

Sylvia volvió a la cama, presionó sus labios contra la mano extendida de la marquesa y, al sentir una ola de fuerte emoción que amenazaba con lágrimas, alisó la ropa de cama alrededor de la mujer hasta que logró apartar el impulso. —Recuérdame mañana que te cuente sobre el primer baile al que asistí, y cómo terminé de trasero en medio de la pista de baile frente a la belleza reinante del pueblo.

—¿Es una historia escandalosa?

—No quiero darte pesadillas —bromeó Sylvia—. Te contaré todo mañana cuando vuelva. Que duermas bien, milady.

—Y tú también. —Lizzy suspiró profundamente, ya medio dormida—. Mañana, tal vez, te contaré sobre mi primer baile como marquesa. *Esa* sí que fue una noche escandalosa para rizarte el pelo.

—No puedo esperar a oírla. —Sylvia puso una campanilla de plata bajo la mano de Lady Wharton en la cama—. Por si necesitas llamar para pedir ayuda durante la noche.

—Gritar es muy poco digno a mi edad.

—A la mía también. Buenas noches. —Sylvia apagó la vela. Usando la luz del fuego para guiarse, salió de la habitación y dio un respingo al encontrarse cara a cara con el marqués en el pasillo en penumbras.

—Está casi dormida —advirtió Sylvia rápidamente, esperando que él no hablara demasiado alto mientras cerraba la puerta—. Se ha agotado de tanto hablar.

—Dada la hora tardía, eso esperaba —murmuró él, y luego hizo un gesto para que Sylvia lo precediera por el pasillo, alejándose de la habitación de su madre.

Ella dio unos pasos en esa dirección, y él la siguió. Llegó a la cabeza de las escaleras, y él también se detuvo. —¿Puedo ayudarte en algo, milord?

—¿Te vas a casa?

—Sí.

—Te mostraré el camino.

—Conozco el camino perfectamente, milord —le aseguró. Él estaba tratando de deshacerse de ella otra vez. Ya había dejado clara su opinión lo suficiente y ella no quería darle la oportunidad de hacerlo de nuevo.

—No discutas —le advirtió—. Es mejor llegar a casa sana y salva que no llegar en absoluto.

—Tu escolta no es necesaria, y también es inapropiada, pero te agradezco tu preocupación.

—Sylvia apretó los labios con fuerza y comenzó a bajar las escaleras rápidamente.

Wharton se apresuró para alcanzarla. —Creo que dejamos lo inapropiado atrás hace tiempo —sugirió en un tono bajo que envió una advertencia por todo su cuerpo—. Londres es un lugar peligroso para una mujer hermosa sola.

Sylvia luchó por no sonreír ante el hecho de que Wharton la considerara hermosa mientras comenzaban a bajar el siguiente tramo juntos. Por un momento, consideró qué podría hacer él si volvía a discrepar. La última vez que no le había hecho caso, la había echado de la propiedad como un bárbaro. ¿La tomaría en sus brazos esta noche si lo provocaba también?

Tal vez intentaría besarla.

Tal vez ella se lo permitiría.

Pero Sylvia rápidamente concluyó que probablemente no era prudente arriesgar aún más su reputación alentando ese tipo de cosas con él de nuevo. Quería volver mañana para ver a su madre, y tampoco quería que Wharton diera por sentados sus favores. No era una mujer ligera, demasiado dispuesta y ansiosa por complacerlo.

A Sylvia le agradaba demasiado Lady Wharton como para arriesgarse a perder su buena opinión. Ella y Wharton habían tenido una aventura, y eso era todo. Se había terminado y era mejor olvidarlo ahora. Ambos se preocupaban por la marquesa y su recuperación, así que Sylvia se comportaría, y él también debería hacerlo.

—Tengo a mi doncella —dijo ella.

—La hice escoltar a casa hace horas.

—Oh, ¿por qué hiciste eso? —exclamó ella.

—Se estaba quedando dormida. Temía que tú y mi madre hablaran toda la noche —dijo él con una suave risa.

Y podrían haberlo hecho. A ella no le gustaba particularmente caminar sola por las calles de Londres, especialmente en noches tan oscuras como esta debía ser afuera. La luna había estado menguando en el cielo la noche anterior, y las sombras de las calles de Mayfair podían estar llenas de ladrones o algo peor. Sylvia no era físicamente fuerte y fácilmente podría ser acosada sin ninguna esperanza de defenderse si no llevaba alguna forma de protección. Ni siquiera tenía una sombrilla con ella esta noche. Él no le había dejado otra opción que aceptar la protección de sus sirvientes para llegar a casa.

Wharton la tomó firmemente del codo y la guió a través del pasillo hasta la puerta él mismo. Los sirvientes no se veían por ninguna parte mientras salían muy silenciosamente por la puerta principal, y Wharton la cerró con llave detrás de ellos.

Sylvia miró alrededor.

—¿Dónde está el carruaje?

—No hay carruaje.

La plaza estaba inquietantemente oscura y amenazante mientras Wharton la escoltaba hasta la acera. Pero su respiración se detuvo cuando un cuarteto de hombres los rodeó inmediatamente.

—No temas. Trabajan para mí —murmuró Wharton rápidamente.

Ella miró nerviosamente a los desconocidos y se acercó más a Wharton. Los hombres asintieron y se desplegaron delante y detrás mientras comenzaban a cruzar la plaza, su actitud sugería que estaban alerta ante cualquier problema que pudiera surgir.

—Pensé que habrías salido —le susurró ella.

—Te estaba esperando —susurró Wharton a su vez.

Como estaba oscuro, ella no tuvo que molestarse en ocultar su placer al escuchar esa confesión. Entrelazó su brazo con el de él un poco más fuerte.

—¿Por qué?

—¿No puedes adivinarlo?

Ella apretó los labios, preguntándose si sus pensamientos reflejaban los suyos propios como la noche en que hicieron el amor. A pesar de su comportamiento reciente, ella aún pensaba con cariño en el tiempo que habían pasado juntos. Había sido un amante excitante, y no le importaría sentirse tan bien amada de nuevo algún día.

Los hombres de Wharton estaban afortunadamente bastante lejos de ellos ahora, pero aun así ella mantuvo su voz baja.

—Ni soñaría con conocer tu mente —respondió.

—Mi mente me dice que no deberíamos ser vistos juntos.

Sylvia casi se rio.

—Estamos juntos ahora.

—Me refiero a alrededor de mi madre. Cuando su mente esté más aguda, captará el aroma de cualquier indiscreción entre nosotros —advirtió él.

—No por mi parte —prometió ella.

Él le dio una larga mirada.

—¿Qué juego estás jugando? Congraciarte con mi madre no te llevará a ninguna parte conmigo —advirtió—. Casi llorar sobre su mano esta noche fue exagerar un poco, diría yo.

Sylvia se quedó boquiabierta.

—¿Crees que no sentiría un afecto genuino por tu madre? Me agrada mucho, y estoy agradecida de que haya sobrevivido. Pero sé que tiene un largo camino por recorrer antes de estar fuera de peligro y completamente curada. Creo que siempre me preocuparé por ella.

—Madre volverá a ser ella misma en poco tiempo, estoy seguro.

—Espero que al final se demuestre que tienes razón —le dijo Sylvia—. Y que no te estés engañando a ti mismo con lo que más deseas oír. Ella necesita cuidados y atención constantes si ha de recuperarse.

—Señorita Hillcrest, le aseguro que conozco la naturaleza obstinada de mi madre mejor que usted. Vivirá para atormentarme durante muchos años más. Tampoco necesita una acompañante. Tiene a su familia para apoyarla.

Sylvia apretó los dientes por un momento. *Aquí viene. Está tratando de deshacerse de mí de nuevo.*

—Di mi palabra de que volvería mañana.

—Descubrirás que tienes otros planes y le pedirás perdón.

—La veré.

Wharton negó con la cabeza.

—Mañana asistirás a un almuerzo en la casa de Lady Norrington. Encontrarás una invitación esperándote, que aceptarás, junto con las otras que llegarán más tarde.

Sylvia se detuvo.

—¿Por qué haría eso?

—Entiendo que mis acciones han hecho que la gente en la sociedad cuestione tu reputación. Pretendo devolver las cosas a como deberían ser.

Ella lo miró, entrecerrando los ojos en la oscuridad.

—Me echaste.

—Porque no me hiciste caso. —Wharton suspiró—. Cuestionaste mi lealtad y afecto por mi madre.

—Sé que eso estuvo mal de mi parte. —Sylvia asintió—. Estabas asustado y enojado, y yo

estaba demasiado cansada para cuidar mis palabras. Nunca debí repetir lo que tu madre me había dicho en confianza. Y tú tampoco deberías haberme puesto las manos encima, sin mi permiso.

—Obviamente no —dijo él—. No volveré a cometer ese error. Pero aclararé las cosas y me aseguraré de que la gente crea que no hay motivo para resentimientos persistentes entre nosotros.

—Gracias.

—Ahora que eso está resuelto... Debo informarte que el Sr. Prendegast fue excusado de tratar a mi madre esta tarde.

Sylvia lo miró con sorpresa y conmoción.

—¡Pero es un excelente médico! ¡El mejor de Londres!

Ella captó un atisbo de extrema satisfacción en el rostro de Wharton en la tenue luz.

—Por supuesto que pensarías eso, ¿no? Debo advertirte que como resultado de su despido, sus *enfermeras* especialmente contratadas también están despedidas —continuó—. ¿En serio, Sylvia? Una cofia y gafas no eran mucho disfraz.

Ella miró directamente al frente.

—Te engañé durante días más de lo que incluso soñé posible.

—Me engañaste porque mi atención estaba donde debía estar. En mi familia, y no en una enfermera con un sentido del vestir espantoso. No vuelvas a desafiarme, Sylvia. Esto no es un juego que estés jugando con los afectos de mi madre. No lo permitiré. Tampoco te propondré matrimonio si tu plan es decirle que compartimos una cama.

Sylvia alzó las manos. Todos los cálidos sentimientos que Wharton había despertado en ella aquella noche se desvanecieron. El arrogante y engreído aristócrata pensaba que su único interés en Lady Wharton era para inmiscuirse en sus vidas. —¡Oh, eres increíblemente obtuso y egoísta! ¡Tampoco quiero que ella sepa lo nuestro! Y nunca en mil años me pondría en una situación donde tuviera que casarme con alguien que no quisiera pasar el resto de su vida conmigo.

Wharton tropezó con sus propios pies entonces. —No quiero casarme contigo.

—Sí, ya dejaste tus sentimientos perfectamente claros. Tu soltería está completamente a salvo de mí. Así que, por favor, cesa tus amenazas y vuelve a tus diversiones sociales, a tu Madam Bradshaw, a tus apuestas en el White's Club, o simplemente finge que soy invisible de nuevo y seduce a la siguiente mujer en la fila.

Sylvia se obligó a tomar un respiro para calmarse. Se estaba alterando por nada. ¿Y qué si él pensaba que la idea de casarse con ella era aborrecible? ¿Cómo había admirado alguna vez a alguien como él? Debió haber sido solo su apariencia lo que le había hecho perder la cabeza. Ciertamente no era su personalidad.

—Ahora que nos entendemos, no hay nada más que discutir entre nosotros jamás.

—De acuerdo.

Sylvia vio que su casa ya no estaba lejos. —Creo que soy capaz de encontrar el camino a casa desde aquí.

—Muy bien —respondió él, retrocediendo—. Informaré a Madre mañana a primera hora que tienes otros planes.

Sylvia le hizo una reverencia, su corazón ahora completamente frío hacia él. Se volvió hacia los sirvientes que se habían acercado mientras sus voces se elevaban. Los hombres llevaban una mezcla de expresiones de asombro y aprobación. Debieron haber escuchado todo.

Oh, cielos. Eso podría ser un problema para Wharton.

—Buenas noches, caballeros. Gracias por la protección de su compañía. Su discreción sería profundamente apreciada, debo añadir.

Los sirvientes se tocaron el sombrero ante ella. —Ha sido un placer, señorita Hillcrest. Ha

sido una noche encantadora para un paseo.

—Qué lástima que me perdí la parte encantadora —murmuró entre dientes, y ellos rieron. Sylvia se ajustó el chal más apretado alrededor de ella, y uno de los sirvientes se adelantó cuando ella empezó a caminar.

—¿Señor? —llamó.

—La acompañaremos hasta la puerta, señorita —dijo él—. La marquesa lo esperaría de nosotros.

Sylvia miró hacia atrás.

Wharton parecía estar caminando a casa. Sus hombres no lo habían seguido.

El marqués se detuvo, pareció darse cuenta de repente de que estaba solo, se dio la vuelta con evidente alarma, y luego frunció el ceño.

Sylvia se rio suavemente de su confusión, se despidió del hombre más cercano deseándole buenas noches, y se apresuró a subir las escaleras para que los sirvientes quedaran libres para volver a custodiar al marqués.

Pero al cerrar la puerta tras de sí, hizo otra promesa. No tenía intención de abandonar a Lady Wharton. No importaba lo que Wharton dijera o hiciera para impedir su regreso, ella siempre cumpliría su palabra a otra dama.

Había muchas maneras de doblar una regla de hierro si te esforzabas lo suficiente.

CAPÍTULO 20



ALEXANDER OYÓ QUE la pesada puerta principal se cerraba tras alguien y se puso de pie. Se estiró el chaleco mientras se dirigía a la ventana y se asomó para ver quién acababa de salir.

Habían pasado ya cuatro días desde la noche en que acompañó a Sylvia a casa y le dijo que no volviera a visitar a su madre.

Solo lo había intentado una vez, y la habían rechazado.

Pero aún así la había visto todos los días.

Ahora estaba sentada de nuevo en el pequeño jardín frente a la casa de su madre en Berkley Square, con un libro abierto en el regazo, una sombrilla a su lado, y su doncella coqueteando una vez más con uno de los sirvientes masculinos de su madre. Sin duda, tenía un ingenioso sistema. Una auténtica red de espionaje que haría sentir orgullosa a Inglaterra. Notas que pasaban de mano en mano varias veces al día, todos los días, durante los últimos cuatro.

Había intentado detenerlos, pero ella había entrenado demasiado bien a sus agentes para que él tuviera éxito.

Su madre también era una entusiasta participante. Había insistido días atrás en que estaba lo suficientemente bien como para levantarse de la cama y sentarse en su escritorio unas horas cada día. Al principio, él no había entendido por qué estaba tan interesada en la nueva situación. Pero al trasladarse a una silla y un escritorio junto a la ventana, podía ver el exterior. Ver la plaza. Ver a Sylvia sentada afuera leyendo las notas que le pasaba a su doncella para que se las entregara a Sylvia.

Y no eran solo los sirvientes quienes conspiraban contra sus restricciones, sospechaba.

Las amigas de su madre, mujeres bien conocidas por él y aparentemente por Sylvia, también transmitían los pensamientos y opiniones de Sylvia. Sabía esto porque había escoltado personalmente a algunas de las amigas más antiguas de su madre hasta sus aposentos. Las primeras palabras que salían de sus bocas incluían el nombre de Sylvia en algún lugar del saludo, y algo sobre enviarle su cariño.

Ahora dejaba que el mayordomo se encargara de escoltarlas, sobre todo para poder mantener su mirada en Sylvia en la plaza.

Ella había hecho lo que le había pedido. Había asistido a los pocos almuerzos que él había organizado para comenzar el trabajo de reparar la impresión que la sociedad tenía de ella. Sin embargo, después de cada uno, la encontraba de nuevo en la plaza, pasando notas a su doncella que eventualmente llegaban a las ansiosas manos de su madre.

Se estaba divirtiendo tratando de eludir su autoridad, y probablemente su madre también.

Cada visitante de su madre hoy había ido directamente a ver a Sylvia en el parque después, y todas hablaron con ella durante varios minutos antes de finalmente marcharse. Claramente, las líneas de comunicación estaban todas abiertas de par en par. Todo lo que Alexander había logrado era impedir que su madre y Sylvia se sentaran en la misma habitación.

A pesar de todos sus planes bien trazados para mantener el control de la situación, estaba diabólicamente impresionado con la tenacidad de Sylvia. ¿Se quedaría allí afuera cuando lloviera también? Tenía la sombrilla.

Dejó caer la cortina.

Nunca había conocido a otra mujer como ella... y tenía que hacer algo al respecto pronto.

Cuando no había ninguna visita en la casa y Sylvia estaba en otro lugar, su madre se mostraba apática. No estaba del todo seguro si su compañía era insuficiente o simplemente no era lo que ella necesitaba en ese momento. Pero no podía mantener a sus hermanas en casa para que se sentaran con ella durante el día. Ella empeoraría rápidamente si la volvían loca con su constante parloteo.

Y estaba empezando a creer que el interés de Sylvia por su madre realmente no tenía nada que ver con él.

Eso lo hacía sentir extremadamente tonto por haberse opuesto tanto a la conexión. No era como si él quisiera ser el único compañero de su madre. Dios mío, ¿qué pasaría cuando se recuperara? Él no iba a escoltarla por la sociedad todos los días.

Pero tampoco podía abandonar el campo por completo.

Se rascó la cabeza y se apresuró a guardar sus papeles. Se había prometido a sí mismo que podía ser un mejor hijo y cuidar de su madre. Nunca más le permitiría tomar una decisión tan peligrosa sobre su vida sin que él lo supiera.

Pero tal vez no era la única persona capaz de cuidar de ella.

Si se le permitiera a Sylvia volver a entrar en la casa, al menos estaba seguro de que su madre estaría en buenas manos si él necesitaba ausentarse por un tiempo. Había varios asuntos que requerían su atención. Y no solo por una hora. Podría tener que hacer un corto viaje pronto, también. Le desagradaba dejar a Mamá sola durante toda una noche y la mayor parte de dos días.

Pero si Sylvia viniera a quedarse con ella, bien podría estar todo bien.

Y si eso sucediera, Alexander podría regresar a Wharton House por unas horas cada día y abordar los papeles que aún se acumulaban sobre su escritorio en el estudio. Sin mencionar que también podría asistir a las funciones sociales más importantes por la noche de vez en cuando.

Era una proposición tentadora dar un paso atrás y permitir que alguien más se encargara de la recuperación de su madre aquí.

Tentadora, pero ¿era *sabio* elegir a Sylvia, dada su historia reciente?

Podían estar chocando por su madre, pero estaba empezando a admirar a esa mujer desconcertante. Había un temor en su mente de cuánto más terreno podría ser persuadido a ceder más adelante, también. Si no podía esperar mantenerse firme ahora sobre ciertas cosas, seguramente lo lamentaría después.

Miró hacia afuera y encontró el pequeño banco de Sylvia vacío. Se irguió y se inclinó cerca de la ventana en busca de ella. Estaba saliendo del jardín de la plaza, pero no parecía dirigirse hacia su casa. Y ahora no tenía una doncella con ella.

Se dirigió al vestíbulo principal, tomó su sombrero y guantes, y le dijo al mayordomo balbuciente que le informara a su madre, si preguntaba por él, que volvería en breve.

Rápidamente, Alexander bajó los escalones y salió tras Sylvia.

Ella no era muy alta, y sus zancadas más largas la alcanzaron muy rápidamente.

Se obligó a caminar más despacio para no acercarse demasiado si ella miraba por encima del hombro. Iba con prisa, y él estaba hipnotizado por el suave balanceo de su cuerpo mientras se deslizaba por la concurrida calle. Cuando estuvo lejos de la plaza, de repente llamó a un coche de alquiler.

—¿Adónde vas ahora en eso, querida? —murmuró entre dientes.

Sin su propio carruaje para seguirla, Alexander no tuvo más remedio que llamar a un coche de alquiler para mantenerle el paso. Le dijo al cochero que siguiera el carruaje de Sylvia.

Se pegó a la ventana durante el trayecto, observando con interés descarado hacia dónde se dirigía ella para asegurarse de que no hubiera confusión en cuanto a su dirección. Pero cuando el carruaje de ella giró, el suyo también lo hizo. Hasta que ella se vio obligada a detenerse justo en medio de la concurrida Bond Street debido al exceso de tráfico.

Alexander se apartó de la ventana, por si acaso algún miembro de la sociedad lo reconocía. Se inclinaba hacia la ventana de vez en cuando para comprobar el retraso, y notó que Sylvia salía de su carruaje, le pagaba al cochero y luego se apresuraba por una estrecha calle lateral.

Solo las mujeres imprudentes corrían tales riesgos en Londres.

Alexander también salió rápidamente, lanzando al cochero una fortuna en monedas como pago y se dispuso a seguirla.

Pero de Sylvia no había ni rastro ahora.

El callejón por el que se había escabullido estaba vacío, y pensando que se le había escapado al salir de nuevo, miró alrededor desesperadamente.

Después de unos minutos, estaba extremadamente preocupado. Estaba casi seguro de que ella no había salido del callejón para ir a otro lugar.

Alexander entró en el callejón a paso ligero, pero tuvo que ralentizar sus pasos rápidamente ya que los adoquines estaban resbaladizos por la suciedad bajo sus pies. Avanzó con más cautela a través del fango y la inmundicia de una vía sin barrer, más propia de ladrones y vagabundos, buscando señales de ella.

No encontró a nadie merodeando, ni tampoco a Sylvia.

Una bola de preocupación se formó en su estómago mientras se preguntaba qué le habría pasado. Esta zona no era elegante, como podría decirse de gran parte del distrito comercial. Londres era un lugar peligroso para un bocado apetitoso como Sylvia Hillcrest. —Debería tener un maldito guardián —gruñó para sí mismo.

Y entonces la vio por fin. Salía de una pequeña tienda no muy lejos. Llevaba la cabeza gacha y no lo notó. Parecía estar tachando un artículo de algún tipo de lista.

Mientras se acercaba a la calle donde el tráfico era más denso, con la cabeza aún baja, su respiración se detuvo por el miedo. No estaba mirando en absoluto por dónde iba.

Justo cuando se preparaba para gritar una advertencia de que tuviera cuidado, ella finalmente levantó la vista, con la mano alzada en señal de saludo.

Pero no para él.

Un elegante carruaje se detuvo junto a ella y, después de unos momentos de conversación, subió al interior.

Alexander estiró el cuello para ver más del carruaje y descubrir quiénes podrían ser los ocupantes. Dejó escapar un suspiro de alivio cuando obtuvo una visión clara. Reconoció fácilmente el escudo de armas en la puerta, y a Sylvia sentada en el asiento trasero. Estaba en uno de los carruajes marcados del Duque de Exeter, lo que significaba que Sylvia estaba a punto de ser llevada a casa con estilo.

Echó un último vistazo, notó que su dirección parecía llevarla de vuelta por Bond Street,

donde el tráfico aún era denso y lento.

Debería llegar fácilmente a su casa antes que ella.

Alexander sonrió y dirigió su atención a la tienda que Sylvia acababa de visitar. Por el aspecto, había ido a una modista, pero no una de la que él hubiera tenido conocimiento antes de hoy. Investigaría su negocio mañana.

Alexander levantó la mano para llamar a otro coche de alquiler para sí mismo y le dio órdenes de llevarlo directamente a Albemarle Street con prisa.

Realmente solo había una cosa que hacer con una mujer imprudente como Sylvia Hillcrest. Ella quería ser indispensable, y así lo sería a partir de ahora. La mujer no tenía idea de su valor para él, pero lo sabría antes del anochecer. Había forzado su mano con su rebeldía y engaño, y tendría que tomar medidas para protegerla de sí misma a partir de hoy.

Llegaron bastante rápido. Alexander se bajó frente a la pequeña casa de ciudad y, con un profundo suspiro, subió los escalones y llamó a la puerta principal. Sylvia probablemente se resistiría a sus planes, pero él podía ser igual de terco.

Un hombre mayor abrió la puerta y Alexander le dio su tarjeta, pidiendo hablar con la señorita Sylvia Hillcrest.

El pobre hombre casi se arrodilló hasta el suelo. Claramente no estaba acostumbrado a recibir a nadie del rango de Alexander, o muy raramente. —Lo siento, mi lord, pero ella no está en casa en este momento.

—Lo estará pronto. Esperaré —Alexander entregó su sombrero y guantes y pasó junto al hombre. A la derecha del vestíbulo había una biblioteca. Desocupada. Había oído hablar de lo que ocurría en esa biblioteca. Era donde los clientes de la Academia Hillcrest acudían en busca de ayuda con sus problemas matrimoniales.

Alexander no necesitaba ese tipo de asistencia de Sylvia.

En su lugar, se dirigió al salón y se acomodó en el sofá.

Sylvia entró en la casa unos momentos después usando su propia llave. Un rubor se formó en sus mejillas cuando lo vio observándola desde el salón a través de la puerta aún abierta. El mayordomo le explicó apresuradamente que había venido a verla e insistido en esperar.

Él se puso de pie, la anticipación casi le hacía suspirar en voz alta.

Sylvia parecía poco inclinada a saludarlo al principio.

Pero entonces apareció su prima, y aunque deseaba que se fuera para poder hablar libremente, no podía insistir en que la otra mujer se marchara. Aun así, sentía que era importante venir hoy para que Sylvia no pensara que lo había vencido por completo, y pudiera hacerlo de nuevo mañana.

—Buenas noches, señoras.

—Todavía es por la tarde, mi lord —murmuró Eugenia, una mujer obviamente mayor, y luego hizo una reverencia.

Así que todas las mujeres Hillcrest son criaturas audaces y obstinadas incapaces de no corregir a un hombre. —Bueno es saberlo.

—¿En qué podemos ayudarle, mi lord? —preguntó Eugenia, tomando el control cuando Sylvia permaneció en silencio.

Durante años, Alexander había hecho lo que le placía, hablado como deseaba, cuando deseaba, pero no podía hacer eso alrededor de la familia de su amante. Tenía que pisar con cuidado hasta que pudiera hablar con Sylvia a solas. Dirigió su atención a Eugenia y negó con la cabeza. —Hay un asunto personal que deseo discutir con su prima —murmuró.

—Ah —murmuró Eugenia, mirando a Sylvia a la espera de que dijera algo a continuación.

Sylvia se mordió el labio, y luego susurró a su prima: —¿Te importaría preparar el té para el marqués, Eugenia?

Eugenia pareció poco inclinada a irse al principio, pero con un suave "por favor" de Sylvia, se excusó con la advertencia de que volvería pronto con la bandeja del té.

Sylvia se sentó rígidamente frente a él. —¿Cómo está tu madre hoy?

—Como si no lo supieras ya. Tú y tu red de espías rivalizan con cualquier fuerza inglesa puesta a trabajar contra los franceses. Tú, mujer, eres una adversaria diabólicamente astuta.

Una pequeña sonrisa le curvó los labios. —No he roto tus reglas.

—Solo las has vuelto completamente irrelevantes —se quejó. Se inclinó hacia adelante, apoyando los brazos sobre los muslos—. Ahora, hablemos de por qué he venido.

—Creo que ambos lo sabemos. —Un rubor comenzó a colorear sus mejillas—. Quieres volver a recalcar mi falta de idoneidad para ser amiga de tu madre.

Él sonrió. —Imagina que estás muy equivocada. Quiero hablar contigo, pero no aquí con tu prima a punto de volver. Mañana, quiero que visites a esa modista a la que fuiste hoy. Me reuniré contigo allí a las diez para aclarar las cosas.

La boca de Sylvia se abrió. —¿Cómo sabes dónde está mi modista? —Sus ojos se agrandaron—. Oh, ¿ahora me estás espionando a mí?

—Pareció prudente ya que descuidaste llevar una doncella. Madre estaría horrorizada por tu falta de sentido común. —Levantó una ceja—. No es que planeo decírselo. Solo se alteraría, y estoy seguro de que no quieres eso más de lo que yo lo quiero.

—No, no lo quiero.

—¿Y bien?

Ella se mordió el labio. —No creo que sea buena idea que nos reunamos en privado de nuevo.

—Yo tampoco lo creo, pero preferiría no compartir mi plan para manejar a Madre contigo delante de tu pariente.

Sylvia estalló en una gran sonrisa. —¿Has cambiado de opinión sobre mí?

—Hasta cierto punto, y me gusta planificar para todas las eventualidades —dijo.

—Esas son noticias maravillosas.

—¿Y bien?

Ella asintió. —De acuerdo. Me reuniré contigo mañana, pero te advierto, tengo algunas ideas propias sobre el cuidado de tu madre.

—Excelente.

—Gracias, milord —dijo, mirándolo tímidamente.

Eugenia Hillcrest entró majestuosamente en la habitación con un lacayo detrás llevando una pesada bandeja de té. —¿Cómo va la conversación?

—Bastante bien —le dijo a Eugenia, con una media sonrisa para Sylvia—. Tengo todo lo que necesito por hoy.

—Me alegra oírlo. —Eugenia, completamente inconsciente de la verdadera naturaleza de su visita, se sentó con ellos.

Alexander se puso de pie. —Disculpenme, pero debo regresar a casa.

—Por favor, dale mi cariño a tu madre.

—Sí, por supuesto —prometió, aunque no haría tal cosa. Esta visita a Sylvia permanecería tan privada como su último encuentro.

Las damas Hillcrest se levantaron para acompañarlo hasta el vestíbulo. Él se inclinó ante ambas. —Hasta que nos volvamos a encontrar.

—Espero con ansias ese momento —prometió Sylvia, y sus ojos destellaron un indicio de anticipación.

Alexander descubrió que él también anticipaba la reunión de mañana.

CAPÍTULO 21



AUNQUE SYLVIA HABÍA debatido toda la noche sobre la sensatez de su decisión de acceder a los deseos del marqués de reunirse con él, tenía que admitir que también sentía curiosidad por saber qué más quería decirle. Últimamente no se había comportado como un caballero, especialmente en lo que respectaba a la situación de su madre. Ayer había quedado claro que había tenido un cambio de parecer, y ella quería escuchar lo que tenía que decir en su defensa.

Al día siguiente, se apeó de un coche de alquiler frente a la encantadora tiendecita de la modista y pagó al cochero su tarifa. Había dejado a su doncella en casa también para esta salida, decidiendo que debería haber pocos testigos del inminente encuentro entre ella y el marqués.

El conductor se marchó, y Sylvia se detuvo un momento en la entrada de la tienda de Madame du Clair antes de entrar. Si él iba a intentar imponer su ley de nuevo, ella estaba más que lista para hablar y devolverle el golpe.

El sonido de la campanilla aún resonaba en el aire cuando la asistente salió corriendo a recibirla.

—Señorita Hillcrest, llega justo a tiempo.

Sylvia sonrió y se dirigió a la cámara trasera.

Madame du Clair la miró, pero luego se volvió hacia el biombo de la esquina.

—¿Monsieur?

Wharton emergió, con una sonrisa demasiado satisfecha en los labios. Se volvió hacia ella.

—Le pagaré diez libras por cerrar su tienda el resto del día y dejarnos solos.

La mujer frunció el ceño y se volvió hacia Sylvia.

—Solo si mademoiselle está de acuerdo.

Sylvia negó con la cabeza. Si el marqués iba a desterrar a la modista de su lugar de trabajo, debería recibir más que una simple cantidad simbólica.

—Más —replicó.

Un destello de diversión cruzó los labios de Wharton, y un puñado de billetes apareció entre sus dedos rápidamente alzados.

Madame sonrió graciosamente mientras tomaba su dinero y salió apresuradamente de la habitación. Wharton permaneció en silencio hasta que oyeron la puerta principal cerrarse tras ella y la asistente.

Entonces suspiró y se apoyó contra la mesa de trabajo, mirándola fijamente. Su sonrisa había desaparecido, y Sylvia no estaba segura de qué hacer. Él tenía algo serio en mente.

—Bien, lo primero es lo primero —comenzó—. Confío en que últimamente estés en mejor

posición con la sociedad.

Ella asintió rápidamente. Se había sentido incómoda al ser invitada a esos almuerzos simplemente porque Wharton había arreglado una invitación. Pero esas amigas suyas estaban ansiosas por saber cómo se encontraba Lady Wharton, y Sylvia tuvo la oportunidad de sugerir que estaba lo suficientemente bien como para que algunas damas la visitaran para levantarle el ánimo, si no se quedaban demasiado tiempo.

—Parece que vuelvo a ser aceptada. Muchas gracias por arreglar esas presentaciones. Descubrí que tus amigos tenían muchas cosas interesantes que decir. No tenías que molestarte por mí.

—Por supuesto que sí. Mis acciones te perjudicaron. Esa nunca fue mi intención —prometió.

—Estabas alterado.

—Por decirlo suavemente —dijo, y luego negó con la cabeza—. Ahora, tenemos que hablar de madre.

—Ciertamente —entrelazó los dedos a la altura de su cintura—. Quiero que contrates al señor Predegast para que cuide de tu madre de nuevo.

Él se cruzó de brazos.

—¿Ah, sí?

—Sí. De todos los hombres que la atendían, él era el más tranquilo, y protestó que las sangrías adicionales después de la cirugía eran innecesarias, si no directamente peligrosas.

—Eso fue mencionado como un tratamiento para su apatía justo hoy.

Alarmada de que pudiera haber dado su consentimiento, se acercó a él y puso sus dedos sobre sus brazos cruzados.

—Por favor, Alexander, ¡no dejes que la sangren! Está muy débil. No le ayudará a recuperarse.

Alexander asintió.

—Ya me había negado.

Sylvia bajó la cabeza aliviada, apoyando su frente en sus brazos cruzados.

—Si el señor Predegast siguiera supervisando el cuidado de Lizzy, nunca te habrían molestado con eso en primer lugar.

—A mí tampoco me gusta mucho la práctica de las sangrías —su mano se alzó para acunar la parte posterior de su cabeza—. Muy bien, Predegast puede volver si eso te hace feliz.

—Gracias —dijo Sylvia, sonriéndole radiante—. Él se asegurará de que tu madre esté bien atendida.

Sus dedos estaban cálidos mientras se posaban en la nuca de ella, y la miró con una suave sonrisa.

—Ahora, dado nuestro reciente roce con el escándalo... —comenzó.

—Cuando te volviste una bestia y me echaste —añadió ella.

—Sí, bueno. Hmm, ya me he disculpado por esa conducta poco caballerosa, ¿verdad?

—Sí, lo hiciste, pero no está de más asegurarnos de que hablamos del mismo roce con el escándalo —murmuró, dándole unas palmaditas en el brazo antes de retroceder a una distancia apropiada—. Por favor, continúa.

Él frunció el ceño.

—Se me ocurre que debemos ser muy cuidadosos en cómo abordamos este asunto de cuidar juntos de madre. La sociedad podría fácilmente suponer, bastante erróneamente, que existe algo más entre nosotros.

—Y no existe nada —prometió ella—. ¿Qué propones que hagamos?

—Creo que lo mejor será establecer un horario para cuando estemos juntos en la casa de madre. Tengo una serie de reuniones de negocios y compromisos que he pospuesto hasta ahora, y tú, por supuesto, tienes tus asuntos comerciales que atender también. No podemos descuidar nuestras otras responsabilidades.

Sylvia no tenía otros asuntos en este momento. La sociedad podría haberla acogido de mala gana, por insistencia de Wharton, pero la Academia Hillcrest seguía sin clientes.

—Un horario como el tuyo debe ser complicado de manejar.

—No si escribimos nuestros compromisos en una agenda, guardada en la casa de madre, y la consultamos cada día. Cuando se produzcan coincidencias, y estoy seguro de que las habrá, negociaremos un ajuste mutuamente aceptable.

Ella asintió, viendo el sentido de la cooperación.

—También tienes que acompañar a tus hermanas por la sociedad.

—Demasiado tiempo en la habitación de enfermos cansa a madre —murmuró—. No he tenido más remedio que reducir sus salidas hasta ahora, pero temo que cualquier declive prolongado en sus compromisos sociales podría resultar desastroso.

—Si me permite hablar con franqueza, milord —sonrió rápidamente—. Si sus pretendientes las aman, lo entenderán.

Él se rio entre dientes. —Tienes más optimismo que yo sobre que hagan una pareja, pero claro, tú tienes experiencia en entender las mentes de los caballeros que buscan novia. Pero ¿has oído discutir a mis hermanas?

Ella asintió rápidamente. —Lady Amelia y Lady Jocelyn son como todas las demás damas en el mercado matrimonial. Un poco tontas, competitivas y ansiosas por hacer un buen matrimonio. Sé que aunque quizás no sean tan inteligentes como tú y tu madre quisieran, aún merecen hacer un buen matrimonio. Sir Fredrick es especialmente paciente con las excentricidades de Amelia. Estoy bastante segura de que a estas alturas ya conoce la naturaleza de tu hermana.

—Más le vale, porque una vez casados, no la voy a aceptar de vuelta.

Sylvia se rio. —Sé que no lo dices en serio.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Ella sostuvo su mirada. —Lo sé porque a pesar de tu preocupación por tu madre, sabes exactamente dónde están en todo momento. Te oí revisarlas por la noche, deseándoles dulces sueños.

Su mano se elevó y rozó suavemente sus dedos por la mejilla de ella. —¿De tu breve engaño como niñera asustadiza?

Ella le guiñó un ojo y luego se sonrojó. —No podía dejar que me vieras demasiado de cerca.

Él gruñó y se acercó aún más. —Muy bien. No las rechazaría si me necesitaran. Ahora, me he tomado la libertad de comenzar una agenda para que la compartamos. He añadido los compromisos a los que preferiría asistir en las próximas dos semanas. Si pudieras considerarlos y marcar qué compromisos son imposibles con tu horario actual, te agradecería saberlo lo antes posible, para poder declinar esas invitaciones.

Le entregó un pequeño volumen encuadernado en cuero y ella lo abrió. Hojeó las páginas, notando que sus citas eran muchas pero no imposibles de manejar. —Esto parece muy factible. ¿Debo marcarlo ahora y devolvértelo hoy o dejarlo en algún lugar para que lo encuentres?

—Déjalo en el comedor, junto a las licoreras en la casa de mi madre antes de que te vayas esta noche, si puedes —decidió—. Si todo sale según lo planeado, supongo que nos veremos muy poco durante las próximas semanas.

—Sí, eso creo —estuvo de acuerdo, y sintió decepción por ello. Sylvia se estiró de puntillas

para darle un beso en la mejilla—. Gracias, Alexander.

Él la tomó de los brazos para estabilizarla. —¿Por qué?

—Por escucharme cuando realmente no tenías que hacerlo.

Su brazo se deslizó alrededor de su cintura. —Me gustó lo que escuché hoy. No hay razón para que estemos en desacuerdo, ¿verdad?

Ella encontró su mirada... y ese sentimiento que siempre tenía cerca de él se agitó.

Aún le gustaba. Le gustaba que, ahora que el shock que su madre le había causado se había disipado, se hubiera disculpado por segunda vez y pareciera dispuesto a adaptarse. —Ninguna en absoluto. De hecho, creo que hemos vuelto a donde estábamos antes.

Él sonrió, y su mano se elevó para acunar la parte posterior de su cuello. —¿Antes o después de hacer el amor? Solo quiero estar seguro de que hablamos del mismo momento.

Un rubor se extendió por su rostro. —Después —susurró.

—¿Qué deberíamos hacer al respecto? —preguntó suavemente, inclinándose más cerca.

Ella se humedeció los labios en anticipación a los de él posándose sobre los suyos. —¿Por qué no me besas de nuevo y negociamos eso también?

—Con gusto.

Sus brazos la rodearon, sus grandes manos acariciaron su cuerpo, y sus labios la devoraron.

Ella le devolvió el beso, entrelazó sus dedos en su cabello y se deleitó cuando él la levantó contra sí.

De repente, su espalda estaba contra una pared, y Alexander estaba presionado firmemente entre sus muslos, mirándola hacia arriba. Se sentía tan bien estar en sus brazos de nuevo. Él también estaba ansioso, lo que hizo que su corazón saltara de anticipación. Se apresuró a quitarse los guantes para poder sentir su piel caliente contra sus palmas.

Él la agarró por una pierna y amasó su muslo. Finalmente, se echó hacia atrás y la miró a los ojos. Se acercó para un suave beso. Solo un beso que le dijo tanto a su alma.

Había extrañado esto. Lo había extrañado besándola.

El hombre era exasperante e inteligente y astuto, y ella nunca sabía qué haría a continuación. Era su gran aventura. Por supuesto, no podía decírselo. Nunca se borraría la sonrisa presumida de su rostro si lo hiciera.

Estaban bien juntos. Amantes apasionados mientras durara.

Sylvia bajó las manos e intentó subirse las faldas.

Una suave sonrisa se formó en sus labios. —Tentadora —susurró, y luego besó su frente.

Sylvia se estremeció y luchó por subir más sus faldas, pero fracasó. Estaban demasiado cerca para más que besos y caricias.

Sintiendo su ansiedad, Wharton la alejó de la pared y la depositó en el borde de la alta mesa de trabajo de la modista. Sus grandes manos aterrizaron planas sobre sus muslos y se deslizaron hacia arriba, llevándose sus faldas con ellas.

Luego se dejó caer de rodillas y presionó sus labios contra una pierna cubierta de medias. —He soñado con tocarte de nuevo.

La respiración de Sylvia se agitaba. —Yo también.

—Recuéstate —ordenó, y luego comenzó a besar sus rodillas con tanta suavidad.

Sylvia se desplomó sobre la dura mesa, consciente de que estaba siendo escandalosa una vez más. Sin embargo, apenas podía pensar en el peligro cuando el marqués le estaba bajando las medias y besándola en todas partes donde no debería. Sus dedos estaban calientes, sus labios amorosos, y Sylvia necesitaba liberación.

A su insistencia, ella separó los muslos para él.

Hubo una larga pausa, y luego un gemido torturado antes de que el marqués enterrara su rostro entre sus piernas.

Ella gimió cuando besó su sexo, y se mordió los labios mientras él le abría más las piernas para profundizar su placer y su exploración. La necesidad de fingir modestia era un recuerdo distante cuando el marqués la amaba.

Ella subió los pies a la mesa, apoyándolos en el borde, mientras la perversa lengua del marqués la llevaba al borde de la locura.

Sylvia se llevó los dedos a la boca y los mordió para silenciarse. Dios mío, había aprendido tan fácilmente lo que le complacía la última vez. Una lástima que no pudiera tenerlo en su cama por el resto de su vida. Pero terminarían más pronto que tarde, y él encontraría a alguien más a quien amar.

—No yo —susurró ella.

El marqués se detuvo de repente.

—¿Qué pasa?

Sylvia sacudió la cabeza rápidamente. Había hablado en voz alta por error.

—Nada. No te detengas otra vez.

Cuando finalmente encontró su mirada, descubrió que él estaba de pie sobre ella con la sonrisa más extraña en su rostro. Extendió la mano y acarició su mejilla con el dorso de los dedos.

—Deberías verte perdida en la pasión. No hay mejor vista en este mundo.

El corazón de Sylvia dio un vuelco ante las palabras adorables, y se mordió el labio porque no sabía cómo responderle. No podía cometer el error de confundir la pasión con una emoción más profunda. Esto era solo una atracción temporal, no amor. Sería prudente recordarlo siempre.

Las manos de él fueron a sus pantalones, y su camisa fue empujada a un lado. Ella alcanzó a ver la sonrisa maliciosa del marqués.

Deslizó la cabeza de su miembro de un lado a otro sobre su hendidura. Tan caliente y tan bueno que ella se levantó sobre un codo para verlo jugar con su cuerpo, y con el suyo propio. Una ola de excitación la invadió y gimió suavemente.

—¿Te gusta cómo se siente, amor? —preguntó él, manteniendo su miembro alejado de su sexo.

Ella tragó saliva mientras su cuerpo se tensaba en anticipación de su próximo toque.

—Sí. Quiero más.

—¿Cuánto más?

—Todo de ti —susurró, y luego lo miró a los ojos. Dios, era esclava de él, y de sus propios deseos también—. Muy lentamente.

Un gruñido masculino se le escapó.

—Una mujer según mi corazón. Me ocuparé de ti.

Sus dedos rozaron su clítoris, y luego empezó a introducir su miembro poco a poco. Sylvia estaba llegando al clímax para cuando él estaba completamente dentro de ella, aunque había intentado esperar. Volvió la cara a un lado, jadeando.

—No luches contra tus pasiones. Las quiero —le dijo él, con los dedos aún acariciando su cuerpo.

Ella abrió los ojos y lentamente miró a su amante. Nunca había tenido un hombre más excitante amándola que Lord Wharton, y probablemente no lo tendría de nuevo. Él se tomaba tantas molestias para asegurarse de que ella estuviera lo suficientemente excitada y completamente satisfecha para cuando él encontrara su propia liberación.

Ella se retorció un poco, pero Alexander tomó sus caderas entre sus manos para mantenerla quieta.

Encontró su mirada, vio una ferocidad en sus ojos. Él estaba conteniendo su pasión hasta que ella estuviera lista.

La anticipación volvió a recorrerla, y se apoyó sobre ambos codos.

—No luches contra tus pasiones —susurró, repitiendo sus palabras—. Yo también las quiero.

Su mandíbula se tensó, y se retiró, solo para volver a entrar en ella al momento siguiente. Sylvia jadeó, no de dolor sino de placer al sentir cómo él amaba su cuerpo. Estaba ansioso por estar con ella, y eso la excitaba más allá de toda medida.

Sus embestidas eran fuertes y se volvieron más rápidas. El sudor brotó en su frente, y ella lo oyó gruñir con cada movimiento. Si no hubiera estado al borde antes, ciertamente lo estaba ahora. Su cuerpo respondía al marqués, y ella audazmente deslizó una mano entre sus piernas para tocarse. Los ojos de él se dilataron ligeramente, pero no cambió su ritmo ni la detuvo.

Ella se tocó apasionadamente, se perdió en aumentar su propio placer. Silenciosamente se desafió a encontrar la culminación mientras el marqués encontraba la suya.

Se arqueó más alto, y él rápidamente puso una mano detrás de su cuello para sostenerla. Todo el tiempo, el apasionado ritmo de su amor nunca disminuyó.

La nueva posición trajo resultados, y ella alcanzó el clímax, gritando su nombre más fuerte de lo que pretendía. El marqués rugió de repente y embistió una y otra vez mientras encontraba su liberación.

Finalmente, se detuvo, jadeando, y sus labios encontraron los de ella para un largo y consumidor beso. Lucharon por respirar juntos, acurrucados, hasta que finalmente la soltó con un gemido torturado.

Sylvia cayó de espaldas sobre la mesa, aturdida mientras miraba al techo con su sexo aún palpitando alrededor del hermoso miembro del marqués.

Cerró los ojos mientras él se retiraba y lentamente juntaba sus piernas.

Su mano acarició su muslo.

—¿Te he hecho daño?

—No. Eso fue maravilloso.

—Lo fue, ¿verdad? Justo como la primera vez que estuvimos juntos.

—Mmm, sí —susurró ella, recordando esa ocasión con cariño. El marqués había satisfecho su cuerpo durante horas. Cada final traía un nuevo comienzo. El hombre nunca parecía tener suficiente de ella entonces.

Sylvia puso su brazo doblado detrás de su cabeza para estudiarlo. Hoy parecía agotado con solo una liberación. Permaneció inclinado sobre ella en la mesa. Ambas manos sosteniéndolo. También se veía salvajemente despeinado. Como un hombre muy malvado que se había disfrutado a fondo.

Él se inclinó y besó sus rizos.

—Eres justo lo que necesito.

Se apartó y comenzó a vestirse. Sylvia esperó un momento y luego se sentó también. Fue solo entonces cuando se dio cuenta de que el marqués no se había retirado.

Estaba tan absorta en su amor, que no se había dado cuenta de que él había liberado su semilla dentro de ella.

Saltó rápidamente antes de que su vestido pudiera mancharse y corrió al tocador de damas detrás del biombo para limpiarse. Allí, encontró agua, jabón y un paño de lavado, destinados a los clientes. Un lavado rápido de su sexo no evitaría un embarazo, sin embargo. A veces podía

sentirse vieja, pero aún existía la posibilidad de que fuera lo suficientemente joven para tener un hijo del marqués.

¿Wharton también había olvidado el riesgo?

—¿Sylvia?

Ella dejó caer sus faldas en su lugar, y luego salió de detrás del biombo para enfrentarlo.

Él se acercó y la tomó en sus brazos.

—Hermosa mujer. Has calmado a la bestia salvaje en mí otra vez.

Otra vez, pero quizás por última vez. No podía acostarse con él de nuevo si ambos olvidaban que habría consecuencias.

—Y a mí.

Él acarició su espalda con la mano.

—Tendré una casa para ti la próxima semana.

—¿Para mí?

—Sirvientes también. Verás que soy un hombre generoso.

Sylvia no era ingenua. Sabía exactamente hacia dónde se dirigía esta conversación. Solo deseaba que no tuvieran que tenerla ahora. Se levantó de puntillas y presionó un dedo contra sus labios.

—Ya tengo un hogar.

Le besó la mejilla rápidamente y luego se volvió hacia el espejo para asegurarse de que su cabello no se hubiera despeinado demasiado.

Él se rio suavemente a sus espaldas.

—No creo que a tus primos les agrade que hagamos el amor en tu salón, ni deberíamos reunirnos aquí de nuevo.

—Estoy de acuerdo.

Se colocó detrás de Sylvia y deslizó sus brazos alrededor de su cintura. Ella los vio reflejados en el espejo y bajó la mirada. El espejo revelaba una fantasía de un futuro que alguna vez pudo haber tenido para sí misma, pero había sabido desde el principio que el marqués no tenía un interés real en ella más allá de satisfacer un placer pasajero.

No estaba decepcionada de que él no le ofreciera más. Pero tampoco aceptaría menos, ni ninguna medida intermedia sórdida que le rompería el corazón al final. Él esperaba que fuera su amante ahora, pero aceptar esa oferta realmente la arruinaría a los ojos de todos, incluidos los suyos propios.

Se dio la vuelta en sus brazos y lo miró.

—He disfrutado mucho el día de hoy.

Una arruga se formó en su rostro.

—Percibo cierta reticencia.

—Así es —se escabulló de su agarre, juntando las palmas de las manos frente a su cintura—. No me mudaré a esa casa que tienes para mí, y no creo que podamos volver a vernos. No de esta manera.

—¿Qué? Pensé que estábamos negociando.

—No, Alexander —sonrió rápidamente, triste al ver que parecía completamente sorprendido por su rechazo—. Una aventura pasajera es todo lo que esperaba contigo.

—Pero te gusta lo que te hago.

—No estoy diciendo que no disfrute tus atenciones. Eres un amante increíble, Alexander, y no tengo quejas ni arrepentimientos. Sin embargo, no quiero convertirme en el tipo de mujer que se sienta todo el día esperando a que vengas a visitarme.

—No compliques las cosas.

Ella presionó su mano contra su mejilla.

—No soy yo quien lo está haciendo. Tienes un sinfín de responsabilidades y muy poco tiempo libre para tu familia. Esto fue solo un amorío, y ahora creo que realmente debe terminar. No quiero ser otra persona a la que intentes evitar.

Él tomó su mano y le besó la muñeca. El deseo se enroscó dentro de ella ante el roce de sus labios y su aliento caliente sobre su piel.

—No sería así entre nosotros.

—No podría ser de otra manera —le dijo, apartándose de él una vez más—. No estoy diciendo que no estaría interesada en estar contigo de nuevo, dado el entorno y la privacidad adecuados, como resultó ser hoy.

El marqués se desplomó contra la mesa de trabajo.

—No puedo creer lo que estoy escuchando.

—Esa es tu elección, pero no puedo ver cómo podríamos tener algún tipo de futuro juntos —murmuró, sintiendo su corazón cada vez más pesado—. Espero que puedas entender. Hay peligros para mí: el descubrimiento y la vergüenza. Un embarazo que ninguno de los dos queremos. Respeto demasiado a tu madre como para arriesgarme a ser descubierta. Solo quiero verla recuperar su salud por completo y luego, si lo prefieres, encontraré una manera de terminar nuestra amistad sin dolor antes de que ella sospeche que estuvimos involucrados. ¿Me permitirás ese tiempo?

—Sí, pero yo... —comenzó, y luego se detuvo en seco.

Él tampoco podía ver un futuro para ellos, apostaría.

Sylvia se puso el sombrero y se colocó los guantes. Esperando que él dijera algo para hacerla sentir mejor. Le gustaba, pero siempre había sabido que no podría retenerlo. Él no estaba listo para casarse y, lo que es más importante, no la amaba.

Cuando él permaneció en silencio y ella estuvo lista para enfrentar al mundo, se volvió hacia él una última vez como amante.

—Con el tiempo verás que tengo razón al terminar las cosas contigo antes de que surjan complicaciones. Adiós, Alexander, y gracias por la aventura.

Cuando él siguió sin decir nada, observándola con ojos entrecerrados, Sylvia recogió su bolso y salió por la puerta sin mirar atrás.

CAPÍTULO 22



DURANTE UN MES ENTERO, Sylvia y Alexander se esforzaron por no dejar sola a Madre durante mucho tiempo. Eran como barcos que se cruzaban en la noche. Él salía con sus hermanas y Sylvia entraba apresuradamente. Sus encuentros siempre eran muy cordiales y, a propósito, breves. Era un buen arreglo el que tenían. Madre estaba feliz, y su apatía parecía ser cosa del pasado en gran medida.

Desafortunadamente, Alexander era quien se sentía descontento, aunque más o menos había retomado su antigua vida ajetreada. Madre no lo necesitaba, pero él visitaba su habitación todos los días y compartía más de lo que había estado haciendo con ella.

Esta noche, él había organizado una velada de ocio para sí mismo, y Sylvia había estado más que feliz de quedarse hasta tarde con su madre.

—Desafortunadamente —anunció Alexander, tratando de ponerse de pie y fallando—, creo que debo irme pronto.

—Estás demasiado borracho para irte todavía —se quejó Carmichael, empujándolo de vuelta a su asiento.

Alexander se hundió en un sillón bien acolchado. Al menos pensaba que era suave. Realmente no podía sentir la mayoría de sus extremidades mientras flotaba en un agradable aturdimiento inducido por el alcohol después de una cena muy satisfactoria. No había estado tan borracho en mucho tiempo, pero estaban celebrando.

—Si vas a casa de tu madre en este estado, te va a echar un sermón —advirtió Carmichael.

—Lo haría, sí... si pudiera deambular por los pasillos. Afortunadamente, todavía se mantiene en su habitación. La mayor parte del tiempo. —Entrecerró los ojos mirando la familiar estancia, deseando poder estar en casa en un abrir y cerrar de ojos.

Pero su hogar seguía siendo Berkley Square, y no podía estar allí sin toparse con Sylvia. Estaban compartiendo el cuidado de su madre bastante bien, pensó. O más bien, él había cedido porque no era la primera opción de Madre para conversar.

—Estás tan indispuerto como yo. —Se volvió hacia su amigo—. ¿Qué hace una esposa a un marido en estas circunstancias?

—La mía probablemente se reirá cuando tropiece con mis propios pies, y me dejará ahí tirado —reflexionó Carmichael—. Mi esposa tiende a limitar su compasión cuando hay alcohol de por medio.

Alexander resopló. —¿Incluso si estamos celebrando la llegada de tu futuro hijo?

—Oh, definitivamente por eso también —prometió Carmichael. Su sonrisa se volvió

presumida de placer por su inminente paternidad—. Por el niño que viene.

Alexander bebió profundamente. Había estado aquí varias horas más de lo que probablemente debería haber estado, y hacía mucho que había perdido la cuenta de cuántas veces habían brindado por la virilidad de Carmichael. Alexander había llegado aquí con Scarsdale auestas al mediodía, y se habían quedado hasta bien pasada la puesta del sol. Entrecerró los ojos mirando el reloj al otro lado de la habitación, pero no pudo entender los garabatos borrosos en la esfera.

Sacó su reloj de bolsillo y vio que apenas eran las once. Habría jurado que era más tarde, pero había sido un mes extraño para Alexander. Las cosas que normalmente sucedían rápidamente tomaban una eternidad, y poco le traía satisfacción. Ni siquiera ver a los Norrington pasearse con la barbilla en alto debido a su mejor situación financiera había hecho ninguna diferencia en su estado de ánimo.

Madre se estaba recuperando bien, pero lentamente. Sin embargo, había insistido en que siguiera con su propia vida... y él lo había intentado. Mamá tenía a su nueva amiga, Sylvia, para hacerle compañía durante el día, y hasta bien entrada la noche, también, la mayoría de los días.

Sylvia.

La mujer que lo había rechazado.

Alexander no estaba para nada acostumbrado al rechazo.

Tomó otro trago e hizo una mueca.

Sylvia le hacía reverencias, le hablaba cortésmente, pero la chispa que había iluminado sus ojos cuando estaban solos había desaparecido por completo.

Extinguida en un abrir y cerrar de ojos.

Solo porque él había querido más.

No tenía sentido. ¿Era el ocasional revolcón todo lo que ella necesitaba y deseaba de un hombre? ¿De él también?

Descubrir que no podía tenerla había dejado a Alexander terriblemente malhumorado con todos. Y ni siquiera era solo la falta de sexo en su vida. Se había encontrado desinteresado en otras mujeres; no tenía paciencia para sus conversaciones en absoluto.

Aunque sabía exactamente dónde estaría Sylvia cuando él estaba en sociedad, se encontraba tontamente esperando hablar con ella, en su lugar.

Descontento por estar pensando en ella de nuevo, se volvió para ver a Lord Scarsdale acurrucado dormido cerca del fuego. En cualquier otra noche, Alexander podría haberse reído de lo ridículo que se veía, como un gato en una silla que era demasiado pequeña para él. —Ese no tiene aguante.

—Lo hizo lo mejor que pudo —argumentó Carmichael, levantando su copa para estudiar el contenido a la luz de las velas. Fuera lo que fuera lo que el conde vio, lo hizo arrojar el contenido por su garganta—. Creo que tendré un dolor de cabeza muy fuerte mañana.

Alexander también, pero al menos sentiría algo más que frustración. —Vale la pena.

—Sé por qué yo estoy bebiendo, pero ¿por qué lo haces tú? —Carmichael se sirvió otra copa, muy inestablemente—. No podrías estar celebrando a mi futuro vástago tanto como yo. ¿Estás ahogando tus penas por culpa?

—Te estoy haciendo compañía. —Sin embargo, abrió los ojos completamente—. ¿De qué tengo que sentirme culpable?

—De la Academia Hillcrest.

Sylvia de nuevo. Maldición. —No, arreglé eso —prometió—. Todo se ha calmado.

—Por el amor de Dios, no es así. Los sacaste del negocio.

Alexander se enderezó un poco, o intentó hacerlo. —No lo hice.

—Ciertamente lo hiciste.

—Pero eso fue hace semanas. Por supuesto que estaba enojado el primer día, pero ya no lo estoy. Me aseguré de que todos lo supieran, también.

—¿Cómo hiciste eso? —Carmichael echó la cabeza hacia atrás contra la silla y cerró los ojos.

Había pedido una docena de favores y se había asegurado de que Sylvia fuera invitada a los eventos más importantes. Ella había dicho que todo había ido bien. Pero no había preguntado específicamente sobre su negocio. Simplemente había asumido que todo habría vuelto a la normalidad.

—Sylvia debería haberme dicho si sus problemas continuaban —se quejó, frotándose la cara—. Ahora, ¿qué es toda esta tontería sobre el cierre de la academia? No he dicho nada en contra de la empresa.

Carmichael abrió los ojos y sacudió la cabeza como si tratara de mantenerse despierto. —No es tanto lo que dijiste, sino lo que *hiciste* lo que inició todo esto, según tengo entendido. La sociedad ha adoptado la opinión de que, como Sylvia te ofendió una vez, la academia también debe haberlo hecho. Prefieren mantenerse en tu lado bueno que en el de ellos, y han abandonado cualquier conexión con las primas Hillcrest.

—Eso es ridículo —protestó él.

—Estoy completamente de acuerdo, y aun así todos los clientes han enviado sus disculpas y cancelado sus citas. Algunos incluso han abandonado la ciudad repentinamente en lugar de volver a enfrentarse a ellas.

—Seguramente eso es una exageración.

—Scarsdale y Sullivan también insinuaron su insatisfacción por los eventos recientes.

—No. —Alexander de repente se puso completamente sobrio al escuchar esta novedad.

Su discusión con Sylvia sobre Madre había sido una aberración temporal entre ellos. Él había dejado clara su posición, y ella había hecho lo mismo, y a gritos. Se habían reconciliado y hecho el amor... y terminado su aventura. Pero seguían siendo socios en el cuidado de su madre. No había razón para que su negocio sufriera.

Su relación con Sylvia no era asunto de nadie más que de ellos. —¿Qué va a hacer ella... qué van a hacer?

—Sylvia no quiso decir.

Su cerebro terminó de despertar. —¿No quiso decir o no lo sabe?

—Creo que ya han decidido, pero quizás Sylvia no quería que mi esposa y yo lo supiéramos aún. Sin el negocio, sin embargo, imagino que las cosas no serán fáciles para ellas. Al menos podemos ofrecerles amistad y apoyo si lo necesitan. Hay mucho espacio en Surrey para que el trío establezca un nuevo hogar si Londres resulta demasiado costoso.

La preocupación lo invadió. Ya le había ofrecido a Sylvia un hogar, y había sido rechazado. —¿No se irían de Londres?

Alexander descubrió que había albergado una fugaz esperanza de que Sylvia eventualmente recapacitara, volviera a él. Con el paso del tiempo suficiente, quizás, ella podría haber cambiado de opinión sobre ellos también. No podría hacer eso si se iba de Londres.

—Tal vez podrían volver a casa.

—¿Dónde está su casa?

—Son de Marlow, en Berkshire. Lenore las conoció allí durante el tiempo que fue dama de compañía.

Berkshire estaba en la dirección opuesta a su finca en Essex. Lejos de Madre también.

Recordó la sugerencia de ella de que podría retirar su amistad de Madre eventualmente, cuando estuviera mejor, pero ¿habían sido sus problemas con el negocio parte de su motivación?

Se inclinó hacia adelante, preocupado de que el último adiós de Sylvia realmente pudiera haber sido para siempre.

No estaba listo para renunciar a ella. Estaban bien juntos. ¡Madre amaba tanto a esa maldita mujer que elegía la compañía de Sylvia sobre la de sus propios hijos!

Podrían no volver a ver a Sylvia nunca más.

El pensamiento lo puso de pie.

—¿Adónde vas?

—Acabo de recordar algo que tengo que atender. —Como arreglar las cosas, para que Sylvia permaneciera exactamente donde él la necesitaba. Justo bajo su nariz, manejando a Mamá de tal manera que él realmente había dejado de preocuparse cuando no podía estar en casa. Sylvia le permitía continuar con su trabajo, sus intereses, y aun así lo dejaba sintiéndose confiado de que estaba haciendo lo correcto por su familia, incluso si no podía estar con ella también.

Carmichael empujó a su amigo Scarsdale con el pie. El hombre apartó la molestia de un manotazo y volvió a dormir. —¿Qué hago con este?

—Bueno, no lo sé —casi gritó. ¿Cómo podía preocuparse por Scarsdale cuando la mujer que quería estaba a punto de ser alejada de él?

Carmichael frunció el ceño. —Tú lo trajiste contigo, ¿o también te olvidaste de eso?

Miró a sus amigos con amargura. Llevar a Scarsdale de vuelta a su casa de la ciudad podría significar que se perdiera de ver a Sylvia esta noche. —Cúbrela y échala por la mañana, como hago usualmente. No tengo tiempo para él ahora.

Alexander se dirigió a la puerta, pero tuvo que poner su mano en la pared después de unos pasos, ya que el mundo se tambaleó y giró. —Necesito mi carruaje —gritó, esperando que algún sirviente estuviera cerca y lo escuchara.

Carmichael de repente estaba a su lado. —Wharton, ¿qué te pasa? ¿Qué es tan importante?

—Nada —prometió, pero no podía mirar a Carmichael ahora mismo. No cuando la mujer de la que se había *enamorado* le estaba ocultando otro secreto más.

Qué estúpido había sido al no darse cuenta antes.

Estaba enamorado, y había una buena posibilidad de que pudiera ser correspondido.

O podría haberlo sido, si no hubiera sido tan tonto como para ofrecerle a Sylvia ser su amante en lugar de la mejor posición como su esposa.

Todo tenía sentido ahora.

Sylvia era necesaria justo donde estaba. No le permitiría retirarse de su vida, de su madre, en el corto plazo. Ella los había elegido, a él y a su madre, y él aceptaba el desafío de hacerla una parte central de su vida tan pronto como pudiera.

Tuvo que esperar diez minutos por su carruaje, y cuando llegó, exigió que lo llevara directamente a la casa de su madre. Una vez allí, subió corriendo las escaleras.

Desafortunadamente, Madre estaba sola y dormida en su oscura habitación cuando irrumpió.

—¿Tu amante te echó otra vez, Arthur? —preguntó Madre soñolienta.

Alexander palideció al escuchar la pregunta, y el nombre de Padre después de tanto tiempo sin oírlo. Se humedeció los labios. —Soy Alexander, Mamá —susurró—. Tu hijo.

—Oh, oh —dijo ella, luchando por levantarse—. Podría haber jurado que eras tu padre llegando tarde otra vez.

—No, soy solo yo. Recuéstate. Me desorienté en la oscuridad, casa desconocida. Siento haberte despertado.

Madre resopló. —Has estado bebiendo otra vez, ¿verdad?

Ni siquiera se molestó en disimular. —Sí, Mamá.

—Sabía que Londres te convertiría en un borracho, igual que tu padre antes de casarse conmigo. Yo lo enderecé, por supuesto, y luego su amante lo arruinó para siempre. Pensé que era una buena esposa... pero no lo suficientemente buena.

Alexander se acercó a la cama. Mamá tenía una terrible opinión de las amantes. Padre la había decepcionado con la forma en que se había comportado con la suya. Ella esperaba que Alexander fuera tan débil como su progenitor también. Pero él era mucho más inteligente.

—El fracaso nunca fue tuyo, Mamá —prometió—. Padre era egoísta y cruel. Todo lo que aborrezco de los hombres casados.

—Y sin embargo, tomaste una amante.

Trató de imaginar a Sylvia en el papel de su amante, esperando que él encontrara el tiempo para ir a verla. Entendía ahora por qué ella había rechazado su oferta de plano. Habría decepcionado a Madre. Su oferta no era lo suficientemente respetable para alguien que realmente le importaba. Y le importaba mucho Sylvia. —No tengo una amante ahora, y cuando me case, no habrá necesidad, imagino.

—¿Esperas que crea que solo te casarás por amor? —preguntó Mamá, frunciendo el ceño.

—Por supuesto. ¿Qué otra razón podría hacer que un hombre impaciente esperara tanto para casarse? —Alexander se inclinó sobre la cama y besó suavemente la frente de su madre. Sin saberlo, ella desempeñaría un papel vital en su estrategia para incorporar oficialmente a Sylvia a la familia, comenzando mañana.

Madre lo miró fijamente. Sus ojos eran los únicos dos pequeños puntos brillantes en la oscura habitación. —Una esposa a quien puedas amar y respetar es justo lo que necesitas —sugirió.

Solo si su nombre era Sylvia. Una propuesta de matrimonio probablemente sería lo último que ella esperaría de él después de su última conversación privada, pero la tendría. Aunque primero, Alexander tenía algo especial que recoger de casa antes de empezar. —Estoy completamente de acuerdo. Buenas noches, madre. Siento haberte molestado.

—Cuando quieras, hijo. Cuando quieras —dijo somnolienta—. Por cierto, siempre he esperado que tuvieras una gran boda aquí en Londres, pero supongo que dependerá de si tu futura esposa y yo nos entendemos.

Alexander sonrió. Oh, su futura esposa y madre parecían estar de acuerdo en todo hasta ahora. Dudaba que eso cambiara pronto.

Se retiró de la habitación y se dirigió a la suya, anticipando ver a Sylvia de nuevo mañana, y para siempre después de eso.

CAPÍTULO 23



LA ALTA SOCIEDAD estaba presente en gran número, merodeando por Hyde Park, el lugar donde había que dejarse ver por aquellos que importaban, en sus mejores carruajes y con sus atuendos más a la moda. Todos los que veía encajaban allí.

Sylvia estaba aquí bajo coacción.

La duquesa de Exeter había invitado a Sylvia a acompañarla en un paseo después de que su visita a Lady Wharton hubiera ido tan bien. Lady Wharton, ansiosa por complacer a su nueva conocida, había insistido en que Sylvia debía salir a tomar el aire y hacer ejercicio.

Sylvia no sentía que lo necesitara, pero protestar demasiado habría ofendido a su gracia. Miró hacia el cielo brillante y forzó una sonrisa. —Es un día precioso.

—En efecto, lo es. Me alegro de que pudieras acompañarme. Exeter habría estado aquí también, pero mi esposo pensó que sería mejor montar a caballo en el parque para darnos privacidad y poder charlar un poco.

Sylvia se giró para mirarla. —¿Sobre qué?

—Oh, no te asustes, querida. No hay nada de qué preocuparse.

Sylvia se calmó. Desde la impactante confesión de Lady Wharton sobre su salud, se había vuelto un poco nerviosa cuando sospechaba que pronto escucharía malas noticias.

—Simplemente me enteré de los problemas que tú y tus primas han tenido con ciertas personas en las últimas semanas. Quería ofrecerte mi ayuda si la necesitas. ¿Por qué no dijiste algo antes? Me quedé atónita al saber que tu nombre había sido eliminado de las listas de invitados por un tiempo.

Sylvia hizo una mueca. —Eso ya no importa ahora.

—Pero eran tus amigos, y no está bien.

—Eran volubles. Demasiado rápidos en condenarme solo por tratar de mantener una promesa.

—Debo decir que pensé que Lady Wharton se veía muy bien hoy, considerando lo que debe haber soportado. Honestamente, esperaba encontrarme con una mujer enfermiza; en cambio, no dejaba de pensar que en cualquier momento se lanzaría de la cama para bailar.

—Estaba de muy buen humor hoy, ¿verdad? —coincidió Sylvia—. Aunque no estoy segura de por qué.

—Bueno, sea lo que sea que la haya animado, espero que siga haciéndola sonreír —confesó Lady Exeter.

—La mayoría de los días está un poco irritable, frustrada por su lenta recuperación.

—Te tiene mucho cariño y te considera como una hija, sospecho —murmuró su gracia—. ¿Crees que se mudará pronto a Wharton House?

—No sé cuándo podría irse, pero el médico aún advierte contra moverla innecesariamente. La herida es bastante grande. Odiaría que algo evitable causara un retroceso.

Se entristecería el día que Lady Wharton dejara Berkley Square. Había decidido que ese sería el momento perfecto para empezar a encontrar excusas para no viajar tan lejos para verla.

—¿Te preocupa que Wharton intente impedir que vuelvas a ver a su madre?

—No creo que hiciera tal cosa ahora —le aseguró—. Hacemos un buen equipo, en realidad. Se disculpó por su comportamiento, y creo que fue sincero.

—Bueno, si vuelven a discutir y se atreve a intentar echarte, tendrá que responder ante mí la próxima vez —advirtió su gracia.

—No creo que pueda darle motivos para recurrir a tales medidas de nuevo —prometió Sylvia.

Era un buen hombre. Generoso y amable con su madre, y con ella también. No parecía haberse visto afectado de una manera u otra desde que ella había terminado su aventura. Ambos habían seguido con sus vidas, se habían distanciado, también.

Pero le encantaba tener a la marquesa viviendo tan cerca mientras durara. Había sido lo más parecido a tener una madre de nuevo. Pero eventualmente, Alexander insistiría en que tenía que llevar a su madre de vuelta a Wharton House, a cierta distancia. En ese momento, Sylvia estaría sola de nuevo con solo sus primas. Todavía estaban considerando la dirección que tomarían sus futuros, pero lo más probable era que se mudaran de Londres.

—Me alegra oír eso. Debes haberte sorprendido mucho de que él... —comenzó la duquesa, y luego sonrió—. Oh, mira. Ahí está mi querido esposo cabalgando, y nuestro Teddy también está con él. ¿No hacen una pareja apuesta?

Sylvia murmuró su acuerdo mientras los hombres se acercaban. Teddy pareció sorprendido de ver a Sylvia, pero aun así ofreció una sonrisa sincera.

—Señorita Hillcrest. Buenas tardes —dijo el duque, y luego se acercó a su duquesa—. Qué encuentro tan oportuno, esposa.

Su gracia extendió la mano más allá de su carruaje para estrechar la de él, y luego también acarició a su caballo. —¿Cómo estuvo tu paseo?

El duque parecía un poco despeinado por el viento y el caballo estaba casi cubierto de sudor. —Bastante bueno. Lo suficientemente largo, creo. ¿Puedo unirme a ustedes?

—Siempre eres bienvenido —prometió la duquesa, y Sylvia asintió también—. De hecho, estábamos a punto de estirar las piernas.

—Entonces estaré encantado de acompañarlas —prometió.

Exeter acarició cariñosamente a su caballo y luego desmontó de la bestia con la destreza de un hombre que había pasado mucho tiempo a caballo. Un mozo de cuadra se apresuró a tomar las riendas y llevar al caballo. El señor Berringer permaneció en su montura, y el duque lo miró. — ¿No vas a unirte a nosotros para dar un paseo, señor?

—Si no estoy imponiendo —murmuró.

El duque hizo un sonido como un caballo y tomó él mismo la brida de la montura de su heredero. El señor Berringer desmontó, no tan suavemente o ligeramente como su primo mayor, y su caballo también fue llevado para ser atado a la parte trasera del carruaje.

Un mozo abrió la puerta del carruaje y bajó los escalones para que la duquesa saliera. Sylvia la siguió, aunque no se le había preguntado si quería pasear. Su gracia se dirigió a su esposo y la pareja comenzó a caminar juntos por el sendero. Eso dejó a Sylvia caminando junto a Thaddeus

Berringer.

—Lamento que nuestra llegada pueda haber arruinado tu paseo en carruaje con su gracia —susurró el señor Berringer.

—Yo iba a disculparme por interrumpir tu paseo a caballo con el duque —susurró ella en respuesta.

—Era inevitable que sucediera. Tan pronto como vi que la duquesa estaba en el parque, supe que su gracia no podría resistirse a desviarse para estar con ella —confesó el señor Berringer con una risa exasperada.

—Están muy enamorados —coincidió ella.

—Ciertamente eso espero. ¿Y tú?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos. Creo que nos conocemos lo suficiente como para no jugar. Sé por qué todo el mundo viene al parque a esta hora. Estoy seguro de que eres una gran admiradora del sexo opuesto, y estás aquí para admirar a alguien que tienes en especial estima.

El único hombre que encajaba en esa descripción últimamente era Wharton. Bajó los ojos, decidida a no buscarlo aquí. —Imagino que tú vienes aquí con un propósito similar —confesó.

—Me complace mucho encontrarte a *ti* en el parque para admirar —prometió él, con una expresión de abierto deleite mientras miraba a Sylvia desde su mayor altura, con un interés decididamente masculino en su rostro.

Sylvia se estremeció interiormente. Nunca había querido que este hombre imaginara que podría haber algo entre ellos más que amistad. Él se sentía... *equivocado*, aunque no había nada físicamente en él que la repeliera de ninguna manera. Simplemente no se sentía atraída por él, ni por nadie más que hubiera conocido últimamente.

La dolorosa verdad era que Thaddeus Berringer simplemente no era el Marqués de Wharton, el hombre por el que seguía anhelando en lo más profundo de su alma. No había pasado suficiente tiempo para que Sylvia se imaginara en los brazos de otro amante todavía. Si es que alguna vez podría. —Por desgracia, admirar no suele llevar a reclamar.

—Una lástima —murmuró él y miró rápidamente hacia adelante—. No estoy seguro de si sabes que he ido a tu casa varias veces en las últimas semanas. Tu prima me explicó en mi última visita que te has vuelto indispensable para Lady Wharton. No me había dado cuenta de cuánto tiempo habías estado pasando con ella hasta que su gracia me explicó el arreglo que hiciste con Lord Wharton para cuidarla.

—Se ha convertido en una buena amiga y le tengo mucho cariño —le dijo Sylvia—. Su recuperación es, desafortunadamente, lenta y bastante frustrante para ella. Le ayuda tener una distracción constante, así que la visito a menudo y me quedo más tiempo del que normalmente visitaría a cualquiera. Lord Wharton no siempre puede estar con ella, lamentablemente.

—Ya veo. ¿Cuándo crees que la dama estará lo suficientemente bien como para ya no necesitar casi toda tu atención?

—Honestamente, no lo sé. La cirugía y el confinamiento la han debilitado, me temo. Pasarán muchos meses más antes de que esté completamente recuperada.

—Ah —dijo el hombre, sonando tan decepcionado por la noticia que Sylvia casi se sintió avergonzada de no gustarle más. Sin embargo, no había nada que pudiera hacer al respecto, excepto seguir ofreciendo un oído amistoso y tal vez tratar de animar sus afectos hacia alguien más adecuado.

—Dime, ¿cuántas veces bailaste en el baile de anoche? —preguntó ella—. Cuéntame sobre la dama que más te impresionó. ¿Está en el parque hoy?

—Esperaba bailar *contigo* anoche. —Cuando Berringer sonrió rápidamente, casi una mueca, Sylvia se sintió mal—. Pero donde va Wharton, es poco probable que estés tú ahora, parece.

—Estaba con su madre —admitió Sylvia—. Pero eres el heredero del Duque de Exeter. Estoy segura de que no te faltó compañía femenina.

Berringer se detuvo y la miró directamente. —Ninguna de ellas era la dama con la que más quería bailar, pero parece que ella es inmune al atractivo de las riquezas que heredaré... y a mí también.

Él mantuvo su mirada, con una pregunta en sus ojos que ella tenía que responder.

—Lo siento —dijo Sylvia, bajando la mirada. Él prácticamente se había declarado enamorado de ella hoy, pero Sylvia simplemente no sentía lo mismo. Quería rechazarlo suavemente—. Estoy segura de que pronto encontrarás a alguien que te aprecie como debe.

Él suspiró. —No puedo imaginarlo.

—Lo harás. Debes hacerlo. —Sylvia volvió a estremecerse—. Créeme, es imposible forzar a alguien a enamorarse.

Berringer asintió. —Oh, cómo envidio a Lord Wharton ahora.

Sylvia se congeló de miedo, pero luego sus mejillas comenzaron a calentarse por ese comentario. —¿Por qué deberías envidiarlo?

—Porque aunque pueda estar obligado a vivir con su madre lejos de su mansión, tiene asegurado el placer de tu compañía casi todos los días durante un buen tiempo. Es obvio que ocupas un lugar especial en sus afectos.

Sylvia miró hacia otro lado, sonrojándose. —Estoy segura de que a Lord Wharton solo le importa que mis largas visitas hagan feliz a su madre.

—Es más que eso, sospecho. —Berringer suspiró de nuevo y sacudió la cabeza—. Para ti también, aunque no lo admitas.

Sylvia quería negar la afirmación de Berringer, pero él tenía razón. Ella tenía una muy alta opinión de Alexander. Desafortunadamente, él no había revelado tal parcialidad por su compañía. Había intentado hacerla su amante, una posición que Sylvia se negaría a aceptar incluso ahora.

Berringer frunció los labios y luego se dio la vuelta. —¿Alcanzamos a sus gracias?

—Sí, creo que sería lo mejor.

Se encontraron con el duque y la duquesa, que ya habían dado la vuelta, y se dirigieron hacia el carruaje. Se unieron a la pareja en otro paseo lento por el parque. Ella y Berringer caminaron en silencio ahora. Incómodos el uno con el otro. Esperaba que él no estuviera enojado con ella por no sentir nada por él.

Sylvia subió al carruaje con un profundo suspiro, y no se sorprendió cuando el Sr. Berringer se negó a acompañarlos en el largo viaje a casa. Afortunadamente, él ocultó bien sus sentimientos y no mostró ninguna señal evidente de amargura hacia ella por no amarlo. Ella le despidió con la mano y miró hacia adelante.

Se había enamorado de Alexander... y lo mantendría en secreto para siempre.

CAPÍTULO 24



CUANDO UN HOMBRE comenzaba un cortejo, debía tener una clara comprensión de lo que ofrecía al objeto de su afecto. Alexander era un marqués, y su novia se convertiría en marquesa de una antigua y distinguida familia inglesa. También era rico, adinerado más allá de la comprensión de todos, excepto unos pocos en la sociedad. Tenía todos sus dientes y tampoco se veía mal bajo una luz brillante.

Pero esas aún no eran razones por las que alguien debiera elegirlo como esposo.

Era muy consciente de sus defectos. Era orgulloso, vanidoso y reservado. Demasiado involucrado en el negocio de administrar su vasta finca e inversiones. Tenía mentalidad política, reacio a perderse cualquier sesión del parlamento si podía evitarlo. Había descuidado a su familia durante años y apenas había comenzado el largo camino para recuperar su respeto, y la mano de la única mujer que admiraba por encima de todas las demás.

Solo que ella no estaba en su casa ahora mismo, mientras él sí lo estaba.

Tampoco había estado con su madre, así que no había tenido más remedio que venir aquí y hablar con sus primas, mujeres que no lo miraban con demasiada amabilidad en este momento.

Las mujeres Hillcrest, la mayor Eugenia y la más joven Aurora, no querían decir dónde estaba Sylvia. Parecían enormemente incómodas ahora, especialmente porque él había insistido en permanecer en su casa sin decir por qué no se iría, hasta que Sylvia regresara y se uniera a ellas.

—¿Puedo ofrecerle otra galleta, milord? —preguntó la prima más joven, ofreciéndole un plato medio lleno para que eligiera.

—No, gracias. Estoy bastante satisfecho con la taza de té que tengo.

Alexander no bebía té, pero tomaba un pequeño sorbo de vez en cuando para ser cortés y pasar el tiempo, apenas logrando no atragantarse con esa cosa repugnante.

Alexander había aprendido una cosa o dos sobre las primas de Sylvia hoy. De las dos, la más joven era un poco más parecida a Sylvia, más atrevida, más rápida para sonreír, e inteligente también. La prima mayor era condenadamente aterradora cuando Sylvia no estaba aquí para desviar su atención.

Por fin la puerta principal se abrió y se cerró de golpe. —Estoy en casa —llamó Sylvia.

La prima Hillcrest mayor se levantó con gracia y salió de la habitación sin decir una palabra más. Él intercambió una rápida sonrisa con Aurora Hillcrest y dejó su taza mientras su corazón comenzaba a latir con familiar anticipación.

Cuando Sylvia entró en la habitación, él se puso de pie en un segundo. Hizo una reverencia y,

al notar alarma en sus ojos, rápidamente dijo: —Mamá está bien.

Ella hizo una reverencia y tomó una silla a la derecha. —¿Qué estás haciendo aquí?

Eugenia tomó su lugar detrás del escritorio de nuevo, y Aurora estaba a su izquierda. Se sintió rodeado e incómodo. ¿Era así como torturaban a esos pobres diablos sin el ingenio para encontrar esposas sin ayuda?

Alexander se sentó. —Me encuentro en extrema necesidad de consejo —comenzó—. Sé que mis acciones del mes pasado han causado el cierre de la academia, pero creo que puedo ayudar a resolver las cosas a su favor nuevamente.

—Continúe —dijo Eugenia, pero lo estudiaba como un espécimen bajo un cristal hasta que casi se retorció.

Sylvia no podía tener idea de por qué había venido a verla hoy, y él disfrutaba de esa mirada de consternación en su rostro. Pero no era probable que volviera a sorprender a la mujer después de hoy. Si su conversación resultaba como esperaba, nunca más tendría un secreto que no compartiera con ella. También estaría añadiendo a estas otras dos mujeres a su vida. Si eran algo parecidas a su madre y Sylvia juntas, bien podría confiar en ellas también.

Quería recuperar a Sylvia, y haría cualquier cosa para que eso sucediera.

Eugenia revolvió algunos papeles. —Estaríamos encantadas de ayudarlo si podemos.

Bien podría ir directamente al grano. —Tengo un problema con una dama en particular.

Dos de las tres mujeres se inclinaron hacia adelante con entusiasmo. —¿Ah, sí?

Hizo todo lo posible por no mirar en dirección a Sylvia por el momento. —En efecto. No estoy muy seguro de cómo llegar a la conclusión que deseo con ella.

Dos de las tres intercambiaron una sonrisa alarmada, rápidamente sofocada. En el momento en que repasó sus propias palabras en su mente, captó su doble sentido. Captó la mirada de Eugenia, llena de sorpresa.

La mujer que había pensado que era puritana estaba a punto de reírse de él porque pensaba que había insinuado que no podía conseguir una erección. —No ese tipo de problema —le reprendió.

—Como usted diga —dijo Eugenia con voz entrecortada, mirando hacia abajo con una sonrisa a medio esconder—. ¿Deseaba romper completamente con ella entonces?

—No. Quiero conservarla. ¿No es eso para lo que otros hombres vienen aquí a pedir consejo? ¿Para diseñar el cortejo perfecto para asegurarse de que la mujer que desean sea suya para siempre?

Sylvia jadeó, y luego apretó los labios con fuerza.

Aurora lo miró a los ojos. —Nunca con tanta determinación sombría como la que parece proyectar hoy.

—El matrimonio es un asunto serio.

—Sin duda lo es.

El rostro de Sylvia parecía demasiado pálido para las buenas noticias que esperaba estar comunicando. Honestamente había esperado alguna señal, un sonrojo o una sonrisa de bienvenida, que indicara que no tendría que postrarse a sus pies, suplicando recibir el afecto que aún podría ser suyo.

Pero si tenía que hacerlo, ciertamente lo haría.

Iba a descargarse de todo ante sus primas le gustara o no. —Probablemente debería comenzar mi historia desde el principio. Nos conocimos a través de conocidos mutuos, y nos llevamos bien de inmediato, o al menos, no vi ningún daño en ella. No estaba buscando un vínculo serio. Mis pensamientos estaban tan lejos del matrimonio como podía estar. He estado tan ocupado que ni

siquiera había reemplazado a mi última amante o tenido tiempo de buscar otra.

—Qué terrible para usted —murmuró Aurora, con el sarcasmo apenas oculto.

La ignoró por el momento. —De todos modos, seguíamos siendo arrojados juntos, y surgió una oportunidad para un poco de diversión. El sexo fue increíble —admitió—. El mejor que he tenido jamás. Ella me tenía ardiendo por ella, y también se deleitaba con mi ansiedad.

Ahora era el turno de las otras mujeres Hillcrest de jadear, y de Sylvia de tornarse de un adorable tono de vergüenza.

—Milord, no necesitamos saber los detalles de sus conquistas amorosas.

—Pero no creo que la haya conquistado. Más bien fue al revés, en realidad.

—Mi señor, por favor, hay más en un matrimonio que la intimidad —le reprendió Eugenia.

—Pero ciertamente ayuda —admitió Aurora, y luego añadió rápidamente—, o eso me han dicho.

Alexander miró a las dos primas, mujeres que pronto serían parte de su familia, y casi gimió en voz alta. Como Sylvia, eran mujeres audaces y francas.

Y como Sylvia, podrían no ser las solteras inexpertas que parecían ser a primera vista.

Insistiría absolutamente en que el par viniera a vivir bajo su techo cuando se casara con Sylvia, solo para que tuvieran su protección si algún día la necesitaran.

Pero por ahora... su primera preocupación era Sylvia y su futuro juntos.

—A medida que nos involucramos más, descubrí que ella tomaba decisiones que no se alineaban con mis deseos en ese momento.

—¿Como cuáles?

—Se entrometió en mis asuntos familiares.

—Las mujeres, en general, a menudo no están dispuestas a compartir sus opiniones con hombres que solo valoran las suyas propias.

—Ya ves, así es como ella me malinterpretó. Ninguno de nosotros es exactamente como parece. Ella actuaba tranquila y apropiada frente a todos los demás, pero por debajo, en privado, es toda una manojo de nervios. Deliciosamente traviesa y astuta, también. Dentro y fuera de la cama, mi cabeza da vueltas con sus trucos. Tomen nota, siempre son las calladas las que hay que vigilar.

—Lord Wharton, parece estar obsesionado con el lado físico de su relación con esta mujer —dijo Eugenia—. Hay más en el amor y el matrimonio que la gratificación instantánea.

—¡Instantánea! Si lo haces bien la primera vez, debería llevar toda la noche. Una mujer muy sabia le dijo una vez a la esposa de un amigo mío que los hombres piensan en el sexo todo el tiempo, y es un milagro que se haga algo. Les digo ahora que es absolutamente cierto. Si un hombre es feliz en casa, es mejor hombre y mucho más productivo en sus asuntos de negocios. No he sido verdaderamente feliz desde que ella me puso de cabeza.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Un día ya era demasiado. Pero en el mes que ha pasado, también me he dado cuenta de que su intromisión en mis asuntos fue en realidad lo mejor que me ha pasado. —Finalmente miró a Sylvia—. He reconsiderado lo que más importa en mi vida, y no puedo rendirme. Puede que me haya rechazado la primera vez, pero *no* me rendiré.

Sylvia arqueó una ceja.

—Si considera a esta dama de la que habla tan esencial, ¿tiene alguna idea de por qué no lo aceptó la primera vez que se lo pidió?

—En realidad, aún no le he pedido que se case conmigo, pero tengo la intención de rectificar mi error hoy. Tomé una dirección equivocada y lo he lamentado desde entonces.

Sylvia inclinó la cabeza.

—Los maridos y las esposas pueden formar un equipo formidable si trabajan juntos en lugar de separados —sugirió él.

Ella asintió de nuevo.

—Me parece que ya estaban trabajando juntos hacia los mismos fines.

—Solo que no lo esperaba, ni aprecié lo suficiente su participación. Reaccioné mal a lo que percibí como un menoscabo de mi autoridad. Fui un idiota. Estoy tratando de disculparme.

—Eres excesivamente arrogante al pensar que una disculpa rápida sería suficiente para compensar la aplastante decepción de una oferta de segunda categoría.

—La arrogancia fue la primera habilidad que aprendí de mi padre —dijo, sonriendo por cómo Sylvia seguía el juego mientras sus primas aún parecían completamente perdidas sobre lo que realmente estaba sucediendo a su alrededor—. La siguiente fue cómo volverme irresistible.

Sylvia de repente se rio.

—Siempre tan modesto.

—Dudo que alguna vez cambie.

Ella se puso seria.

—No, supongo que sería pedir demasiado.

—Tengo muchos defectos, y siempre seré el primero en admitirlos. Cuando quiero algo, me lanzo con audacia. Tú también lo haces, de hecho. —Hurgó en su bolsillo y extendió la mano—. Ya he elegido un pequeño anillo, verás, para mi novia. Con suerte debería gustarle, o si no, tengo muchos otros en la caja fuerte familiar.

El anillo era enorme, incluso para sus estándares. Un gran diamante cuadrado, rodeado de más diamantes, intercalados con rubíes e incrustados en un pesado contorno y banda de oro amarillo.

Antes de que Sylvia pudiera reclamar el anillo, sus primas preguntaron si podían verlo más de cerca. Alexander frunció los labios, haciendo una demostración de considerar el asunto, y luego se lo pasó primero a Sylvia.

Ella lo sostuvo como si estuviera aterrorizada de dañarlo. Alexander no estaba en absoluto preocupado. El anillo estaba en las manos más seguras que conocía.

—Hay una tiara, un collar y un brazalete a juego —murmuró—. No pensé en traerlos conmigo hoy. Habrían estropeado las líneas de mi abrigo. Pero ¿qué piensas de la bagatela? ¿Le gustará y la aceptará como suya la mujer que amo?

Aurora tomó el anillo de Sylvia, estudiándolo cuidadosamente antes de pasárselo a Eugenia para que lo admirara. Alexander no pudo evitar notar una mirada de anhelo que cruzó el rostro de Sylvia cuando se alejó de ella. Apostaría a que quería que le devolvieran el anillo.

Pero ¿podría quererlo a él ahora también?

—Esto no es una mera bagatela —observó Eugenia—. ¿Cree que una fortuna en gemas es todo lo que se necesita para persuadir a una mujer a aceptarlo?

—Ciertamente espero que no, pero tengo una bóveda llena si a ella le gusta ese tipo de cosas. Me siento seguro de que la mujer con la que me case no se dejará influenciar por mi título tampoco, por impresionante que sea.

Sylvia encontró su mirada.

—Entonces, ¿qué lo recomienda como esposo?

—Cuando se trata de eso, todo lo que puedo ofrecer soy yo mismo. Defectos y todo.

—Y una disposición a compartir una vida —sugirió Eugenia Hillcrest.

—Juntos, sí. También estoy dispuesto a ser manejado —sugirió.

—Debe ser amor, de verdad —dijo Aurora con una sonrisa tímida—. Para que un hombre se ponga voluntariamente en manos de su esposa.

Él asintió.

—Ella es muy capaz. Entonces, ¿cómo debería proceder? ¿Cómo suelen aconsejar a un hombre sobre cómo realizar la propuesta de matrimonio perfecta?

Eugenia asintió.

—Creo que un poco de lo que compartió hoy sería suficiente, quizás omitiendo declarar sus inclinaciones amorosas más profundas frente a testigos, particularmente familiares.

Él sonrió.

—Lo consideraré, sin embargo, la dama que amo siempre ha estado dispuesta a hablar de sus inclinaciones amorosas abiertamente conmigo.

—No existe una manera absolutamente perfecta de proponer matrimonio —le dijo Aurora—. Te sugiero que consideres el entorno e intentes ponerte en su lugar. ¿Es ella romántica? ¿Realmente querría verte de rodillas o preferiría una conversación tierna y privada, lejos de su familia, que le permita dar rienda suelta a las emociones que preferiría ocultarles?

Sylvia ya no lo miraba, pero su cabeza empezó a asentir.

—Gracias —le dijo a Sylvia más que a las otras dos. Se puso de pie. Hizo una pausa, listo para hacer exactamente lo contrario. Para caer de rodillas y hacer una propuesta de matrimonio empalagosamente dulce, sin importar quién lo escuchara hacerlo.

Sylvia se apresuró a ponerse de pie y, con una mano extendida, le impidió urgentemente caer al suelo.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto —la miró sorprendido—. La mitad de la diversión de estar conmigo es que cuento historias basadas en la absoluta verdad. Deseo casarme muchísimo.

—¿Lord Wharton?

—¿Sí, Sylvia?

Ella se mordió el labio inferior.

—¿Podría ver ese anillo otra vez?

—Ciertamente —lo sacó de su bolsillo y se lo ofreció.

Sylvia no tomó el anillo, sino que extendió su mano izquierda con los dedos bien abiertos.

—Ah. Ya veo —deslizó el anillo en su dedo—. Aquí tienes, mi amor.

Sylvia levantó su mano para admirar la joya en su dedo.

De repente, Eugenia estaba a su lado.

—¿Sylvia? ¿Es esto lo que temo que es?

Una tímida sonrisa cruzó los labios de Sylvia mientras encontraba su mirada.

Alexander le devolvió la sonrisa, esperando que ella dijera las palabras que anhelaba escuchar.

—El marqués es mío —anunció con orgullo—. Con todos sus defectos.

—¡Sí! —exclamó Wharton, y cuando Sylvia lo agarró por las solapas, él se inclinó para besar apasionadamente a la mujer que amaba. Sus primas hicieron algunos ruidos a su alrededor, pero estaba tan feliz de ser finalmente reclamado por la mujer que nunca dejaba de sorprenderlo y complacerlo de tantas maneras, que no les prestó atención en absoluto.

Le sonrió a Sylvia cuando se separaron para tomar aire.

—¿Qué tal lo hice en mi primera propuesta?

—Muy bien, Alexander —prometió ella, riendo—. Nadie estaba más sorprendida que yo cuando empezaste a hablar de tus sentimientos frente a mis primas. Tu padre hizo lo mismo con

tu madre.

—Seremos más felices que ellos, te lo juro. Vi de primera mano cómo la trataba, cómo la ignoraba. No creo que pueda hacer eso contigo —prometió—. Deberíamos ir pronto a contárselo a mi madre, y estoy seguro de que si le prometemos los nietos que tanto anhela, se acostumbrará a tenernos a todos a su alrededor con el tiempo.

Sylvia frunció el ceño.

—¿No querrás decir a ambas?

—Puede que al principio estemos un poco apretados, al menos hasta que podamos trasladar a mi madre a la casa Wharton, pero quiero que tú y tus primas se muden con ella inmediatamente, si pueden. Serían compañía para mi madre cuando salgamos juntos, y si son algo parecidas a ti, probablemente tengan secretos que pondrán a algún pobre caballero de cabeza. Podrían necesitarnos para mantener a la *ton* de nuestro lado algún día, si quieren ocupar su lugar en el mercado matrimonial.

—Eso dependerá de ellas.

Él asintió.

—La gente realmente solo debería casarse cuando esté preparada para compartir sus vidas, y también a sus madres, ¿no crees?

Sylvia se rio y lo atrajo para darle un rápido beso.

—Ciertamente lo creo.

EPÍLOGO



ALEXANDER SE AJUSTÓ la manga innecesariamente una vez más mientras el sordo rugido de los invitados afuera retumbaba en sus oídos, contento de que su largo compromiso casi hubiera terminado. Habían pasado muchos meses desde que le propuso matrimonio a Sylvia. Una boda rápida no había sido aceptable.

—¿Quieres alejarte de la puerta? —llamó—. Sabes que detesto llegar demasiado temprano.

—Lo siento, pero tienes que ver esto. No cabe ni un alfiler ahí fuera —observó Carmichael con asombro—. ¿Hay alguien a quien tu madre no haya invitado?

—Probablemente no —sonrió—. Cualquiera que sea alguien asistiría a mi boda.

Scarsdale se puso de pie tambaleándose.

—Dios, eres increíble. Están aquí para ver a la novia, no a ti.

Scarsdale no estaba tomando bien la noticia del inminente matrimonio de Alexander. Estaba convencido de que Alexander había sido embrujado.

—Más les vale estar aquí por mi novia. Quiero que ella sea el centro de atención.

Deseaba todas las cosas buenas para Sylvia. Un hogar, una familia amorosa, verdaderos amigos, desafíos y aventuras sin fin. Pasión. Respeto. Pasión. Miró hacia el techo, envió un pensamiento amoroso hacia su futura esposa y se dirigió a la puerta cuando las campanas comenzaron a dar la hora.

—Ahora es el momento.

Carmichael abrió la puerta de golpe y le permitió salir primero de la sacristía. Caminó lentamente por la nave, con sus dos mejores amigos siguiéndolo de cerca. Como había advertido Carmichael, la Catedral de San Jorge estaba llena y el sonido era abrumador al principio. Notó la ausencia de su madre en el banco familiar, pero no le preocupaba en absoluto dónde pudiera estar en ese momento. Sin duda estaba esperando junto a la puerta para echar un primer vistazo a su novia cuando llegara a la iglesia. Alexander había enviado un carruaje para recogerla y asegurarse de que llegara exactamente a tiempo.

Su hermano, Toby, lo miraba con el ceño fruncido desde el primer banco, mientras sus tontas hermanas se reían y sus nuevos maridos se esforzaban por mantenerlas en sus asientos de primera fila.

Tomó su lugar y luego se volvió para mirar a lo largo de la sala a todos los testigos y amigos que se habían reunido para esta ocasión tan importante.

Su madre acababa de sentarse y, aunque parecía serena y tranquila, Alexander no pudo pasar por alto la emoción que rebosaba en los ojos de mamá. Se volvió rápidamente para asentir a sus

amigos. Madre aún no era del todo ella misma. Sylvia le había advertido que solo bailarían una vez hoy, y solo con él porque se podía confiar en que fuera gentil al hacerla girar.

Fue por insistencia de mamá que la boda estaba ocurriendo ahora y no varios meses más adelante, cuando por fin estuviera completamente recuperada. La impaciencia era la maldición familiar. Mamá simplemente no podía esperar hasta que su hijo mayor estuviera establecido, y habían acordado finalmente casarse para hacerla feliz.

Mamá inclinó la cabeza con aire regio, aprobando su apariencia y haciéndole saber, también, que todo estaba listo para que comenzara la ceremonia de matrimonio.

En algún lugar, un violín comenzó a tocar y un silencio cayó sobre la sagrada iglesia.

El violín calló entonces, y él escuchó claramente el giro de un pestillo cuando las puertas de la iglesia se abrieron completamente.

Todos se volvieron para mirar hacia la parte trasera de la sala como si fuera una señal.

Madre tenía tal don para lo dramático que probablemente había planeado ese momento años atrás cuando él aún estaba en la guardería.

Alexander se encontró conteniendo la respiración, esperando su primer vistazo de Sylvia.

Finalmente vio movimiento, y entonces Sylvia apareció. Estaba vestida con joyas relucientes y muselina blanca inmaculada. Nunca se había visto más segura o hermosa. Él era un hombre condenadamente afortunado.

Llevaba las joyas favoritas de madre. Un collar alto de zafiros azules rodeaba su garganta y sus muñecas.

—Algo prestado y algo azul —murmuró, lanzando una mirada rápida a su madre.

Pero mamá ya estaba llorando, con las manos levantadas hacia sus labios para controlarse. Verla así, tan feliz y orgullosa, hizo que sus propios ojos se humedecieran por un momento también.

Sylvia se había peinado de manera diferente hoy y llevaba el ramo de flores silvestres que él había enviado esa mañana entre ambas manos. Sus primas la rodeaban, como habían mencionado que podrían hacer en desafío a la costumbre habitual de tener a un hombre para entregar a la mujer. Cuando lo pensó, Sylvia y sus dos primas habían acompañado a la esposa de Lord Carmichael por el pasillo también.

Sylvia encontró su mirada y luego le guiñó un ojo, como lo había hecho la primera vez que realmente la notó.

Esta vez él le devolvió el guiño, sin estar dispuesto a fingir que no estaba completamente embelesado con la mujer.

Las primas Hillcrest entregaron a Sylvia a su cuidado y retrocedieron para sentarse con la esposa de Lord Carmichael.

—Soñé contigo anoche —susurró mientras levantaba su mano para presionar un rápido beso sobre su guante.

—Cuéntamelo después —dijo ella, sonriendo.

Alexander se rió de que ella no se dejaría distraer. No frente al sacerdote y toda la *alta sociedad*, pero más tarde le contaría cada detalle perverso de lo que le había hecho.

Apretó sus dedos con fuerza mientras el sacerdote ensalzaba las virtudes de la humildad y la obediencia con una voz fuerte y clara que debería haber llegado hasta los rincones más lejanos. El hombre obviamente no podía estar hablándole a él, y ciertamente no a Sylvia. Su matrimonio no sería tan aburrido como todo eso. Esperaba mantenerse alerta.

Al final, la ceremonia terminó sin dolor y él estaba fuera del mercado, si es que alguna vez había estado en él, y era un hombre felizmente casado.

El esposo de Sylvia y amante devoto para siempre.

Se volvieron hacia los invitados cuando se elevó un gran grito:

—¡Larga vida a la feliz pareja!

—¡Viva!

—Ese fue el señor Berringer —susurró Sylvia.

Alexander estaba sorprendido. Aquel hombre pudo haber sido un rival por los afectos de Sylvia en el pasado, pero había cedido el terreno con poco alboroto aparente. Aunque Berringer afirmaba estar feliz por ellos, Alexander no estaba seguro de que él habría sentido lo mismo si sus situaciones hubieran sido al revés, y Berringer hubiera ganado el corazón de Sylvia en su lugar.

Así era como sabía que había hecho lo correcto al casarse con ella. Nunca había sido posesivo con sus mujeres del pasado.

Pero con ella sí lo era.

Solo Sylvia importaba.

Se dirigieron hacia las puertas abiertas de la iglesia, o al menos intentaron hacerlo. Fueron interceptados por tantos invitados deseosos de felicitarles, que temió que nunca lograrían salir. La Duquesa de Exeter abrazó a Sylvia durante un largo tiempo, sollozando. Al igual que Lady Carmichael, y Aurora y Eugenia Hillcrest también.

Pero al final, fue su madre quien logró enviarlos de camino.

Puso sus manos en sus espaldas y los empujó con fuerza. —Ni se os ocurra llegar tarde al desayuno de bodas después de todo el esfuerzo que he hecho.

Sylvia sonrió. —No lo haremos, mamá.

Madre estalló en lágrimas y abrazó con fuerza a la esposa de Alexander, pero con mucho cuidado. —Qué niña tan terrible por hacer llorar a su mamá.

—Lo sé —susurró Sylvia—. Te veremos tan pronto como haya terminado con él.

Mamá se rió y volvió corriendo con sus hijas, riéndose para sí misma, ordenando a todos los que habían venido que se esperaba su presencia en la casa Wharton para una tarde y noche de celebración.

Estudió la sonrisa pícaro de su esposa mientras bajaban las escaleras hacia el carruaje que les esperaba, y decidió no preguntarle sobre lo que acababa de decir acerca de "haber terminado con él". Habría tiempo de sobra para discusiones y reconciliaciones una vez que estuvieran a salvo lejos de todos.

La ayudó a subir, se despidió con la mano de quienes les veían partir, y se dejó caer en su asiento desordenadamente cuando el carruaje de repente se puso en marcha furiosamente. —¿Qué demonios?

—Tenemos una fecha límite —le dijo Sylvia mientras rebuscaba bajo la manta del carruaje a su lado. Sacó una baraja de cartas y empezó a barajarlas con destreza.

—¿Qué? ¿Quieres jugar a las cartas ahora? Este no es momento para juegos, esposa.

—Precisamente ahora.

Repartió las cartas sobre su rodilla y las de ella en su regazo, y luego las recogió. Su expresión era de extrema concentración.

Él miró alrededor. —No tengo dinero para apostar.

Sylvia ordenó sus cartas con su habitual determinación. —Yo tampoco tengo aún mi dinero para gastos de mi nuevo marido, así que tendremos que apostar con nuestra ropa. Una prenda por ronda debería ser suficiente.

Le llevó un minuto considerar lo rápido que acabaría desnudo, jugando contra la habilidad

superior de Sylvia. Cuando habían jugado el uno contra el otro antes, solían jugar veinte rondas antes de que él se rindiera en su intento de derrotarla.

No tenía una buena mano, pero la habilidad de Sylvia para cambiar el rumbo del juego a su antojo hacía que el resultado de cada partida fuera una completa sorpresa. Era posible que su juego pudiera durar bastante tiempo, ya que le había dicho al cochero que tomara el camino más largo a casa antes de que comenzara la ceremonia.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras Alexander consideraba lo que podría ser posible en ese pequeño espacio que les rodeaba. Sabiamente, bajó las cortinas. Las cosas iban a calentarse muy rápidamente en su primer largo viaje a casa como marido y mujer.

Sylvia se levantó las faldas pero solo se quitó un zapato. Sin embargo, la visión de su pierna cubierta por la media le hizo gemir en voz alta. Gracias a la interferencia de Madre, no habían logrado estar a solas durante todo un mes. Se sentía, en efecto, un hombre muy privado.

Se desató el pañuelo y lo arrojó sobre el zapato de ella, sonriendo. —¿Un beso para el ganador?

—Sabía que verías las cosas a mi manera, milord. —De repente, puso sus cartas sobre la mesa, mostrando su mano ganadora.

Todo lo que pudo hacer fue reír y atraparla cuando se lanzó a través del carruaje a sus brazos para reclamar los labios de su nuevo marido como su bien merecida recompensa.

Fin

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

